CRISTINA FERNÁNDEZ

LAS ABUELAS DEL CANUTO

Table of Contents

Cover Page

Las abuelas del canuto

Introducción

Capítulo 1

Las chicas

Juli

Elena

Quimeta

Júlia

Capítulo 2

Sin verlo venir

Capítulo 3

Todas para una y una para todas

CapítulO 4

Los chupópteros

Capítulo 5

Conociendo a maría

Capítulo 6

Siguiendo el plan B

Capítulo 7

Plan B 2 ⅕ (casi C, pero no)

Capítulo 8

Recogiendo flores

Capítulo 9

¡Niño! ¿Y tú no quieres?

Capítulo 10

No hay dos sin tres

Capítulo 11

Marineros de agua dulce

Capítulo 12

Un secreto a voces

Capítulo 13

El cartero llama dos veces

Capítulo 14

La mejor defensa es un buen ataque

Capítulo 15

A todo gas

Capítulo 16

Pongamos que hablo de Madrid

Capítulo 17

Dos pájaros de un tiro

Capítulo 18

Jaque mate

Capítulo 19

Mari Juana Dumas

Epílogo

FIN

Agradecimientos

Biografía de la autora

Tu opinión nos importa

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Cristina Fernández 2022

Las abuelas del Canuto

Cristina Fernández

A todas esas mujeres que luchan día a día en silencio.

En especial, a Júlia, Quimeta, Pepi y Elena.

Son ejemplos a seguir.

Sois maravillosas.

Índice

Introducción

Capítulo 1

Las chicas

Juli

Elena

Quimeta

Júlia

Capítulo 2

Sin verlo venir

Capítulo 3

Todas para una y una para todas

CapítulO 4

Los chupópteros

Capítulo 5

Conociendo a maría

Capítulo 6

Siguiendo el plan B

Capítulo 7

Plan B 2 ⅕ (casi C, pero no)

Capítulo 8

Recogiendo flores

Capítulo 9

¡Niño! ¿Y tú no quieres?

Capítulo 10

No hay dos sin tres

Capítulo 11

Marineros de agua dulce

Capítulo 12

Un secreto a voces

Capítulo 13

El cartero llama dos veces

Capítulo 14

La mejor defensa es un buen ataque

Capítulo 15

A todo gas

Capítulo 16

Pongamos que hablo de Madrid

Capítulo 17

Dos pájaros de un tiro

Capítulo 18

Jaque mate

Capítulo 19

Mari Juana Dumas

Epílogo

FIN

Agradecimientos

Biografía de la autora

Introducción

A lo lejos diviso una amplia multitud de gente, rodeada de focos con luces que iluminan el horizonte, moviéndose de un lado a otro, proyectando rayos que parecen querer alcanzar el cielo ya oscuro. Por un instante, deseo que no sea ese nuestro destino.

La limusina se detiene ante esa multitud y las cuatro nos miramos. Elena y yo vamos en uno de los sillones, en dirección a la marcha. Quimeta y Pepi se encuentran enfrente.

Elena nos mira y sonríe.

—¿Tenéis tanto miedo como yo? —nos pregunta con voz temblorosa.

—Creo que sí —le contesta Quimeta, dejando la copa de cava que estaba bebiéndose en uno de los reposa vasos del vehículo.

—Vamos, chicas —salgo al rescate—, ¿ahora vamos a acobardarnos? ¿Después de todo lo que hemos pasado? —Extiendo la mano en el centro de las cuatro y sonreímos. Pepi, Elena y Quimeta no tardan en colocar las suyas sobre la mía—. Somos un equipo.

—¡Como las Masqueperras! —Pepi Alza la voz intentando ser solemne, soltando una de las suyas.

—¡Mosqueteras, burra! —la corrige su hermana Quimeta entre nuestras carcajadas, y es que sin estas cosillas no sería lo mismo. Pepi no sería..., pues eso: ella.

Permanecemos con las manos unidas unos segundos, hasta que la mampara de la limusina que separa los asientos delanteros desciende.

—Chicas, ¿estáis preparadas? —nos pregunta Óscar, con una bonita sonrisa—. Esta es vuestra noche —continúa al ver que no contestamos. Se gira sobre su asiento para vernos mejor mientras las

luces y los flases son cada vez más brillantes y cercanos—. Sois increíbles. Ahora, salid del coche y comportaos como las grandes mujeres que sois. Sois divas. Disfrutadlo.

Las chicas y yo nos observamos, creo que pensando en lo mismo, mirándonos con una sonrisa dibujada en los labios, sabiendo que sí: que juntas somos invencibles.

Las luces son tan brillantes que entrecierro los ojos. Los flases de las fotos a nuestro alrededor provocan que no vea los rostros de los asistentes. Gracias al cielo. La multitud no pasa de los cordones que han colocado en los postes delimitadores a cada lado de la ancha alfombra roja. Miro a las chicas. Volvemos a sonreírnos unas a otras y nos cogemos de los brazos, apretándolos con alegría.

«¿Quién iba a decirnos que viviríamos todo esto?», pienso mirando a Elena, que me regala la más amplia de las sonrisas llenándome de orgullo.

Y es que así somos nosotras.

Con nosotras, nadie puede.

A las puertas del estreno de la película, me pregunto qué pensará la gente cuando la vea. Para mí es un reflejo de una amistad incondicional, un problema que hizo que nos uniéramos más aún. Entre las cuatro nos embarcamos en la aventura que hoy quieren proyectar en el cine.

¡Qué emoción!

Siento un cosquilleo en el estómago que me impide dejar de sonreír.

Nunca habríamos imaginado que todo empezaría aquel día. Lo recuerdo como si fuese ayer.

Caminamos cogidas de los brazos, como las abuelas que somos, y a mucha honra. Nos detenemos ante la puerta de la entrada, espectacular y gigantesca. Nos miramos sin decir nada. Sonreímos ante los miles de flases que parpadean a nuestro alrededor.

—Chicas, vamos allá.

Asintiendo, volvemos ensanchar nuestros labios y, detrás de nuestro lema, accedemos con paso firme para ver nuestra aventura en la gran pantalla.

Capítulo 1

Las chicas

Juli

Aun siendo finales de invierno, parecía que estábamos en primavera. Como diría Elena: «El tiempo está loco». Y razón no le faltaba.

Vi una de las mesas de la terraza del bar donde siempre quedaba con las chicas y escogí la que estaba a la sombra. Me senté, a la espera de Quimeta, que venía con su hermana Pepi, y desde luego de mi queridísima Elena. Mientras esperaba e intentaba aclararme con el nuevo móvil, pensaba en el tiempo que hacía que nos conocíamos. Tantos años que me parecían siglos.

Elena es como una hermana para mí, y Quimeta y Pepi son sus primas. Pepi fue monja muchos años, hasta que colgó los hábitos y se fue a vivir con su hermana Quimeta cuando esta enviudó muy joven, perdiendo también al bebé que esperaba en un trágico accidente de tráfico. Quim solía decir que nunca lo habría superado sin el apoyo de su hermana. A pesar de lo joven que enviudó, nunca volvió a casarse, aunque habían pasado unos cuarenta años de aquello. Es cierto que tuvo más parejas, pero el tema nunca cuajó. Y es que, en el fondo, sabemos que aquel malogrado muchacho fue el amor de su vida.

Por otro lado, Pepi nunca la había dejado sola. Colgó los hábitos meses antes del accidente —para viajar y ver mundo, según decía—, pero al enviudar Quimeta se fue a vivir con ella. Nunca se supo por qué colgó los hábitos después de más de diez años de monja. Las malas lenguas decían que la echaron de la orden por ser un poco ligera de cascos; motivo que ella, entre risas y disparates, negaba en rotundo desde hacía más de tres décadas.

Y allí estaba yo. Esperando al resto de las chicas. Mis peculiares amigas, o así nos denominábamos entre nosotras.

Entretanto, me deleitaba con un fresco vermú viendo a lo lejos cómo venían las hermanas, Quimeta y Pepi, hablando o discutiendo; siempre estaban igual. Las miré sonriendo, sabiendo por los

aspavientos de Quimeta que Pepi, una vez más, estaba sacándola de sus casillas.

Sin dejar de beber mi rico vermú negro, oí cómo discutían de nuevo:

—Hija, ¿es que no lo habías oído nunca? —le recriminaba Quimeta a su hermana mientras se acercaba a mí y retiraba una de las sillas para sentarse.

—Pues, hija, no —le contestó Pepi, sentándose a su lado. Sacó la bolsita de piel donde tenía el tabaco y las boquillas y se hizo un pitillo. Sí, a sus sesenta y tres años seguía fumando.

—No importa lo lento que vayas mientras no te detengas —repitió la frase sobre la que iban discutiendo las hermanas—. ¿Verdad, Juli?

Las chicas solían llamarme por el diminutivo, pero mi nombre era Júlia. Asentí con la cabeza a la vez que le daba un sorbo al vermú.

—Una bonita cita de Confucio —le contesté. Quimeta era aficionada a las frases célebres, y esta ya la había citado con anterioridad y por ello la recordaba.

—¿Con quién? —Pepi frunció el ceño tras la pregunta y exhaló el humo del cigarrillo.

—Confucio, Peeeepi —canturreó su hermana con la paciencia al límite.

—¿Con quién? —insistió extrañada Pepi mientras yo reía al verlas. Y es que Pepi, o te hacía reír, o la matabas.

—Con nadie —sentenció su hermana, y llamó con una mano al camarero para pedir un vermú fresquito y unas aceitunas.

—¿Cómo que con nadie? —inquirió Pepi, algo molesta porque Quimi la había dejado a medias—. Tú has dicho con alguien. ¿Lo conozco? —preguntó de nuevo mientras el camarero apuntaba una tónica para ella.

—Si conoces a Confucio, me muero —intervine, riendo de buena

gana y contemplando el horizonte, a la espera de ver a Elena.

—¿Confuncio? —murmuró sin entender.

Quimeta resopló impaciente.

—Tú sí que estás confundía, hija —añadió su hermana desesperada—. Con-fu-cio — deletreó más lento y alto, con la esperanza de acabar esa conversación en bucle.

—¿Confucsío? —le preguntó Pepi—. Vamos, rosa, pero para señor... —musitó, y le dio un trago a la tónica que acababan de traerle.

—Nooooo, Pepi, nooooo —bufó Quimeta al borde de un ataque de nervios. Yo las observaba en silencio. Meterse en una conversación con Pepi podía ser agotador—. ¡Confucio! —voceó rabiosa.

—¿Con qué? Mira, Quimi, estás liándome. —Pepi resopló con aire cansado.

—¡Ay, madre! —intervine de nuevo sin quererlo mientras me ponía las gafas de sol—. Un tío con un nombre muy feo, coñe —añadí, intentando sacarlas de la interminable discusión en la que se habían metido.

—Ay, Juli, como Confucio entonces —aseguró Pepi, convencida ante la estupefacción del resto—. Pues dilo, mujer.

—Yo la mato —murmuró su hermana.

Yo no podía dejar de reírme. Noté vibrar el móvil en mi regazo, justo donde tenía el bolso, ya que últimamente en el barrio había muchos tirones cuando menos te lo esperabas. Miré la pantalla del móvil. Que Elena se retrasase no era normal.

Acerté al activar el terminal, porque tenía un wasap de Elena que había enviado a nuestro grupo hacía unos veinte minutos.

Elena:

Hoy no iré, tengo migraña. Besitos, chicas.

Fruncí el ceño. Sabía que Elena padecía de migrañas desde joven, pero siempre que le atacaban era porque algo le preocupaba.

Le comuniqué el mensaje al resto, que lo tomaron con más normalidad que yo. Sabía que lo verían más tarde, pero al menos sabrían que no acudiría a nuestra cita. Elena y yo éramos casi inseparables desde el colegio. Con Pepi, que era prima de Elena, empezamos a salir juntas años más tarde, durante nuestra adolescencia. Quimi, la hermana de Pepi, se unió al grupo poco después.

Siempre habíamos estado juntas en los golpes más duros que la vida nos había dado, a unas y a otras. Estuvieron conmigo durante mi divorcio, aunque siempre lo había llevado bastante bien. Sebastián, mi exmarido, me había solicitado el divorcio hacía ya unos cuatro años, casi cinco. Al principio me dolió en el alma. «¿De verdad? ¿Después de lo que hemos pasado juntos?», solía torturarme, preguntándome durante mucho tiempo qué había hecho mal.

Tras ese dolor, vino la tristeza y después la rabia. Tras millones de preguntas atravesándome la cabeza durante cuatro largos años, por fin habían ido disipándose poco a poco. La única pregunta que seguía resonando en mi mente era: «¿Por qué no me lo pediría antes?».

Por fin, podía sonreír al pensar en lo tranquilísima que estaba.

Con sesenta y tres años casi, había alcanzado la fase más tranquila de mi vida. Y por fin gozaba de paz. Mucha lucha por los hijos, por la casa, el dinero, el matrimonio... En ese momento, casi todo estaba resuelto y solo quería tranquilidad. También estuvimos unidas cuando enviudó Quimeta; muy joven, por cierto. O cuando falleció el marido de Elena, hacía tres años. Su Juan fue víctima de un infarto fulminante. Desde entonces, la situación no le fue muy bien a la pobre Elena.

Juanito, para los de su entorno, era el único hijo de Elena, quien le reclamó la herencia de su padre. Solo poseían la pescadería donde habían trabajado ella y su marido toda la vida, un pequeño negocio de

barrio situado en un antiguo edificio de dos pisos en el que la parte de arriba era la vivienda y la de abajo, el local en el que trabajaron durante más de cuarenta años.

El hijo de Elena hizo que su madre tuviera que hipotecarse de nuevo para darle la parte proporcional de la herencia, haciéndole firmar más papeles de la cuenta, que al final resultaron ser el aval de una casa que él compró con una guapa muchacha que tenía la misma porción de maldad que de belleza.

¡Qué desastre! No tardaron en rechazar pagar la hipoteca y dejar a Elena con dos pagos imposibles de asumir sola. Dos pagos de los que ella no sabía nada.

Con el tiempo, la deuda fue vendida a un fondo buitre que la amenazó enseguida con cartas e incesantes llamadas para ejecutar la hipoteca de su única propiedad y sustento. Elena, aunque se estrujaba los sesos para saber cómo salir adelante, no sabía cómo hacerlo. Entretanto, su hijo Juanito y la muchacha desaparecieron del mapa. Lo último que su pobre madre sabía era que se habían ido a alguna parte donde ella tenía familia. No supo nunca dónde, aunque creemos que al extranjero, fuera de Europa. Sinceramente, tampoco los habíamos buscado.

Negué con la cabeza y solté un suspiro, sabiendo que algo más que una migraña era lo que tenía Elena. Sin embargo, pensé que seguramente querría estar sola.

Pepi se puso a charlar del bingo del viernes, llamando mi atención, y así, con tranquilidad, entre charla y charla, olvidamos durante unos momentos a Elena. Reíamos de nuestras ocurrencias. Pepi incidía muy seria en que Simón hacía trampas en el bingo, asegurando por su vida que había tongo en el juego.

Simón era un pobre abuelo de la asociación de vecinos del barrio. Los viernes iba con su hermana a la sede de la asociación, donde hacían actividades con la gente de más de sesenta años. El pobre tenía casi un siglo, y su hermana, bastante más joven, no era una niña, aunque lo acompañaba gustosa a todas partes.

—¡Cómo va a hacer tongo esa pobre momia! ———exclamó Quimeta casi atragantándose con el vermú.

—Te lo digo yo —aseguró Pepi con indignación. Se sujetó bien el bolso que descansaba en su regazo—. Está compinchado con Antonio el de las gallinas —murmuró lo que pensaba, haciéndome reír.

—Pero si el pobre hombre es de lo más prudente —añadí riendo.

Antonio era un hombre mayor que nosotras. Alto, desgarbado, callado y un poco ermitaño, que desde hacía años paseaba a una gallina como si de un perro se tratara. Tenía un huertecillo urbano en la parte trasera de su ático, cerca de la pescadería de Elena, y varias gallinas en esa terracita. Lejos de denunciarlo algún vecino por tener animales, era conocido y respetado, ya que las trataba como a reinas y nunca había molestado a nadie. Ni siquiera a los mismos vecinos de la comunidad.

A sus preciadas gallinas las llamaba con nombres de mujer: Ana, Rebeca, Noe, Mónica, Pili, Meli, Cristina, Aroha, Priscila, e incluso hasta hubo una con mi nombre. ¡La madre que lo parió! Siempre iba paseando a una de ellas. Las turnaba, claro, para que las demás no se enfadaran. Un personaje del barrio algo extraño pero de lo más entrañable.

En el barrio se lo conocía como Antonio y sus gallinas. Desde que tengo uso de razón vivía con ellas. Su casa era conocida entre los vecinos como el gallinero. No las sacrificaba ni nada, eran sus animales de compañía, y la verdad es que no hacía daño a nadie.

—¿Cómo van a hacer trampas esos dos? —le pregunté, echándome las manos a la cabeza por la loca acusación de Pepi.

Mientras tanto, ajenas al mundo y solo a unas calles de distancia, sin saberlo, Elena salía de la pescadería dando la vuelta como de costumbre, cerrando el pequeño negocio para después voltear la esquina y entrar en su casa. Había estado limpiando. A pesar de que se trataba del mismo edificio, hacía años que Elena y su marido Juan decidieron hacer una puerta independiente del pequeño negocio familiar a la casa donde vivían con su hijo. Eso fue cuando su hijo era pequeño y su marido aún vivía, y juntos despachaban a la buena gente del barrio. En aquellos tiempos, los centros comerciales eran modernidades que quedaban muy lejos de nuestros pensamientos.

Fue en esa buena época cuando decidieron separar la tienda de la

vivienda familiar. Así habían pasado más de cuarenta años, que a Elena a veces le parecían un suspiro, al igual que al resto. Lejos quedaba cuando Juanito venía del colegio con la pelota debajo del brazo pidiéndole la merienda. Y de cuando su marido Juan decidió cerrar la puerta interior de la trastienda para tener que cerrar y salir por la calle a la hora de irse a su casa. Elena no estuvo de acuerdo con esa reforma, ya que lo creía una pérdida de tiempo, en contra de la opinión de Juan, quien solía decir: «Es que parece que vivimos en la pescadería». A lo que ella contestaba, siempre riendo: «¡Es que vivimos en una pescadería!». Esa era una conversación que Elena repetía entre sonrisas de añoranza al recordarla. Sonrisa que se había borrado hacía ya casi un año, cuando empezaron a amenazarla con quitarle sus propiedades pidiéndole un pago de treinta mil euros para saldar la cuenta impagada de su hijo y su nuera.

Ahí entró en juego Ana, mi hija mayor, que la quería como a una tía, y le dio el dinero diciendo que ya se lo devolvería. Qué orgullosa me sentí de mi niña por ese gesto. Y es que así era mi Ana. Tenía un corazón de oro. Sabía que era casi imposible que se lo devolviera. Aun así, se lo dio y le aseguró que no se preocupara por nada. Qué rebonita que era mi niña. Y mi yerno también, que nunca había objetado nada por esa decisión.

Ese pago aplacó los ánimos del fondo buitre que la perseguía. Sin embargo, ni doce meses después le reclamaron el resto de la deuda. Trescientos diez mil euros que, desde luego, Elena no sabía de dónde iba a sacar.

Aunque ella no se quejaba a diario, sabíamos que un día tendríamos que afrontar la realidad y las amenazas del fondo buitre. Mi hija volvió a ofrecerle dinero, pero, tal y como yo habría hecho, Elena no lo aceptó. Mi otra hija, Patricia, aunque la quería y sus intenciones eran buenas, no tenía tanto poder adquisitivo como su hermana. Ana era farmacéutica, como su marido, y ambos poseían tres farmacias que les iban la mar de bien.

Patri, mi hija mediana, era periodista, pero luchaba por una buena historia que le diera la oportunidad que ella deseaba. Mientras le llegaba dicha oportunidad, era columnista en varios diarios. Cobraba bien, pero no para tirar cohetes. Mi niña soñaba con ser reportera de renombre en un solo periódico sin mendigar correcciones

de textos, columnas u otros trabajillos.

Solo quedaba pensar en mi hijo Éric, pero ese era otro cantar. El pequeño, de solo veinte años. El Rebotísimo, como solíamos llamarlo entre las chicas. Ese que no tenía ni un euro.

Pepi me despertó de nuevo de mis pensamientos:

—Juli, dile a Quimi que tengo razón.

—Nena, no sé de qué me hablas —le dije mirándola, consciente de que estaban hablando pero sin atenderlas, pues me había ido lejos con mis recuerdos y divagaciones.

—De que tiene que terminar de tomarse los antibéticos.

No le contesté, solo fruncí el ceño mientras Quimeta soltaba una buena carcajada. Por mi cara, Pepi dedujo que no sabía de qué demonios hablaba.

—¿Los del Sevilla? —le pregunté sin entender una palabra de lo que me decía.

Quimeta dejó ir otra risotada, con ese sonido de gallina clueca que hacía que la gente se girase siempre. Ya la teníamos liada. La risa de Quimi se contagiaba. Reía como una gallina gigante y chillona. La gente de alrededor nos miraba como si estuviéramos locas, hasta que Quimi terminaba consiguiendo que se riera hasta el más serio.

—¿Y qué tiene que ver aquí el Sevilla? —me preguntó Pepi, a la que casi no oía por las carcajadas de la gallina de su hermana.

—Nena, yo qué sé que me has dicho de los béticos —le respondí, intentando no escuchar las risotadas.

—¡Antibéticos! ¡No béticos, so burra! Luego me decís que no doy una —espetó muy molesta. Ella, que dice una barbaridad tras otra.

Quimeta seguía con su descojone. Para entonces, los de las mesas de alrededor reían con ella. La miré, intentando trasmitir desaprobación. Era inútil, porque en el fondo escondí una sonrisa, dada la situación.

—Antibéticos —repetí, a sabiendas de que era otra de sus palabrejas, aun sin saber cuál.

—Antibéticos para la muela. Que al final la infección se le hará resonante —manifestó muy solemne.

Su hermana, al escucharla, soltó otra carcajada loca que casi me dejó sorda.

—Antibióticos —la corregí, removiéndome en la silla con impaciencia—. Antibióticos para que no se le haga la infección resistente —concluí entre dientes.

Y es que podía ser la mar de graciosa, pero también sacar lo peor de ti; ese lado oscuro que todos tenemos oculto, como la luna.

—¡Coñe, lo que he dicho! —terminó exclamando Pepi mientras su hermana Quimi reía, diciendo entre carcajadas un «Me meo».

Solo me quedaba negar con la cabeza. Y a pesar de que quería hacerme la seria, me rendí y empecé a reír con el resto. Y es que Pepi, sin quererlo, animaba un funeral.

Entre risas de gallina y vermú pasó la mañana, hablando de todo y de nada, como siempre, de los comercios y de la gente del barrio, que últimamente parecía muy apagada en general.

Elena

Fui a cambiarme para ir a ver a las chicas. Había aprovechado la mañana del domingo para limpiar a fondo la pescadería. Al llegar al portal, abrí el buzón, ya que hacía un par de días que no lo miraba. Quizá era por dejadez, o tal vez por miedo, aunque no quería reconocerlo. Al abrirlo, encontré una carta certificada emitida por el fatal fondo buitre, una carta que yo misma había dejado en el buzón cuando la recibí días atrás. No deseaba leerla y la metí de nuevo allí, esperando que todo fuera un mal sueño.

Subí algunas de las escaleras hacia mi casa como una auténtica autómata, como un robot sin reacción alguna, mirando la carta que sostenían mis manos como quien mira a un fantasma. Me detuve unos instantes y me senté en el primero de los diez escalones que daban a mi casa. Sin darme cuenta, empecé a llorar, sin saber qué hacer. Otra vez echaba de menos a mi Juan, quien, abrazándome, me diría que ya encontraríamos una solución. Pero no estaba, y eso me desesperaba más. Podría decírselo a las chicas, pero tenía la sensación de que siempre era yo quien traía los problemas.

Saqué el móvil y escribí en el grupo de WhatsApp que tenía migraña y que no iría al vermú mañanero.

No quería ver a nadie. Ni siquiera a ellas.

No podía.

¿Qué iba a decirles ahora? ¿Otra vez con mis disgustos?

Me levanté para continuar subiendo las escaleras de mi casa. Entré en ella y, sin pensar, me tiré sobre la cama tal y como llegué a mi dormitorio. Quedé bocabajo, sintiéndome vencida.

¿Y si hacían efectivas sus amenazas?, ¿si me quitaban mi casa? Pensé que me quedaban un par de años o tres para jubilarme y tener una pensión digna. Mis pensamientos iban y venían, divagaban en

cómo lo haría si aceptaba las desorbitadas cuotas que proponía el fondo de inversión y me torturaban al recordar que perdería todo aquello por lo que habíamos luchado mi Juan y yo. Mi casa, mi hogar. ¿Tendría que vivir empeñada el resto de mi vida?, ¿pendiente de la mendicidad de quienes me querían?

La habitación me daba vueltas y las lágrimas hicieron el resto.

Allí me quedé, tumbada y rota. ¿Qué iba a hacer?

Solo me apetecía dormir y dormir, y a poder ser, no despertar.

Abrí el primer cajón de la mesilla de noche. Allí estaban. Cogí esas pastillas que me dio el médico para dormir cuando me desvelaba y decidí tomarme unas cuantas. Tenía que tranquilizarme. Me pareció buena idea. Unas pastillas y un trago de lo que tuviera por casa. Algo para olvidar.

Entre lágrimas y preguntas a la nada, junto con la ingesta de aquellas milagrosas pastillas acompañadas de alguna botella del mueble bar, supongo que el ansiado sueño me venció.

Quimeta

Mi hermana Pepi y yo nos despedimos de Juli y nos fuimos a casa, ya que ella había quedado con sus hijas para comer.

Era por la tarde, y ya apalancadas en el sofá, en la sobremesa, mientras mirábamos la caja tonta, me vino a la cabeza Elena. Cogí el móvil, que tenía apoyado en el brazo del sofá, y escribí un mensaje en nuestro grupo de WhatsApp.

Quimeta:

Elena, ¿estás bien? ¿Cómo estás de la migraña? Si necesitas algo, dilo. Besitos.

Sin estar demasiado convencida de la migraña de Elena, envié el mensaje esperando respuesta, con el móvil en la mano un buen rato.

—¿Pasa algo, Quimeta? —quiso saber mi hermana.

—Le he enviado un mensaje a Elena al grupo. Lo de la migraña no me convence —le respondí.

—Ni a mí. Está muy preocupada con lo de la casa. Esos hijos de perra no van a parar hasta que se la quiten —argumentó mi hermana en voz alta lo que yo estaba pensando.

—Tiene que haber una solución. Me niego a pensar que va a perderlo todo por la mala cabeza de su hijo. Qué sinvergüenza —concluí.

—Quimeta, los hondos buitres son así. La gente es un número para ellos —dijo apenada.

—Fondos buitres, Pepi —la corregí.

—Lo que he dicho. Que son así. Les importa un bledo lo que Elena y Juan hayan trabajado y sudado para tener esa casa. Son unos cabrones. Y lo que me da más pena es que no se me ocurre cómo ayudarla. ———Miró a la nada unos segundos———. Tengo unos ahorrillos, pero ella no los cogerá nunca. Y, por otro lado, no es suficiente ———añadió, volviendo al presente.

—Tendríamos que consultar a un abogado o algo así —pensé en voz alta.

—¿Otro chupatintas? La solución que le dan es que entregue el piso a los hondos buitres y que se quede con una maleta —replicó Quimeta.

—¿Una maleta? ¿Para qué quiere una maleta? —Me exasperé pensando en que no había manera de mantener una conversación normal con ella.

—Sí, mujer, eso de que se quedan el piso pero sigues pagando —me explicó.

—Se le llama mochila, Pepi, hija. Al restante del dinero que queda por pagar le llaman mochila, que me vuelves loca —le espeté, suspirando mientras miraba a la nada.

—Ea, pues eso. Lo que he dicho ———contestó esta vez, zanjando la conversación.

Mi hermana me miró, asintiendo con la cabeza. La verdad es que no sabíamos cómo afrontar el problema de Elena. A pesar de que normalmente me reía con las palabrejas de mi hermana ———aun entendiéndola de sobra porque es algo que hace de toda la vida———, la tristeza y la impotencia por Elena me embargaban y no tenía fuerzas para discutir.

Nos quedamos en silencio, mirando la tele pero sin verla. Sabía que las dos estábamos absorbidas por el pensamiento hacia Elena aunque no dijéramos nada. Pobrecita Elena.

Júlia

Después del vermú con las chicas, me fui a comer con mis hijas y mis yernos. Las dos niñas estaban independizadas desde hacía tiempo, así que quedábamos los domingos para comer y vernos. Por otro lado, mi hijo Éric no quiso venir. Decía que había quedado. El niño me tenía muy preocupada. Sus hermanas lo excusaban diciendo que era joven y que era normal que no quisiera ir con nosotras.

Ese domingo, las niñas también invitaron a Sebas, su padre. A veces lo hacían. La verdad es que a ninguno de los dos nos importaba vernos. Muy cierto es que nos llevábamos la mar de bien tras el divorcio. Eso del matrimonio no nos había hecho bien a ninguno de los dos. En cuanto a lo de mi hijo, yo quería creer a mis hijas, pero veía a Éric perdido, y es que no quería dar palo al agua. Era así. Qué íbamos a hacerle. No quería estudiar, trabajar, obligaciones ni na de na. Parecía que no tenía ilusión por alguna cosa en especial, y eso me apenaba muchísimo. Me tenía tan preocupada saber que no tuviera metas, que no le apasionara nada ni nadie, que a veces me robaba el sueño. De vez en cuando aceptaba algún trabajo de alguna ETT para poder comprarse algo de grifa de esa para fumar, ya que yo me negaba a darle dinero para salir o cualquier cosa que no fuera básica, a ver si de esa manera se decidía a centrarse, así que mucho menos iba a darle dinero para droga. Y es que... ¡si hasta estuvo una noche en el calabozo!

¡Ay, madre mía!, no quería ni acordarme. Pero a él también le daba igual eso.

No entendía cómo podía gastarse todo lo que ganaba, por poco que fuera, en esos porros. Su padre y yo lo habíamos hablado un millón de veces. No entendíamos por qué el niño prefería fumarse el dinero en vez de convidar a esa moza tan guapa que lo rondaba. Anais. Con lo buena niña que era. Pero él prefería juntarse con Mario y su amiga Clara. Que, claro, no me gustaban nadita. La única motivación que tenían en la vida era fumar hasta reventar, igual que

él.

Anais no. Ella iba a buscarlo por si le apetecía ir al cine. Iba a verlo a casa, pero cuando llegaba Clara, se iba bajo su fulminante mirada. Éric la apreciaba, aunque decía que era muy buena chica y que era casi imposible que alguien así lo viera como algo más que un amigo.

Juventud. ¿Quién los entiende?

Mi pena se incrementaba cuando pensaba que estarían tirados en la cama de mi hijo jugando a la Play esa —la maquinita— mientras me apestaba el piso a humo. Solo con pensarlo me daban ganas de estrangularlo. Aparte de las ganas de matarlo, sentía que no sabía conectar con mi hijo, que por más que lo intentaba, no me dejaba llegar a él. Pensar así me ponía muy triste.

Mis hijas, al igual que Sebas, le quitaban hierro al asunto contándome más de una anécdota que nada tenía que ver con Éric para que no pensara más en él. Además, Ana y Miguel, mi yerno, se miraban continuamente. Intuía que querían contarme algo. Seguramente iban a regalarme un spa o algo así, como habían hecho otras veces. Eran un encanto.

Patricia, mi mediana, aquel domingo se animó a traer por segunda vez a Óscar, un guapo chico con el que salía desde hacía bastante tiempo, pero no lo habían hecho oficial. Por ahora. Cualquiera que los viera podría saber que eran el uno para el otro. Era curioso que el mundo entero lo viera tan claro excepto ellos. Lo veía hasta Sebas, que para eso no tenía ojo ninguno.

Como casi siempre, pedimos paella y sangría.

—Juli —me llamó Óscar, como de costumbre tan atento para llenarme el vaso.

Se puso a repartir la sangría de la jarra entre todos. Ana rechazó la invitación, como era habitual, pero esta vez pidió una naranjada en vez de su Coca-Cola, a la que estaba tan enganchada.

Miguel empezó a explicar una anécdota sobre dos viejecitos que iban a su farmacia. El tiempo volaba observando a mis hijas reír

alrededor de la misma mesa. Me resultó agradable ver cómo Sebas miraba a sus hijas con la devoción que sentía por ellas. Y es que, como marido, tenía muchas pegas, pero como padre, ninguna.

Ya para los cafés, que por cierto Ana declinó pidiendo en su lugar una manzanilla, se me había ido de la cabeza Elena y mi hijo.

—¿Estás mala, nena? —le preguntó Sebas a Ana, adelantándose a mí.

—No, papá, últimamente tengo la tensión muy alta —le contestó ella, dándole la mano a Miguel.

—¿La tensión alta tú? —le pregunté, insistiendo—. Qué raro. Tienes que ir al médico.

—La verdad, mamá y papá, es que ya he ido al médico —nos dijo con un tono de secretismo. Por un momento, el estómago se me encogió.

—¡¿Qué te pasa, Ana?! —exclamó su hermana Patri, verbalizando aquella preocupación que compartíamos todos en ese momento.

—Tranquilos —habló Miguel, con una tierna sonrisa.

—No es nada malo —continuó Ana—. Es solo que estoy embarazada.

Patri dio un grito que hizo girar al resto de los comensales mientras aplaudía y se levantaba para abrazar a su hermana. Óscar le tendió la mano a Miguel, sonriente, dándole la enhorabuena. Mientras, Sebas y yo estábamos allí, mirándolos con aire de idiotas entre nosotros, diciéndonos con los ojos: «¿Cómo es posible que la niña vaya a tener un niño?».

—¿No vais a decirme nada? —nos preguntó Ana, de pie al otro lado de la mesa, observándonos a su padre y a mí, que estábamos sentados juntos.

—Claro, pequeña —manifestó su padre. Se levantó y se dirigió hacia ella———. Felicidades, princesa —le dijo mientras rodeaba la mesa y la abrazaba.

Yo también me levanté. Totalmente pasmada, le di dos besos a Miguel, felicitándolo. Después imité a Sebas y abracé a mi pequeña, felicitándola también mientras las lágrimas se me saltaban.

—Mamá, si lloras, lloraré yo también... —me advirtió.

—¿De cuánto estás? —Me surgió la frase a medida que palpaba su incipiente barriguita. Al tocarla, me percaté de que sí, de que estaba abultada. ¿Cómo no me había dado cuenta?

—De doce semanas, casi trece —me contestó a la vez que se limpiaba con una servilleta las lágrimas que yo le había contagiado—. Pero hay más —continuó, dejando a toda la mesa en silencio.

—Son dos —concluyó el orgulloso futuro padre.

Creo que abrí tanto los ojos que casi se me cayeron al suelo. Miré a Sebastián, que estaba pidiendo copa y puro para brindar por sus futuros nietos, o nietas.

—¡Dos nietos! —exclamó Sebas al volver a su sitio—. ¡Chico! —llamó al camarero para que tomara nota de las copas.

—O nietas —lo corregí—. ¿Gemelos? —pregunté, mirando a la futura mamá.

—Mellizos —confirmó mi hija, sonriéndome.

Volví a mi sitio, donde tomé el Baileys que había pedido. Todo fueron risas y bromas desde el momento de la noticia. En silencio, pensaba en mil cosas a la vez, pero sobre todo tenía dos sentimientos muy fuertes en mi corazón. Por un lado, una alegría inmensa me embargaba el alma al saber que mi Ana iba a ser madre. Y, por otro, una pena o añoranza que me partía en dos mi alma alegre. Mi niña pequeña, mi Ana, iba a ser madre, y yo, abuela. Qué contradicción.

Nos despedimos de nuestras preciosas niñas y yernos. Sebas se ofreció para llevarme a casa, ya que me habían pasado a recoger Patri y Óscar.

—¿Te puedes creer que vayamos a ser abuelos? —me preguntó Sebas, ya sentados en el coche—. ¿Cuándo ha crecido? —preguntó con

voz quebrada.

—Eso mismo estaba preguntándome yo durante toda la comida. —Me giré sorprendida para observarlo, dejando de mirar por la ventanilla del copiloto.

—Es una niña —sentenció, refiriéndose a Ana, mientras miraba la carretera y arrancaba el coche.

—Una niña de treinta y cuatro años —repliqué riendo con ternura.

—Serán dos chicotes —dijo sin venir a cuento, haciéndome reír.

—Pueden ser dos niñas —le recordé la posibilidad.

—Qué va. Son dos chicotes y les encantará el fútbol —aseguró, añorando los tiempos en los que Éric jugaba a la pelota con él.

—¿Y si son dos niñas? —insistí riendo.

—Pues también les gustará el fútbol. Y les compraré un balón de cuero rosa — contestó, haciéndome reír de nuevo.

—¿Saldrá todo bien, Sebas? —le pregunté de repente, mirándolo intranquila.

—Tranquila, pequeña. —Me acarició la mejilla, tratándome como antaño—. Todo va a ir bien.

Le besé la mano, no sé si por costumbre o porque en el fondo aún quería a ese caradura.

Sebas sonrió.

Detuvo el coche frente al portal de mi casa.

—Si necesitas algo, ya sabes —se ofreció antes de que desmontara del vehículo.

Siempre me decía lo mismo. Me miró como antes me miraba. Esperó a que entrara en el portal para irse con el coche.

Subiendo la escalera hacia mi casa, me reí de mí misma, porque yo, que criticaba a mi hija Patri por no ver lo evidente con Óscar, no era capaz de ver que Sebas y yo siempre seríamos el uno para el otro. Aunque no nos aguantáramos, siempre seríamos el amor de nuestras vidas.

Ya era tarde. Al abrir la puerta de mi casa noté dos cosas. Una: que estaba vacía. La otra: que estaba llena de humo. Otra vez.

Negué con la cabeza, pensando en qué iba a hacer con ese muchacho.

Capítulo 2

Sin verlo venir

Como era de esperar, la tuve con mi hijo Éric cuando llegó al día siguiente, quien, nada más levantarse del sofá ———después de discutir conmigo———, se fue de casa dando un portazo. Cerré los ojos, negando con la cabeza. «Cualquier día, me lo cargo», solía pensar, rechinando los dientes por la impotencia que me causaba su comportamiento.

Era lunes, así que la pescadería de Elena estaría cerrada. La llamé por teléfono. A pesar de sonar varios tonos, no lo cogió. Pensé que estaría liada limpiando la casa. No le di importancia y me puse a recoger la mía.

Llegó el mediodía, y aunque en el grupo habíamos estado charlando para vernos en el café, Elena no decía nada. Me extrañó, pero decidí no importunarla. Por el momento.

Compré en las tiendas de siempre y charlé con sus comerciantes haciendo barrio, que me encantaba. Pasadas unas horas, Quimeta me llamó para decirme que el teléfono móvil de Elena no daba tono. La situación no me gustaba nada. Así que las chicas y yo quedamos en la esquina de la calle de Elena para ir directamente a su casa. Aquello pasaba ya de claro a oscuro. No era normal.

En menos de un cuarto de hora estábamos las tres en la puerta de la pescadería en busca de nuestro cuarto miembro.

—¿Tampoco os ha contestado aún? —les pregunté a las hermanas cuando llegaron a mi altura. Las dos lucían la misma cara de preocupación que yo.

Ambas negaron con la cabeza.

Me acerqué al portal y llamé varias veces al interfono, sin respuesta. Nos mirábamos entre nosotras, sabiendo que algo estaba pasando, aunque ni de lejos atinábamos qué.

—Le ha ocurrido algo —verbalizó Quimeta aquello que nadie se atrevía a decir.

Asentí con la cabeza. Todas teníamos copia de las llaves de las casas de las demás, sin embargo, ninguna de nosotras las llevábamos encima.

Cogí el móvil y llamé a quien sabía que estaría en casa, o cerca: mi hijo Éric.

—Cariño, necesito que me traigas las llaves de Elena ———le ordené en cuanto me contestó.

—¿Ahora? —dijo de mala gana.

—Sí, hijo, ahora. No sabemos nada de ella desde ayer domingo, no contesta al móvil y tampoco abre la puerta —le expliqué mientras me temblaba la voz.

Se hizo un silencio entre nosotras y al otro lado del teléfono.

—Voy —dijo mi chaval en tono serio.

Entretanto, seguíamos intentando que abriera la puerta mientras Éric traía las llaves de la casa de Elena.

Quimeta cruzó la calle y examinó las ventanas, observando que las persianas estaban bajadas a cal y canto. Pepi, por su parte, me miraba al borde de un ataque de nervios, con las manos entrelazadas en el pecho. Creo que rezaba en silencio.

—Igual está en la cama por la migraña —sugirió Pepi mientras miraba hacia las ventanas, para después toparse con mis ojos.

—Quizá —dije incrédula.

En ese preciso momento, di un repullo al atisbar a lo lejos que mi Éric venía con su patinete eléctrico a toda leche. Al verme, alzó la mano moviendo las llaves, mostrándolas.

Llegó hasta nosotras.

———Gracias, precioso —le dijo Quimeta, dándole un beso en la

mejilla.

Éric podía tener muchos defectos, pero quería a las chicas con locura.

—¿Sabéis ya qué le pasa? —nos preguntó el niño al darme las llaves.

Negué con la cabeza.

Muy nerviosa, fui probando, hasta que di con la que abría el portal. Tras abrirlo, entramos en tromba. Subimos las escaleras lo más rápido que pudimos. Llamé a la puerta con insistencia, con fuerza. Pero nada.

—Abre ya, Juli —suplicó Pepi mientras yo golpeaba con puñetazos la madera.

Al abrirla, un espantoso silencio nos invadió. Sentí un escalofrío que me atravesó el cuerpo.

Estaba todo a oscuras a pesar de ser pleno día. Todo cerrado: ventanas, persianas, tal y como había comprobado Quimeta hacía un rato desde la calle. Nos quedamos allí paradas, bajo el dintel de la puerta, aunque ya estaba abierta de par en par. Nos miramos entre nosotras. Éric estaba allí, al margen, a la expectativa de lo que estaba sucediendo; en el fondo, creo que algo asustado.

Entré en el piso, llamándola varias veces en voz alta, sin obtener respuesta. Nos adentramos hasta el salón, aún a oscuras. Ni rastro.

—Aquí no hay nadie ———comentó extrañada Quimeta mientras subía la persiana del comedor.

Fue entonces cuando al entrar la luz vimos a Elena tirada en el suelo, pálida como el mármol e inconsciente.

—¡Dios mío! —voceó Pepi, llevándose las manos a la boca.

Quimeta gritó del espanto.

Me agaché para tocarla; estaba tibia. Le busqué el pulso. Creí notar algo.

—¡Una ambulancia! —bramé a la vez que intentaba incorporarla, apoyando su espalda en mi regazo. Mi hijo se llevó su móvil a la oreja para llamar a emergencias.

Quimeta se agachó a mi lado y recogió un papel que Elena aún llevaba en la mano. Era una carta certificada del fondo buitre que la acosaba. Pepi se arrodilló a nuestro lado, mostrando varios blísteres de pastillas vacíos y una botella de vodka también vacía.

—Hay más en la cocina —dijo llorosa, refiriéndose a las pastillas y al alcohol.

—¡Ya vienen! —exclamó mi hijo. La ambulancia ya se acercaba —. ¿Está muerta? —preguntó con un hilo de voz.

—No lo sé —contesté, alzando mi mirada llorosa. Empecé a moverla y llamarla, sin resultado.

Quimeta se puso a llorar. Pepi y yo no tardamos en sucumbir al llanto. Miré a Éric, quien me observaba con los ojos anegados en lágrimas mientras yo sujetaba a Elena.

El sonido del interfono nos interrumpió, abstrayéndonos de la angustia. Mi hijo corrió a abrir la puerta y en un momento estaban allí los sanitarios, pidiéndonos sitio y atendiendo a Elena aún en el suelo.

—Tiene el pulso débil, pero está viva —nos informó un sanitario bajo nuestras preocupadas miradas.

Estrujé las manos de Quimeta y de Pepi, sin saber en qué momento en concreto nos las habíamos cogido. ¿Estaba pasando todo aquello? Era como una pesadilla. Notaba el corazón en la garganta y me costaba respirar.

—¿Puedo ir con ella? —les pregunté a los sanitarios, evitando el llanto como pude.

Uno de ellos asintió. Eso fue suficiente para soltar las manos de Quimeta y Pepi e ir con los chicos de la ambulancia. Éric parecía haber enmudecido. Estaba atónito, observando todo lo que acaecía. Dejé a las hermanas llorando, una abrazada a la otra, mientras me iba con Elena en la ambulancia. Me pareció que todo sucedía a mucha

velocidad, y a su vez, aunque suene de locos, lentamente.

Le habían puesto una vía y sueros, metido varios medicamentos y colocado la mascarilla de oxígeno. Estaba atada a la camilla que la transportaba a la ambulancia. Todo transcurría como si de una película se tratara, con tomas diferentes, con escenas extrañas, en la cual yo solo era una espectadora. Me sentía lenta, con movimientos torpes y sin que mi cuerpo reaccionara a lo que pasaba a mi alrededor.

Ella iba en la parte trasera de la ambulancia, siendo atendida, mientras que a mí me acomodaron al lado del conductor.

—Vivirá, ¿verdad? —le pregunté al conductor con voz compungida.

—Señora, no lo sé —me contestó respetuoso pero sin siquiera mirarme, no sé si por la pregunta o por no apartar la vista de la carretera.

—Tiene que vivir. Todo va a ir bien, ¿a que sí? —insistí.

El joven me miró de manera fugaz.

—Señora, no lo sé —repitió, esta vez frío—. No puedo asegurarle nada.

—Vivirá. Es fuerte, ¿verdad? —persistí, como si no hubiera oído lo que acababa de decirme. No quería escucharlo.

—¿Quiere que le mienta? —me preguntó, todavía conduciendo.

—Sí —sollocé ahogando el llanto, a sabiendas de lo que estaba pidiendo.

—Está bien, señora —comenzó el chico, haciendo después una breve pausa—. Todo va a salir bien.

Esa respuesta me dejó conforme. Por el momento.

Dejé de incordiarlo para mirar hacia la carretera a medida que oía el sonido de las sirenas, que hasta el momento habían pasado inadvertidas. Rezaba en silencio, pedía a quienquiera que fuese que nada malo le pasara a mi amiga, mi confidente, casi mi hermana. No

estaba llorando, pero tenía el corazón en un puño. No respiraba bien. Tenía una opresión en el pecho difícil de describir. Pensaba en todo y a la vez en nada.

Al llegar al hospital, me ayudaron a bajar de la ambulancia y me indicaron que esperase en una sala, diciéndome que ya me avisarían cuando pudieran. Y mientras tenía mi bolso cogido con fuerza entre mis brazos, me quedé allí parada, mirando cómo se llevaban a mi mejor amiga, a mi hermana, lejos de mí, inconsciente, debatiéndose entre la vida y la muerte.

Había intentado suicidarse.

Era eso lo que estaba pasando y el verdadero pensamiento que me invadía, aunque quisiera defenestrarlo. No podía ser. Negaba con la cabeza en silencio mientras pensaba: «¡Ha querido suicidarse! ¡Quitarse la vida!». Y yo, quien orgullosa presumía de ser su íntima amiga, no me había dado cuenta de que ya no quería vivir.

Las lágrimas que había estado guardando para mí no pudieron contenerse más en mi interior y salieron como si de una cascada se tratara. No tenía el control de ellas, al igual que de mi respiración, acelerada, y la sensación de haber fallado, como ser humano, como persona, como amiga...

Me apoyé en la pared del pasillo que daba a la sala de urgencias, siendo incapaz entrar en ella.

No sé cuánto tiempo llevaba llorando cuando llegaron Quimeta y Pepi. Antes de irnos en la ambulancia, los sanitarios les habían dicho a qué hospital la llevarían.

—¿Sabes algo? —me preguntó Quimeta atropelladamente.

Negué con la cabeza. Mi hijo Éric las había traído con mi coche. Me miraba sin pronunciar palabra alguna. No sabía qué hacer ni qué decir, y lo peor era que yo tampoco.

—Algo te habrán dicho. —Esta vez fue Pepi quien pedía una respuesta.

—Que nos avisarán por los megáfonos de la sala de espera de

urgencias cuando esté atendida —le contesté con la voz ronca por haber llorado.

—Vamos dentro —decidió Pepi. Arrastró a su hermana de la mano, cogió la mía y comenzó a caminar hacia el interior de la sala.

Mi hijo se puso a mi espalda, en silencio. Al igual que no sabía qué decir ni qué hacer, tampoco sabía dónde meterse.

Entramos los cuatro en la sala, en el más abrupto de los silencios, esperando esa llamada que nos dijera qué había sucedido con Elena.

No sé exactamente cuánto tiempo pasó. Es un recuerdo borroso y confuso.

Al oír la llamada por el megáfono, nos dirigimos al despacho indicado para que nos informaran. Los cuatro, metidos en un pequeño cuartillo, esperábamos noticias de nuestra querida Elena. Se abrió la puerta, rompiendo ese silencio que nos había invadido.

—¿Son los familiares de Elena Campeador Andrés? —nos preguntó un joven doctor, con un portafolios en una de sus manos. Al vernos asentir, continuó—: Su estado es crítico, pero estable. Ahora mismo está en la uci. La buena noticia es que no necesita respiración artificial, y la mala es que ha de despertar en unas horas. Si no lo hace, tendremos que evaluar su actividad cerebral. —Cerré los ojos con cada palabra que decía, como si se tratara de disparos a quemarropa. Disparos que estaban hiriendo de muerte a mi alma.

—¿Se salvará? —le preguntó Quimeta, sollozando.

—Tiene muchas posibilidades de vivir —le contestó, dándonos un respiro grupal—. Pero no sabemos si quedarán secuelas físicas. Ha estado sin oxigenar correctamente algún tiempo, no sabemos cuánto, y aunque ahora respira y oxigena de forma adecuada, no sabemos si hay daños irreparables. —Nos miró solemne—. Ahora solo nos queda esperar. Siento no poder darles más información. Pueden quedarse aquí un rato para asimilarlo. Solo podrán verla en la uci a las horas señaladas para las visitas.

Sin decir nada más, se despidió cordialmente, dejándonos en el despacho después de que le diéramos las gracias. Nos miramos.

—¿Cómo no lo hemos visto venir? —espetó Quimeta casi en un grito.

—Eso digo yo —manifestó Pepi, poniéndose la mano en la cara y sentándose en una silla de la estancia a llorar.

No contesté.

No me salían las palabras.

Si algo le pasaba a Elena, sería culpa mía; estaba convencida de ello. Qué miedo sentía. Recuerdo incluso que tenía las manos dormidas, el cuerpo en tensión y el corazón en vilo.

Cuando creí que nada más podría sorprenderme, mi hijo Éric se acercó y me estrechó con fuerza entre sus brazos. Me besó la cabeza, arropándome. Él era mucho más alto que yo desde hacía años. Entonces, entre los brazos de mi hijo pequeño, me derrumbé. Quería ser fuerte, quería ser como una roca para mantenerme intacta para que las personas a las que yo amaba pudieran amarrarse a mí si las sensaciones las llevaban a la deriva. Pero aquella vez el mar estaba bravo, e hizo de mi roca miles de añicos, transformándola en la inofensiva e inestable arena de playa.

Por fin, al rato, me tranquilicé gracias al calor de mi hijo pequeño. Salimos a la sala de espera, donde transcurrieron largas horas. Le insistí a mi hijo para que se marchase, ya que allí no hacía nada, y al menos en casa descansaría. Era un adulto, pero yo solo veía que mi pequeño estaba confuso y no sabía qué hacer. Estaba haciendo verdaderos esfuerzos por mantener el tipo y estar a mi lado.

Le di la misión de informar a Sebas y a sus hermanas de lo que había ocurrido. No quería decírselo por teléfono, y desde luego no me apetecía que fueran al hospital, así que lo mejor que podía hacer era trasmitirle mis deseos y mi recado a la familia.

Al parecer, con una misión por cumplir, se fue más conforme. Menos mal. Me sentí aliviada al quedarme a solas con las chicas.

Transcurrieron horas antes de que pudiéramos ver a Elena. Primero entraría yo y después las hermanas; así lo acordamos las tres.

Cuando llegó la hora, esa que parecía que no llegaría nunca, entré en la Unidad de Cuidados Intensivos observando mi entorno: boxes con camas con personas monitorizadas alrededor del puesto de control de enfermería. Algunos de los pacientes estaban despiertos; otros, dormidos.

Elena estaba en el número 16. Entré en su box. La miré dos veces, ya que me costó reconocerla durante unos instantes. Rodeé la cama, lentamente, comprobando que sí, que era ella. Estaba pálida como la porcelana y llevaba unas púas para el oxígeno. Sus constantes se reflejaban en el monitor mientras su respiración parecía tranquila. Se encontraba llena de cables y tubos. Me acerqué a ella y le cogí la mano. Estaba fría, helada. Llamé a la enfermera pulsando el timbre y pedí una manta para taparla. Me puse a su lado, retirándole el cabello plateado de la frente para besársela, y me di cuenta entonces de que mis lágrimas caían sobre ella.

—¿Qué has hecho, Elena? —le pregunté sin apartar mi rostro, húmedo por el llanto———. ¿Qué has hecho, amiga mía? —me lamenté, estrechándole la mano. Parecía que entraba en calor. Besé su carita, tan dulce, tan sonriente siempre y ahora, tan blanca e inerte—. Perdóname —conseguí decir mientras lloraba, inclinada sobre ella, esperando que se despertara y dijera que no pasaba nada, como en nuestras discusiones de juventud—. No puedes dejarme sola —repliqué, mirándola con la esperanza de ver que sus ojos se abriesen. Pero eso solo pasaba en las películas que veíamos juntas después del café de los sábados tarde—. No sé si algún día podrás perdonarme, pero yo no puedo hacerlo...

—No tienes la culpa de nada —habló Quimeta a mi espalda, haciendo que me incorporara al oírla———. Tardabas mucho, y nos han dejado entrar como excepción. Si hay culpa, es de todas —se incluyó. Observó a Elena, se acercó a ella y a mí y le tocó el brazo. La miré—. Todas tenemos la culpa al no darnos cuenta de lo que estaba sucediendo —repitió.

—Esto no puede acabar así —pronunció Pepi—. Me niego. —Arrugó la carta del fondo buitre que habíamos encontrado al entrar en la casa de Elena—. Le hemos fallado, pero no va a volver a ocurrir —sentenció en un tono firme, tragándose el llanto que su hermana y yo no podíamos reprimir.

Pepi se acercó a nosotras y nos abrazó. Las tres nos fundimos en un abrazo mientras llorábamos, mientras yo no soltaba la mano de Elena. Era mi manera de abrazarla.

Una enfermera se aproximó a nosotras para informarnos de que habíamos agotado el tiempo de visita y que teníamos que irnos. Salimos, una apoyada en la otra y cogidas del brazo. Estábamos derrotadas.

Hasta el día siguiente no podríamos volver a verla.

Decidimos coger el transporte público, aunque Sebas al final vino a recogernos. Durante el viaje en el coche hubo silencio. Nadie sabía qué decir. Sebas me sujetó de la mano en un semáforo. No hicieron falta las palabras.

Nos llevó a casa y quedamos en la puerta de la mía al día siguiente para estar allí a primera hora. Aunque decliné el ofrecimiento, se lo agradecí profundamente. Me sentí menos sola, pero al final decidí que mejor iríamos en mi coche.

Sabía que nada podríamos hacer desde la sala de espera hasta que nos dejaran entrar, pero con estar allí nos parecía que ya estábamos haciendo algo. Y para mí así era. No la abandonaríamos.

Capítulo 3

Todas para una y una para todas

Cuando Sebas y yo dejamos a las hermanas en su casa el día que ingresó Elena en la uci, vi cómo ellas, siempre tan alegres, estaban derrumbadas por lo sucedido, aunque intentaban aguantar el tipo, igual que yo.

Sebas me llevó a mi casa tras dejarlas a ellas. Detuvo su coche frente a mi portal.

—¿Quieres que me quede? —pronunció dubitativo.

—No —le contesté, negando con la cabeza—. Estoy bien.

—Si necesitas lo que sea, llámame —concluyó nuestra despedida como era costumbre.

Asentí con la cabeza, agradecida.

Vi cómo se marchaba el coche desde dentro de mi portal, pensando por un ínfimo momento si tendría que haberle dicho que se quedara. A los segundos deshice esa idea, ya que, fruto de la tristeza, me habría refugiado en él, y eso no era amor. Era solo tristeza.

Recuerdo perfectamente que esa noche no dormí. Vagabundeé por mi casa como si fuera un fantasma, en silencio, tomando infusiones para ayudarme a conciliar el sueño, el cual, sin embargo, no quería venir. Tampoco quise tomarme ninguna pastilla, puesto que quería estar despierta y atenta al día siguiente a todo lo que pudieran decirnos los médicos. Quisiera decir que el alba llegó en un suspiro, pero mentiría. Aunque, por muy larga que fue la noche, al final amaneció.

Éric dormía. Le dejé una nota diciéndole que iba al hospital y que estaría todo el día fuera. Con mi jubilación anticipada, podía permitirme no hacer nada más que estar con Elena. Ni siquiera tomé café. Tenía el estómago revuelto con tanta infusión.

Al bajar, vi que las chicas estaban en el portal, tal y como habíamos acordado el día anterior. No tardamos en subir a mi Micra blanco —que, todo sea dicho, tenía casi veinte años— y poner rumbo al hospital. Las conversaciones que mantuvimos durante el camino se repetían en bucle alrededor de las preguntas: ¿Cómo no lo hemos visto venir? Pero ¿cómo ha pasado? Cada cual asumía su culpa como podía, y con un silencio impertinente que a ratos se hacía con nosotras, le dábamos vueltas a qué íbamos a hacer si le pasaba algo a nuestra querida amiga. Cómo podríamos mirarnos al espejo sin juzgarnos a nosotras mismas, era imposible.

Llegamos al hospital, pasando enseguida a la uci. Gracias a Dios, nos dejaron entrar a las tres, haciendo la misma excepción que el día anterior y comprobando lo que en el fondo ya sabíamos: que Elena era más fuerte de lo que parecía. Menos mal que Quimeta trabajó en ese hospital durante años como administrativa, lo que nos dio un trato de favor a la hora de entrar juntas.

Una vez dentro, nuestra sorpresa fue enorme al verla consciente, sin el oxígeno y con la bandeja de lo que parecía el desayuno. Tenía más color, aunque estaba demacrada visiblemente. Nada más vernos, cerró los ojos con fuerza, apartó la mesa con el desayuno, se tapó el rostro con las manos y empezó a llorar.

Antes de que diera el segundo sollozo, era el centro de nuestro abrazo grupal.

—Lo siento —dijo con voz entrecortada por el llanto—. Lo siento —repitió una y otra vez.

—Somos nosotras las que lo sentimos —pude decir cuando nos apartamos de ella para coger aire. Estábamos las cuatro llorando como bobas—. ¡Qué susto nos has dado!

—No vuelvas a asustarnos así —reiteró Quimeta, enjugándose las lágrimas y repartiendo pañuelos de papel entre nosotras.

—Me sentí atrapada, sola... —expuso Elena algo más tranquila—. No supe qué hacer ni...

—Ya da lo mismo —la interrumpí—, pero no estás atrapada ni sola. —La cogí de la mano—. Que me parta un rayo si esto no lo

solucionamos entre todas.

—Es muchísimo dinero —volvió a sollozar.

—Ni todo el dinero del mundo vale tu vida —respondí mientras la miraba—. No vuelvas a hacerme esto, Elena. Buscaremos ayuda psicológica, lo que te haga falta, pero, por Dios, esa no es la solución.

—Lo sé —dijo a duras penas—. Cuando se me apagó la luz, supe que era el mayor error de mi vida, pero no pude volver atrás. No tenía fuerzas. No podía abrir ni los ojos... —relató, ante la atónita mirada del resto—. Me caí al suelo y no podía moverme. Fue angustiante. Quería vomitar lo tragado, pero no podía ni levantarme...

—Vamos a salir de esta —pronunció esta vez Quimeta interrumpiendo el monólogo de Elena, quien parecía torturarse a sí misma.

—Pero ¿cómo? —preguntó, negando con la cabeza, sin mucha confianza en nuestras palabras.

—Aún no lo sé —intervine—. Pero encontraremos la manera, y lo haremos juntas —concluí, cogiendo de la mano tanto a Elena como a Pepi, y esta a Quimeta, y ella a Elena nuevamente, haciendo un corrillo entre nosotras—. Que me muera ahora mismo si no te sacamos de esta. Una para todas...

Todas reímos entre lágrimas.

—Y todas para una. —Musitaron aquello con una sonrisa, recordando lo que en nuestra juventud tanto habíamos dicho.

Y es que, cuando Sebas y yo nos quedamos en paro, mi familia y yo nos alimentamos de la pescadería de Elena y Juan. Nos traían la compra, lo que nos hiciera falta, hasta que levantamos cabeza. Por otro lado, Pepi, cuando colgó los hábitos por ese escándalo que lleva ocultando desde hace años, fue Elena quien fue a buscarla a ese remoto pueblo, ya que, al regentar la pescadería, dijo que no tenía que pedirle permiso a ningún jefe, y aun costándole una discusión con su querido Juan, fue y se la trajo, sin preguntarle nada.

Cuando Quimeta enviudó, Elena la acogió en su casa, pues el piso

era de alquiler y no podía con los gastos. Después vino Pepi cuando colgó los hábitos, y al poco tiempo heredaron el piso de sus padres donde vivían ahora. Elena, prudente y callada, era en realidad nuestra heroína entre las sombras, y había llegado el momento de devolvérsela.

Los días fueron pasando de manera favorable para Elena, ya que no tardó ni tres días en subir a planta. Las chicas y yo íbamos turnándonos para estar con ella, y así no la dejábamos ni un minuto a solas. Según iban transcurriendo las semanas, veíamos que Elena mejoraba a pasos agigantados, y cuando hablábamos en privado, no entendíamos cómo había intentado quitarse la vida. Era algo que no nos entraba en la cabeza.

Fue uno de esos días cuando todo comenzó. Quimeta se había quedado con Elena mientras Pepi y yo íbamos a mi casa. Deseaba pegarme una buena ducha y comer cualquier cosa allí. Después iríamos a casa de Elena para buscar algún camisón limpio y algunos enseres, ya que al pasar a planta tenía más movilidad y podía asearse sola.

Pepi estaba en la cocina, sentada en el taburete de la pequeña barra que yo tenía a la izquierda de esta, mientras yo rebuscaba por la nevera alguna sobra o algo de embutido para poder comer.

—¿Qué te parece una pizza? —le pregunté a Pepi, sin ni siquiera mirarla.

—Me parece estupendo. Además, podemos echarle este órdago, que a mí me gusta con bastante órdago —comentó, lo que provocó que la mirase con el ceño fruncido.

—¿Qué órdago ni órdago? —Cerré la nevera una vez que saqué una de esas pizzas frescas que se hacen enseguida—. Será orégano.

—Eso mismo —secundó, meneando una bolsita de autocierre pequeña y transparente que sujetaba en una de sus manos, mostrándomela.

—Ni tocarlo —repliqué, alertada por lo que tenía en los dedos.

—¡Joer! ¡Qué cariño le tienes tú al órdago este! ¡No te pongas así, mujer! —exclamó, mirando la bolsita.

—¿Qué dices, so loca? —Se la arrebaté de las manos—. Esto es maría.

—¿Cómo que maría? —preguntó extrañada.

—Sí, hija, sí, lo que se fuma Éric —le aclaré, intentando explicarle que no era orégano—. Y déjalo ya, que esa mierdecilla vale veinte euros. —Le quité la dichosa bolsita y la dejé sobre el mármol de la cocina—. Lo que no sé es cómo Éric la dejado aquí en medio. Le tengo dicho que no quiero ni verla.

«Un día de estos, se la tiro», pensé en silencio.

—¿Veinte euros, dices? ¡Pero si esto es una miaja! —vociferó Pepi, escandalizada por el precio.

—Pues veinte euros la tontería de la miaja —concluí, encendiendo el horno.

—Pero esto es mariuna, ¿no? Esto es droga, Juli —acabó diciendo mi amiga algo que ya sabía—. Pero es una planta, ¿verdad?

—Claro, mujer. Por lo visto, después de que florece, se seca o algo así. —Intenté explicarle algo que ni yo entendía—. Deben secarla como el tabaco, para después fumársela, imagino. Pero la verdad es que no lo sé, Pepi.

—Vale, vale. Pero con la mano que tiene Quimeta con las plantas y un sitio adecuado, podríamos cultivarla y venderla nosotras, ¿no? —expuso mientras yo abría la pizza y la metía en el horno. Me giré, mirándola, pues no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Madre del amor santísimo. Eso es delito, Pepi. ¡Que es droga! —casi ladré, recordándole algo que ella acababa de decir.

—Pero si pagan por una miaja veinte euros, con veinte miajas tenemos cuatrocientos euros, y con dos mil miajas, ¡hasta cuarenta mil euros! —contaba Pepi en mi presencia mientras yo seguía sin asimilar lo que oía. Lo peor es que Pepi se creía lo que estaba diciéndome.

—Ya, ya, lo he cogido. Y sí, sé que es muy cara y que si la vendes te forras. Pero si nos pillan, nos vamos al trullo, Pepi, ¡al trullo!, con la edad que tenemos... —sostuve, a la vez que me olvidaba de la pizza para centrarme en devolver a Pepi a la tierra.

Pues Pepi era así: si pensaba que algo podía funcionar, no había quien le quitara la idea de la cabeza.

—¿Dónde venden semillas de esas? —quiso saber la muy incauta.

—¡Ay, Dios mío! ¡Quítatelo de la cabeza! —ladré escandalizada por todo lo que estaba soltando. Sabía que estábamos desesperadas, pero ¿vender droga? ¿En serio? No sabía si realmente creer lo que exponía —. Lo más normal es ir a varios bancos, a ver si entre todas nos dan el dinero en alguno.

—¿Con la edad que tenemos? —protestó, con todo el sarcasmo y la razón del mundo.

—Yo tengo el piso, que la mitad es de Sebas. Aún me quedan un par de años de pago, ya que rehipotequé para darle un dinero que me pidió por la renuncia.

Sebas no me pidió ni de lejos la mitad. Se empeñó en que me quedara yo el piso, pues Éric aún vivía conmigo, pero algo de dinero sí que le pagué; eso y que aproveché para reformar la cocina, que era el crédito que pagaba.

—La tuya está hipotecada, nosotras tenemos nuestra casa y la de ella está empeñada... Nadie va a darnos ni un duro —continuó.

Me sorprendió la manera en la que me ponía los pies en la tierra. Pepi, por primera vez y sin decir ni una sola palabreja de las suyas, hizo que me planteara cómo demonios íbamos a conseguir el dinero.

Sin querer, me despertó del sueño de salvar a mi querida amiga de la miseria.

—No voy a dejar a Elena en la estacada, Pepi, eso es matemático —sentencié mirándola a los ojos; esos ojos azules tan bonitos que había conocido hacía años—. Haré lo que haga falta, y lo sabes.

—Podríamos informarnos de esto de la mariuna, ¿no? —replicó, cogiéndome de la mano que estaba más cerca de ella. Me sonrió con un brillo en los ojos que hacía años que no veía. Era el brillo de la ilusión. Ilusión por poder ayudar a nuestra amiga del alma a salir del pozo en el que se encontraba sumida en ese momento.

—Por informarnos no pasa nada, supongo —claudiqué seria entre sus sonrisas de victoria—. Pero que sepas que me veo en el talego, como decían Los Chichos.

Esa vez fui yo quien hizo reír a Pepi con una carcajada. Las tornas habían cambiado. Por descabellado que pareciera, era la única salida que el destino nos daba, y estaba planteándome esa locura.

—Pero escúchame bien, Josefa, esto no significa que vayamos a hacerlo. Solo vamos a informarnos, así que no te vengas arriba ——— le advertí impertérrita y solemne, llamándola por su nombre completo —. Ni una palabra a Elena hasta que esté todo planeado. No está ella para marearse.

—No, no voy a decirle nada, por supuesto —me garantizó, levantando la palma de la mano como si lo prometiera—. Pero espera a que se entere mi hermana Quimeta, que va a poner el grito en el cielo.

—Joder, no me acordaba de tu hermana —recordé, poniéndome una de las manos en la frente—. Solo con decírselo, va a matarnos — confirmé, pensando en Quimeta. Y es que si alguien estaba cuerda en el grupo, esa era ella.

Miré a Pepi, quien me observaba mientras verbalizaba lo que estaba pensando:

—¡Fuego! ¡Fuego! —gritó, señalando el horno donde habíamos metido la pizza, de la que nos habíamos olvidado completamente.

Al abrir el horno, el humo negro invadió la cocina, así que lo apagué y tuvimos que salir al balcón corriendo para poder respirar. Sin decir nada más, Pepi y yo nos miramos y empezamos a reír como locas.

—¿Tú te das cuenta de lo que estamos hablando?, ¿de lo que

estamos pensando? —le pregunté entre risas—. ¿Sabes que podemos ir a prisión?

—Júlia, ¿de verdad a estas alturas va a importarte ir a prisión? —terminó por decir a la vez que dejábamos de reír por un momento—. Elena casi se muere. No, perdona, casi se mata. Se tomó tres cajas de pastillas y varias botellas de alcohol para acabar con su vida. —Refirió aquello que la estaba asfixiando por dentro—. Me da igual si voy a prisión, Júlia, y en el fondo a ti también. —Su voz se rompía por momentos, aguantando unos sollozos que no tardarían en salir—. Valoraré todo lo que me digáis, haré todo lo que haga falta, iremos a tres mil bancos, pediremos créditos. —Enumeró todas las opciones que yo tenía en mente—. Pero si a última hora no nos queda más opción que vender la mariuna, te juro por la gloria de mis padres que pienso hacerlo. Aunque sea yo sola. —Rompió a llorar mientras me contemplaba—. No voy a consentir que os pase nada a ninguna de vosotras, ni a Elena ni a Quimeta ni a ti. Sois mi familia, y por una familia se hace lo que sea.

Cuando terminó de hablar, ya lloraba a moco tendido. La cogí del brazo y, de un tirón, la acerqué a mí para poder abrazarla fuertemente, uniéndome a su llanto a la vez que le daba vueltas a que, en el fondo, yo pensaba igual. Haría lo que hiciera falta por cada una de ellas sin dudarlo.

—Tres cosas, Pepi —comencé. Ella se apartó con suavidad de mí para mirarme—. Una: probaremos todas las opciones con los bancos. Dos: yo se lo diré a tu hermana Quimeta. Y tres, y lo más importante: nadie, repito, nadie tiene que enterarse de lo que estamos tramando.

Pepi me miró muy seria, y fue entonces cuando supe que sería una tumba.

Por fin se disipó el humo de mi cocina, aunque nos quedamos sin nada que picar. Comimos un par de bocadillos de pan de molde y un café con leche cada una. Después quedamos en que ella iría a su casa y yo a la de Elena para coger los enseres que nos había encargado. Pepi se quedaría a descansar y yo le haría el relevo a Quimeta en el hospital. Había pensado que la llevaría a tomar un café y le propondría todos los bancos a los que había pensado ir, y, cómo no, nuestro magistral plan B, el cual, aunque me costaba aceptarlo, cada

vez cogía más forma en mi loca cabeza. Pensé por momentos en que me había vuelto tan loca como Pepi. Pero por más que intentaba pensar en cómo sacar el dinero para ayudar a Elena, no daba en el clavo.

Después de ir a casa de Elena y recoger todo lo encargado, me dirigí al hospital y fui a la habitación que me había indicado Quimeta por WhatsApp, ya que, gracias a Dios, Elena estaba por fin en otro lado de la planta, más tranquila y sola.

Llegué a la habitación con una bolsa de deporte que contenía bártulos de Elena que dejé en el armario sin siquiera mirarla. Estaba tan sumergida en mis pensamientos que no había saludado. Me hallaba bastante abstracta, pensando en todas las locas ideas que Pepi me había metido en la cabeza.

—Buenas, ¿no? —dijo Quimeta con sarcasmo. La miré, sin darle mucha importancia a su comentario—. ¿Se puede saber qué te pasa?

Observé por un momento a Elena, quien dormía plácidamente.

—Quimeta, tenemos que hablar. Tengo que contarte cuatro cosas ———añadí ante su sorpresa.

Dejamos a Elena durmiendo y decidimos ir a la cafetería del hospital. No queríamos tardar demasiado por si ella despertaba. Pedimos un par de cafés y nos sentamos a una mesa algo alejada del resto. Quimeta removía su sacarina en el café, mirándome con aire extrañado mientras yo pensaba en cómo abordar el tema.

—Juli, estás volviéndome loca. Sé que algo ocurre —comenzó ella por fin, sorbiendo un traguito de su café.

Hizo que volviera al presente. Sorbí el mío y decidí que tenía que saber lo que habíamos ideado su hermana y yo. No teníamos demasiado tiempo.

—Tu hermana y yo hemos estado hablando acerca de dónde sacar el dinero para ayudar a Elena. —Quimeta me escuchaba atentamente —. Iremos a los bancos que hagan falta, pondremos todo lo que tengamos como aval, pero tu hermana y yo creemos que nadie va a dejarnos el dinero necesario para sacar a Elena de este lío.

—Hay que intentarlo, Juli. —Me miró muy seria—. Ya me dirás tú de dónde vamos a sacar el dinero si no es de un banco.

Seguí bebiendo de mi café, con mi mirada alzada por encima de las gafas, y comprobé que Quimeta me contemplaba con un aire extraño.

—¿Qué coño estáis tramando mi hermana y tú? —me acusó, convencida de ello y sin quitarme el ojo de encima.

—¿Por qué crees que estamos tramando algo? Quimeta, no seas ridícula —le resté importancia, pensando por un momento en no decirle nada.

—Porque te conozco desde hace más de cuarenta años. Así que no me vengas con tonterías y escupe ya qué locura habéis pensado —me instó.

—Antes de que digas nada de nuestra idea, escúchala hasta el final —casi le imploré—, que te conozco y no vas a dejarme ni acabar.

—¡Ay, madre!, miedo me estás dando —se lamentó, dejando el café en la mesa—. Suelta ya lo que habéis pensado. —Se llevó una mano a la frente y apoyó el codo en la mesa.

—Estábamos en mi casa hablando de bancos, de cómo ayudar a Elena, de que no podemos dejarla así, cuando tu hermana encontró una bolsita en mi cocina —comencé para esclarecer el plan B. La pobre Quimeta me miraba sin entender lo que quería decirle—. La bolsita en cuestión contenía marihuana. —Esto último lo dije en voz baja.

—¿Y? De Éric, ¿no? —expuso, acercándose a mí más para que nadie oyera lo que decía.

—Sí, sí, es de Éric. Lo que pasa es que una bolsita minúscula con cuatro hierbajos secos tiene el precio de veinte euros. ———Los nervios estaban haciendo que sudara———. Tu hermana y yo hemos pensado que, si nada resulta, podríamos plantar un par de plantas... y, bueno..., a ver qué podríamos sacar...

—¡¿Es que estáis locas?! —gritó, atrayendo algunas de las

miradas del resto de las mesas de la cafetería—. ¡Locas! —continuó en tono mucho más bajo, aunque audible para mí. Se levantó indignada ———. ¿Sabéis que esa mierda es droga y que plantarla y venderla es delito? Es que me veo en la Modelo si os hago caso.

—Por el amor de Dios, Quimeta, baja la voz ———le ordené, cogiéndole la mano para evitar que se fuera—. Es solo una idea. Además, la Modelo está cerrada. —Quimeta me miró con los labios estirados por el disgusto—. Tu hermana y yo hemos estado hablando, y ella cree que nadie va a dejarnos el dinero. ¿Y sabes? Tiene razón. Somos cuatro abuelas, no tenemos grandes propiedades, tres de nosotras estamos jubiladas, y la que trabaja es la que tiene la casa empeñada ———enumeré seria mientras volvía a sentarse———. Pepi me ha hecho tocar con los pies el suelo. El dinero hay que conseguirlo; eso está clarísimo. Pero también te digo que un banco no va a dárnoslo.

La pobre Quimeta me escuchaba estupefacta, como si cada palabra le quitara algo de ilusión y la devolviera a la realidad.

—Pero ¿habéis preguntado ya en bancos? —quiso saber, intentando calmarse.

—No, Quimeta. No hemos preguntado en ningún banco. Tal y como le he dicho a tu hermana, iremos a todos los que se nos ocurran con nuestras cosas por delante, a hipotecar lo hipotecable ———le narré con calma———. Vamos a intentar hacerlo bien, te lo prometo. Pero si se da el caso, si nadie nos ayuda, no podemos dejar a Elena en la puta estacada, y lo sabes.

—Jamás he dicho que yo fuera a dejar a Elena en la estacada. No digas cosas que no he pronunciado —soltó ofendida.

—Lo sé, lo sé. No estoy diciendo que tú lo hicieras, solo te pido lo que me ha pedido Pepi a mí —le rogué tranquila mientras ella seguía mirándome como si yo fuera un fantasma—. Tenemos que ser realistas. Si el banco no nos ayuda, no podemos ir robando a nadie ni atracar ninguna joyería, y tampoco podemos dejar el tema como está. Debemos entrar en juego, y si el plan de tu hermana es el único y es factible, lo llevaremos adelante.

—Juli, antes de hacer cualquier locura, vamos a todos los bancos,

a todas las casas de crédito, financieras, abogados; si no, volveremos a hablar de esto. ———Se rindió ante mis argumentos———. Y si no quedara más remedio, ya nos apañaríamos. No avancemos acontecimientos, que mi hermana va a venirse arriba y me va a meter una plantación en el lavabo.

El comentario de Quimeta me hizo reír, y mi carcajada a ella, sacándole una de esas risas de gallina clueca que contagiaban al personal.

—De acuerdo, Quimeta, lo haremos todo bien y en orden —acepté, aun sabiendo que no funcionaría—. Primero iremos a los bancos y financieras y a todo lo que se nos ocurra, y si no da resultado, le daremos alas a la loca de tu hermana y que sea lo que Dios quiera.

—No puedo creer que estemos valorándolo siquiera —dijo, dándose aire con la mano. Estaba visiblemente sofocada. Miraba a su alrededor como si solo hablar de ello fuera ya delito.

—Primero veremos si alguien nos deja el dinero, Quimeta. Si no, pues eso ———resolví, refiriéndome a nuestro plan B———. ¿O dejamos que le quiten la casa a Elena?

—Ni hablar —sentenció, segura de sí misma—. Pero no puedo creer que estés pensando en convertirnos en traficantes de grifa... —comentó en un susurro mientras miraba de reojo al personal de la cafetería.

—Solo si falla lo de los bancos —le aseguré para tranquilizarla y evitar que le diera un infarto.

Quimeta asintió sonriendo. Habíamos llegado a un acuerdo. Menos mal.

CapítulO 4

Los chupópteros

Elena seguía ingresada, pero con muy buen pronóstico. En los días siguientes, suponíamos que veríamos el alta. La convencimos de que, para cuando eso sucediera, viniera unos días a mi casa. Pepi y Quimeta estuvieron de acuerdo desde el primer momento en el que propuse la idea. Habíamos limpiado ya los rastros de aquel fatídico día de la casa de Elena, pero ninguna de las tres la veíamos capaz de estar aún a solas con sus pensamientos. Y, por qué no decirlo, teníamos muchísimo miedo de que repitiera otro intento, aunque no habláramos de ello.

Durante esos días, las tres íbamos turnándonos en el cuidado y compañía de Elena en el hospital mientras los médicos decidían si darle el alta o no. La valoraban psicológica y físicamente. Decidimos que Pepi se quedaría con ella casi todos los días mientras que Quimeta y yo íbamos de banco en banco, con una bolsa del Mercadona repleta de papeles y documentación. Cuando nos recibían en algunos, y a duras penas, era para pedirnos más papeles y decirnos, antes de efectuar cualquier estudio económico, que la operación era imposible, ya fuera por edad, por avales o por la cantidad solicitada. Había directores de entidades que, al ver a dos abuelas de barrio cogidas de un brazo y con una bolsa de plástico llena de papeles en el otro, se negaban a atendernos. Eso fue lo que más le dolió a Quimeta: la negativa a escucharnos siquiera.

—Pero ¿cómo es posible? Justo aquí tengo cita previa —protestó ante la señorita, quien nos informó de que el director de esa caja no iba a recibirnos.

—Al menos, que nos atienda un gestor —reclamé yo.

—Todos nuestros gestores están ocupados —nos dijo la muchacha con poca o ninguna gracia—. Lo sentimos, pero ahora mismo no podemos atenderlas.

—Yo tengo una cita previa, así que tenéis que hacerlo —le exigió

Quimeta, imponiéndose.

—Mi amiga tiene razón ———la apoyé—. Llevamos esperando esta cita cerca de una semana, y nos urge plantear una operación económica —le expliqué.

—¿Y podría saberse qué operación? —nos preguntó por fin la chica, pareciendo que tenía algún tipo de interés en lo que necesitábamos.

—Querríamos pedir un préstamo —le contesté solemne.

La chica negó con la cabeza y nos pasó a un cubículo que sin lugar a duda era el de ella. Con un gesto, ofreció que nos sentáramos. Quimeta y yo nos miramos sonriendo, aunque equivocadas, creyendo que alguien quería ayudarnos por fin.

—¿De qué importe estamos hablando? —nos preguntó la muchacha mientras miraba la pantalla del ordenador y movía el ratón.

—De trescientos diez mil euros —dijo Quimeta tras un gran suspiro—. Pero antes de que digas que no, quiero que sepas que tenemos avales ———se adelantó, sin esperar la negativa.

La chica nos miró, negando de nuevo, mientras yo rebuscaba en la bolsa de plástico nuestras escrituras, certificados de la pensión y todo aquello que pensábamos que podría hacernos falta.

—Es una cantidad muy elevada de dinero, señoras —nos indicó; no sé si con pena o con burla bien disimulada.

Quimeta le extendió los papeles que habíamos estado buscando en las bolsas ante su mirada inquisitiva. La chica los cogió y los hojeó por encima.

—Tenemos una deuda sobre la casa de una de nosotras. Si la pierde, se quedará sin nada —le expliqué de una manera para que pudiera entender la gravedad del asunto—. Si no nos dan el dinero, mi amiga perderá su casa y su modo de vida.

La muchacha nos examinó unos instantes, cambiando su mirada. Diría que entendió la situación, y creo que se compadeció de nosotras.

—Siento mucho lo que está pasándoles —comenzó con aire profesional. Sin embargo, en su voz había un tono de pesadumbre—. Pero no vamos a poder hacer nada para ayudarlas. Yo recogeré todos sus papeles y solicitudes, los elevaré al estamento que hacen los Estudios Económicos, pero lamento decirles que, seguramente, al ver su edad y avales, no seguirán adelante con el estudio.

—Estás diciendo que no vais a darnos el dinero —dejó en claro Quimeta, seria y educadamente.

—Lo siento, pero es así, y no depende de mí —manifestó ella, entrelazando las manos sobre la mesa e inclinándose levemente hacia nosotras—. Si dependiera de mí, intentaría hacer todo lo posible, pero les ahorro tiempo diciéndoles que no van a pasar ni el primer estudio. Si tienen alguna otra idea, la venta de alguna propiedad, algún conocido o familiar, o quizá una propuesta que yo desconozca, tal vez sería el momento de ponerla en marcha —expuso con sinceridad. Supongo que la cara de Quimeta y la mía eran un poema, pues la chica nos contemplaba ya con aire de pena—. Puedo hacerles un papel para presentar al fondo de inversión que les pide el dinero, conforme estamos iniciando un estudio económico ———nos ofreció, moviendo los papeles de un lado a otro———. A ver si así les dan un poco de tiempo para poder pensar en algo.

—Nos gustaría mucho tener ese papel, hija —aceptó Quimeta con desidia—. Probaremos presentarlo y así ganar tiempo, como tú dices.

La muchacha se levantó de su silla y se fue hacia otro despacho, quizá para hacer alguna fotocopia o el informe en privado.

—¿Ves como no van a dejarnos el dinero? —azucé a Quimeta, sin que esta se atreviera a mirarme. Sabía de sobra lo que estaba pensando.

—No es el único banco —argumentó, acomodando la bolsa de papeles en su regazo—. Probaremos en más.

La respuesta que obtuve de Quimeta hizo que yo enviara un resoplido al aire y una mirada a la nada mientras negaba con la cabeza. Llevábamos ya un montón de bancos visitados, y todo eran negativas y malas caras. Me dolía la cabeza de oír las mismas excusas. Esa semana había sido una auténtica pesadilla. Y como si las palabras

de aquella muchacha se tratasen de una premonición, nadie nos hacía caso. Éramos invisibles. O peor, éramos viejas.

Recurrimos a financieras. Muchas de ellas valoraban dejarnos el dinero por un interés que no podríamos pagar ni las cuatro juntas. Las financieras más aceptables nos recogían copias y copias de papeles, explicándonos que ya recibiríamos alguna carta informándonos del resultado del estudio económico. O un email de esos. Llevaba la dirección de correo electrónico de mi hija Patricia apuntada en el móvil, y ella lo revisaba cada día, aunque sin respuesta. No quería molestar a Ana en su estado, aunque cada noche la llamaba para saber cómo se encontraba.

Los días iban pasando y Elena mejoraba. Ya la habían visitado los psicólogos del hospital por el protocolo del suicidio y le habían dado citas previas para, en el momento de tener el alta, poder hacer un seguimiento psicológico. Mientras tanto, a escondidas, las hermanas y yo buscábamos un arreglo que no llegaba, luchando a contra reloj para poder tener una solución antes del día del alta de Elena.

Pero el día del alta se acercaba y, en cambio, la dichosa solución, no.

Elena estaba bastante animada pensando en salir del hospital e ir unos días a mi casa, tal y como habíamos acordado. En el fondo, sabíamos que no quería estar sola. Pepi luchaba contra la idea de recurrir a las financieras, bancos, cajas de ahorro y casas de crédito, mientras que Quimeta batallaba contra la imagen de volvernos unas traficantes de droga. Lo de la marihuana nos había calado hondo, y Pepi, por su parte, no dejaba de explicarme que estábamos complicando algo muy sencillo. Cada una, por su lado, estaban volviéndome loca, y la verdad era que ya no sabía qué hacer ni qué pensar. A todo esto debíamos sumarle la maternidad de mi hija, la desidia de mi hijo y los propios pensamientos que me inundaban, todo ello junto a ratos. Creía que me ahogaría.

Fueron unos días difíciles, de nervios y de muchísima frustración al reconocer que nadie estaba dispuesto a ayudar a cuatro abuelas. Era crudo, era feo, pero era así. A nadie le importaba un bledo, y eso había empezado a calarme. Sentía que el mundo iba en nuestra contra, que los fondos buitres que le pisaban los talones a Elena no iban a

darnos ningún tipo de cuartel, que ningún banco iba a apostar por nosotras, que aun trabajando toda la vida y juntando todos nuestros ahorros, no teníamos ni un tercio de lo que nos pedían. La búsqueda de la solución estaba afectándome, apenas podía dormir, y no pensaba en otra cosa que en las locuras que había dicho Pepi hacía ya casi dos semanas.

El día antes del alta de Elena, las enfermeras nos pidieron que la dejáramos durante la noche sola, ya que el psicólogo quería ver su reacción estando unas horas sin compañía. Nos aseguraron que estaría vigilada. Por otro lado, nosotras, con más miedo que otra cosa, aceptamos la recomendación médica, deseando que fuera al día siguiente para ir a buscarla y traerla por fin con nosotras. Las chicas y yo la cuidaríamos como se merecía.

Esa noche decidimos cenar las tres en mi casa, puesto que todas estábamos muy nerviosas a la espera de la reacción de Elena. Ella se quedaría a solas durante unas horas después de haber estado casi dos semanas en nuestra permanente compañía, y tendría que enfrentarse a la soledad.

—Todo irá bien, ¿verdad? —preguntó Quimeta, ya sentada en la barra de mi cocina, con una copa de vino blanco que habíamos abierto para celebrar la próxima alta.

—Claro que irá bien —le aseguró su hermana, anticipándose a mi respuesta. Sorbí de mi copa de vino en silencio y sin mirarlas—. ¿Qué te pasa, Juli? —me preguntó Pepi al ver que no participaba en la conversación.

—Pues que no sé cómo decirle a Elena que no tenemos solución a lo de su deuda —expuse suspirando y diciéndolo de un tirón. Creí que soltándolo rápido sería más fácil.

—Ahora que estamos las tres... —enunció Pepi, inclinándose en la barra de mi cocina mientras sujetaba la copa y nos contemplaba, intentando captar nuestra atención—. Ya sabéis cómo pienso, ya sabéis de dónde podemos sacar un dinero fácil, y también que tenemos poco tiempo.

Miré a Pepi como quien mira a un alien. Hacía días que no soltaba ni una de sus palabrejas y hablaba como una auténtica

mafiosa.

—Y dale con la marihuana —farfulló su hermana, dejando la copa de mala gana en la barra y levantándose del taburete—. ¿Quieres que vayamos a la cárcel? Porque eso es lo que va a pasar. No tenemos ni puta idea de cómo conseguir las semillas, así como tampoco de cultivarlas, tratarlas y distribuirlas. Pon los pies en el suelo, Pepi. Seguramente, Elena va a acabar perdiendo todo lo que tiene —terminó, seguido de un sollozo.

Escuché cada una de las palabras que dijo, pensando que tenía razón: Elena iba a perder todo lo que tenía.

—¿Y ya está? —repitió su hermana—. Quiero que veáis una cosa. —Esas palabras fueron las que me devolvieron a la realidad, y ambas, como si hubiéramos visto un fantasma, miramos a Pepi—. Pero no quiero que me hagáis ninguna pregunta hasta que lo veáis. —Quimeta y yo asentimos, ya que nos podía la curiosidad—. Pues vamos.

—¿Vamos? ¿Adónde? —pregunté, frunciendo el ceño. No tenía ni idea de lo que estaba hablando.

—He dicho que nada de preguntas —me contestó como una auténtica mafias.

—Pepita... —pronunció Quimeta a modo de desaprobación mientras nos poníamos las chaquetas para salir de mi casa.

Pepi se limitó a mirarla, sin decir palabra alguna. A los pocos minutos estábamos camino de lo que parecía la casa de Elena. Efectivamente, así era. Cuando llegamos al portal, Pepi paró y empezó a rebuscar en su bolso las llaves.

—¿Qué hacemos en su casa? —Ahora era yo quien preguntaba ante el misterio que Pepi había creado a nuestro alrededor.

—Ahora lo veréis. —Sonrió mientras abría la puerta del portal.

Una vez en el interior, lejos de ir a casa de Elena, Pepi abrió la puerta del lateral del portal que daba a la trastienda de la pescadería. Cruzamos la estancia que Elena y Juan habían utilizado antaño para comer algo o tomar un café rápido: un mini office con un microondas,

un lavamanos, un par de cacharros de cocina, una mesilla, dos sillas y una vieja radio. Allí, antiguamente, merendaba Juanillo.

Pepi encendió las luces, lo que hizo que regresara al presente.

—¿Qué quieres que veamos? —habló su hermana, haciendo alarde de la poca paciencia que tenía.

Por su parte, Pepi no dejaba de sonreír. Abrió la puerta de la cámara, donde Elena guardaba el género de la tienda, que evidentemente estaba vacía y apagada desde que pasó aquello.

La boca se me abrió tanto que creo que mi barbilla rozó el suelo.

Había un montón de macetas de color negro, grandes y enormes, de las que asomaban unos pequeños esquejes tiesos y de color verde. Parecía una siembra, por lo menos cincuenta macetas o más. También pudimos ver un sistema de ventilación e iluminación digno de un profesional, focos, extractores de aire y tubos corrugados. Había de todo.

—¿Esto es lo que yo creo que es? —se escandalizó Quimeta, poniéndose las manos en los ojos—. ¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Creo que va a darme algo! —bramó, girándose sobre sus talones y ventilándose el rostro con la mano.

—¿Esto lo has hecho tú, Pepi? —dije yo, sorprendida por el trabajo que había realizado—. ¿Tú sola?

—Sí, hija, sí, yo sola —me contestó ella la mar de orgullosa—. Con un memorial de esos de Fistranet, he podido hacerlo.

Le devolví la mirada a Pepi como quien mira a un fantasma. Una señora de sesenta y tres años había elaborado una plantación interior de marihuana tirando de tutoriales de Internet.

—Estoy impresionada —la halagué ante su sonrisa.

—Pero ¡¿os habéis vuelto locas?! —gritó Quimeta, yéndose de la puerta de la obra de arte de Pepi—. Yo no pienso participar en esto —concluyó muy seria.

Pepi la miraba sin decir nada. Era evidente que estaba enfadada. Y mucho.

—¿Y tú qué dices, Júlia? ¿Tú tampoco piensas participar en esto? Porque yo, con o sin vosotras, voy a sacar a Elena de esta mierda de lío —habló imperante—. Quimeta, tú misma has dicho que Elena va a perderlo todo —añadió en un tono más calmado—. Mientras vosotras ibais de banco en banco recogiendo las negativas que sabíamos que íbamos a recibir, me he dedicado a informarme de cómo plantar la dichosa planta y cuidarla... Y, ¿sabéis?, no es tan difícil. Tenía un dinerillo que me he gastado en los focos, en las ventilaciones y en alguna herramienta. —Nos enumeró todo aquello que había estado haciendo mientras no estaba con nosotras ni con Elena—. ¿Y sabíais que las semillas pueden comprarse en un show show?

—En un grow shop —la corregí, delatándome—. No me miréis así, también he estado leyendo algo —les reconocí.

—¿En serio? —me preguntó Quimeta, quien no daba crédito a lo que estaba oyendo—. ¿Tú también, Juli? Te creía más cabal —me reprochó, recuperándose del shock en el que estábamos metiéndola su hermana y yo—. ¿Y tú, Pepi? ¿Cuándo has montado esto?

Por fin una pregunta de la que quería saber la respuesta.

—Los psicólogos aconsejaban que tenía que pasar algunas horas a solas —comenzó Pepi—. Tenía que hablar con ellos, hacer algún tipo de terapia. Casi siempre coincidía con mi turno en las mañanas, cuando vosotras dos ibais a los bancos, así que durante esas horas he aprovechado el tiempo. ¿Sabéis que con los vatios, con la tierra y el espacio adecuados, cada planta puede dar bastantes gramitos? —justificó mientras negaba con la cabeza—. Esta especie es Buddha Magnum Auto, y otras, Big Devil XL, que tardan entre setenta y ochenta días en producir, y su cultivo puede ser de hasta seiscientos gramos por planta si todo va bien. Estas macetas son de un metro cuadrado de tierra, para que así el cultivo sea ideal. Hay que cuidarlas, darles luz, que vayan creciendo y mimarlas para que crezcan bonitas y nos den mucha mariuna. —Quimeta permanecía en silencio; creo que estaba dándole un infarto o algo así. Por mi parte, estaba tan flipando que, si tenía dudas con la locura de Pepi, ya no había vuelta atrás—. Tenemos cien plantas —terminó orgullosa.

—¿Aquí hay cien plantas? —quise saber, mirando a mi alrededor y convencida de que no las había.

—No, aquí no hay cien plantas; aquí tenemos setenta, por eso ocupan tanto, cámara y trastienda. —Eché un vistazo, dándome cuenta de que parte de la trastienda estaba invadida por una enorme cortina oscura que Pepi señaló—. Hay sitio de sobra. Eso es un invernadero —aclaró nuestra duda cuando observamos las cortinas que había señalado.

Asentí con la cabeza. Estaba todo pensado. Y lo más increíble de todo era que lo había recitado sin palabrejas, o casi. Estaba visto que las palabrejas solo surgían de Pepi en un ambiente relajado. O eso creíamos, porque cuando menos te lo esperabas, te soltaba una.

—¿Por qué dices cien, entonces? —le pregunté.

—Porque en el huerto de mi padre, ese al que no vamos nunca que limpia ese muchacho de vez en cuando a cambio de cincuenta euretes, ese, que está completamente vallado, he plantado treinta más. Y, señoras, las plantas de exterior pueden llegar a dar hasta dos kilos de mariuna —nos explicó, orgullosa de sus estudios marihuaniles.

—Pero ese terreno está como a una hora de aquí —apuntó extrañada su hermana—. ¿De verdad has plantado marihuana donde papá plantaba tomates?

Pepi sonrió.

—Si padre hubiera sabido lo caro que se pagan los hierbajos estos de fumar, los habría plantado él —sentenció Pepi, haciéndome reír.

—Pero podemos meter a Elena en un lío —nos advirtió Quimeta, empeñada en ser la voz de la cordura—. Es su casa. Por no hablar de la luz que consumirá esto.

—Eso también está arreglado —continuó, sorprendiéndonos—. Os haríais cruces si supierais la de gente que está enganchada a la luz.

—No quiero saber nada —repitió su hermana una y otra vez, tapándose los oídos de vez en cuando—. Podemos meter a Elena en un lío en vez de ayudarla.

—Si algo pasa, asumiré toda la responsabilidad —aseguró Pepi ante nuestra escéptica mirada—. Si esto sale bien, de las plantas interiores podríamos sacar unos cuantos kilos, y de las de exterior, otros tantos. Muchos. Eso, vendido a veinte eurillos la bolsita de cinco gramillos, hacen muchos miles de euros; según mis cuentas, suficientes para la deuda de Elena. O al menos parte. Qué sé yo. —Quimeta y yo nos miramos, haciendo cuentas en silencio—. ¿Qué? ¿Me ayudáis? ¿O pasáis? Yo no encuentro otra salida. No sé vosotras.

—Cuenta conmigo —le dije, cogiéndole la mano—. Perdona por haber dudado tanto de ti —me excusé, a lo que ella me respondió con un abrazo—. Quería hacer las cosas bien, pero por lo visto la sociedad no ve con buenos ojos dejarles dinero a unas abuelas para salvar su casa —sentencié rabiosa.

—Pues ya que nos ven con malos ojos —habló Quimeta—, que sea por algo. —Nos abrazó, uniéndose a nuestra locura.

—¿Sabéis que voy a ser abuela? —le dije, recordando la noticia que me dio mi hija.

—¿En serio? ¿De Ana? —me preguntó Pepi mientras apartaba el abrazo momentáneamente.

—Sí, y mellizos. —Cerré los ojos, dándole vueltas a lo que pensarían mis hijos si supieran algo de todo aquello. Aún no les había comentado nada, por increíble que pareciera—. Todas para una...

Nos abrazamos más fuerte, sin hablar, sabiendo cada una la respuesta. No podíamos fallar.

Capítulo 5

Conociendo a maría

Después de la ansiada alta, tal y como habíamos planeado, Elena vino a vivir conmigo unos días. Eso nos daba vía libre para seguir criando las dichosas plantitas en su casa mientras la pobre no tenía ni idea de lo que pasaba a su alrededor.

Íbamos, veníamos, entrábamos, salíamos, y lo que más me dolía era que la excluíamos. Nunca habíamos tenido ningún secreto entre nosotras hasta ese momento, y desde que salió del hospital, todo eran cuchicheos entre el resto de nosotras, reuniones en la cocina, miradas furtivas, wasaps misteriosos... No hacía falta ser un genio para saber que algo pasaba a sus espaldas. Ella lo sabía y la entristecía.

Mientras tanto, el papeleo para suspender la ejecución de la hipoteca y meternos en juicio lo llevaba el hermano de Óscar, Damián, quien era abogado. Óscar salía a veces con mi hija Patricia, y ejercía de chófer mientras pagaba su carrera de Derecho para poder trabajar en el bufete de su hermano cuando la acabase. Era un estudiante ejemplar, pero tardó en madurar y centrarse. Creo que tuvo una adolescencia un poco movida, aunque Patri nunca me había hablado de ello.

Las plantitas habían crecido una barbaridad y ya las teníamos con hojitas. Las cuidábamos con mimo, tal y como nos explicó Pepi que debíamos hacer, echándoles sustratos y líquidos que compraba ella en varios grow shops para no levantar sospechas. Pepi las cuidaba de maravilla; les ponía hasta música y les cantaba. Según ella, les encantaban los pasodobles, así que, mientras las regaba, les ponía Manolo Escobar, entre otros. ¡Qué tía! Yo no sé si les influía, pero lo que sí sé es que, si era verdad, iban a salir unas hierbas la mar de salerosas.

Con las semanas, nos enteramos de que la mayoría de las cosas las había comprado por Internet, como las semillas, los focos y demás enseres, desde un locutorio para así no dejar rastro. Si es que, a pesar

de darle unas patadas al diccionario como camiones, la jodía era muy apañá. Al final, en algún grow shop físico había comprado muy pocas cosas.

Entretanto, la barriga de mi hija iba creciendo, con los mellizos llenos de salud.

Por otro lado, las plantas del terreno estaban tan grandes que a veces teníamos miedo de que se vieran desde fuera, aunque, gracias a Dios, a aquel páramo casi intransitable no iba casi nadie ya. Pero era ese casi lo que nos tenía preocupadas. Aún quedaba algún remoto huerto. Sin embargo, por sus pintas, parecía que no los frecuentaban.

Íbamos a diario dos de nosotras para verlas, regarlas y vigilarlas. Pepi las acariciaba y las besaba a la par que les hablaba, mientras la que iba con ella vigilaba los alrededores. Un poema vernos, vamos. Entrábamos en las plantaciones como si estuviéramos en una misión de secreto de Estado, con llamadas por WhatsApp, ya que, según Quimeta, era más seguro que las de línea. Solo nos faltaba hablar en clave. Que no estaba quitao.

Fue en la cena de un día cualquiera cuando Elena no pudo más. Estábamos las cuatro en mi casa, para variar, ya que, en las últimas semanas, por no decir meses, no coincidíamos juntas por culpa de los cuidados de nuestras mariunas, como seguía llamándolas Pepi, o marietas, como les decía Quimeta.

—Por fin nos sentamos todas —pronunció Elena molesta, removiendo los guisantes de su plato con el tenedor, sin mirarnos siquiera.

—Y que lo digas —le quité hierro al asunto, observándola de soslayo.

—¿Qué habéis estado haciendo tan ocupadas? —Elena, para nuestra sorpresa, fue al grano.

El resto nos miramos entre nosotras.

—Muchas cosas —se adelantó Pepi con una frase que no tenía sentido.

—¿Qué cosas? —insistió Elena.

—Hemos estado yendo a bancos, casas de crédito y financieras para saber si la deuda de tu casa podría solucionarse —habló Quimeta con tono tranquilo.

Elena asintió con la cabeza.

—¡Creía que no teníamos secretos entre nosotras! —Se levantó de la mesa, airada, dejándonos estupefactas.

—No te pongas así, mujer —le pidió Quimeta, sin éxito. Yo también me levanté y me puse a su lado.

—Me voy a mi casa —dijo Elena firme—. No quiero estar donde no se confía en mí —pronunció, mirándome dolida.

—Espera, Elena —le rogué, entendiéndola—. Vamos a explicártelo todo.

Dejamos los platos sobre la mesa y nos sentamos en el sofá, alrededor de la mesilla de café elevable que tenía frente al televisor.

—Eso espero —dijo impaciente.

Nos miraba intranquila, esperando una explicación por todo aquel secretismo que teníamos a su alrededor.

Nadie hablaba, así que continué yo:

—Elena, nadie nos da el dinero que hace falta —comencé sin rodeos—. Ni bancos, ni financieras ni nadie.

Sus ojos intentaban no llorar, pero poco le duró el intento.

—Sé que voy a perderlo todo —sollozó—. Pero no pasa nada, ya me las apañaré. —Se limpió las lágrimas con una servilleta de papel.

—¿Qué es eso de que vas a perderlo todo? Tú no vas a perder nada —le dije, convencida de mis palabras—. El hecho es que hemos encontrado un plan B —le aseguré sonriendo.

—¿Un plan B? —Me miró extrañada ante mi explicación.

—Sí, un plan B, pero no estoy segura de que te guste —le contesté, dándole vueltas a eso de que habíamos pensado en ser narcotraficantes.

—¿Es lo que estabais tramando estos días? ¿Los cuchicheos, los secretos? ¿Esas cosas tan raras que habéis estado haciendo? —preguntó la pobre, atando cabos.

—Sí, era por eso. No queríamos que te enterases porque no queríamos preocuparte. De hecho, no sé cómo explicártelo —me sinceré ante su inmensa sorpresa.

Elena se apartó de mí a una distancia prudencial para contemplarme con perspectiva y cierta extrañeza.

—¿Cómo que no sabes cómo explicármelo? Explícamelo y ya está. Sea lo que sea lo estáis haciendo por mí, yo quiero ayudar. Sé que me equivoqué. —Sollozó levemente—. Sé que jamás debí tomarme esas pastillas, el alcohol. Sé que no estaba sola, sé que estabais a mi lado, pero por un momento me rendí. —Hablaba con pesadumbre, cabizbaja, diría que con vergüenza, mirándose las manos entrelazadas en el regazo—. Pero eso no va a volver a pasar, así que ya estáis explicándome ese maldito plan B por loco que sea —concluyó firme, mirándonos de nuevo.

—Mira si es loco que ha sido idea de Pepi —intervino Quimi, haciéndonos reír.

—¡Madre mía!, que Dios nos coja confesados. —Se santiguó ante nuestras risitas nerviosas—. Pero, venga, chicas, explicadme.

—Para eso hace falta vino. —Quimeta se levantó a por la botella y cuatro copas. Cuando regresó, nos sirvió a todas—. Ahora sí. Empieza, Juli, empieza ———me indicó.

Elena volvió la atención a mí, esperando una explicación, y la verdad es que no sabía ni por dónde empezar.

—Hemos pensado qué es lo más fácil para recaudar el dinero que nos hace falta. —Comencé a sudar, a la espera de su reacción—. Bueno, la verdad es que...

—¡Por el amor de Dios! ¡¿Es que habéis atracado un banco?! —se desesperó Elena.

—No, mujer. —Solté una risita nerviosa—. La verdad es que hemos pensado en vender droga —solté al fin.

Elena se quedó perpleja, mientras el resto lo hacíamos entre nosotras. De repente, sonó una carcajada de Elena, quien se inclinó hacia delante para seguir riendo.

Al principio, la reacción nos pareció graciosa, pero al ver que la carcajada se convertía en un ataque de risa, el tema ya no tenía tanta gracia.

—Bueno, ya está bien —habló ofendida Pepi.

Elena se quedó estupefacta.

—Pero ¿es que va en serio? —Nos señaló levemente mientras ponía cara de alucinada.

—Y tan en serio —resolvió Quimeta, terminándose la copa de vino—. Mira, Elena, lo hemos probado todo, incluso hemos tasado nuestras propiedades, y ni así llegamos.

Ella nos observaba con los ojos muy abiertos y cara de espanto.

—Todo empezó porque vimos una bolsita de mariuna del Rebotísimo —intervino Pepi, comenzando a relatar la escena en la que encontramos la marihuana de mi hijo Éric—, que confundí con órdago.

—Orégano —la corregí—. La confundió con orégano. Le expliqué que era marihuana y que esa miseria de bolsita valía veinte euros. —Por fin me envalentoné—. Fue entonces cuando tu prima Pepi decidió hacer cuentas.

Elena atendía a la explicación como si fuera un robot, sin expresión y asintiendo con la cabeza mientras nos miraba según cogíamos el turno de palabra.

—Al principio me negué —habló entonces Quimeta———. Pero

viendo el desastre de nuestras visitas a los bancos y las pocas posibilidades de encontrar el dinero para la pescadería —explicó mientras rellenaba las copas de vino de nuevo, excepto la de Elena, que creo que estaba tan alucinada que no podía ni beber—, no íbamos a permitir que ese fondo buitre se quedase con la casa de nuestra amiga —finalizó, terminando de rellenar la copa.

—Sé que no tenemos mucha idea de este mundo —dije, atrayendo la atención de la pobre y alucinada Elena—, pero Pepi se ha puesto las pilas y se ha enterado de todo, de cómo se hace y demás. —Para entonces, la que bebía vino era yo para poder confesarle la ubicación de la plantación—. Sin embargo, hay una cosa más de la que quiero hablarte, además del narcotráfico y todo eso...

—¿Hay más? —preguntó la pobre Elena, sin pestañear.

—Solo un detalle más —continué—. La plantación está en tu trastienda y en el terreno que tu tío les dejó a ellas.

Hala, por fin lo había soltado. ¡Y qué a gusto me había quedado!

Miré a Elena, quien no decía nada.

—¿Estás enfadada? —le preguntó Pepi, atrayendo su atención.

—¿Enfadada? —repitió Elena sonriendo—. Mis amigas, mis mejores amigas, no solo están a mi lado cuando intento quitarme la vida —las tres nos miramos, ya que era la primera vez que lo verbalizaba así—, sino que además están dispuestas a vender sus casas, a hipotecarse, a transformarse en traficantes por mí... —se enorgulleció mientras las lágrimas empezaban a brotarle.

—Elena, tienes una plantación ilegal de marihuana en casa —le recordó la aguafiestas de Quimeta. Sorbió de su copa, y como la terminó y no había más vino, cogió la de Elena para seguir bebiendo y ayudar a pasar eso de que éramos traficantes.

—No es solo una plantación —dijo, tomándonos de las manos—. Es nuestro plan B. —Sonrió—. No tenéis por qué meteros en este lío por mí —manifestó emocionada.

—Pues claro que sí. —La abracé, sintiendo que podía hacer algo

que no hice anteriormente para evitar todo lo que había sucedido—. Haría lo que fuera por ti. —La estreché entre mis brazos—. Por cualquiera de vosotras. —Las miré. Pepi me acarició la espalda, emocionada, y Quimeta me sonrió—. Y estoy segura de que vosotras también haríais lo que fuera por mí.

Todas asintieron.

—Pero ¿esto va en serio? ¿Vamos a vender marihuana? —dijo Elena incrédula, apartándose de mi abrazo.

—Por supuesto —sentenció orgullosa Pepi—. Y bien hermosas que las tenemos. Seremos las Narcoabuelas —nos bautizó, haciéndonos reír.

—Pero es que ni siquiera sé cómo es —se sinceró Elena.

—Ni yo —secundó Quimeta.

—Esperad. —Salí del comedor, fui al dormitorio de Éric y cogí una de sus famosas bolsitas de la mesilla de noche: la primera, marcada en rotulador como «LSD25». Negué con la cabeza al ver que tenía dos más y que había un fuerte olor a humo en toda la habitación. Al salir, cerré la puerta tras de mí—. Esto es marihuana —le dije, lanzándole la bolsita a Elena, quien la cogió al vuelo—. Aunque la recordaba más verde —le expliqué, mirando el color morado que parecía tener la hierba seca.

—¿Esto? —preguntó al ver la bolsita rellena de hierba—. ¿Y esto qué vale?

—Esa mierdecilla, veinte euros más o menos —dijo Pepi mientras Elena la observaba. Después se la pasó a Quimeta para que la inspeccionara.

—¡Madre mía! —se escandalizaron ambas al unísono, como si lo hubieran ensayado.

—¿Qué tendrá esta mierda? —Elena alzó la bolsita, estudiándola —. ¡Pero si está más cara que la merluza, por el amor de Dios!

—Sí, sí, es verdad, la merluza y el salmón están intocables —

resolvió Quimeta.

—¿Por qué esto es tan caro? —preguntó Elena sin dejar de examinarla, volviendo a la dichosa hierba.

—Pues no lo sé —concluí—. Pero si vamos a venderla, tenemos que probarla. Trae tu tabaco, Pepi —le pedí.

Ella me obedeció sin dejar de sonreír mientras las demás me miraban como si estuviera loca.

—¿En serio, Juli? —me preguntó Elena—. Pero si no nos hemos hecho un porro de esos en la vida...

—He visto cómo lo hace Éric. Solo lo mezcla con tabaco y lo lía —resolví.

Antes de que pudiéramos pensar qué estábamos haciendo, Pepi ya estaba confeccionando un porro.

—¿Cuánto le hecho? Toda no me cabe —dijo, muy atareada.

—Un poco, yo qué sé. —Esa vez fue Quimeta la que habló, mirando con atención a su hermana, quien, muy concentrada, mezclaba la hierba con el tabaco.

Y allí estábamos, cuatro señoras respetables de sesenta y tantos, haciéndonos un porro de marihuana robada del Rebotísimo. Si me lo hubieran contado, no me lo habría creído nunca.

—No pienso probarlo —se negó Quimeta.

—Más para nosotras —se jactó su hermana, y pasó la lengua por el papelillo del porro para cerrarlo—. Ya está. —Nos mostró su obra de arte.

Las cuatro nos quedamos allí, mirando el canuto como si fuera un Dios o algo así.

—¿Estáis seguras, chicas? —nos preguntó Quimeta mientras Pepi lo encendía y le daba una calada.

—Claro que sí —dijo con convicción Elena. Le pidió el pitillo a

Pepi, quien aún lo saboreaba, sonriendo.

—Los narcos no consumen su droga ———aseguró Quimeta, sin mucho éxito de ser escuchada.

—Claro que la prueban. Lo he visto en las películas, cuando se meten un poco en la boca o por la nariz —contradijo Pepi a su hermana—. Y nosotras no somos narcos. Somos señoras vendiendo aliño para cigarrillos. Como mucho, las Narcoabuelas.

—Y dale con lo de abuelas —la regañó su hermana mientras la miraba aspirar humo del cigarro que habíamos hecho—. No somos tan viejas, coño.

Pepi se lo pasó a Elena, quien le dio una buena calada y me lo tendió. Lo observé durante unos segundos, pensando en qué dirían mis hijos, pues iba a ser abuela. «¡Ay, madre! A estas alturas y yo fumando grifa». No hice mucho caso a ese pensamiento y seguí a lo mío, ya que la curiosidad en realidad estaba matándome, así que le di una calada no muy generosa. Tosí con fuerza.

—Si no puedes con tus enemigos..., únete a ellos —rio Quimeta tras una de sus frases. Después cogió el cigarro que le ofrecí, le dio una calada larga y expulsó el humo en forma de O de manera muy elegante.

El porro volvió a dar la vuelta por el particular corro, pero esa vez no fumé. Estaba mareándome. Sin embargo, empecé a reírme con fuerza. No me había fijado en la narizota de Quimeta. La veía extraña, deformada. No era muy normal. Y qué ojos más chicos, ¿no?

Pepi empezó a reírse a carcajadas también. Comenzó a quitarse la ropa, hasta quedarse en sujetador y bragas, asegurando que hacía mucho calor, y empezó a bailar lentamente mientras se daba aire con un abanico que cogió de la vitrina del mueble de mi comedor, uno de esos recuerdos de vete a saber dónde.

Quimeta estaba a un lado de ella, mirándola, preguntándole por qué había dejado de ser monja y si los rumores que corrían sobre ella eran ciertos. Todo aquello mientras sujetaba una copa medio vacía en la mano y la observaba como si ella fuera una bola de cristal de esas de las pitonisas. La duda sobre el abandono de los hábitos de Pepi

corroía al grupo desde hacía décadas y jamás había soltado prenda.

Elena puso música en el tocadiscos de mi comedor y buscó viejos éxitos entre mis vinilos, con un pañuelo anudado en la cabeza. Elevó el tono de la música más de lo que se debería. Pepi comenzó a bailar al son de viejos éxitos de los 70 mientras DJ Elena la azuzaba a voz en grito:

—¡Menea las caderas, nena!

Pepi bailaba, con los ojos cerrados y dejándose llevar.

Yo me uní a ellas bailando, obviando que mi mareo me llevaba de lado a lado. Creo que en ese momento me pareció buena idea cerrar los ojos y dejarme llevar también por la música. Mi cuerpo volaba, así que abrí los brazos, sintiendo que sí, que podía volar, que no había nada más que yo y esa música flotando a mi alrededor. Podía sentir las notas. El sonido era lejano, nada me importaba. Quería volar como las palomas que veía desde hacía un rato posadas sobre lo alto del mueble de mi comedor. Esas afortunadas palomas que hacían lo que querían sin ser juzgadas. Esas palomas que habían traspasado los cristales de la ventana, sin saber cómo, y que nos miraban mientras cuchicheaban contentas, dándose codazos con las alas y señalándonos con una sonrisa de aprobación.

En un momento, no recuerdo cómo, ya estábamos sentadas en el sofá. Bueno, más que sentadas, espachurradas.

—¡Dios mío, qué hambre tengo! —gritó a pleno pulmón Pepi conforme se escuchaba, a un volumen más bajo que antes, algún éxito de Camilo Sesto.

—¡Yo también! —chilló Elena, como poseída.

—Vamos a ver qué hay en la nevera —dije, provocando que nos levantáramos las cuatro juntas a inspeccionarla; corriendo, sin saber por qué.

—Coge el chocolate —nos ordenó Pepi

—Los quesitos también, ¿eh? —nos instó Elena.

Quimeta, por su parte, estaba en el mueble de la despensa, arrasando con las patatas fritas y unas latas de berberechos.

—Chicas, sacaré cerveza —ofrecí mientras ellas se llenaban los brazos de comida como si fuera algún tipo de motín para ir al comedor a devorarlo.

En mi casa siempre había helado y chocolate, ya que, además de encantarme a mí, Éric se lo comía de una sentada.

Y allí estábamos. Vaya postal. Tiradas en el sofá, devorando tarrinas de helado mezcladas con chocolate, patatas, berberechos y algún trago de cerveza.

—¡Qué divertido es esto! —exclamó Quimeta, masticando a dos carrillos una mezcla de berberechos y helado de vainilla.

Reímos al oírla, pensando lo mismo.

—Yo no sé vosotras, pero hay que invitar más a menudo a estos gnomos —dijo riéndose a carcajadas Pepi—. ¡Si es que son tan graciosos los jodíos! ¡Mira ese, qué gordo está el tío! —señaló a la nada con la cuchara de helado.

—¡Gnomos, dice! —Elena rio con fuerza—. Pero ¿no ves que son gatos? Y bien grandes y gordos. ¡Mira, mira! Ese gris parece el jefe. Algo está diciéndole al resto. Y, cucha, le hacen caso y todo —dijo Elena, bajo mi estupefacción.

Yo las miré como si estuvieran locas. Lo único que había visto yo era cómo las palomas de delante del patio interior habían traspasado el cristal para entrar en el comedor. Había querido espantarlas antes, pero es que me sonreían, así que las dejé. Qué monas, ahí, hablando entre ellas tan tranquilas, oye.

—Pues yo lo que veo son hombres en pelotas —soltó Quimeta, sorbiendo de su cerveza—. ¡Y no veas qué pilila tiene el negrito!

Todas reímos, sin saber de lo que hablaba el resto. Lo único que sabíamos era que la fiesta de las palomas, los gnomos, los gatos y los estríperes estaba siendo de lo más divertida.

—Yo quiero ver a ese negrito —dijo entre risas Pepi.

—Tú lo que eres es una golfa. Lo has sido toda tu vida —le dijo su hermana riendo, contagiándonos a las demás—. Confiesa que te tiraste al cura del pueblo y por eso te echaron de monja.

Pepi rio.

—Eso son pamplinas. —Sonrió de medio lado—. Nunca me tiré al cura. Era soso y viejo, y muuuu feeeeoooo —canturreó.

—¿Entonces? —preguntamos casi al unísono, ya que era algo que siempre habíamos creído—. ¿Qué hiciste?

Pepi vaciló un instante. Volvió a sonreír, y tras mirarnos con aire interesante, se decidió al fin:

—Pues tirarme al obispo —contestó, soltando una carcajada y contagiándola de nuevo al resto—. Ese sí que estaba para hacerle un buen oficio. —Volvimos a reír, pensando en que, por fin, después de más de treinta años, había confesado su crimen.

Todas reímos, inundando la habitación de sonoras carcajadas. Pepi se levantó y puso en el tocadiscos Manolo Escobar. Enseguida, las cuatro juntas cantamos a pleno pulmón eso de «Mujeres y vino», desentonando totalmente y yendo a descompás.

Después de acabar con todas las guarradas de comer, nos quedamos allí tiradas como pudimos, diciendo sandeces. Empachadas completamente.

—Así que fue el obispo —insistió Quimeta—. Nunca lo habría imaginado. ¿A él lo echaron?

Todas estábamos a la expectativa.

—Qué va, se fue a las misiones a África o yo qué sé —contestó, algo apenada a medida que recordaba—. Quizá, si no se hubiera ido, habríamos tenido un par de obispitos. Quién sabe...

—Todos los hombres son iguales —farfullé—. Mira mi Sebas. Toda la vida juntos, aguantándonos sin separarnos, y cuando

parecíamos estar tranquilos, nos divorciamos — comenté, también apenada. Yo seguía queriendo a Sebas, pero es que juntos nos matábamos. No podía ser.

—Anda que si Juan levantara la cabeza y te viera, ¿verdad, Elena? —le dijo Quimeta a la nombrada, haciéndola sonreír.

—Si Juan levantara la cabeza y viera que esto se vende a este precio, cerraba la pescadería y se metía a narcoabuelo con nosotras — concluyó riendo.

—¡Ay, madre! Somos las Narcoabuelas —dijo Pepi, haciendo que no pudiéramos dejar de reír—. Con una narcoplantación. Y narcoideas...

Todas reímos sin cesar.

—¿Y cómo vamos a venderla? —quiso saber Quimeta.

—En el mercadillo no, desde luego —negué—. Pues a escondidas, en parques y eso que hacen los narcos. Tendremos que ir con cuidado. Os recuerdo que es delito, chicas.

—¿Y si acabamos en prisión? —Por un momento, Elena se asustó.

—Pues le decimos a Pepi que se tire al guardia —propuso Quimeta, provocando que estalláramos en carcajadas y haciendo que olvidáramos eso de que podríamos acabar aquella historia muy bien o muy mal.

—Sea como sea, chicas, todas para una... —pronunció Elena, levantándose del sofá con su cerveza.

—¡Y una para todas! —gritamos con fuerza y a una.

Capítulo 6

Siguiendo el plan B

Poco podía decir más de nuestra primera experiencia con la marihuana. Solo recuerdo que despertamos tiradas en el comedor como si nos hubiéramos caído del propio cielo, espachurradas entre el sofá y el suelo y con una resaca de mil pares de demonios.

Gracias a ese mismo cielo, Éric no apareció en toda la noche ni bien entrado el día, y para cuando vino, ya parecíamos personas normales. Elena, por su parte, nos había pedido que le enseñáramos dónde teníamos las plantaciones. Nos pareció una excelente idea, y así, de paso, iríamos a regar las exteriores.

Cuando Elena vio las plantas, además de santiguarse, se dio cuenta de que todo iba en serio, y que las plantas, la verdad sea dicha, estaban preciosas. La de ambas plantaciones, aunque más altas las exteriores. Por lo visto, las plantas interiores tardaban solo unos tres meses en dar lo que se llamaban «cogollos», que al parecer era lo interesante de la plantita. Pepi había leído que el resto de las hojas y el tallo podía aprovecharse para, con un proceso bastante doméstico, sacar algo de resina, que ni idea de lo que era. Pero, en fin, si ella lo decía, pues tendría razón. Nuestra Pepi, la metepatas del grupo, la que se inventaba palabras, resultó ser la entendida en el cultivo. Si es que valía para todo. Se había documentado tanto que a veces me daba miedo su obsesión: que solo podíamos tener plantas hembra para que las macho no las polinizaran; que en los cogollos está el THC, que es lo que da el globo; cuándo recogerlas y cómo y cuándo secarlas, y yo qué sé de miles de cosas más.

Si todo salía bien, se podría pagar la deuda, o gran parte. «Madre mía. Cuánto dinero», solía pensar a veces, rezando para que nadie se enterase; por un lado, para evitar la cárcel, y por otro, por si a algún desalmado que no le importara hacernos daño para conseguir las marietas se enteraba.

Elena se incorporó con nosotras en el turno de riego y cuidado de

las marietas. Siempre íbamos dos a cuidarlas, ya que nos encontrábamos más seguras. Cada vez que entrabamos en el huerto, era como hacer una operación secreta, sobre todo si ibas con Pepi. Al final, tenías que reírte. Antes de abrir la cancela, se detenía, mirando a ambos lados y por encima de las otras cancelas por si había alguien, sacando con ello de quicio a quien la acompañara, hasta que por fin abría la cadena y el candado y entrábamos a toda prisa.

Al principio del camino que daba a los huertos había un perro grande, una mezcla de américan stanffordshire con alguna raza más enorme de color gris que parecía vivir por la zona, aunque iba sin collar y estaba muy delgado. Siempre hablábamos de denunciar al dueño en cuanto recogiéramos nuestra cosecha, porque, pobrecillo, estaba allí, abandonado de la mano de Dios. Le llevábamos comida y agua, y Elena le trajo una manta que le puso al principio del camino, bajo unos arbustos para que se refugiase.

Vete a saber cuánto tiempo hacía que el animal pululaba por allí, pero es que creo que a nadie le importaba si sobrevivía o no. Cada vez cogía más peso la teoría de que lo habían abandonado por las carreteras cercanas y había ido a parar allí. Pobrecito. Movía la cola cada vez que nos oía y nos ladraba pidiendo su comida, más abundante a medida que transcurrían los días. Le pusimos un cubo con agua también y le llevábamos chucherías caninas, sobre todo Elena y Pepi, que se habían enamorado del can.

Desde que íbamos, había engordado y parecía otro animal. Muchas veces habíamos pensado en quedárnoslo, pero lo que no queríamos era llamar la atención de nadie, así que desistimos, al menos hasta acabar con nuestro plan. Por el momento estaba alimentado, hidratado y bautizado. Sí, sí, bautizado. Conan. Pepi se lo había puesto, dado que el animal era esbelto y musculado, a pesar de no estar en su peso.

Por otro lado, habíamos puesto una tela de esas de ocultación para que desde fuera no se apreciaran nuestras hermosas marietas, que yo no sé si legales o no, pero estaban preciosas.

Elena también se sumergió en el arte del cultivo de las niñas. Junto con Pepi, elegían los sustratos y vitaminas que ellas creían más convenientes para el crecimiento de nuestras joyas. Estaban tan

bonitas que daba pena pensar que tendríamos que cortarlas llegado el momento. No sabíamos si el plan iba a salir bien o no, pero lo que sí era cierto era que nos había unido más que nunca y estábamos la mar de entretenidas.

Las plantas del interior de la tienda estaban tan crecidas que te daba la sensación de entrar en una jungla. Eso sí, con el olor no habíamos contado, y menos mal que estaban en la parte de atrás de la trastienda, por lo que el aroma no llegaba a la calle. O eso creíamos.

—Estáis preciosas, mis niñas —las halagó Pepi mientras paseaba entre ellas, acariciando las hojas y oliendo los cogollos que ya estaban empezando a formarse.

—Madre mía, nena, están plagaditas —dije, admirando lo cargadas que estaban de cogollos—. Yo no sé cuándo se recogen, pero, niña, están enormes —le di la razón, esperando alguna explicación de la experta.

—Yo creo que esta semana pueden recogerse —habló solemne. Seguía recorriendo nuestra plantación clandestina con paso firme—. Elena estará de acuerdo conmigo.

Yo asentí en silencio.

—¿Ya sabes recoger la cosecha? —quise saber.

—Sí, sí. —Me miró tranquila—. Lo he leído todo, Juli, aunque no estaría de más que todas nos informáramos, para que lo que no sepa una, lo sepa la otra.

Asentí de nuevo, sabiendo que tenía más razón que un santo. Teníamos que empaparnos bien del tema si queríamos que el plan B saliera adelante con éxito.

Esa misma tarde lo comentamos entre las cuatro, y sí, estábamos de acuerdo en ponernos al día en cuanto a la recogida y secado de las marietas. Fue por la noche, en mi casa, la cual utilizábamos como cuartel de mando.

—Chicas, ya han pasado dos meses y medio desde el cultivo, y creo que las mariunas internas ya están para recogerlas —soltó Pepi

en la cena mientras abría una botella de vino blanco.

—Ay, hija, menos mal que te conocemos, porque no se te entiende ni jota —habló su hermana, tendiéndole la copa—. Aunque la verdad es que yo estoy de acuerdo contigo. Las marietas ya están listas, al menos las de la pescadería. Que más vale pájaro en mano que ciento volando. No se nos vayan a echar a perder.

—Todas coincidimos en eso —contesté, sirviendo la fuente con el pescado que íbamos a cenar—, pero he leído que las plantas han de cortarse y colgarse bocabajo en unas cuerdas o tendederos.

—Sí —habló Elena, y sorbió el vino recién servido—, yo también lo he visto. Hay que poner cuerdas de pared a pared, pero creo que es mejor comprar tendederos, para así no llamar la atención con tanto taladro.

Quimeta empezó a servir el pescado.

—Sí. Mañana, Juli y tú —comenzó, refiriéndose a su hermana—, id al centro comercial a comprar tendederos de esos plegables. Entretanto, Elena y yo, a primera hora, iremos a regar las marietas exteriores. Así, cuando vengáis, podremos meternos a cortarlas las cuatro. ¿Os parece?

—Sí —le confirmé, y me senté con ellas para cenar—. Compraré tijeras para podar también, si os parece, y guantes.

Todas asentimos.

—Nena, el salmón está de vicio —halagó Pepi la cena que había preparado Elena.

Sin embargo, Elena le daba vueltas al pescado en su plato sin probar bocado.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Quimi de forma directa, sorbiendo el vino.

—¿Estáis seguras de que queréis meteros en esto? —nos preguntó dudosa. Todas dejamos de masticar—. Si nos pillan, no solo será mi ruina, sino también la vuestra.

—Por eso no tienen que pillarnos —solventó Pepi, tragándose lo que tenía en la boca —. Tenemos que ser listas, Elena. Jugamos con la ventaja de que nadie va a sospechar que cuatro abuelas están vendiendo mariuna.

—En eso tienes razón —aseguré—. Hay que aprovecharse de nuestras pintas de señoras, de amas de casa, de abuelas. Hay que ser más listas y andar con cuidado.

—Pero aun así pueden cogernos —prosiguió Elena con sus miedos.

—Pues si nos cogen, ya veremos cómo lo hacemos —rio Quimeta.

—Mientras vayamos las cuatro al mismo truño... —empatizó Pepi muy seria.

—¿Truño? —repitió su hermana con cara de asco, haciéndonos reír a Elena y a mí—. Truño es mierda, hija mía. ¡Trullo! ¡Al trullo! —le gritó, corrigiéndola entre risas.

—Ay, hija, lo que he dicho, ¿no? —dijo Pepi mirando a Quimeta, quien empezó a reír como una gallina clueca.

Ale, la fiesta estaba servida. Unas a las otras nos contagiamos la risa de gallina, sin querer pensar en lo que estábamos jugándonos. Bueno, quizá sí lo sabíamos, pero lo que iba a perder Elena si no nos la jugábamos era peor.

Durante esa cena nos quedó claro a todas que estábamos decididas a llevar a cabo el plan B, fuera como fuese, y lo haríamos juntas.

Al final, al día siguiente, las hermanas fueron a regar y a mimar a las marietas del terreno. Mientras, Elena y yo nos marchamos al centro comercial a por los tendederos, las tijeras de poda, guantes... En fin, todo eso que pensábamos que nos haría falta.

Llegamos con mi Nissan Micra al centro comercial, aparcamos y cogimos uno de esos carritos de plástico para cargar la compra. Una vez dentro, vimos que nos quedaríamos cortas con solo un carrito, pues, según nuestras cuentas, necesitábamos como veinte tendederos

de esos.

—No podemos coger veinte tendederos —murmuró Elena frente a los que había expuestos mientras los mirábamos con verdadero suspense.

—¿Por qué susurras, Elena? Comprar tendederos no es ilegal —le contesté, y comencé a cargar los que podía en el carro.

—Juli, se ve raro que nos llevemos tantos —replicó ella, interrumpiéndome en mi carga.

—Elena, podemos hacer dos viajes, pero tenemos que comprarlos —le expliqué susurrando, acercándome a ella—. ¿Dónde coño quieres que colguemos la marihuana?

—Shhh —me chistó, gritando más que yo—. Van a oírnos. —Bajó instintivamente la voz de nuevo—: Además, solo hay quince tendederos.

—Pues nos los llevamos todos —susurré también, aunque no sabía por qué.

Estábamos hablando de tendederos, pero todo lo que tuviera que ver con nuestras plantitas nos parecía que nos delataba.

Los metimos como pudimos en el puñetero carro. Nos cabían más o menos siete u ocho en cada uno. Al final, decidimos llevarnos los que había en un solo viaje en dos carros. La faena de llegar a las cajas sin tener ningún accidente por el camino fue ardua, y nos pusimos en la que vimos más vacía.

La cajera nos miró por encima de las gafas que llevaba.

—¿Cuántos llevan? —nos preguntó.

—Quince —le contesté yo de manera firme, intentando disimular aún no sé el qué.

—Es que vamos a montar una lavandería, ¿sabe? —empezó a parlotear Elena—. Así que hemos pensado que con lo cara que está la luz, podríamos ahorrar mucho utilizando tendederos en vez de

secadoras.

—Pues sus clientes van a tener que esperar mucho... —interrumpió la graciosilla de la cajera, queriendo hacer un chiste.

—Bueno, no tienen prisa —le dijo Elena amigablemente—. Trabajamos para una funeraria, ¿sabe?

Miré a Elena como quien mira a un extraterrestre por las barbaridades que estaba soltando, de la misma forma que la cajera estaba haciéndolo, frunciendo el ceño y observándonos como si fuéramos dos locas de atar. No hizo más preguntas, gracias a Dios, y se limitó a pasar el código de barras por la maquinita de un solo tendedero, multiplicándolo por el resto.

Por fin, pagamos y salimos al parquin.

—¿Funeraria? ¿De verdad, Elena? —Reí al recordarlo.

—¡Ay, Juli! Que no se me ocurría otra cosa. —Suspiró, haciéndome reír de nuevo.

—Ya me dirás tú qué ropa hay que lavarles a los muertos. —Sonreí de camino al coche.

—Hija, las sábanas donde los ponen, ¿no? ¡Qué sé yo! Es lo primero que me ha venido a la cabeza —se excusó, conduciendo su carro como podía.

Durante el camino desde el centro del parquin hasta nuestro vehículo, quisimos pasar entre dos coches. A mí se me dio bien. A Elena... se le cayeron dos o tres tendederos, propinándole a un coche un sonoro golpe. En el interior del coche accidentado, por desgracia, se hallaba dentro el conductor.

—¡Señora! —gritó a la vez que salía del coche hecho una furia—. ¡¿Pero no ve que me ha dado?!

—Ha sido sin querer —se disculpó Elena educadamente. Dejó el carro con los tendederos al lado de mi coche mientras yo abría el maletero, observando en completo silencio.

El hombre, de nuestra quinta y bastante ofuscado, frotó al parachoques delantero, donde habían caído los tendederos.

—¡Es una inútil! ¡Me lo ha rayado todo! —gritó de nuevo, esa vez con aspavientos hacia Elena.

Yo iba cargando los tendederos, mirándola de reojo, sin emitir sonido alguno.

—Escuche, no hace falta insultar —se defendió Elena—. Eso ya lo tenía. Mire cómo está su coche. —Señaló el resto del vehículo, que, a decir verdad, tenía sus años y sus tiros pegaos—. No me eche la culpa de eso, que solo lo ha rozado.

—Mira que es idiota —volvió a insultarla.

Yo ya había acabado de cargar como pude los tendederos, haciendo esfuerzos para no plantarle uno en la cabeza.

—Elena, vámonos —le dije, haciéndole una señal con el brazo para irnos.

—¡Sí, hombre! ¡Y una mierda! ¡¿Quién va a cubrirme lo que ha hecho esa imbécil?! —me espetó, acercándose.

Elena subió al coche con cara de querer llorar. Nunca le gustaron los enfrentamientos. Yo hice lo mismo. Arranqué mientras el tipo me gritaba y golpeaba la ventanilla.

La diferencia entre Elena y yo es que a mí estaba ardiéndome tanto la sangre que iba a explotar. Así que puse la marcha atrás, y con el cabreo de mil demonios que llevaba aceleré a fondo, propinándole un golpe de verdad al puto coche del viejo cascarrabias en el lado que habían caído los tendederos.

El viejo se quedó mudo.

Elena, inmóvil.

Me aparté del impacto y vi por el espejo que había rajado mi parachoques trasero. Al vehículo del viejo le había roto un foco y el parachoques delantero. Desmonté como una diva, tranquilísima. Qué

a gusto me había quedado.

—Pues parece que le he dado —aseveré, mirando los coches—. ¿Quiere hacer parte? —le pregunté tranquila, como si no fuera conmigo.

El hombre me contemplaba perplejo.

—¿Está usted loca? —me preguntó, señalando los daños pero sin levantar la voz.

—Sí, y mucho. —Me acerqué a él tanto que tuvo que retroceder para que mi dedo índice no le diera en la cara cuando hablé, apuntándolo—: La próxima vez que insulte a una persona, asegúrese de que no está loca. Y ahora, si quiere hacer parte, estupendo, y si no, que lo jodan.

El hombre, aún estupefacto y pálido, me observaba con fijeza.

Miró su coche y después de nuevo a mí.

—¿Quiere que llame al seguro? ¿A la policía? —me envalentoné.

El viejo se hizo tan pequeñito como Pulgarcito.

—No, no hará falta. El parte está bien —contestó anonadado.

—Perfecto.

Me dirigí a mi coche, donde aún estaba Elena dentro, callada, mirando todo lo que acontecía sin decir ni media palabra. Saqué los papeles del parte de accidente del seguro y los rellené junto al tipo, quien me inspeccionaba desconfiado.

Firmamos y cada uno se quedó una copia.

—Pues ale —le dije antes de marcharme—. Ahí se queda con su mierda de coche. —Me despedí con esa frase, que, la verdad, me surgió del alma.

Sin más entré, y Elena empezó a gritar en cuanto me puse en marcha.

—¡Pero qué ovarios tienes, Juli! —Aplaudió ante mi sonrisa. Me había quedado tan ancha que hasta me entraba más aire en los pulmones.

—¡Que se joda! —Reí al recordar la cara del viejo. Con el estrés que estaba llevando, para que me viniera un machista de las narices y nos insultara en la cara. ¡Una leche!

—Lo has dejado patidifuso. —Rio—. ¡Qué tía! ¡Eres mi ídola! —me halagó, sonriéndome.

Así que, orgullosas y con el maletero repleto de tendederos plegables, nos marchamos a nuestra plantación ilegal; que, aunque sonara mal así dicho, era lo que era. Una vez allí, Elena y yo comenzamos a descargar poco a poco, como si la historia no fuera con nosotras. Un par de tendederos; miramos a los alrededores. Otros tantos; como si hacer la colada fuera delito. Dejamos toda la carga en el portal de Elena para meterla por la puertecilla del pasillo del portal, que ahora nos era tan útil. Fuimos a aparcar, y por suerte encontramos sitio en la misma calle. Montamos la bandeja y las sillas del coche que habíamos tirado hacia delante. Parecía que no había sucedido nada.

Nos dirigimos a casa de Elena para meter los tendederos que estaban aún en el portal, cuando nos detuvo Toñi, una antigua compañera de mi trabajo.

—¡Hola, Juli! —me dijo, abrazándose y dándome dos besos. Hizo lo mismo con Elena—. ¡Cuánto tiempo, mujer! ¿Qué tal estáis?

—La verdad es que bien —le contesté algo impaciente por irme, aunque a Toñi le tenía mucho cariño y no quería dejarla allí plantada con la palabra en la boca, por mucha prisa que tuviéramos—. ¿Tú? ¿Y el niño? —El niño, que tenía ya veinte años o más.

—Pues en la universidad, estudiando ya segundo de Medicina —contestó orgullosa—. Tenemos que quedar para tomar un café y ponernos al día —me comentó sonriente.

Asentí. En aquel mismo momento se levantó una ráfaga de aire que transportó un aroma tan familiar para Elena y para mí. Nos miramos, hablándonos con los ojos. ¡Qué pestazo había a marihuana en toda la calle!

—¿Oléis eso? —habló Toñi mientras yo sentía una punzada en el estómago al oírla—. Es marihuana. Alguien en el barrio tiene unas cuantas plantas. ¡Qué poca vergüenza!

—Pero, mujer, ¿tú cómo sabes que eso es marihuana? —le preguntó nerviosa Elena.

—Pues porque apesta todo el barrio. Además, ¿Quién no sabe cómo huele la marihuana hoy en día? —Me tocó el brazo como muestra de complicidad—. Pero es que apesta. Algún delincuente tiene una plantación cerca —sentenció—. Solo espero que lo enganche la policía por sinvergüenza.

—Eso espero. Qué poca vergüenza tiene la gente —me uní a la crítica—. ¡En un barrio de obreros! ¡Que no sepa yo quién es, que los denuncio! —Elena me miraba con los ojos como platos y en completo silencio.

—Juli, no seas loca —me aconsejó Toñi—. Esa gente son criminales. Déjate de problemas. Ya los pillará la policía, y si no, pues que se espabilen.

Elena y yo asentimos con la cabeza, dándole la razón a la buena de Toñi.

—Bueno, nosotras tenemos que irnos —graznó Elena, arrastrándome de un brazo.

—Queda pendiente ese café —le dije a modo de despedida a Toñi, quien me dio recuerdos para mi familia, respondiendo yo de la misma manera hacia la suya. Y es que Toñi era un encanto.

Ya las dos solas, entramos en el portal.

—¿Has oído, Juli? —comenzó Elena, hecha un manojo de nervios —. Nos ha llamado sinvergüenzas.

—No hagas caso, mujer —le resté importancia mientras metía los puñeteros tendederos en el interior de la tienda.

—¿Qué no le haga caso? —insistió, subiendo el tono de voz—. ¡Ha reconocido el olor en cuanto el aire nos ha tocado la nariz! ¡Nos

ha llamado delincuentes, criminales!

Me eché a reír sin ganas.

—Elena, ¿pero nos has visto? —La miré en cuanto metí el último tendedero—. ¿De verdad te crees eso de que somos criminales? Ni siquiera nos miran los dependientes de los Todo a cien ———le dije paciente———. Ni siquiera a ellos les parecemos sospechosas —sentencié, observándola—. A ellos, que siguen a cualquiera por si les pispan al...

—Estamos en pleno meollo de un delito, Juli, así que no le quites importancia, por Dios —me riñó preocupada.

—Mira, Elena, si quieres, nos deshacemos de todo —me sinceré —, pero este plan es lo único que se nos ha ocurrido para salir del lío.

—No, no quiero deshacerme de nada —negó enseguida y exaltada —. Pero no nos quites importancia. Somos criminales, delincuentes. La vida nos ha vuelto malas.

La contemplé de arriba abajo, sin ocultar mi sonrisa.

—¿De verdad, Elena? —Sonreí ante su mirada de desaprobación, porque estaba haciéndome gracia lo que insinuaba—. ¿De verdad te hace ilusión pertenecer a un grupo criminal?

—Bueno, eso suena mejor que ser cuatro abuelas vendiendo hierba —manifestó como si con ella no fuera la cosa—. O eso de las Narcoabuelas, como dice Pepi.

—Va, mujer. —Reí con ganas, a lo que ella se ofendió visiblemente. La sujeté del brazo con ternura—. No te enfades. A mí me da igual si somos cuatro viejas, las Narcoabuelas o un grupo de criminales. Lo importante es resolver el problema. —Elena se dignó a mirarme—. Pero si te hace ilusión, nos ponemos hasta nombre.

Ella me miró conforme. No me lo podía creer. ¿Estaba haciéndole ilusión delinquir? ¿En serio?

—Lo pensaré —murmuró, haciéndose la interesante. Seguramente ya tenía alguno pensado—. Para algo importante que hago en la vida,

no le quites hierro, mujer —añadió, ante mi sorpresa. ¿En serio esa locura era su quimera deseada?

Decidimos aparcar el tema, ya que teníamos que terminar de descargar los dichosos tendederos, que pesar no pesaban, pero eran voluminosos y agobiantes a la hora de manejarlos.

Cuando llegaron Pepi y Quimi, lo primero que hizo Elena fue contarles el incidente con el idiota viejuno del Saxo gris en el parquin del centro comercial. Las hermanas no perdían detalle de la explicación mientras montábamos los tendederos por donde podíamos. Empezamos a cortar nuestras marietas cerca de la base, tal y como habíamos leído. Las colgamos bocabajo en los alambres de los tendederos. A medida que íbamos cortando, intentábamos sacar la arena en bolsas de basura e ir tirándolas poco a poco para ir vaciando la trastienda. Sacar toda la arena en un día sería imposible.

Entre vítores por mi actuación con Severino ———que es como se llamaba el señor, según el parte del seguro———, nos metimos de lleno en los quehaceres con las marietas. Tardamos todo el día y bien entrada la noche en cortar las plantas y colocarlas para su secado, ya que, aparte de cortarlas, teníamos que desbrozarlas; es decir, quitarle todas las hojas del tallo, dejando solo los cogollos, que son la flor de la marihuana y lo que lleva el THC, según nos indicaba Pepi. Las hojas las dejamos secar en otro lugar, ya que también teníamos planes para ellas.

Ya era de madrugada. Nos sentamos en un rincón de la trastienda, en el suelo.

—¡Madre mía, qué trabajazo! —resopló Quimeta—. Qué hartura de marietas. Apesto a ellas.

—¡Y que lo digas! —exclamó Elena—. Al menos ya hemos acabado con estas, que lo nuestro nos ha costado.

—Acabado, dice —habló Pepi—. Aún nos falta sacar los mondongos, que es lo que se fuma.

—¿Mondongos? —Me incorporé para mirarla a la vez que no pude evitar reír—. ¡Cogollos!

—Pues eso he dicho —contestó, haciéndonos reír al resto.

Reímos sin hacer más comentarios. Estaba tan cansada que me habría dormido allí mismo.

A partir de ese momento, tendríamos que dejarlas secar durante un par de semanas o tres, hasta que alcanzaran un punto óptimo de secado. Después, quitar los dichosos cogollos de las plantas y meterlas en botes de cristal cerrados o en cajas de madera para que terminaran de secarse, sin secarse a la vez demasiado. A eso, por lo visto, se le llamaba «curarlas». O eso habíamos leído.

Estábamos agotadas, exhaustas.

Subimos a casa de Elena y allí nos duchamos. No podíamos salir con ese pestazo a esas horas de la noche. Gracias al cielo, el sofá de Elena era sofá cama, así que nos duchamos, pusimos nuestra ropa a lavar y dormimos allí mismo. Estábamos tan cansadas que ni hablamos. Eso sí, Quimeta sacó un par de botellas de un buen tinto y nos sirvió una copa con un poco de queso curado y jamón que había traído.

—¿Y esto? —pregunté, mirando la copa de buena gana.

—Por nuestra cosecha —contestó orgullosa Quimeta, alzando la copa para hacer un brindis, al que accedimos inmediatamente.

Picamos el embutido. Qué digo picamos; lo devoramos.

Al cabo de un rato, era ya la última copa que nos servíamos.

—Brindo. —Elena alzó la copa de nuevo.

—¿Por la cosecha? —Reí, ya que habíamos brindado unas siete veces por lo mismo.

—Qué va —contestó muy solemne———. Brindo por Severino y la cara de cenutrio que se le ha quedado al ver lo que hacía con el coche la loca de Juli. —Elena rio, rememorando la aventura del día.

—Chinchín —dijeron al unísono.

—Chinchín —me uní al brindis, con una sonrisa hacia mis

amigas.

Pensé en lo que me dolería la espalda al día siguiente con tanto tute que me había metido agachándome, pero no. El vino hizo bien su trabajo y no me dolía nada, aunque me pesaba el cuerpo y me dolía un poco la cabeza. Quizá de aspirar tanto olor de las marietas.

Por otro lado, le daba vueltas a que el Plan B estaba a medias. Faltaban unas semanas para que las otras marietas terminaran de madurarse y pudiéramos hacer lo mismo en la chabola del huerto.

También pensaba en si ocurría aquello de lo que nunca hablábamos: si nos pillaban. No me daba miedo ni el juicio ni la cárcel. Sabía que era por una muy buena razón. Sin embargo, mi sufrimiento era por cómo me mirarían mis hijos si se enteraban. ¿Lo entenderían? ¿Se avergonzarían de mí? ¿Sufrirían si yo iba a la cárcel? ¿Me repudiarían?

Y con ese mar de preguntas, el cansancio me venció.

Capítulo 7

Plan B 2 ⅕ (casi C, pero no)

Al día siguiente, nos levantamos tarde. El hecho de estar trasnochando, cortando marihuana y bebiendo demasiado vino nos había pasado factura. Y es que, nos gustara o no, teníamos una edad.

En la trastienda estaba todo listo. Nos planteamos llevarnos algunas de las bolsas llenas de tierra para tirarlas e ir vaciando poco a poco la trastienda. Ese día iríamos las cuatro a regar y supervisar cómo estaban las plantas, ya que con las del otro lado solo teníamos que esperar.

Por mi parte, mantenía a mis hijos a raya diciéndoles que estaba con las chicas, que era verdad. Lo mismo le decía a Sebas, quien se extrañaba a veces de que, con la niña embarazada, no estuviera pesada con ella. ¡Si ellos supieran!

Dejé mis pensamientos de lado y me puse ropa limpia y litros de colonia, pues me daba la sensación de oler a las marietas todavía. Elena puso la alarma de la pescadería. Ahora más que nunca teníamos que estar alerta de que nadie entrara.

Por otro lado, entre nosotras había nacido una controversia. Pepi decía que a las plantas del huerto les quedaban un par de semanas o tres, mientras que Elena aseguraba que solo les restaban unos días para madurar, ya que estaban llenísimas de cogollos y empezaban a tener los pistilos de un color marrón que indicaba que no crecerían más. Y es que crecían por días. Teníamos miedo de que desde fuera pudieran verse y de que, al ser descubiertas, las robaran. Por más que hablábamos, no encontrábamos un consenso.

Aquel día fuimos en mi coche al huerto, como siempre. Al llegar al terreno, nos sorprendió no ver a Conan en la entrada del camino. No le dimos importancia, pues seguramente estaría jugueteando por ahí. Al fin y al cabo, era un perro joven, o eso parecía. Le pusimos comida donde siempre solíamos hacerlo y nos dirigimos a nuestro huerto. Cuando llegamos, a pie, casi nos dio un infarto. La cancela de

la entrada estaba abierta y la cadena, rota. Nos miramos las unas a las otras, sabiendo que había ocurrido lo peor que podría suceder. Había restos de hojas por el camino, pisadas en el barro y algunas gotas de lo que parecía sangre.

—No entres, Juli —me aconsejó Pepi al ver que abría la puerta de la cancela para averiguar qué había ocurrido.

—Tenemos que ver qué ha pasado. Está claro que han entrado. Me cago en la leche y en la madre que los parió —maldije según entraba. No tenía miedo, sino un enfado de mil demonios. Si en ese momento hubiese llegado a encontrar a alguien dentro, le habría retorcido el pescuezo como a una gallina.

—Ten cuidado, nena —me pidió Elena, que me seguía de cerca, justo a mi espalda.

Entramos una detrás de la otra, observando con desolación lo que había sucedido.

Pudimos comprobar que nos faltaban unas seis o siete plantas. Pensamos que no les había dado tiempo a coger más por lo que fuera, aunque no entendíamos muy bien qué había acontecido allí. Sin embargo, pronto descubrimos la razón de por qué no se habían llevado más plantas.

Estábamos inspeccionando todo lo que podría faltarnos. Habían cortado algunas; otras, arrancado. El suelo estaba lleno de pisadas y hojas por todas partes. Era desolador. Todas las plantas eran muy grandes, así que una cosa sí era segura: los ladrones habían venido con una furgoneta o similar. Lo que había ocurrido era algo que temíamos desde el principio, y ahora, que ya sabían que había muchas más plantas allí sin vigilancia, esperándolos, estábamos seguras de que volverían a por el resto.

Comprobamos si se habían llevado los cogollos de las demás, sin embargo, nuestra sorpresa fue que estaban intactas.

—Qué desastre —se apenó Pepi mientras miraba las que faltaban.

Un ruido, como un quejido casi silencioso, llamó nuestra atención. De debajo de la planta más frondosa, la que estaba al lado

de la chabola, provenía un débil alarido. Reparamos en un charco de sangre justo allí.

—Chicas, mirad. —Señalé el charco, del que venían los lloros casi inaudibles.

Se acercaron y observaron el misterioso círculo de sangre.

—Ay, nena, a ver si se han matado entre ellos —dijo Quimeta nerviosa, cogiéndome de un brazo.

—No digas tonterías. Ahí no cabe un tío —le espetó su hermana.

—Hombre, si es un tío pequeño, sí que cabe —añadió Quimeta, agarrándome también la blusa por la espalda.

—Déjame. —Levanté las plantas para ver qué demonios ocurría.

Y allí estábamos las cuatro: en fila, a expensas de que yo descubriera qué había debajo de las hojas de la planta.

Al hacerlo, vimos de dónde procedían tanto la sangre como los quejidos. Era Conan. Le habían pegado con algo en la cabeza y tenía una gran brecha que recorría la mitad de ella. Estaba lloroso. Malherido. Nos miramos y entendimos enseguida por qué no se habían llevado más plantas. Nuestro querido Conan había hecho de guardián protegiendo la plantación. Por eso las prisas, por eso solo siete.

—Tenemos que llevarlo a un veterinario —resolvió Pepi, sacándolo de debajo de la planta junto con Elena. Le habían dado una soberana paliza.

—Por supuesto —secundé—. Traed una manta que llevo en el maletero.

Sacamos al perro de debajo de la planta como pudimos y con muchísimo cuidado, lo envolvimos en la manta y lo metimos en mi coche. Pepi y Elena lo llevaron al veterinario mientras Quimeta y yo nos quedábamos para arreglar aquel desastre. Intentamos levantar una de las plantas que habían querido arrancar, y pudimos enderezarla y atarla a unos palos que encontramos por allí. Buscamos entre las herramientas otra cadena y un candado con el que poder cerrar la

cancela.

—No podemos irnos y dejar esto desierto. Sabes que volverán, ¿verdad? —le pregunté a Quimeta a la vez que ponía la cadena desde dentro para que no abrieran.

—Sí, lo sé. —Me miró muy seria.

—Quizá es mejor que nos quedemos a dormir —propuse una vez que cerré el candado—. Podemos hacerlo en la chabola.

—¿Y si vuelven?

—Nos quedamos por si vuelven, Quimeta. No voy a dejar que se lleven las plantas. Son las más grandes. ¿Tú has visto cómo están? —Las señalé—. Están cargadísimas. Tienen el triple de lo que tienen las interiores. No podemos dejar que se las lleven. Además, ahora, sin Conan, se las llevarían tranquilamente.

—¿Y si vuelven? —repitió en bucle.

—Y dale. Si vuelven, estaremos aquí —le contesté con impaciencia— para defender lo nuestro.

—Pero, nena, que pueden hacernos polvo. Mira lo que le han hecho a Conan. —Habló despacio, con la voz quebrada.

—Sí, claro. La última vez, solo se encontraron a un pobre perro. Esta vez, estaremos las cuatro —espeté con rabia—. Y aunque tengamos que moler a palos a los sinvergüenzas que entraron, esos no se llevan ni una planta más. Se les van a quitar las ganas de pegar a un pobre perro por cuatro plantas de mierda. Cabrones degenerados. Quien le hace eso a un animal, no se merece ni el aire que respira. —Saqué con palabras lo que me recorría el corazón y la cabeza. Estaba llena de ira. Pobre animal. ¿De verdad alguien llegaba a esos extremos por unas plantas?

—¿Sabes qué te digo, Juli? Pues que estoy de acuerdo contigo —añadió, acercándose a mí y envalentonándose—. ¿Quién coño se han creído que son? Después de criar a nuestras marietas como estamos haciéndolo, para que vengan unos sinvergüenzas y se la lleven. Por no hablar de la paliza que le han dado a nuestro pobrecito Conan. ¡Qué

hijos de puta! —Quimeta me miraba con la misma rabia que yo sentía —. Además, nosotras seremos delincuentes, pero muy honradas, que nuestra causa es muy noble. No como ellos, que seguro que es para vender por ahí en los parques a cualquiera.

—Quimeta, no es por quitarte la razón, pero nosotras también tendremos que venderlas en los parques y a cualquiera —interrumpí su sermón.

—Sí, sí, pero las razones son diferentes. —Alzó un dedo y la mano a lo Maureen O'Hara—. Nosotras la venderemos por una muy buena causa: para que no le quiten la casa a una mujer que ha estado trabajando toda su puta vida. Ellos, seguramente, lo hacen por no trabajar, por no dar un palo al agua —recitó, sin quitarme el ojo de encima—. Ya sabes a lo que me refiero, Juli. Tú sabes que yo estaba en contra de toda esta mierda desde el principio, pero he visto que no tenemos más remedio, que a veces la vida solo te deja un camino y que muchas veces ese camino no te gusta. Pero tienes que atravesarlo. —Hizo una pausa—. Tienes que atravesarlo hasta llegar al otro lado. ¿Y a nosotras? Pues nos han puesto un camino feo. Un camino raro. Un camino de mierda. Pero al menos vamos juntas. Vamos a atravesarlo y vamos a llegar al otro lado, se ponga quien se ponga en medio.

—Olé, Quimeta, Olé. Así se habla —la vitoreé, aplaudiéndole—. Es que vales para la política, jodía.

Quimeta me rio la gracia.

Nos pusimos manos a la obra, arreglando las plantas rotas. Después, miramos dentro de la chabola, que, aunque estrecha, se podía dormir allí con un par de colchones hinchables. A Quimeta no le gustaba nada la idea; lo veía arriesgado. Sin embargo, sabía que no teníamos más opción que esa, que no podíamos dejar la plantación sola.

Elena y Pepi llegaron del veterinario. Nos comunicaron que el pobre Conan se quedaría ingresado unos días a la espera de ver cómo transcurría su evolución. Estaba muy grave. Por suerte, no tenía ninguna extremidad rota, pero el golpe en la cabeza era bastante feo y no sabían si tenía afectada alguna capacidad motora. En ese momento

estaba sedado. Lo sabríamos en unas horas, quizá en un par de días.

Le explicamos a Pepi y Elena el plan de quedarnos a dormir en la chabola para vigilar las plantas que quedaban. A ninguna nos gustaba la idea, pero sabíamos que teníamos que hacerlo. Se nos iba a echar la noche encima y no había otra opción, así que entre las cuatro concluimos que era mejor recoger las plantas que ya teníamos y llevarlas al secadero de la pescadería junto al resto al día siguiente. Quizá nos habrían dado más cogollos, pero no podíamos esperar. A lo mejor podríamos espantarlos una vez, pero dudaba que alguna más. Así que nos quedaríamos esa noche a dormir y al día siguiente cortaríamos las plantas para después trasladarlas a nuestra particular base: al secadero-pescadería de las Narcoabuelas. Era mejor tener lo que ya teníamos que perderlo todo a manos de unos delincuentes de verdad.

Antes de que oscureciera, cuando Elena y Pepi regresaron del veterinario, fui a mi casa a por un par de colchones. Los tenía de cuando acampábamos Sebas y yo con los niños, hacía ya unos años. Reí a solas, melancólica, mientras recordaba cuando llovía y estábamos mi marido, mis niños y yo en una pequeña tienda de campaña, estrujados, con el ruido de la lluvia y de la risa de mis hijos. Quién iba a decirme que aquello sería parte de mi más bonita memoria, que ellos, sin saberlo, construyeron en mi corazón mis más bellos recuerdos.

Sacudí la cabeza, volviendo al presente, y cogí del trastero algunas mantas y cojines. No quería ponerme ñoña. Pepi quiso ir conmigo. Elena y Quimi se quedaron en el huerto, adecentando un poco la chabola, que ya sea dicho, todo estaba bastante aceptable para ser de huerto. Pepi subió a mi coche cuando fui a buscarla, y traía de su casa una bolsa de deporte con varias cosas. Supongo que ropa de abrigo, pero, por lo que vi, pesaba. No quise preguntar qué demonios llevaba.

No tardamos nada en llegar al huerto. Esa vez metí el coche hasta la misma puerta de nuestra cancela. Creímos oportuno quitar el vehículo de la vista de la carretera para que no se detuviese ninguna patrulla de tráfico. Por otro lado, nos pareció que dejar el coche en la misma puerta, si los ladrones eran unos niñatos, podría disuadirlos al verlo aparcado. Queríamos que se dieran cuenta de que esa vez había

gente.

Cenamos unos bocadillos que sacó Pepi de la bolsa, junto con una Coca-Cola de dos litros en unos vasos de plástico.

—No es vino, pero no es agua —dijo Quimeta, poniendo el vaso para que le sirviera su hermana.

—Anda que no te gusta a ti el vino, corderita mía —se jactó Pepi de su hermana, riendo—. Pero esta noche es mejor estar espabiladas.

Acordamos hacer guardia. Vaya cuatro. Cada dos horas, una de nosotras estaría despierta para vigilar el exterior por la ventana de la chabola. La suerte es que estaba todo tan oscuro que veríamos cualquier luz, por pequeña que fuera, desde una buena distancia.

—¿Y si vienen? —preguntó Elena mientras se echaba una de las mantas por la espalda. Empezaba a refrescar.

—Aquí hay unos buenos garrotes —le contestó Pepi, señalando varios mangos de herramientas: palos redondos, gruesos y fuertes, que antes habían llevado un arado, pala o rastrillo—. De aquí no sale una planta más como que me llamo Josefa.

Nos echamos a reír.

—Ay, madre, que cuando vean que somos cuatro abuelas... —dijo suspirando Elena.

—Van a tocarme el jigo de abuela de Narcoabuela —farfulló Pepi, haciéndonos reír de nuevo.

—Y el mío —me uní a ella, sin sacarme de la cabeza al pobre Conan—. Si vuelve esta gente, no debemos tenerles miedo. Mirad lo que le han hecho al perro. Son unos cobardes. Si dan un paso dentro de la cancela, los muelo a palos.

Me miraron. Pepi lucía una amplia sonrisa.

—Así se habla, Juli —la halagó Pepi—. Y vosotras, si entra alguien, a darle con un palo como si fuera una piñata. Venga, coño, que no se diga —azuzó mientras asentíamos con la cabeza.

Yo no sé si era por los nervios, pero Elena, Quimeta y yo no podíamos dormir.

Pepi se acurrucó en un lado de los colchones. Llevándose su bolsa de deporte al lado y cerrando los ojillos, se tapó.

—Avisadme si veis algo —dijo, y nos dio la espalda.

A medida que iban pasando las horas, alguna cabezada dábamos. Creí que nos dormiríamos sentadas, en el suelo, sobre la manta en la que habíamos cenado y apoyadas en los cojines, pero unas luces nos alertaron. Eran los inconfundibles focos de un vehículo, que hicieron que abriéramos los ojos como platos y nos mirásemos estupefactas.

Pepi, por lo visto, seguía dormida, porque ni se inmutó.

—Quizá viene a otro huerto, ¿no? —verbalizó Quimeta en un susurro, como si pudiera oírnos.

—¿A las cuatro de la mañana? —mascullé mientras me levantaba y cogía uno de los palos de al lado de la puerta—. Despierta a tu hermana —le ordené a Quimeta.

Entretanto, veíamos como las luces paraban delante de nuestro cochecito aparcado. Estábamos justo en la puerta, observando desde la ventana que estaba al lado de esta. Parecía una furgoneta. Tres hombres bajaron del furgón y se dirigieron sin dudarlo hasta nuestra cancela. Directamente. El corazón me dio un vuelco y subió a mi garganta, donde lo notaba latir con fuerza. Se me secó la boca. Deseé por un instante no estar allí, pero lo estaba, y tenía que dar la talla.

Al ver que intentaban entrar moviendo con rudeza la puerta de la cancela, salí, amparada por la oscuridad del huerto, sintiendo aún el miedo que me invadía. Armada con un palo y una linterna, tragué saliva antes de hablar:

—¡¿Quién anda ahí?! —dije en voz alta, con la linterna en la mano y apuntando con el rayo de luz a las caras de los intrusos mientras con la otra sujetaba el palo escondido detrás de mi pierna.

La puerta de la chabolita estaba más alta que el terreno, para así evitar las aguas de las lluvias. Para bajar o subir había unos tres o

cuatro escalones que me daban ventaja a la hora de visualizarlos.

El trío se quedó perplejo, y dirigieron sus miradas unos instantes hacia mí.

—Venimos a llevarnos las plantas —dijo uno de ellos en voz alta y muy tranquilo, enderezándose, ya que había estado inclinado mirando la cadena de la puerta de la cancela.

—Señora, no nos dé problemas y no pasará nada —habló el más alto. Y el más feo. Malos no sé si serían mucho, pero feos, un rato. Un rato largo.

—Estas plantas son nuestras —habló Quimeta, que se puso a mi lado y encendió su linterna.

Los hombres, sin darnos ninguna importancia, siguieron a lo suyo. Con una cizalla, partieron la cadena y entraron. Yo estaba nerviosa, apretando el palo que tenía en la espalda, decidida a partírselo en la cabeza a cualquiera del trío.

—¡Fuera de aquí! —gritó Elena, envalentonándose.

Caminó firme y se puso delante de uno de ellos, que ya iba hacia las plantas. Nosotras bajamos los escalones para apoyar su acción. Al ver que el hombre la miraba, levantó el palo como un bate de beisbol. El hombre saltó hacia atrás.

—Abuela, suelte eso —le espetó el tipejo—. Deje eso, que no quiero hacerle daño. —Rio y enseñó una navaja.

Otro de ellos había traído unos focos que estaba colgando tranquilamente en la valla para ver lo que hacían mientras discutíamos con uno de sus compinches. Al discernir claramente la navaja enfocada por una de las luces, Elena retrocedió. Quimeta y yo nos acercamos a ella.

—Déjalos —le dije a Elena, con miedo de que la hiriesen y sin dejar de mirarlos, pues no me fiaba de ellos.

El hombre amenazó con pincharnos con un par de aspavientos.

—Quitaos de en medio, viejas —ladró otro de ellos, sacando otra navaja y dirigiéndose a una de nuestras plantas. La cogió por el tallo, con la clara intención de cortarla.

Un ruido como un petardo enorme o una detonación hizo que los cinco que estábamos allí presentes nos girásemos hacia la puerta de la chabola, de donde había procedido el estruendo. De pie, en la puerta de esta, iluminada por un campin gas apoyado en el suelo, estaba Pepi, quien empuñaba una escopeta. Había luz suficiente para ver que estaba encañonándolos.

—¡Si tocáis una puta planta alguno de los tres, os dejo secos, hijos de puta! —dijo a voz en grito, segura de sí misma y sin bajar el cañón —. ¡Alejaos de ellas, malditas aliñadas! —bramó, como en las películas del oeste.

—¿Aliñadas? —dijo el de la navaja, mirándome extrañado.

—Alimañas —le expliqué en un gesto de comprensión al no entenderla.

—Aaah —contestó él. Asintió con la cabeza y volvió a mirar a Pepi con fiereza—. Abuela, no tiene cojones de disparar, así que baje el arma, porque si no...

No acabó la frase cuando uno de los focos que ellos habían traído explotó en mil pedazos después de la detonación que creó Pepi al disparar.

—¡Tú mismo! —dijo en un grito—. Te juro por mi vida que os pego un tiro. ¡Soltad los bardeos! —los amenazó tras el tiro certero que les había destrozado el foco.

—¡Uy, nena!, ¡los bardeos, dice! —murmuró Elena mientras me miraba, cruzándose la chaqueta que llevaba; eso sí, sin soltar el palo.

—Esto no quedará así, abuelas —gruñó el que estaba más cerca de la salida.

Pepi avanzaba con la escopeta mientras ellos obedecían retrocediendo.

Al ver que se replegaban, nosotras nos hicimos grandes. Qué digo grandes; gigantes.

—Narcoabuelas —aclaró Pepi, orgullosa y firme.

—¡Fuera de aquí, cobardes! —los despidió Elena, achuchándolos con el palo.

—¡Fuera, basura! —gritó Quimeta, quien se había armado con un tridente.

Ni corta ni perezosa, empecé a tirarles piedras; más bien, pedruscos.

—Esto no quedará así —repitieron, caminando hacia atrás en dirección a su furgoneta.

—Si volvéis a poner los pies en mis tierras, os mataremos —soltó Pepi a lo Clint Eastwood, vitoreada por nosotras mientras veíamos cómo huían.

Se fueron de allí como las ratas que eran.

Entre vítores, celebramos la huida de esos tres delincuentes.

—¿De dónde has sacado eso? —Quimeta señaló la escopeta.

—De padre —le contestó sonriendo—. Pero tenemos que darnos prisa; estos tíos volverán. Hay que llevarse las plantas ya.

Asentimos, sabiendo que Pepi tenía razón. Esos desalmados seguramente volverían, y ahora no teníamos el factor sorpresa. Debíamos recoger nuestras marietas y llevárnoslas. Ya las apañaríamos en el secadero clandestino de la pescadería.

Ni siquiera dormimos. Recogimos las plantas y, poniéndolas en sacos de basura, nos las llevamos en diversos viajes de madrugada a la pescadería, donde las dejamos de cualquier manera en la trastienda.

Era casi mediodía cuando terminamos de hacer el último viaje, y gracias al cielo que nadie nos paró ni hubo incidencias. No nos descubrieron, que era lo más importante.

Nos metimos el resto del día en el secadero, donde colgamos las plantas como pudimos, haciendo lo mismo que habíamos hecho con las anteriores: desbrozarlas, colgarlas... Aquello parecía una selva virgen. El huerto había quedado hecho un auténtico solar y planeamos no volver, al menos por el momento.

Comimos allí mismo, en casa de Elena, y nos duchamos y lavamos la ropa otra vez. Aun así, qué pestazo olía todo: la escalera, el coche, nosotras, el barrio... El mundo entero estaba impregnado de ese aroma a marieta que cualquier día nos delataría. Tenía la esperanza de que cuando las sospechas nos señalasen, todo habría acabado, o al menos que no oliesen tantísimo cuando la empaquetáramos.

La pescadería ya no parecía esa tiendecita de barrio como antaño, sino más bien una especie de selva amazónica siniestra en la que no podías pasar sin ir esquivando las plantas y sin salir con ese olor que se me hacía tan empalagoso. Y es que, claro, las plantas no se colgaban así: cortadas. Había que quitarles las hojas, dejarlas aparte para aprovecharlas de otra manera y colgar los tallos con las flores de la marihuana, los cogollos, bocabajo. Una historia, vaya.

Cuando terminamos de colgar las plantas, nos pareció mentira tener otro paso más dado en dirección a convertirnos en las narcotraficantes, no sé si más longevas, pero sí más catetas de toda la historia. No dábamos un paso sin leer trescientas revistas y mirar dos mil páginas en Internet al respecto. Sabíamos que no habría una segunda oportunidad, así que teníamos que aprovechar esa. Nada podía fallar.

Cerramos la tienda a cal y canto. Tanto Elena como yo decidimos hacer noche en su casa, por si algún cabrito más detectaba las plantas y las quería hacer suyas. Concluimos que al día siguiente tendríamos que ir a mi casa para coger ropa y algunos enseres personales, ya que Elena y yo dormiríamos en su casa unos días. Después me turnaría con alguna de las hermanas.

Aquellos días pasaban más lentos de lo que nunca habríamos imaginado. Yo me cruzaba con Éric por casa, quien me miraba con aire de extrañeza, aunque no me preguntaba nada. Fui a una de las ecografías de Ana, donde pude conocer a mis nietos gracias a la tecnología 4D o 5D, qué sé yo. Patri también vino. Nos confirmaron

que se trataba de una niña y un niño. Patricia y yo lloramos como unas tontas cuando nos dijeron el sexo y cuando nos señalaron lo que eran las manitas. A uno de ellos, la niña, se le veía perfectamente una naricilla respingona y chata. Para comérsela. Mi hija Ana, ya acostumbrada a las ecografías 4D, los había visto con Miguel, y Sebas había ido a la anterior.

Ana nos invitó aquella tarde a ir, lo cual aceptamos encantadas. Y tanto Patri como yo, al salir de la clínica, nos volvimos locas comprando ropita rosa y azul; yo cual abuela primeriza e ilusionada y Patri estrenándose como tía y madrina del chicarrón. Yo sería la madrina de la princesa. Sebas y Éric, los padrinos. Y es que Miguel, siendo un buenazo, no tenía relación con su familia. No se hablaban desde hacía años, aunque la verdad es que nunca me habían contado por qué.

Qué tarde más bonita pasé con mis niñas. Cuando volví a casa de Elena con las ecos imprimidas, todas lloramos de emoción, brindando, cómo no, con un vino, esa vez blanco, que había traído Quimeta. Por un momento, pensé que si aquello no se acababa pronto, me volvería alcohólica.

Entretanto, las plantas iban secándose poco a poco mientras nosotras nos empapábamos con información relativa a nuestras queridas marietas. Tenía que salirnos bien, teníamos que sacar el dinero suficiente para ayudar a Elena a salir del bache, o al menos negociar la deuda. Por otro lado, Conan iba evolucionando favorablemente de sus heridas, y sin acordar nada entre nosotras, teníamos claro que iba a ser uno más de la familia. No habíamos concretado con quién viviría, pero sí que los gastos del veterinario los pagaríamos entre todas.

Y así estábamos: las marietas secándose, nosotras estudiando cómo desbrozar esas plantas de manera que fuese más rentable para nuestro particular negocio y mis nietos en camino.

Pepi, muy puesta en el tema, sabía hasta cómo sacar algo de resina o hachís del resto de las plantas que no fueran los cogollos, que es lo que, según la información, tenía el THC o el CBD, o CBN o una de esos miles de siglas con las que Pepi y Elena conformaban un debate. Oyéndolas hablar, parecía que se habían dedicado al cultivo

de la marihuana toda la vida, oye. Quimeta, en cambio, se dedicaba a hacer cuentas de los años que íbamos a comernos en el trullo si nos cogían: que si de esta manera, tantos años; que si nos pescaban con otra cantidad, otros tantos; agravantes, atenuantes... Solía decir que si nos hacíamos las enajenadas, nos caerían menos años de prisión. Y, entretanto, yo hacía cábalas con la cantidad de dinero que podríamos sacar de toda esa locura y de cuándo acabaría.

Últimamente, mis hijas me habían recriminado no ir con ellas a la acostumbrada comida de los domingos, pero es que en los últimos meses no había tenido más que tres o cuatro domingos para ellas, aparte de la visita de la ecografía. La verdad es que me hacía cruces al pensar en lo que dirían al saberlo, por lo que me negaba a contarles nada. Mi hija mayor iba a darme dos nietos, iba a hacerme abuela, mientras yo estaba embaucada en una aventura demente. En la vida los pondría en medio de toda aquella locura en la que nos habíamos metido. Si nos salpicaba, sería a nosotras solas y a nadie más, y mucho menos a mis hijos.

Capítulo 8

Recogiendo flores

Las semanas pasaban y las marietas iban secándose tal y como íbamos prediciendo gracias a nuestras revistas especializadas en cánnabis que habíamos adquirido vía online y toda esa información que recabábamos por todas partes. Conan estaba recuperado del todo, y por ahora estaba en casa de las hermanas, aunque prometí que cuando llegara mi turno estaría en mi casa. Era nuestro. De las cuatro.

Por otro lado, olía todo el barrio y parte de los barrios colindantes a ese aroma que ya nos era tan familiar. No podíamos evitar sentir escalofríos cuando alguien nos paraba para comentarnos algo del olor que invadía el tranquilo barrio. Y no solo eso, sino que nos sumábamos a la crítica: «Menudos sinvergüenzas, ¿no?». Pepi, en cambio, parecía disfrutar con ese anonimato. Y, quién lo iba a decir, pero a Elena, poco a poco, le encantaba también hacer aquello que estábamos orquestando. El secretismo, lo prohibido. Qué sé yo.

Los comentarios de los vecinos del lugar nos hicieron recapacitar acerca de dónde podríamos vender la marihuana sin ser reconocidas. Hablamos de que, llegado el momento, haríamos las transacciones en parques de otras zonas, otros pueblos, y si era necesario, otras ciudades. Quimeta, con muy buen criterio, había comentado ir antes a las zonas para reconocerlas, para tener en cuenta si vendíamos sin saberlo al lado de algún cuartelillo, cosa en la que todas estábamos de acuerdo, ya que éramos muy capaces.

Era un miércoles cualquiera. Las plantas ya estaban casi secas, metidas en cajas de madera y botes de vidrio para terminar de curarlas, como decían nuestras expertas en el tema. Llegué a casa, pensando que tendríamos que comprar bolsitas de auto cierre y una de esas básculas de precisión para dosificar las puñeteras marietas.

—Hola, mamá —me sorprendió la voz de mi hijo Éric. Ni me había dado cuenta de que estaba sentado en el sofá—. ¿De dónde vienes?

—De casa de Elena. —Fruncí el ceño al contestarle. Creo que nunca me lo había preguntado.

—Nunca estás en casa —me espetó, observándome muy serio y abrazando uno de los cojines del sofá.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le pregunté, mirándolo sorprendida—. ¿Te ocurre algo, Éric? —volví a preguntarle, extrañada y preocupada.

—¿A mí? Nada —Se levantó enfadado, lanzó el cojín al sofá y se paró frente a mí—. Eres tú la que está rara. Ya no vas a comer con las chicas —se refería a mis hijas— ni ves a papá. ¿Sales con alguien?

Con esa pregunta, lo entendí todo.

—No, cariño. —Sonreí—. No salgo con nadie.

—¡No me mientas! —exclamó, alzando el tono de voz y al borde de las lágrimas—. No duermes en casa, te llevas ropa, estás más delgada que nunca... y hueles a marihuana. —me espetó dolido, señalándome—. Ese cabrón con el que sales es un puto fumeta.

—¿Disculpa? —lo encaré. No estaba dispuesta a que ninguno de mis hijos me hablase de esa forma—. ¿Tú hablas de ser fumeta?, ¿de oler a marihuana? —Iba enfadándome a medida que hablaba—. Para empezar, no salgo con ningún fumeta, y si lo hiciera, no es asunto tuyo. —Lo señalé con un dedo, francamente enfadada—. Además, ¿con qué derecho puedes llamar tú, precisamente, fumeta a nadie cuando tú mismo apestas a hierba?

—Sí que es asunto mío —me contradijo en voz más baja y ronca —. Ocultas algo. Te juntas con alguien raro y que fuma porros. A tu edad, ¡qué vergüenza!

—¡¿Vergüenza?! —grité—. Vergüenza, ninguna. Yo he sacado mi casa adelante, he trabajado toda mi vida, he criado a mis hijos, y si ahora me sale de las narices fumarme un porro, pues me lo fumo, y vergüenza, ninguna. ¿Pero tú? —Lo señalé dolida—. Tú no has conseguido nada en la vida, y no te has ganado el derecho de hacer lo que quieras porque ya hayas cumplido. No tienes sueños ni metas. Ni oficio ni beneficio. —Según despotricaba, el corazón se me oprimía.

Dije lo que debía y lo que no—. No me digas que he de sentir vergüenza por nada de lo que yo haga. Después de todo, estoy en mi casa y puedo hacer lo que me venga en gana. Cuando estés en la tuya, pues eso, haz lo que te rote.

Mi hijo no me contestó. No me dijo nada, solo retuvo la respiración. Supongo que no sabía qué decir, o aquello que le atravesaba la cabeza no quería soltarlo.

—Quizá me vaya con papá —masculló.

—Haz lo que quieras, hijo —le dije dolida, aguantando el nudo en mi garganta.

Se giró sobre sus talones y me dio la espalda al marcharse a su habitación, dando un portazo al cerrar.

No quise decirle nada. No quería discutir más. Por mucho que dijera de marcharse, en el fondo sabía que no lo haría, pues su padre ponía el grito en el cielo cada vez que lo veía haciéndose uno de sus cigarrillos. Me dolía haberle dicho aquellas cosas, pero me había acorralado y faltado al respeto. Por mucho que me escociera, estaba en mi casa y con pleno derecho de hacer lo que me diera la santa gana. ¡Vamos, hombre! Faltaría más, ¿no?

Olí mi ropa instintivamente para comprobar lo que me había dicho. Una de dos: o el olor me era ya tan familiar que ni lo detectaba, o tenía el olfato atrofiado. Negué con la cabeza pensando que ya se le pasaría el cabreo. La verdad es que se me había olvidado hasta lo que había ido a hacer a mi casa, con todo eso de la discusión con mi hijo.

Me di una buena ducha y me cambié de ropa por enésima vez. Cogí ropa limpia para llevarme a casa de Elena, aunque quizá el ambiente estaba ya contaminado e impregnaba el aroma a todo lo que entrara en nuestra peculiar esfera de traficantes.

Antes de salir de casa, llamaron a la puerta. Mi sorpresa fue ver a Pepi, que me traía a Conan.

—¿Qué ha pasado? —le dije, abriéndole.

—Pues que el muy perro-cabrón se ha comido el sofá, así que te

toca tenerlo unos días en casa. Pasa muchas horas solo. Al menos, aquí estará con tu niño.

—Vaya momento has escogido —le contesté, viendo cómo el perro olisqueaba todo a su alrededor—. Acabo de discutir con él —le confesé mi pesar.

—Ay, ¿qué ha pasao con el crío? —me preguntó, entrando conmigo en la cocina.

Empecé a hacer café.

—¿Pues no me dice que huelo a marihuana y que estoy con un fulano? —le contesté indignada, apoyándome en el mármol de la encimera.

Soltó una carcajada.

—Pero ¿con qué megalito o fungalito? —Rio con ganas, la jodía. Me hizo reír aun estando disgustada.

—Pues eso, hija mía, con un megalito o fungalito. —Reí a carcajadas por las típicas palabrejas de Pepi—. Y lo mejor es que cree que es un fumeta —terminé, secándome las lágrimas de la risa.

—¡Ay, madre, que me meo! —exclamó Pepi mientras se cruzaba de piernas—. ¿Que se cree que te has liado con uno que fuma? —dijo, sin parar de reír.

—En el fondo, creo que piensa que fumo yo, ya que me ha dicho que apesto a maría —le confesé, todavía riendo, lo que hizo que Pepi soltara una carcajada de gallina como la de su hermana.

—Pobre criatura —se compadeció Pepi, ya calmándose—. Si es que apestamos.

El silencio se hizo cuando Éric entró en la cocina.

—¿Has visto una bolsita como esta? —me preguntó, mostrándome en su mano una bolsita idéntica a la que nos fumamos las chicas y yo hacía ya unas semanas.

Negué con la cabeza.

—Es de Clara —manifestó molesto—. Estaba en mi cajón y ya no está.

—¿Y qué quieres que te diga, hijo mío? —Intenté mantener la calma, aunque me venían los recuerdos de aquel día y tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no reírme—. La habrán cogido tus amigos.

—No, esa está tripada. Solo le gusta a ella —sentenció ante nuestras estupefactas miradas.

—¿Tripada? —le preguntó Pepi antes de que yo pudiera abrir la boca siquiera.

—Sí, lleva LSD. Te da un globo muy raro, de esos que ves cosas —nos explicó el niño mientras yo asentía con la cabeza, entendiendo muchísimas cosas.

—Ni idea, hijo —le contesté de nuevo—. ¿Y eso le gusta a Clara?

Éric subió y bajó los hombros.

—Nadie la ha tocado y ya no está. —Esa vez habló de forma acusatoria.

—¿Qué insinúas, Éric? —Fruncí el ceño—. ¿Acaso crees que te la he cogido para fumármela con mis amigas? —pregunté lo obvio mientras Pepi me lanzaba una mirada asesina.

—No, claro que no. —Bajó el tono al instante—. Seguro que la ha cogido ella y con el globo no se acuerda.

Pepi y yo asentimos.

—Pues no sé a qué viene esto, Éric —dije antes de que se marchara de la cocina, llamando su atención—. Nadie toca nada de tu cuarto, y lo sabes. Por otro lado, deberías salir más con otra gente...

—No empecemos —me cortó con tono amargado, como siempre.

En el preciso momento en el que iba a marcharse, apareció en la cocina Conan meneando la cola y pidiendo juego.

—¡Ay, mi Conan bonito! —canturreé, cogiéndole el cabezón. Y es

que el animal era francamente grande.

—¿De quién es? —preguntó mi hijo, sin apartar la vista del animal.

—Nuestro. —Le sonreí.

Éric hincó una rodilla en el suelo y lo acarició.

—¿Qué le ha pasado? —Levantó la mirada al ver sus heridas ya cicatrizadas de la cabeza.

—Le pegaron una paliza por defender a sus dueñas. —Cerré los ojos, sintiéndome culpable por sus heridas.

—Qué hijos de puta —blasfemó mi hijo, sin dejar de acariciarlo.

Entonces, algo que no esperaba en la vida sucedió. Mi hijo sonrió, poniéndole vocecillas al perro y diciéndole cosas dulces.

—¿Te gusta? —Me agaché junto a él. Éric asintió—. Se llama Conan. ¿Por qué no lo paseas? —le ofrecí, y mi hijo me regaló una preciosa sonrisa.

—¿Puedo? —preguntó perplejo.

—Por supuesto. —Fue Pepi quien le dio la correa del perro.

Enganchó el mosquetón a la argolla del arnés y sin decir nada más se marchó de casa, dejándonos a Pepi y a mí en la cocina.

—Estoy flipando.

—Ay, pobre —dijo Pepi en cuanto cerró la puerta.

—¿Qué pobre ni pobre? —farfullé de mala gana a la vez que retiraba la cafetera del fuego—. Que espabile, hija, que yo a su edad ya trabajaba y estaba ahorrando para mi boda con su padre. Que no es ningún crío.

—Ya, ya. Pero, nena, que nos hemos fumado la BRQ de su amiga Marla.

—¡Hala, Pepi! —Me carcajeé mientras cogía dos tazas—. Ni una. No has dado ni una. La LSD de Clara.

—Y qué más da. Mira qué contento se ha ido con Conan ——— reflexionó.

—Eso sí —afirmé, sonriendo y sirviéndonos el café.

—¿Lo ves? Solo necesita encontrar una ilusión —habló Pepi mientras yo la miraba———. Quizá Conan lo ayude.

—Ojalá. —Deseaba que aquello que había dicho fuera cierto.

—Venga, nena, que nos alerdamos —me despertó Pepi de mi letargo.

Terminamos el café e hice una mochila con más ropa limpia. Dejé puesta una lavadora mientras íbamos al bazar de mi calle para comprar bolsas de auto cierre, de esas zip. Después de conseguir varias bolsitas de diversas medidas, regresamos a mi casa para tender la ropa, que si no se quedaría hecha un higo, y coger la mochila que había hecho.

Entre una cosa y otra, llegamos a casa de Elena casi al mediodía.

Elena había pedido por Amazon las dos básculas. «Bendito San Amazon», pensé mientras daba las gracias silenciosamente, ya que al comprarlas así manteníamos algo de discreción. La pusimos en la dirección de mi casa. Éric casi no salía, y si no me lo cogería mi vecina Encarni, del 1ºA, así que no había problemas. En veinticuatro horas las tendríamos.

Mi sorpresa fue cuando Elena me explicó que había comprado unas mallas, unas bolsas que con un procesado podríamos extraer resina o algo de hachís de las plantas sobrantes que había metido en el congelador, según el tutorial. Por congeladores no era, ya que la pescadería no funcionaba desde hacía meses y estaban vacíos.

Desde que Elena intentó quitarse la vida.

Cada vez que lo pensaba me entraba un nudo en el estómago. Unas náuseas. Un temblor. Mejor no recordar que casi la habíamos

perdido. Mejor olvidar que no nos dimos cuenta.

Descubrí en ese momento que aún me sentía culpable. Quise despejarme volviendo al presente, donde yo, con mis amigas sesentonas de toda la vida, habíamos pasado del bingo de la tercera edad a narcotraficantes: las Narcoabuelas, como nos había bautizado Pepi en un chasquido.

Esos días, recuerdo trabajar como antaño, sin descanso y organizándonos por turnos. Por suerte, Éric se encargaba encantado de Conan, así que mataba dos pájaros de un tiro: Éric estaba entretenido y nosotras teníamos una cosa menos de la que preocuparnos.

Llegó el día que lo teníamos todo: la información, las bolsitas, las básculas... Ahora empezaba lo bueno. Según habíamos leído en foros, las bolsitas más demandadas eran las de tres y cinco gramos. Así que, sentadas a la mesa del comedor de Elena, abierta, como si fuéramos a celebrar la cena de Nochebuena, nos dispusimos a dosificar algunas bolsitas para probar meterlas en el mercado. Hicimos bastantes, pesándolas con precisión y metiendo aquellas flores que nos parecían mejor.

Por otro lado, Pepi y Elena ya sabían cómo aprovechar el resto de las hojas que habían congelado. Ya teníamos las mallas, y solo nos haría falta una batidora, hielo y algunos cubos. O eso decían ellas, vaya. El gramo podríamos venderlo a unos cinco euros tranquilamente, así que al final hicimos bolsitas de entre dos gramos y cinco, para tener precios desde diez euros a veinticinco. Yo veía mucha variedad, pero ellas estaban seguras. Eso, las exteriores. Según ellas, las interiores estaban mejor cultivadas, así que las venderíamos más caras. La bolsa de tres gramos a veinte euros, y la de seis, a cuarenta. Así llegamos a la conclusión de que sería más fácil dosificar las exteriores por gramo, y las interiores, de tres en tres gramos, para no liarnos con los precios.

—¿Estará buena? —quiso saber Pepi mientras cerraba una de las bolsitas después de pesarla.

—Ay, yo creo que sí, pero no pienso probarla —le contestó su hermana—. Piensa que la última vez veía cosas muy raras...

Solté una carcajada al recordar lo que dijo mi hijo del LSD.

—Chicas, no os lo he contado —recordé—. El porro que nos fumamos llevaba LSD. Me enteré el otro día, cuando el niño me preguntó por la bolsita que le faltaba.

Pepi asintió con la cabeza, mirando la bolsa que aún tenía en la mano.

—¿LSD? —se escandalizó Quimeta—. Eso es éxtasis de ese, ¿no?

—Sí, sí —corroboré ante la mirada de Elena, quien también asentía sonriendo, supongo que atando cabos, como cuando lo escuché por primera vez y rememoré mis alucinaciones.

—Entonces, ¿esto no te da ese globazo? —se interesó más Quimeta.

—Pues por lo visto, no —le respondió su hermana—. Vamos a probar la cosecha.

Todas reímos, y para nuestra sorpresa, ninguna dijimos que no. Estábamos agotadas. Trabajo, tensión. Hasta habíamos localizado un parque en un pueblo cercano donde probar suerte. En el fondo, todas estábamos nerviosas.

Pepi hizo los honores de hacer el porrete inaugural, y como ya hicimos anteriormente, nos lo pasamos dándole varias caladas. Quimeta nos sirvió vino, para variar. Quién me iba a decir que a mis sesenta y tantos sería una buena borracha y fumeta. A Quimeta le encantaba servirnos una copa de algún vino y brindar por el trabajo que habíamos hecho, por estar juntas, por nuestras marietas, y ninguna decíamos que no nunca.

No me acuerdo de mucho. Me viene a la memoria flases de estar tiradas en el sofá de Elena, muy relajadas, agotadas y extasiadas. Tanto que si me movía, la cabeza se me iba y me daba todo vueltas, así que decidí estarme muy quieta. Quimeta se durmió como una jabatilla en uno de los sillones, con la boca tan abierta que podría encestar lo que quisiera desde mi posición. Pero, como ya he dicho, si me movía, me caería de lleno al suelo a plomo. Pepi estaba de pie, meciéndose como si bailara alguna canción hippy que resonaba en su mente solo para ella, con las manos semiflexionadas, y en una de ellas, la colilla del porro ya apagada entre sus dedos.

Oí vomitar a alguien. Por descarte, era Elena, pero no podía ayudarla. Me pesaba el cuerpo. Era como si cada una de mis extremidades me pesara una tonelada. O varias.

—Me gusta más esta —dijo Pepi mirando el porro ya sin brasa, como si le hablara.

Quise contestarle, pero la lengua se me trababa y tenía los labios adormecidos. En aquel momento, decidí que la marihuana no estaba hecha para mí, y por lo que oía de lejos a Elena vomitando y maldiciendo, para ella tampoco.

Y mientras divagaba, pensaba con qué frases entrarles a los jovenzuelos que podrían ser clientes o cómo reconocerlos sin ofrecerle a nadie que no fumase hierba, o qué pensarían mis hijos, o mi hija, que estaba a días de hacerme abuela... Las ideas desordenadas iban y venían por mi cabeza a una velocidad vertiginosa.

Sin embargo, en algún bendito momento, el sueño vino a mí de repente y se me apagó la luz.

Capítulo 9

¡Niño! ¿Y tú no quieres?

Llegó el día D. Pusimos diversas bolsitas dosificadas en un neceser. Las bolsitas en cuestión estaban rotuladas con una E (exterior) o I (interior), y un número (los gramos) para tenerlo claro.

Nuestro magistral plan se basaba en llevar alguna cantidad en un par de neceseres: uno lo llevaba yo y el otro se quedaría en el coche. Bajaríamos de dos en dos: Pepi y yo, mientras que Quimeta y Elena serían el otro equipo de las Narcoabuelas. Nos repartimos así porque las hermanas se enganchaban con cualquier cosa en discusiones en bucle y no estaban en lo que tenían que estar. A ellas les pareció estupenda la idea. Iríamos por la tarde noche, y como ya era finales de octubre y oscurecía un poco antes, parecía que teníamos más cobertura.

Elena y Quimeta se quedaron en el coche, vigilando los alrededores, mientras yo, con el neceser en el bolso, que llevaba pegado a mi cuerpo y agarrado con fuerza como si llevara tres millones de euros, esperaba a Pepi, quien había quedado en venir por su cuenta. No estaba tan nerviosa desde que tuve a Éric en los calabozos. «¡Ay, madre, qué disgusto!», recordé por unos segundos. Miré a mi alrededor, sacándome de la cabeza el recuerdo de la detención del niño, pero no vi a Pepi. «Sí que está tardando», pensé. Entonces, entrecerré los ojos para fijar la mirada en una persona que venía hacia mí con caminares extraños, como cojeando.

—¡La madre que la parió! —musité yo sola al discernir quién era —. ¿Qué coño lleva puesto?

Pepi se dirigía hacia mi posición con ese paso de medio cojo. Llevaba una sudadera de... ¿Narangito'82? ¿En serio? También, una gorra de Marlboro de medio lado, unos tejanos caídos, de esos medios rotos, y al cuello, una cadena que juraría que era de Conan.

—Pero ¿por qué demonios vistes así? —le pregunté incrédula, mirándola de arriba abajo cuando llegó a mi altura.

—Juli, lo he visto en las pelis —susurró, examinando su alrededor —. Así visten los que venden droga en los parques —dijo la muy loca del coño. La habría matado.

—A ver, Pepi... —cerré los ojos, me puse una mano sobre el puente de la nariz y respiré hondo para no llamarla chalada—, se supone que no tenemos que llamar la atención. —Abrí los ojos—. Disimular. ¿No ves que así parece que nos hayamos escapado de un psiquiátrico?

—Ay, Juli, yo qué sé —se excusó—. Pensé que los jovenzuelos se nos acercarían más así...

—Claro que se nos acercarán, Pepi, pero para tirarnos piedras —mascullé—. Ya da igual. ———Respiré de nuevo para intentar calmarme.

En ese momento, noté vibrar el móvil. Eran las hijas de puta que nos esperaban en el coche, que se reían como gallinas viejas en un audio de WhatsApp preguntándome que si había quedado con la versión blanca de Will Smith. Muy graciosas. Ya las querría ver yo al lado de Pepi con esas pintas.

—Venga, a lo que vamos —concluyó Pepi, apartándose de mí unos metros.

Negué con la cabeza, mirándola, y pensando en silencio qué coño haría. Hasta el momento, estar allí con unos cien gramos de marihuana dosificada en el bolso, parada en el parque y con Pepi en modo traficante del Bronx no me parecía una buena idea.

Pude ver cómo por su lado pasaba un chaval de unos veinte años.

—¡Eh, colegui! —llamó Pepi su atención en tono bajo. Bueno, bajo no, ya que yo lo oí—. ¿Quieres un cigarrillo de la alegría?

Cerré los ojos, deseando que la tierra me tragase.

El chico la miró como si viera a un fantasma y se apartó de ella de un bote certero. Se fue francamente asustado, y lo peor es que no podía culparlo. Y encima, Pepi repitió esa operación seis o siete veces con diversos chicos que pasaban por su lado. Menos mal que parecía

una vieja loca. Y yo, su vieja cuidadora.

—Estos críos de ahora no fuman —sentenció, acercándose a mí.

—Son las pintas, Pepi —susurré riñéndola—. Das miedo.

—Joer, nena, que frikismiquis eres.

—Tiquismiquis, ¡coño! —ladré.

En ese preciso momento detuvimos la discusión, ya que un coche patrulla pasaba por al lado del parque a una velocidad lentísima, mirándolo todo.

Empecé a temblar a la vez que rezaba para que no se notara que estaba como la hoja de un árbol. Cogí el bolso tan fuerte que tenía los dedos blancos.

—Madre mía, madre mía... —musité, apretando con más fuerza el bolso.

—¡Que nos trincan! —exclamó mi amiga la loca, y empezó a correr atravesando el parque.

Bueno, a correr... A lo que le daban las piernas, porque con la artrosis que tenía en las rodillas hacía lo que podía para huir.

Empecé a correr detrás de ella para que no se cayera.

Bueno, a correr... A caminar sujetando el bolso y quejándome de cada paso que daba porque las caderas estaban matándome, y todo eso mientras pensaba que iban a pararnos fijo.

En mi alocada carrera, miré hacia la patrulla, quitando la vista de Pepi, sin ver que esta se había girado y frenaba. Choqué con ella de cara, y para que no cayera hacia atrás del golpe que le di en el choque, ya que había unos setos que nos llegaban a la cadera, la cogí de la cadena que llevaba al cuello; lo primero que pillé. La cadena se partió y me quedé con ella en la mano, y Pepi cayó de espaldas, patas arriba, como si se hubiera caído de un taburete. Me introduje entre los arbustos para levantarla, que la faena fue mía.

—¿Están bien? —nos preguntó una voz masculina, iluminándonos

con una linterna mientras yo me levantaba izando a la capulla de mi amiga.

—¡Coño, el madero! —dijo Pepi en voz alta, a lo que el patrullero me miró frunciendo el ceño.

Mi reacción en segundos fue soltarla, haciendo que cayera de espaldas de nuevo.

—Está bien, agente, es mi hermana —le expliqué, deseando que no se acercara al bolso—. No ha tomado la medicación y se asusta con nada. —Me señalé con el índice una de las sienes para indicarle que estaba loca, y todo esto agarrando el bolso como si mi vida estuviera dentro.

El policía, majísimo, me ayudó a levantarla de entre los matojos. Pepi me miraba haciendo extraños gestos con la cabeza y los ojos. El pobre policía me observaba a mí.

—Deje que la ayude, señora —se ofreció el compañero del primero, que me apartó y entre ambos la levantaron en un periquete. Los policías escudriñaban los extraños gestos de Pepi—. ¿Está bien, señora? —se interesó, ante esos gestos que parecían un tic.

—Sí, sí —me apresuré a contestar yo—. Piensen que no ha tomado la medicación. —La fulminé con la mirada.

—¿Las llevamos a algún lugar? —se ofreció de nuevo el pobre muchacho.

—No, hijo, vivimos cerca. —Fingí el agradecimiento, cuando en realidad estaba deseando que se marcharan.

—Este lugar no es seguro para ustedes —comentó el otro, dejando a Pepi sentada en el banco, quien sabiamente se mantuvo en silencio, cabizbaja por fin—. Aquí solo hay chorizos y vendedores de droga —dejó claro el chico.

—¿Aquí se vende grifa? —preguntó Pepi haciéndose la incrédula mientras estiraba los labios en una mueca a la vez que negaba con la cabeza. Sé que lo decía porque no habíamos colocado ni una puñetera bolsita. Cabrona.

—Sí, señora —le contestó el más joven—. Este parque y el puerto son dos hervideros de mala gente. Vayan a casa. Si quieren, las acompaño. Fíjense en cómo huele todo el parque. —Se señaló la nariz —. Huele a marihuana.

—¿En serio? —Me puse la mano en el pecho, fingiendo como podía—. Yo no huelo nada. —Me encogí de hombros.

—Pues sí que huele, sí —dijo el compañero, mirando alrededor—. Eso es que hay algo escondido entre los setos. Debe haberlo, porque vaya peste.

—Pues, ale, busquen, busquen —los alentó Pepi—. Que nosotras nos vamos.

—Adiós, señoras —se despidieron casi al unísono. Con las linternas, comenzaron a buscar ansiosos entre los setos donde había caído Pepi la hierba que habían olisqueado.

Llegamos al coche en una carrera mal disimulada, cogidas del brazo, donde Elena ya estaba al volante.

—Subid ya —dijo con un ademán———. Creía que os trincaban.

—¡Arranca, coño, que va a darme un infarto! —le medio grité.

Elena hizo chirriar las ruedas del coche al marcharnos.

—¡Qué susto! —exclamó Quimeta, mirándonos—. ¡Creía que os cogían!

—¡Y yo! ¡No te jode! —le contesté sin medir el tono de voz. Estaba nerviosa, así que tenía ganas de gritar.

—Yo creo que lo habéis hecho muy bien —nos animó Elena—. Os habéis quitado a los polis de encima y nadie se ha dado cuenta de nada.

Pepi y yo nos miramos. Sin decir ni una palabra, nos echamos a reír a carcajadas mientras Elena y Quimi nos miraban por los retrovisores.

—Mira que decir que necesito medicación… —dijo Pepi entre

risas—. Si es que eres una buena hija de puta... Y vas a serlo toda la vida.

Quería contestarle que era lo primero que se me había ocurrido, sin embargo, la risa no me dejaba hablar.

—¿Tú te has visto, so loca del coño? —logré decir, secándome las lágrimas—. Mirándote, aún no sé si vas a jugar a la petanca o a marcarte un rap.

El resto de las chicas rieron con fuerza al oírnos. Maldita sea, a Quimeta le dio por reír como la gallina loca. Eso nos contagió aún más.

Elena detuvo el coche.

—¡Callaos, que me meo! —nos advirtió entre gritos inentendibles y risas de esas silenciosas, como un chucho pulgoso cuando se rasca con la boca el lomo.

Por tonto que pareciera, nos hacía carcajearnos más.

—Hoy abortamos misión —pude decir, cruzando las piernas para no hacerme pis de la risa.

—Vámonos de vinos, coño —propuso Quimeta.

Lo dicho: de esta salía fumeta, presa o alcohólica. No había escapatoria.

—¿Y qué celebramos, si no hemos vendido una mierda? —preguntó Elena, cesando de reír y ya algo más seria.

—Pues que no las han detenido —sentenció Quimeta.

—¡Eso! ¡Vamos a coger una buena callorza! —gritó Pepi.

—¡Cogorza! —la corrigió Quimeta, riendo—. Pero hoy pagas tú, que vas de rapera millonaria —se burló su hermana en referencia a su atuendo.

—Pues como no me hagas un bicing de esos... No llevo un puto duro. —Pepi se encogió de hombros.

—¿Bicing? —le pregunté, mirándola por un instante.

—Lo del móvil del dinero, coño, que a todo le poneis pegas —se molestó Pepi.

—Bizum, hija mía —dijo Elena, negando con la cabeza.

Pusimos rumbo al barrio entre carcajadas.

Unos vinitos en Ca Alfonso era lo que necesitábamos.

Aparcamos el coche cerca de la bodeguita de toda la vida, la que había debajo de la casa de las hermanas. Al entrar, nos miraron como si fuéramos unas locas. Obvio: era pasada la medianoche y tres sesentonas normales, con una que parecía que había huido de un manicomio, entraban entre risas en el local. Yo llevaba los neceseres, ya que no iba a dejarlos en el coche. Ni de coña. Los envolví con todas las bolsas del Mercadona que había por el vehículo, que, a decir verdad, pocas no eran, y parecía que no olía tanto.

Alfonso, de nuestra quinta, y pese a que nos conocía de toda la vida, se extrañó de que a esas horas le pidiéramos unos vinitos. No dijo nada, solo nos contempló como si hubiera visto a unos extraterrestres y nos sirvió los vinos y una tapa de queso curado y pan. Los cuatro clientes restantes, abuelos del barrio, jugaban una partida, y tras echarnos un vistazo, siguieron a lo suyo.

Nosotras, por la parte que nos tocaba, les explicamos a Elena y Quimeta con pelos y señales la conversación con los polis del parque. Nos reímos cuando recordé que había cogido a Pepi de la cadena y que se había roto, cayéndose esta de culo, y continuamos con las risas cuando les relatamos que los pobres agentes de policía habían olido la marihuana y se habían quedado buscándola entre los setos. También recordamos que los propios policías nos habían informado de dónde se traficaba con droga además de en ese parque: en el puerto. Así que ya teníamos objetivo a la vista para nuestra próxima intentona.

Nos reímos de algunas de nuestras ideas, desechando ir vestidas como Pepi, por supuesto. Cuchicheamos entre risas con respecto a nuestro infalible plan, haciendo cábalas sobre qué zona del puerto sería la elegida.

Entretanto, el resto de los clientes nos miraban de manera furtiva, con desaprobación, con la idea de que las cuatro tendríamos que estar en casa. En una de esas miradas, Pepi, ni corta ni perezosa, le hizo una peineta a uno de los observadores, que tosió de forma mal disimulada y volvió a lo suyo. Nos reímos más. Qué venidas arriba estábamos. Acabamos un par de vinos más, y ya con los nervios calmados por el tinto, nos fuimos riendo para casa. Claro está, no sin haber brindado el «Todas para una y una para todas».

Ya en casa, me di cuenta de lo bien que estaba pasándomelo. Me sentía valiente, capaz de lo que fuese, y ese sentimiento era el que teníamos todas, según habíamos comentado en la mesa. Estábamos lanzadas, seguras de que podríamos con ello, y lo mejor era que, aunque no quisiéramos reconocerlo, estábamos divirtiéndonos como nunca.

Capítulo 10

No hay dos sin tres

Aún nos reíamos cuando nos acordábamos de las pintas de Pepi, la cual decía que nosotras éramos las que estábamos fuera de onda.

La idea del puerto cobraba cada vez más fuerza. Le pregunté a Éric, quien, muy extrañado, me contestó que era la zona cerca del puente de madera, la que daba al mar directamente y la que, una vez que girabas a la izquierda, tenía los locales de ocio.

—¿Por qué quieres saberlo? —me preguntó allí de pie, delante de mí en el comedor de mi casa.

—Pues porque he oído que no es seguro ir por allí, nada más —le contesté ante su mirada incrédula.

En ese momento, llamaron a la puerta. Al abrir, me encontré con una grata sorpresa: Anais venía a casa para ver a Éric.

—Hola, Júlia —me saludó la cría. Es que era tan mona y educada...

—Hola, cariño. ¿Qué te trae por aquí? ¿Quieres una Coca-Cola o algo? —le ofrecí, encantada de verla cerca de mi hijo. Se conocían de toda la vida.

—Sí, gracias. —Me sonrió—. He venido a ver a Conan. Estoy estudiando Veterinaria.

Asentí con la cabeza.

Éric desapareció de nuestra vista y le trajo una Coca-Cola con hielo y todo, oye. Sonreí al verlos juntos, y Éric me hizo un ademán con la cabeza, sin que se diera cuenta la chica, para que me esfumase.

—Bueno, chicos, me voy —me despedí, sin saber muy bien adónde ir.

Me marché de mi casa sonriendo, con la idea de que a lo mejor retomaban su amistad y que Anais era una muy buena influencia para él. La verdad es que me fui encantada.

Al llegar a casa de Elena y explicarle que Éric se había quedado tan tranquilo en compañía de la chica y Conan, se sorprendió y se alegró a partes iguales.

—Ya era hora de que algo le hiciera ilusión —me dijo mientras doblaba ropa—. Oye, ¿cuándo iremos al puerto? Los policías os dijeron que allí se movía droga, ¿no?

—Sí, sí que lo dijeron. Cuando queráis, probamos, pero esta vez Pepi se queda en el coche.

Las dos nos miramos y comenzamos a reír.

—La madre que la trajo —concluyó Elena—. Pero no me niegues que sin estas cosas no sería lo mismo.

—Para nada, no cambiaría nada de nuestra loca apasionada —le dije sinceramente—. Llamo a las chicas y quedamos en algo, ¿te parece?

Elena asintió con la cabeza en acuerdo con la llamada que le propuse. Sin embargo, esa llamada se vio interrumpida por otra entrante en mi terminal. Era mi yerno Miguel. Fruncí el ceño, extrañada, y contesté al teléfono:

—Dime, Miguel, ¿qué es lo que pasa?

—Tu hija. Es tu hija, que se ha puesto de parto —habló, notablemente nervioso.

Miré el teléfono como si se tratara de un fantasma. ¿En serio iban a hacerme abuela en unas horas? ¿Estaba preparada para aquello? Sacudí la cabeza para que las dudas salieran disparadas de ella.

—Ahora mismo voy para allá. —Y colgué.

Elena escuchaba mi conversación sin saber qué era de lo que estábamos hablando.

—¿Ha pasado algo? —me preguntó preocupada

—Es mi hija, que se ha puesto de parto.

—Pues vamos para allá, tú conduces. Yo iré avisando a las chicas —sentenció, y cogió su bolso.

Así lo hicimos. En un periquete, nos presentamos en el hospital. Allí estaba mi hija Patricia con Óscar, los que decían que no eran pareja. Nadie se lo creía, por supuesto. Por otro lado, vi a Sebas hecho un manojo de nervios paseando como un león encerrado en un trocito de pasillo que daba a la sala de espera. También reparé en Éric, que ya había llegado y estaba con Anais. Los saludé levemente, sin querer avergonzarlo.

Mi hija Patri corrió hacia mí.

—Mamá, ya la han metido en el paritorio. —Asentí con la cabeza a su explicación—. Por lo visto, dilata bastante rápido —me explicó—. ¿Quieres un café? Óscar y yo vamos a la cafetería.

—No, cariño, voy a ver qué dice tu padre. —Sonreí.

Elena estaba fuera, esperando a las chicas.

En ese momento, Sebas me vio. Sin mediar palabra, se acercó a mí a paso rápido y nos abrazamos.

—Va a salir todo bien, ¿verdad, Juli? A nuestra niña no va a pasarle nada —me preguntó con voz temblorosa y en tono bajo, sin despegarse de mí.

—No, Sebas, no. Yo he parido tres veces y no ha ocurrido nada. —Sonreí mientras nos separábamos para mirarnos a la cara—. Además, no recuerdo que te preocuparas tanto por mí.

—Es que tú no eras mi niña. —Ambos reímos, sabiendo que, por mucho que nos habíamos querido, teníamos tres amores verdaderos que uno al otro nos habíamos dado.

—No te preocupes, Sebas, no tiene por qué suceder nada. Lo importante es que ella y los bebés pasen un rato corto, y ya verás

como en un momento seremos abuelos de una preciosa princesa...

—... Y de un chicarrón —terminó la frase, sonriendo.

Las chicas llegaron y me trajeron un café. Aunque agradecí el gesto, tenía el estómago del revés pensando en mi pequeña Ana; mi pequeña, que a su vez iba a tener a sus propios pequeños. La nostalgia me invadió durante unos instantes al recordar cuando ella me otorgó el título de madre por primera vez. ¡Era tan pequeñita...! Tan rosada y bonita.

Me quedé embelesada mirando a la nada. Entonces, Pepi se acercó, me tocó el brazo y señaló a mi yerno Miguel, que venía por el pasillo con una bata verde, quitándose el gorro de quirófano y luciendo una amplia y preciosa sonrisa triunfal.

—Están subiéndolas a la habitación —nos informó a la familia, que nos habíamos acoplado a su alrededor al verlo a la espera de esas noticias.

—¿Están bien? —le pregunté con voz entrecortada.

—Sí. —Me sonrió—. En un ratito podréis ver a Ana y conocer a Júlia y Diego.

Suspiré al saber que estaban bien, pero al oír que finalmente mi nieta llevaría mi nombre, hizo que empezara a llorar por la emoción. Sebas me pasó el brazo sobre los hombros y los presentes me sonrieron.

No tardé en entrar con Sebas para conocer a nuestros nietecitos. Besé a mi hija en la frente en cuanto me acerqué a ella. Tenía dormida a la niña en brazos, envuelta en una manta de coralina rosa y blanca.

—¿Quieres cogerla, mamá? —me preguntó, tan emocionada como yo.

Asentí, y cogí a esa bebé con tanto amor que creí que iba a explotar. La miré en mis brazos. Me pareció estar viendo a mi propia hija décadas atrás. Tenía mucho pelo, como ella, moreno, y un bonito color rosado.

—Tienen los ojos azules, como Ana —habló el padre, quien cargó a Diego para ofrecérselo al orgulloso abuelo.

Sebas besó a su hija y después a su nieto, al que sostuvo como si fuera de cristal.

—Enhorabuena, papás —felicitó Sebas a la pareja mientras acunaba al niño.

—Felicidades —dije con un nudo en la garganta.

La miré, creyendo que me fundiría por la ternura que sentía en aquel momento. Desvié la mirada hacia Sebas, quien me imitaba acurrucando al niño. Después nos los cambiamos. El crío era un clon de su abuelo Sebas. Se parecía hasta en las manos. Allí, los seis, nos miramos sonriendo. Cuánto amor.

Al rato, fueron pasando el resto y turnándose a los chiquillos de uno en uno, muriendo de amor por ellos. Hasta Anais los cogió.

Fotos, risas y besos.

Tras marcharnos para que descansaran, nosotras fuimos a celebrarlo con el resto de la familia yendo a comer. O cenar, porque era ya tardísimo. Las chicas, mis hijos, sus parejas y Sebas. Lo que estaba claro era que aquel día no había nada más que amor y celebración.

—¡Chinchín por Julieta y Dieguillo! Bienvenidos al mundo —dijo su abuelo, poniéndose de pie y alzando la copa en uno de los miles de brindis que hicimos por ellos en su ausencia.

—Bienvenidos al mundo, pequeños —susurré mi bienvenida, sonriendo y sorbiendo el cava que bebía a su salud, pensando en lo dichosa que me sentía en aquel instante.

Rodeada de mi gente más querida, exceptuando a la nueva familia que necesitaba intimidad, pasamos una velada llena de risas, brindis y mucho amor.

Claro está que ese día las marietas quedaron totalmente desplazadas a un más que merecido segundo lugar. Y es que el tiempo

estaba pasando tan rápido que me daba vértigo pensarlo. Hacía nada, mi hija me daba la noticia del embarazo y plantábamos las marietas. Ahora, a la vez que nuestras marietas crecían, mis nietos habían nacido. Los meses habían pasado en un suspiro, y no sabía si eso era bueno o malo.

Por otra parte, el hecho de que nos hubiera parado la policía me asustaba y estimulaba a partes preocupadamente iguales. Me sorprendí a mí misma sintiéndome orgullosa de mi actuación para evitar a los agentes, notando una adrenalina que no había experimentado en la vida. ¿De verdad iba a caer yo también en ese encanto? Me obligué a mí misma a sacar esas ideas de mi mente y volver a la realidad. No podía caer en el embrujo de lo prohibido, ¿verdad? Por otro lado, ¿era tan malo que estuviéramos divirtiéndonos tanto?

Los días pasaron, y mi hija ya estaba con su preciosa familia en casa, cosa que me daba más tranquilidad y movilidad. Sacaba un rato a diario para ver a mis nietecillos, pero al estar su madre de baja maternal, al igual que el padre, deseaba darles toda la intimidad que pudiera en esos días tan bonitos.

Las chicas, mientras yo ejercía de abuela, habían ido de avanzadilla al puerto, por eso de echar un ojo para ver dónde podría venderse la marihuana. Fueron entrada la tarde, ya oscuro, quedando antes sobre cuándo nos rencontrábamos en casa de Elena para que me explicaran qué les había parecido. Había llegado bastante antes que ellas, así que preparé una tortilla de patatas y algo de embutido para la cena.

El ruido de la puerta hizo que mirase hacia el pasillo. En efecto, eran ellas, que ya habían llegado.

—¡Ay! ¡Qué rico todo! —espetó Pepi sin saludar siquiera al ver la mesa ya preparada—. Qué bien, Juli, gracias. —Me sonrió.

—¿Cómo ha ido? —quise saber mientras se quitaban los bolsos y las chaquetas.

—La verdad es que el sitio da miedo, Juli —me confesó Quimeta

muy seria—. Vaya gentuza se junta allí. Ese sitio es peligroso. —Me miró de manera sobria.

—No empieces con las manías tuyas, Quimeta —medio regañó Pepi a su hermana. Se sentó a la mesa tras lavarse las manos—. Es justo en esos sitios donde se vende droga.

—Pero ¿has visto qué gente hay? ¿Y qué pintas? —insistió Quimeta, rebatiendo a su hermana.

—A mí tampoco me gusta ni un pelo —comenzó Elena—, pero no queda otra. Ya lo haré yo —se envalentonó, ofreciéndose—. No quiero que nada malo os pase, y ya tuvimos bastante con lo del huerto.

Lo del huerto. Desde que había sucedido, no lo habíamos hablado.

—Tú sola no vas a ir —me negué, sentándome yo también a la mesa—. Vamos, ni loca. Además, no ocurrió nada al final —intenté quitarle hierro al asunto, sabiendo que en parte tenía razón.

—Si no es por Pepi y su escopeta, ya veríamos qué habría sucedido, Juli —me interrumpió—. Todas sabemos que aquel día nos jugamos un navajazo, pero la suerte estuvo de nuestra parte. No quiero que nada malo os pase por mi culpa.

—Esto es cosa de las cuatro —hablé—. De ninguna manera nos dejes al margen, al menos a mí.

—Ni a mí —se unió Pepi enseguida.

—A mí tampoco, ¿eh? —Esa fue Quimieta—. Pero tenemos que ir con mucho cuidado en esa zona.

—¿Tan mal está el tema? —me interesé. Ya estábamos todas alrededor de la mesa picando para cenar.

—La verdad es que no exagera —me aseguró Pepi—. Lo más probable es que nos peguen un tirón del bolso antes de que coloquemos algo de la matuja.

—¿Matuja? —repetimos casi al unísono.

—Sí, sí —dijo mientras atacaba la tortilla—. Matuja. La llaman así

también. Lo he le visto en un toro de Fistranet.

—¿En un qué? —Casi me atraganté al preguntar mientras el resto reía por las palabrejas acostumbradas.

—Coño, un toro de Fistranet —repitió. Las demás nos mirábamos sin entender palabra—. Joer, nenas, qué poco puestas estáis en la tecnología.

—¿Tecnología, un toro de Fistranet? —Repetí las palabras juntas para comprobar si me decían algo. Nada

—Coño —Pepi tragó lo que tenía en la boca—, un sitio de esos de charlas en el ordenador que cada uno dice cosas, preguntas... Un toro de mariuna.

—Ay, madre mía con los toros —rio Elena, mirándome.

Pesé en silencio.

—¿Foro de Internet? —conseguí descifrar mientras la observaba comer.

—Coñe, lo que he dicho —farfulló Pepi tan ancha, continuando con su cena—. Anda, Quimeta, saca el vino que seguro que has traído.

—Pos claro —contestó la hermana entre nuestras risas.

—Entonces, ¿cómo lo hacemos esta vez? —abordé el tema—. Nada de disfraces —sentencié, señalando a Pepi con el cuchillo con el que estaba untando un poco de crema de queso en una tostada.

—Esta vez quiero salir del coche yo —habló Elena—. No es justo que siempre corráis riesgos las mismas.

Quimeta bebía de la copa como si no fuera con ella. La madre que la parió, qué bien se escaqueaba.

—Pues tú y yo iremos por la zona —dije— mientras Pepi y Quimeta están al tanto de nosotras con el coche cerca, por si hay que salir por patas.

—¡Por patas, dice! —Rio Pepi, sorprendiéndonos a todas—. Se

dice por piernas, hija —me corrigió ante la estupefacción del resto de nosotras.

—¿En serio estás corrigiéndome? —Le sonreí.

—Por supuesto —dijo solemne—. Yo no seré Miguel de Guisantes, pero culturilla tengo. —Su respuesta nos hizo reír con ganas. Y ya empezamos: Quimeta, con su ruido de gallina clueca; Pepi, con cara de circunstancia; Elena, con su risita de perro pulgoso de esas medio silenciosas, y yo riéndome de todo. Un auténtico circo.

—Miguel de Cervantes —pude decir con dificultad tras intentar reunir el aire necesario para hablar.

—Coñe, eso he dicho —espetó, intentando estar seria, hasta que, al oírla su hermana, dio otro de esos gritos de gallina que hizo que también se riera ella como otra gallina aunque menos escandalosa.

—Pero tendremos que ir con cuidado —intervino Quimeta cuando se le pasó la risa—. Esto no es broma. Llevamos unos mesecillos de Narcoabuelas, y nos han robado, intentado apuñalar y casi detenido.

Todas la miramos en silencio. Tenía razón.

—Pues yo creo que en estos meses nos hemos enfrentado a unos sinvergüenzas, hemos defendido lo que era nuestro, hemos esquivado a unos delincuentes y hemos engañado a la policía. Tan mal no se nos da. —Sonrió, alzando la copa.

—¡Pero si no hemos vendido ni una mísera bolsita! —expuse, intentando devolver a la realidad a Pepi.

—Además, no hay dos sin tres —habló Quimeta, con una de sus frases famosas.

—Ya está bien, chicas. Brindemos por las que venderemos. —Elena elevó la copa, positiva, sin querer oír aquello que ya sabíamos —. Venga, chicas, no podemos acobardarnos ahora.

Asentimos con la cabeza.

—¡Qué coño! —También alcé mi copa—. Por nosotras.

—Por las Narcoabuelas —enunció Pepi.

Capítulo 11

Marineros de agua dulce

Estuvimos lo que quedaba de semana yendo al puerto para saber por dónde tendríamos que huir en caso de presencia policial o de tener cualquier otro incidente.

Era un sitio recóndito, peatonal, donde el coche no podía adentrarse ni vernos directamente como habíamos hecho anteriormente en el parque. Así que tuvimos que averiguar qué recursos podríamos utilizar que estuvieran lo suficientemente cerca del coche y de las dos que estuviéramos haciendo la venta.

El puerto era totalmente peatonal; el suelo, de lamas de madera, y al fondo a la izquierda estaba repleto de locales de ocio. Frente a los locales, había un parquecito de tierra, con setos, árboles, bancos… Una especie de paseo, vaya. Estaba poco iluminado, y era el lugar que utilizaban para comprar o vender droga, o para robar, delinquir o simplemente beberse una litrona o fumarse un porro a escondidas del público.

Ese centro al que pertenecían los locales tenía dos pisos, siendo el de arriba restaurantes y bares, por el que se accedía por el otro lado del puerto a través de unas puertas principales como si de un centro comercial se tratase. Fue allí donde decidimos que cenaríamos, y donde, tras la cena, dos de nosotras bajaríamos con parte de las marietas para venderlas. El coche estaría aparcado en el parquin subterráneo del mismo centro de ocio, cerca de las escaleras de entrada y salida peatonal.

Localizamos una terraza desde donde se veía parte del paseo. Digo «parte» por la arboleda, ya que no dejaba ver por completo el pequeño parque. Esa terraza pertenecía a un restaurante costero, donde reservamos una mesa en concreto. Les repetimos qué mesa queríamos y nos aseguraron que no habría ningún problema, ya que la habíamos reservado con varios días de antelación.

A pesar de que no lo decíamos, estábamos nerviosas pensando en

si conseguiríamos vender algo de lo que habíamos cosechado con tanto ahínco, y por otra parte, dándole vueltas a qué pasaría si nos enganchaba la policía; eso sin contar con el resto de competencia.

Aunque quise evitarlo a ratos, fui a ver a mis nietos cada tarde, llevándole la compra a mi hija para que no saliera porque empezaba a hacer frío, aprovechando la excusa para achuchar a mis pequeños.

Durante aquellos días me cruzaba con Éric, que estaba prendado de Conan, y a su vez de la bonita Anais, quien venía a diario para ver qué tal iba nuestro perro guardián. Éric, de repente, se había vuelto más ordenado. No fumaba tanto, ¡y hasta olía a perfume! Su padre y yo habíamos hablado en casa de Ana, cuando coincidimos una de esas tardes, de lo cambiado que estaba el niño últimamente. Ana se reía, junto con Miguel, diciendo que el niño se había enamorado. Incrédula de mí, también sonreía ante sus ocurrencias, mientras que a solas pensaba si se habría enamorado mi niño chico. Y es que, en el fondo, eso era lo que era Éric. Por muy desastre, fumador y contestón…, era irremediablemente mi niño chico.

Las chicas y yo hablábamos sin cesar del plan del viernes noche que tendría lugar en el puerto, sabiendo que si no conseguíamos vender nada, nos quedaba aún el sábado para reintentarlo. La verdad es que yo estaba un poco agobiada: Éric, raro; la niña, con los niños; Patri, llamándome para que le pasara algún documento para el bufete del hermano de Óscar, quien llevaba el tema de los fondos buitre de Elena. Además de todo eso, la venta de la marihuana, la policía, el pestazo del barrio, los vecinos quejándose del insoportable olor… Y, encima, el seguro llamándome porque el señor Severino, el del Citroën del centro comercial con el que choqué, quería denunciarme penalmente por yo qué sé… Mil cosas iban y venían por mi cabeza, haciendo que a ratos pareciera que estallaría.

Menos mal que los días pasaron y llegó el momento de nuestra segunda oportunidad. Esa vez tenía que salir bien, coñe.

Quedamos las cuatro en casa de Elena, en nuestra peculiar base.

—A ver —comencé en el comedor antes de salir—, ¿quién va a la zona de venta y quién vigila? Hemos hablado mucho esta semana, pero no hemos acordado nada.

—Yo voy a la de venta —dijo con firmeza Elena.

—Yo, si queréis, también —se unió Pepi—. Mirad lo que he traído —llamó nuestra atención mientras nos enseñaba una navaja de siete muelles, antigua pero enorme.

—¡La madre que te parió! —exclamé casi al unísono de Elena.

—¿Dónde vas con eso? —me siguió Elena—. Ni hablar, nada de armas.

—¿Que no? —protestó Pepi, ladeando la cabeza—. La otra vez nos salvó el pellejo la escopeta, os guste o no. Yo he visto Perros callejeros, y bardeo lleva to Cristo.

—¡Ay, madre del amor hermoso! —exclamó Quimeta—. Deja de hablar como el Vaquilla y déjate de navajas, escopetas y demás, que al final te cargas a alguien.

—La navaja se viene conmigo —dijo, metiéndosela en el bolso.

—Déjala —tercié—. Iré yo con Elena. Y que lleve la navaja si quiere, pero no la saques, por favor. —En el fondo, pensaba como ella, aunque no quisiera decirlo.

—No, mujer, esto es solo para defendernos. No voy a hacer nada con ella, solo es por nuestra seguridad —intentó calmarnos, sosegada, dándole golpecitos al bolso donde había metido la navaja—. Ya veréis como no está de más.

—Pues lo dicho. Elena y yo bajamos al parquecillo y vosotras nos veis desde el restaurante —resumí mientras asentían con la cabeza—. En marcha, chicas.

Ya estábamos arregladas, y muy guapas. Con paso firme, con el neceser de marihuana en mi bolso y el bardeo en el bolso de Pepi, como lo llamaba ella, pusimos rumbo a realizar nuestra primera venta. A ver si había suerte esa vez.

Tal y como habíamos planeado, nos presentamos en el restaurante las cuatro para cenar conforme a nuestra reserva. Un camarero se acercó a nosotras y nos requirió el nombre para sentarnos a nuestra

mesa. La sorpresa al entrar fue que la mesa en concreto estaba ocupada y debían ponernos en otra, la cual, aunque cercana, no tenía visión al exterior.

—Disculpe —llamé la atención del camarero que nos guiaba—. Esta mesa no es la que habíamos reservado. Es esa. —Señalé aquella donde había dos hombres y dos mujeres, todos de nuestra quinta.

—Yo solo tengo una reserva apuntada para cuatro —matizó el camarero, mirando su libretilla—, pero si ellos quieren cambiarse, por mí no hay problema —dijo de forma amable, aparentemente desconociendo la concreción de la mesa.

Nos miramos entre nosotras y yo asentí para acercarme a nuestra supuesta mesa, junto con el camarero.

—Disculpen —llamó la atención de los comensales el muchacho —. Estas señoras se preguntaban si podrían cambiarle de mesa.

Mi estómago se encogió al saber la respuesta en cuanto me encontré con la cara del tal Severino, el del Citroën, empuñando una copa.

—La loca del Micra —les dijo a los presentes, quienes me miraron. Las chicas estaban cerca de mí—. Esta es la loca del Micra —repitió, dibujando en sus finos labios una sonrisa, señalándome como si me presentara formalmente a sus acompañantes.

—Chicas, os presento al imbécil del Citroën —contesté con una irónica sonrisa, devolviendo la presentación.

A Severino no le hizo mucha gracia.

—¿Y quieren mi mesa? —preguntó, entrecerrando los ojos sin soltar la copa e inclinándose hacia la mesa sin la menor intención de soltarla. Cabronazo.

—La reservamos hace ya días —intervino Elena.

—¡Pero si va con la tonta que lo empezó todo! —exclamó, haciendo reír a su peculiar grupito.

—¿Quieres que le saque la navaja? —me susurró Pepi al oído, tentada de decirle que sí.

—Escucha, imbécil —espeté sin pensarlo.

—Señoras, señor —comenzó el camarero—, por favor, mantengan la compostura —terció para que no desatáramos con el idiota ese una guerra campal.

—Si hubieran hecho su trabajo y nos hubieran dado la mesa que reservé, esto no habría pasado —le espeté al camarero—. Por favor, llame a su jefe ———le exigí.

—Juli, tú dame la orden y pincho al viejuno —me susurró insistente Pepi por detrás.

—¡Pepi, por Dios! —pude decir mientras sentía unas terribles ganas de matar al tal Severino.

Nos retiramos de la mesa, bajo la sonrisa triunfante del idiota de Severino, mientras esperábamos al encargado. Este no se hizo esperar y llegó pronto, explicándonos que por algún error habían dado la mesa a otras personas y que ya habían comenzado a servirles, pero que nos invitarían a cenar si queríamos por las molestias causadas.

Pepi, empeñada en estrenar su navaja, quería estrangularlo, así que decidí que lo más inteligente sería adaptarnos a lo que estaba sucediendo.

—Chicas, cenemos tranquilas —les dije, y nos sentamos a otra mesa que pedimos, lejana a la del odioso Severino—. Después de cenar, nos dividiremos en el parque y se acabó. No quiero que llamemos más la atención, y menos llevando Pepi esa espada en el bolso y yo el tema en el mío —les comenté, sin soltar el bolso.

—En eso llevas razón, Juli —secundó Quimeta—. Pero no me extraña que le dieras con el coche. Yo lo habría atropellado a él directamente.

La contestación nos hizo reír a todas.

—Cenemos tranquilas, chicas —insistió Elena—. Que le den a

Severino. ¡Muchacho! —alzó la mano para llamar al camarero—, la carta y un buen vino, que invita la casa.

—¡Así se habla! —vitoreó Quimeta, haciéndonos reír—. Vino del bueno, ¿eh? —le aseveró al camarero.

—Ay, cordera mía, si te gusta más el vino que a padre, que en paz descanse. —Se santiguó, lo que provocó otra ronda de carcajadas.

Ya estaba liada: la gallina clueca, pulgoso y Pepi diciendo de las suyas; y yo, por qué no decirlo, aunque molesta por Severino y nerviosa por las marietas del bolso, pasándomelo en grande y riendo con aquellas locas que eran mis mejores amigas.

Cenamos de lujo, y la verdad es que llegamos a pensar que la equivocación nos había salido a cuenta. Cayeron dos botellas de vino y un coñac después de la cena, y todo delicioso. Además de muy decididas, íbamos bastante contentas, ayudadas por ese buen vino escogido por nuestra experta Quimeta.

Al acabar la cena, bajamos a la zona del parque, decidiendo que Elena y Quimeta se esperarían en uno de los bancos cercanos a nosotras. Estratégicamente, nos pondríamos en otro más cercano a las puertas de los locales de ocio. Ese era el plan. Lo cierto es que había mucha juventud. Era un auténtico hervidero de personas yendo y viniendo por el camino principal. Nosotras, Elena y yo, estábamos más adentradas en el parque, donde había juventud escondida discretamente fumando lo que fuera, bebiendo o vete a saber qué hacían amparados por la poca iluminación.

Ya instaladas en el lugar que creímos clave para ofrecer nuestro material, pudimos ver que no éramos las únicas traficantes de la zona. Y es que hasta yo, que jamás había visto un pase de droga, en un momento fui testigo de cómo a nuestro alrededor se hicieron hasta cinco pases diferentes por parte de unos jóvenes que vigilaban el lugar.

—Al lío —murmuró Elena, y se acercó a un par de chavales. Tras hablar discretamente en voz baja, vi cómo uno de ellos asentía y cómo ella volvía a mí—. Dame dos bolsitas de tres gramos —me susurró, tendiéndome la mano.

Incrédula, lo hice, y ella caminó de nuevo hacia los muchachos y aceptó dinero a cambio de esas dichosas bolsitas que tanto dolor de cabeza parecían querer darnos.

—¿Las has vendido? —le pregunté cuando volvió y los chavales se fueron.

Elena me sonrió, enseñándome el dinero.

—¿Qué te parece, Juli? —Rio entre nerviosa e ilusionada—. No es tan difícil.

Asentí con la cabeza, aún sin creerme lo que había sucedido. Metí los billetes en el monedero. Increíble.

Repetimos la operación. Bueno, mejor dicho, ella la repitió con un par de grupitos más mientras yo miraba mi entorno, vigilando.

Y sí, vendimos otras tres bolsitas.

Unos minutos más tarde estábamos colocando dos más. La cosa marchaba. Sin embargo, el primer disgusto de la noche llamó a mi puerta, pues el último de los chavales que había comprado las bolsitas caminó hacia otros dos chavales: Clara y Mario, los amigos de mi hijo Éric, quienes, entrecerrando los ojos y entre risitas, estoy segura de que me reconocieron.

—Mierda —mascullé cuando se acercó Elena.

—¿Qué pasa? —quiso saber—. El tema va muy bien.

—Lo sé, pero acabamos de venderles droga a los amigos de mi hijo. —Señalé hacia ellos con un ademán de cabeza.

—Joder... —musitó ella.

En ese momento, en el que no sabía qué hacer, pude discernir claramente cómo dos hombres se dirigían a paso firme hacia nosotras.

—Mira, Elena —le indiqué con otro movimiento de cabeza, dándole también un toquecito con el codo.

—Igual son clientes —supuso, con una mueca de estar poco

convencida.

—No creo... —repliqué, haciéndole caso a mi intuición.

Más cerca, pudimos verlos mejor, lo que hizo que el corazón se me pusiera a mil por hora al reconocerlos como dos de los tres tipos que quisieron entrar a robar en nuestro huerto semanas atrás.

—Lo que nos faltaba —pude mascullar antes de que se parasen frente a nosotras.

—Vaya, vaya —dijo el más alto de ellos, paseando a nuestro alrededor—. El mundo es un pañuelo.

—Dejadnos en paz —los enfrentó Elena al reconocerlos.

—¿Que las dejemos en paz? —se carcajeó el asqueroso que lo acompañaba, poniéndose a su altura y más cerca de nosotras—. Primero, nos roban nuestras plantas, y ahora, por lo que veo, quieren robarnos la zona de venta, quitándonos a nuestros clientes.

—Nosotras no vendemos nada ———repliqué———. Además, fuisteis vosotros los ladrones. Esas plantas eran nuestras —lo acusé, plantándole cara al que tenía más cerca. Era alto e iba de rojo.

—Esas plantas estaban en un huerto, abandonadas, y las vimos nosotros primero —concluyó el feo de azul—. No le hemos robado nada a nadie. Además, uno de mis chicos me ha dicho que están vendiendo en este lugar, y eso no puede ser.

—¿Y a ti qué te importa? —le contesté, viendo que el alto con la sudadera roja se acercaba por mi espalda peligrosamente.

Sé que la manera de agarrar mi bolso delataba dónde llevaba el botín. Me miraron, y después mi bolso.

—Será mejor que nos dé el bolso, abuela —habló el de mi espalda —. No empeore más las cosas. Váyanse a casa a tejer algo.

—No pienso daros una puta mierda —mascullé enfadada, ladeando la cabeza hacia el rostro de quien tenía a la espalda. Esos tipejos sacaban lo peor de mí. Nadie iba a decirme qué podía hacer o

no, y aunque sentía mucha rabia en ese momento, miedo, ninguno.

—Nos ha salido rebotona la abuela. —El de rojo le rio la gracia a su compañero, que se acercaba tanto a mí que noté cómo se pegaba a mi cuerpo.

No me giré. Agarré más el bolso, esa vez con ambas manos. El tipo me cogió del brazo y me dio la vuelta bruscamente, dejándome cara a cara con él, y puso una de sus manos sobre mi valioso bolso, que, aunque estaba nerviosa, no pensaba soltarlo. Suspiré, sonriendo.

—¿De qué se ríe, vieja? ———espetó en mi rostro mientras veía mi salvación por encima de su hombro.

—De que voy a abrirte en canal como a un cochino —habló Pepi en su oreja, empuñando la navaja, la cual apoyó en las costillas del tipo por su espalda—. Si no sueltas a mi amiga, te dejo hecho un pincho perruno.

—¿Pincho perruno? —preguntó el tipo alto de rojo, mirándome.

—Pincho moruno —la corregí asintiendo, comprendiendo que no la entendiera y viviendo un déjà vu como el día del huerto.

—La loca de la escopeta —le soltó el feo de azul al alto de rojo—. Pero hoy no lleva escopeta, ¿no? —dijo, creyéndose victorioso.

—Pues no —le confirmó Pepi. Azuzó hacia adelante al de rojo, amenazándolo con la navaja y apartándolo de mí, y los puso juntos a ambos frente a nosotras cuatro—. Pero llevo esto. —Blandió la faca.

—Dejadnos en paz —les espeté seria. No tenía miedo. La rabia de que quisieran aprovecharse de nosotras ganaba con creces al temor que pudiera sentir.

—Les aconsejo que no jueguen con nosotros —nos advirtió de nuevo el de rojo—. No saben quiénes somos.

—Nos importa una santa mierda quiénes seáis —les espeté; me salió a borbotones de la boca y del alma—. Dejadnos en paz.

—Somos del clan de los Barriles —nos informó enfadado y

vacilándonos.

—Y yo soy Josefa Álvarez Andrés —se presentó nuestra valiente Pepi, azuzándolo con la navaja, ya que el incauto había pretendido dar un paso hacia delante.

Retrocedió.

—Escuchad bien, abuelas, esta es nuestra zona, y droga que entra, droga que nos quedamos. Haceos un favor y entregadnos el puto bolso —nos amenazó el feo, claramente escupiendo a los pies de Elena al terminar el discurso.

—Escúchame bien, cerdo —me envalentoné, apoyada por la navaja de Pepi, quien no bajaba la guardia. Estaba hecha una auténtica bandolera—. No vamos a daros nada.

—Si tiene coño, pinche —dijo el de azul, y me arrebató el bolso de un tirón, sacando el neceser y lanzándome el bolso roto por la correa a la cara.

El de rojo aprovechó para quitarle la navaja a Pepi, y le dio tal bofetón que le partió el labio inferior y la tiró al suelo.

Y allí estábamos: recogiendo a Pepi mientras mirábamos a esos dos que acababan de robarnos en nuestras narices.

Antes de que pudiera insultarlos siquiera, los seis nos quedamos petrificados al oír unas llamativas sirenas y ver unas luces de color azul eléctrico inundando el lugar.

—Mierda —dijimos todos a la vez.

Los Barriles quisieron salir corriendo, tirando la navaja bajo el banco, pero no les dio tiempo. En cosa de segundos, el lugar estaba infestado de policías de uniforme y otros tantos de paisano, con la insignia colgada al cuello, como en las películas.

Dos que bajaron de una furgoneta uniformados llegaron hasta nosotros, y otros dos sin el uniforme.

—¿Qué hacen aquí, señoras? ¿Qué ha pasado? —nos preguntó

uno de ellos mientras se acercaba a nosotras mirando a Pepi, que estaba herida.

Miré a mi alrededor y vi cómo identificaban a todo el mundo, cacheándolos después. Empecé a sudar, pensando en lo que llevaba en el bolso.

—Estábamos cenando —comencé a explicar, improvisando—, cuando mi amiga se ha mareado. —Señalé a Quimeta, quien asintió, se sentó en el banco y se puso una mano en la frente cual actriz de Óscar—. Y mientras tomábamos el aire, han venido estos hombres con una navaja pidiéndonos el bolso. Como les he dicho que no, me han amenazado, le han pegado a mi amiga y me han arrancado el bolso. —Enseñé el bolso, roto recientemente.

—¡Mentirosa hija de puta! —exclamó con fuerza el de azul, abalanzándose contra mí.

Su ataque fue interceptado por un guapo y alto policía, quien lo mantuvo al margen de un certero empujón.

Uno de los policías de paisano nos miraba de arriba abajo mientras el otro hablaba:

—¿Están bien? —se interesó, mirándonos—. ¿Pueden mostrarme sus documentos?

Asentimos y nos identificamos en aquel momento mientras los de la furgoneta, quienes al parecer conocían a los Barriles por anteriores fechorías, los cacheaban, encontrando mi neceser llenito de marihuana a unos pocos metros de nosotras. Y es que la policía había metido los furgones dentro del parque.

—Mirad lo que lleva Raulito —dijo uno de los uniformados, refiriéndose al de rojo, que seguía apoyado en la furgoneta vigilado por otros agentes mientras el primero les enseñaba la marihuana al resto de sus compañeros de paisano.

—¡Eso no es mío! —gritó con fuerza—. ¡Es de ellas!

Los policías empezaron a reír a carcajadas.

—¡Qué ocurrencia, chico! —manifestó el policía de paisano, quien ya pasaba nuestros datos por su radio—. Eso es de ser muy miserable, Raúl, incluso para ti. —También parecía conocerlo.

Su otro compañero de paisano estaba callado, escudriñando cada detalle, cada gesto, cada cosa que decíamos o hacíamos, apuntando cosas en una libretilla.

—¡Pues eso digo yo! —Fingí reír, a lo que las chicas me imitaron —. Encima que nos roban y casi nos matan, dicen que eso es nuestro. —Ellos nos miraban mientras yo los inculpaba.

—¡Perra hija de puta! —gritó esta vez el otro, señalándome con un dedo—. ¡Te voy a matar!

—¡Ya está bien! —interrumpió el agente más callado—. Llevaos a los Barriles al otro lado del furgón —les ordenó a los uniformados—. Ustedes tendrán que acompañarnos para poner una denuncia por robo.

—Faltaría más, agente —le contesté.

—Antes tendrían que ir al médico para que vean a su amiga. Y traigan un parte de lesiones para poder coger la denuncia y adjuntarlo —nos explicó muy amable el otro agente—. Vengan a la comisaría de este distrito y pregunten por nosotros. Somos del grupo de Investigación de Robos con Violencia. Díganlo en la puerta.

Asentimos con la cabeza.

—¿Podemos irnos, agente? —pregunté ante el silencio de las chicas.

—Sí, pero no olviden ir a poner la denuncia esta misma noche —nos comunicó.

Las cuatro, cogidas unas de otras por el brazo, salimos del parque, andando, apretándonos con las manos de manera disimulada, mirándonos de reojo y aguantando el aliento. Sé que, de haber podido, habríamos salido corriendo.

—Se nos ha aparecido la Virgen —musitó Pepi camino al coche.

—Pues además de verdad —añadí suspirando—. Vamos al médico por el parte de lesiones ese.

—¿Pero vamos a denunciarlos? —quiso saber Quimeta.

—Por supuesto —respondió Pepi antes que yo—. Estamos metidas hasta el cuello, así que es mejor denunciarlos, por si algo pasa.

Todas asentimos, sabiendo que Pepi tenía razón.

Que Pepi tomara Sintrom ———un medicamento anticoagulante ——— hizo que no parase de sangrarle la herida del labio, cosa que ayudó a que nos atendieran bastante pronto, ya que parecía mucho más grave de lo que era. Yo me quejé del hombro, y la verdad es que no mentía. Menudo tirón me había dado el muy sinvergüenza.

Ya con los informes en la mano, nos dirigimos a comisaría, tal y como nos habían indicado.

—Chicas, cuidado —dije antes de salir del coche—. Uno de ellos, el policía de paisano que no hablaba, no nos quitaba el ojo de encima, y me da en la nariz que no nos cree. —Las chicas me miraron. Observé a Elena, que estaba a mi lado, y por el retrovisor divisé a las hermanas, quienes estaban atentas a todo lo que les explicaba—. Cuidado con lo que decimos. Hemos ido de cena, Quimeta se mareó, fuimos a tomar el aire y esos dos intentaron robarnos. Fin de la historia. —Todas asentimos, conformes con la versión que daríamos.

Al entrar en comisaría, todos fueron muy amables con nosotras, y es que, a sus ojos, éramos cuatro abuelas a las que unos cabrones de un clan conocido por sus antecedentes habían querido atracar y habían pegado. Por no hablar de querer encasquetarnos la marihuana.

Nos dejaron esperando en uno de los pasillos de la segunda planta mientras nos metían a un par de nosotras en el despacho de enfrente para declarar. Era pequeño, de cristal; por ello la espera fuera.

—Hay algo que no me cuadra —oímos claramente la voz de un hombre, la cual salía de otro de los despachos cercanos. Las hermanas estaban declarando mientras Elena y yo esperábamos nuestro turno—. ¿Los Barriles atracando a abuelas? ¿A santo de qué? Atracar una tienda, un banco, vender droga…, pero ¿a estas?

—Pues se les habrá ido la pinza —le contestó una voz femenina que surgía del mismo misterioso despacho—. No le des más vueltas. Están trincados, ¿no?

—Sí, sí, por salud pública y robo con violencia... —enumeró la misma voz masculina—. ¿Has visto el neceser? Es muy..., no sé, ¿de abuela? —La risa de su compañera interrumpió el monólogo.

Elena y yo nos mirábamos. Yo estaba sudando, observándola en silencio, con los ojos como platos.

La pareja que había estado charlando en el despacho salió. El dueño de la voz era el chico de antes, el mismo policía que no había hablado en el parque. Se paró frente a nosotras con el neceser en la mano y nos lo mostró.

—¿Lo habían visto antes?

—En la vida —mentí, con una sonrisa mal disimulada—. ¿Qué es?

La chica vino y le arrebató el neceser al compañero, mirándolo.

—¿Qué haces? —inquirió la policía, dueña de la voz femenina, una mujer pelirroja que nos miró—. Disculpen, ahora les cogeré declaración. —El compañero la fulminó con los ojos de mala manera y se fue—. He visto que son del barrio de La Fuente. —Asentimos al oír eso—. Mi tía tiene allí una panadería.

—¿Sí? —pregunté, arrugando la frente—. Nosotras somos de allí de toda la vida. Ella tiene una pescadería. —Señalé a Elena.

—¿Quién es tu tía? —quiso saber la señalada.

—Paqui. Tiene una panadería cafetería en la calle Olmo —nos aclaró la simpática muchacha.

—¿No me digas que la Paca es tu tía? —Elena se remangó la chaqueta y se dirigió a mí—: Nena, que es sobrina de la Paca, la hija de la Inma, seguro —se exaltó, codeándome.

—Sí, soy hija de Inma —le corroboró la muchacha, sonriendo—. Qué casualidad. Vengan conmigo.

Pasamos por delante de otro despacho, desde donde nos miraba el chico callado con los ojos entrecerrados. Se olía algo, seguro. Simpático no era, pero sí un buen sabueso.

Ser conocidas de la Paca hizo que el tema se destensara y que habláramos de su madre Inma, que había ido al mismo colegio, y del barrio en sí, lo cual nos vino de fábula.

Denunciamos a los Barriles mientras la agente, muy atenta y maja, se mostraba indignadísima porque nos hubieran amenazado con una navaja, pegado y atracado. Nos enseñó la navaja con la que presuntamente nos habían amenazado, para ver si la reconocíamos, a lo que asentimos sin dudar. ¡Madre mía, qué lío!

Terminamos de interponer la denuncia y salimos de la comisaría, no sin antes, presentarles a Helga, la hija de Inma, la sobrina de la Paca, al resto de las chicas, quienes la abrazaron al saber quién era.

Nuestras miradas hablaban, diciéndonos entre nosotras silenciosamente la potra que estábamos teniendo.

Nos despedimos de la chica, quien hasta se ofreció a llevarnos a casa. Declinamos su oferta al informarla de que teníamos coche.

Ya camino a casa, Elena rompió el silencio:

—Vaya suerte que hemos tenido —verbalizó lo que ya sabíamos.

—Con lo bien que se nos estaba dando, coño —se lamentó Pepi—. Si no viene la policía, los rajo —dijo, haciéndonos reír.

—¡Si nos habían quitado la navaja y la marihuana! —exclamó Quimeta.

—Oye, oye, que yo no soy manca. Ese me apuñala y me roba —continuó Pepi, tocándose el labio malherido—, pero por la gloria de mi madre que le saco los ojos y me los trago. —Su expresión nos hizo reír a todas.

—Claro que sí —mascullé entre dientes—. Con lo bien que íbamos y han tenido que meterse por medio los Barriles estos ———lamenté.

—Mujer, si no es por los Barriletes, nos trincan a nosotras —concluyó Pepi, lo que me hizo pensar que habíamos salido ganando.

—Mirándolo así… —murmuró Elena.

Estábamos en un semáforo.

—Cuidado ahora, que el poli callado no me ha gustado nada —les confesé—. Mira cómo ha preguntado el cacho cabrón lo del neceser.

—Pero, hija, ¿quién se cree que íbamos a decir que sí? —rio Pepi —. Olfato tiene el chaval, pero interrogando no es muy bueno.

Nos hizo reír a todas otra vez. La gallina clueca de Quimeta salió a la luz, seguida del pulgoso de Elena. Las miré reír suspirando, pensando en todo lo que había pasado y dando gracias al cielo porque no había ido a más.

—Vamos a descansar —propuse, reiniciando la marcha—. Vamos, chicas, que lo hemos hecho muy bien.

—Ya lo creo —casi gritó entusiasmada Quimeta—. ¡Somos las mejores, nenas!

—¡Y tanto! —la siguió Elena, riendo y eufórica también———. ¡Somos terribles!

—¡Qué Barriletes ni Barriletes! —exclamó Pepi a pleno pulmón—. ¡Que somos las Narcoabuelas, coño!

Reímos y nos vitoreamos, triunfantes. Estábamos llenas de adrenalina, alegría, nervios y qué sé yo, todo a la vez.

Entre aplausos y risas, hicimos todo el camino gritando a voz en grito mientras circulábamos como si estuviéramos en el tren de la bruja.

Necesitábamos gritar. Sacar todas esas emociones fuera.

¿En serio? ¿Íbamos a conseguirlo?

Gritamos y gritamos, sin decir mucho más. Como locas de atar, como amigas disfrutando, liberando estrés.

Yo fui a dormir a mi casa, ya que al día siguiente había quedado en comer con mis hijos y Sebas. Las chicas se quedarían en casa de Elena con ella a dormir. Las dejé en la puerta y no me fui hasta que entraron en el portal y vi la luz del comedor encenderse.

Camino a mi casa, pensé en la suerte que habíamos tenido. Recordé todo lo que había pasado y me puse a reír yo sola, ya parada, allí en el parquin. No sé si eran nervios, la adrenalina o recordar la cara de los Barriles al inventar aquella historia lo que me provocaba esa sensación de poder con todo, pero lo que sí sabía era que habíamos sido más listas, más valientes y rápidas.

Se me saltaron impertinentes lágrimas que limpié impaciente con un pañuelo de papel sacado de mi maltrecho bolso. No sé por qué lloraba en ese momento. No pude evitarlo.

—Venga, Juli —me dije, mirándome en el espejo retrovisor—, que a ovarios no nos gana nadie.

Estaba orgullosa de haber salido airosa de la situación, contenta por haber sido valientes y luchar por lo nuestro, tranquila porque no nos habían pillado y, en el fondo, venida arriba porque con las Narcoabuelas no iba a poder nadie.

Capítulo 12

Un secreto a voces

Era ya domingo. Me arreglé para ir a casa de mi hija Ana, que había organizado con toda la ilusión del mundo una comida familiar.

Acudimos todos a su cita, arreglados, perfumados y, sobre todo, vestidos con una amplia sonrisa al ver a los mellizos. ¡Pero qué rebonitos estaban, coñe! La niña de mis ojos era preciosa, morena y con ojos azules como el mar, pero es que el chiquillo… ¡Sus ojos eran casi blancos de lo azules que los tenía! ¡Menudo bombón!

Ya en casa de mi hija, todos reunidos, llegó Éric, que traía a Anais. Saludaron a todos con besos y abrazos, excepto a mí, que no sabía por qué me había saltado. Anais sí que me saludó. Aunque estaba dolida, no quise darle importancia, diciéndome que no se habría dado cuenta.

—¿Dónde habéis dejado a Conan? —le pregunté a mi hijo para romper un presunto hielo que no sabía si existía.

—En casa —espetó escueto, casi sin mirarme.

No quise darle más importancia, aunque sí que confirmé algo: sí se había dado cuenta del desplante. Es más, lo había hecho a propósito. Disimulé como pude mi cabreo, mimé a mis nietos y bromeé con mis hijas y mi yerno. Ana nos puso un vermú casero mientras terminaba la paella.

—¿Qué le pasa al niño contigo? —me preguntó Sebas en un susurro, acercándose a mí. Había salido a la terraza, y hacía un sol delicioso.

—Pues ni idea. —Sonreí—. ¿Te has dado cuenta?

—Claro que me he dado cuenta —dijo, encendiéndose un cigarrillo—. ¿Quieres que le diga algo?

—Déjalo, Sebas —le agradecí—. En casa hablaré con él.

Asintió, sonriendo.

—Si se viene arriba, dímelo —me hizo saber el padre de mis hijos, siempre dispuesto a ayudar. Bueno, eso ahora que estábamos separados, porque no sé por qué no era así cuando vivíamos juntos.

Asentí con la cabeza, dejando la conversación a un lado. No quería pensar en la razón por la que se había ofendido el señorito.

La comida con mis hijas transcurrió con tranquilidad, con brindis, risas, bromas y besos y achuchones a los pequeñajos de la familia. Después del café nos despedimos. Ana hacía carita de cansada, así que nos marchamos todos a media tarde.

Estaba sola en casa ya, poniendo una colada y cambiando el agua del bebedero de Conan, cuando oí la puerta abrirse y cerrarse. Era Éric con Anais.

—Buenas —los saludé secamente.

—Buenas tardes —me contestó Anais—. Me voy ———anunció, y le dio un beso a mi hijo en la boca de manera fugaz.

«¡Bien! Están saliendo», me alegré mientras le sonreía al verla marcharse. Cerró y vi a Éric allí parado en el comedor, esperando algo. No sé qué.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le pregunté directamente, mirándolo.

—Eso digo yo —me espetó indignado—. ¿Qué hacías en el puerto ayer?

Cerré los ojos al oír la pregunta. Estaba claro que ya había hablado con sus amiguitos.

—Fuimos a cenar al restaurante El Port. —Me ceñí a la historia que le habíamos contado a la policía—. Quimeta se mareó y bajamos al parque, y allí nos atracaron.

—¿Os atracaron? —repitió incrédulo—. ¿Eso fue antes o después

de venderles marihuana a mis amigos?

—Éric —lo llamé mientras me sentaba en la silla más cercana a él —. De verdad que tuvimos problemas. Tengo la denuncia en el bolso.

Mi hijo frunció el ceño.

—¿Por qué no me dices qué está pasando? —me interrogó dolido, y se sentó frente a mí—. Sé que algo te ocurre —afirmó con contundencia—. Por favor, dime qué te pasa. Sé que estabas vendiendo marihuana en el puerto porque me lo han dicho, incluso me han pasado una foto de vosotras. No se os ve bien, pero sé que sois vosotras —se lamentó—. ¿Sales con alguien y te obliga a hacer eso? —me preguntó angustiado—. Dime quién te obliga y lo mataré, lo solucionaré como sea —me garantizó mi hijo pequeño, que por primera vez me pareció tener delante a todo un hombre preocupado.

Me acerqué y le acaricié la cara. Cerró los ojos al sentir el roce, como cuando era solo un niño.

—Nadie me obliga —lo calmé, abrazándolo———. Voy a explicarte todo lo que pasa, pero no quiero que le digas a nadie ni una sola palabra.

—Te doy mi palabra —me aseveró muy serio.

—Sentémonos en el sofá. —Lo cogí de la mano y tomamos asiento juntos.

No sabía por dónde empezar, pero comencé, y una vez que lo hice, las palabras salían de mi boca impacientes, explicándole qué estábamos haciendo y por qué, dónde, cuándo, los problemas con los Barriles, la denuncia, el huerto, las ventas, lo de Conan, el porro que nos fumamos... Todo

Mi hijo me observaba como quien mira a un fantasma, asintiendo a toda la explicación en silencio y asimilando cada palabra.

Cuando terminé, Éric seguía en silencio.

—Entonces... —habló por fin, mirándome con una sonrisa ladeada —, ¿eres traficante de droga? ¿Os fumasteis vosotros la hierba de

Clara? —Lo contemplé sin saber qué decir. Asentí poco a poco, lo que le provocó una risa que se me contagió—. Pero es para ayudar a Elena, ¿no? Después de esto, nada más de venta, ni droga ni nada, mamá. Es muy peligroso —me advirtió mientras yo era ahora la que asentía en silencio—. Los Barriles son un clan con el que no se juega. —Me cogió de la mano mirando a la nada—. Me siento orgulloso de que no dejes a tu amiga en la estacada. Esos son amigos, no los que yo tengo —se lamentó—. Pero no podéis seguir vendiendo en la calle, es muy peligroso. —sentenció.

—Lo siento, Éric, pero tenemos kilos de marietas que vamos a vender para sacar dinero para Elena. —Me miró unos segundos—. Si no lo hacemos, lo perderá todo.

—¿Marietas? —peguntó, dibujando una sonrisa en sus labios—. Entiendo lo que haces por ella. —Me besó la mano en un gesto que no veía en él desde hacía años—. Pero lo haré yo.

—¡Ni hablar! —me negué, apartándole la mano—. ¡Ni soñarlo! Tú no vas a meterte en toda esta mierda. —Me levanté del sofá y lo señalé de forma amenazante, con mi vena de madre en pleno apogeo.

—Déjame ayudaros —me suplicó, levantándose conmigo—. Te guste o no, sé más de ese mundo de lo que tú quisieras...

—Por encima de mi cadáver ———le espeté rabiosa, pero sabiendo que tenía razón.

—Mamá —llamó mi atención—, vamos a pensar algo, pero no podéis estar vendiendo en la calle, con ese poli que dices sospechando y siendo enemigas de los Barriles. —Lo miré, consciente de que en esa parte sí que tenía razón—. Podemos ofrecer vuestro material a las asociaciones cannábicas. Así, lo vendemos por kilos y os lo quitáis antes de encima.

Lo contemplé indecisa.

—No quiero que te mezcles en esto —le dije, aunque pensé que lo que estaba proponiendo no era ninguna barbaridad.

—No me mezclaré —replicó, y me cogió otra vez de las manos—. Lo haremos bien. Yo haré los tratos, solo eso. Vosotras la entregáis y

os pagan. Pero con una condición. —Fruncí el ceño—. Cuando se coloque todo el tema, no volverás a involucrarte con esta mierda.

—Me parece bien. Pero si dejo que me ayudes, tú tampoco lo harás —adjudiqué, mirándolo.

—Te doy mi palabra. —Me abrazó con fuerza—. ¿Tenéis mucha?

Me aparté de él.

—Será mejor que lo veas.

Les envié un wasap a las chicas, quedando en reunirme con ellas en casa de Elena en cosa de una hora, y así lo hicimos. Al verme aparecer con Éric, todas se extrañaron, ya que estábamos en casa de Elena. Nos miraron sorprendidas.

Les expliqué que mi hijo lo sabía todo y lo que nos proponía.

—Pero él se queda fuera si nos pillan —dije al acabar.

—Por supuesto —apuntó Elena mientras el resto asentía.

Estábamos sentados alrededor de la mesa de Elena. Mi hijo desmenuzó con detalle lo de las asociaciones cannábicas, que él conocía a un par de propietarios y que él nada más haría los tratos. También nos dijo que hiciéramos caramelos, repostería o bizcochos, que también podría colocarlos.

Todas asentimos.

La sorpresa se la llevó Éric cuando vio la cantidad de marietas que teníamos preparadas.

—¡Me cago en la puta! —blasfemó, apreciando nuestro trabajo—. ¡Tenéis marihuana para que fume una ciudad! —exclamó, bajo la sonrisa orgullosa de las chicas.

—No sé si es buena idea —insistí.

—No te preocupes, Juli —dijo Quimeta—. Él solo va a negociar. Necesitamos a un negociador que sepa de qué habla y con quién. La venderemos mucho antes.

Mi hijo asentía complacido, viendo que había convencido a las chicas de su participación y que en el fondo era verdad. Las asociaciones, tal y como él había explicado, eran una salida más rápida y segura que la venta en la calle. Por otro lado, lo de hacer la repostería ni se me había pasado por la cabeza.

—Esta misma tarde llamaré a un par de tíos para quedar esta semana que entra con ellos —sentenció, mirándonos—. Y no os preocupéis. Iré con cuidado y nadie sabrá nada. Y, desde luego, hablar no es ilegal. —Me lanzó una mirada dulce.

—Por el amor de Dios, hijo —dije, cogiéndolo de las manos.

—Mamá, no te preocupes. —Me besó de nuevo.

Acordamos aquello, aunque mis entrañas se me retorcieron al meter al niño. Sin embargo, si no lo dejaba entrar, se habría metido a su manera, a las bravas, y habría sido mucho peor; eso también lo sabía. Me juró y perjuró que no se lo diría a nadie, ni siquiera a Anais, y se marchó de casa de Elena, ya que había quedado con su chica para ir al cine.

—Tranquila, Juli, que no vamos a dejar que le pase nada al crío —habló Elena por boca de todas.

—Lo sé. —Le sonreí como pude.

Nos quedamos en casa de Elena viendo la tele, ya que hacía bastante frío. Tal y como dijo Éric, probamos a hacer un par de bizcochos, bien aliñados. Bien adentrada la tarde, decidí quedarme a dormir en casa de Elena, y le dije a Éric que no iría a dormir a casa, ya que los bizcochos, reconocí, habían quedado la mar de apetecibles.

—¿Mira que si el crío nos coloca toda la mariuna? —habló Pepi, comiéndose su flan de postre después de cenar.

—A ver, lo importante es que no se enrede —aclaré—. Dice que se reunirá con la gente necesaria y que las entregas las haremos nosotras.

—Claro que sí, él ni las toca; por eso, tranquila —intervino Quimeta, entendiéndome—. Oye, ¿y cómo estarán los bizcochos

esos?... —Señaló uno de ellos.

—Cordera, no veas cómo le coges el gusto a las mariunas y al vinacho —comentó su hermana ante las risas del resto.

—Pero es que no podemos venderlo sin catarlo —explicó riendo su hermana.

Elena me miró sonriendo.

—Sois una clara mala influencia para mí. —Comencé a limpiar el cuchillo de la cena—. A ver cómo está ese bizcocho de la alegría.

Pepi lo trajo en un suspiro. La verdad es que estaba jugoso y tenía el regusto de las marietas. Un poco empalagoso para mí, la verdad.

Al rato, otra vez, en menos de un año, cogía un buen globazo con mis amigas. Había pasado de ser la madre modelo a ser una vieja medio alcohólica y fumeta. Toda una Narcoabuela, como diría Pepi.

A pesar de mis reticencias mentales, me comí el bizcocho y reí con mis amigas como nunca por todo lo que hablábamos.

—Mira que es feo el pobre Raulico —espetó Pepi antes de volver a reír junto con todas, espachurradas en el sofá.

—¿Qué Raulico? —quiso saber Elena, arrastrando ya la lengua.

—El muchacho de los Barriletes —le contestó, haciéndonos reír al resto—. Y es que creo que es mala persona, porque es tan feo que nadie lo quiere —dijo así, como cualquier cosa, desatando la carcajada de gallina de la hermana y las risitas de pulgoso de Elena.

Ya estaba liada de nuevo. Y allí, entre risas con mis mejores amigas, pensé que quizá no era lo correcto, que a lo mejor no éramos el mejor ejemplo de madres o abuelas, tal vez se nos había ido la cabeza... Pero lo que sí estaba claro era que estábamos más unidas que nunca y que estábamos divirtiéndonos como jamás lo habíamos hecho.

Al día siguiente, mi hijo me dijo que esa misma tarde teníamos una reunión con los que llevaban una de esas asociaciones en el barrio

de Sants. Quedaríamos en la terraza de una cafetería, las chicas, mi niño, dos tipos de la asociación y yo, claro, a eso de las cuatro de la tarde. Fui a mi casa a adecentarme mientras las demás hacían lo propio en las suyas.

Me di una buena ducha mientras escuchaba de fondo al Camilo Sesto de mi juventud. Paseé tranquilamente a Conan, cruzándome con Antonio con una de sus gallinas. El perro se puso a ladrar y a dar tirones, aunque la verdad es que, si hubiera querido tirar de verdad, me habría arrastrado. Dije su nombre un par de veces y el animal obedeció.

Antonio, para entonces, ya había cogido a la gallina.

—¡Juli! ¡Que va a matarme de un infarto a la pobre Rebeca! —protestó riendo el hombre, con la gallina en brazos.

—Perdona, Antonio —resolví. Me acerqué y vi que Conan se ponía a mi lado sin hacer ni un gesto más. Qué buen animal—. No te preocupes, ya está tranquilo.

—¡Vaya fiera! —admiró con una sonrisa Antonio a Conan, haciéndome sonreír—. ¿Querrás huevos, como siempre? —Antonio proveía de los huevos de sus gallinas a los comercios locales y a los vecinos de toda la vida. No tenía comercio propio, pero cuando había algo que hacer en el barrio entre los comerciantes, ayudaba como el que más.

—¿Pasa algo, Toni? —sonó una voz detrás de mí. Cerré los ojos y rechiné los dientes.

—¿Y a ti qué te importa? —le contesté a Severino, el del Citroën, que me lo encontraba hasta en la sopa.

—Es mi hermano, loca —me contestó despectivamente.

—¿Por qué le hablas así a la Juli? —le preguntó Antonio, sin entender nada. La verdad es que era un hombre educado y amable.

—Esta es la loca que arremetió contra mi coche —le explicó mientras me señalaba con una de sus manos, que llevaba repleta de bolsas de compra.

—¿Ella? —Soltó una carcajada que hasta asustó a la gallina—. Con lo buena chica que es. —Me miró—. Seguro que le diste tú y encima le echas la culpa. Es algo que hace desde que éramos críos —dijo, dirigiéndose a mí en un tono más bajo mientras yo asimilaba que eran familia.

—¡No me cree ni mi propio hermano, coño! —masculló Severino, y comenzó a caminar calle abajo con las bolsas.

—No le hagas caso a mi hermano Seve. Se ha quedao viudo hace poco y se le ha agriao mucho el carácter. Por si fuera poco, le han expropiao la casa del pueblo, donde vivía para hacer una autopista... —se lamentó—. Por eso se ha subío a vivir conmigo.

Asentí.

—Pero algo le habrán dado, ¿no? ———me interesé tras conocer la historia de Severino.

—¿El Gobierno? —El bueno de Antonio rio con ganas—. Más que nadie deberías saber que son unos ladrones. Mira lo que le pasa a la Elena. —Volví a asentir—. En vez de ayudar a familias con problemas, se aprovechan, Juli. A Severino le han dao cuatro duros que no le llegan pa na. Pero, bueno, aquí conmigo tampoco le hace falta na.

—Qué suerte tiene tu hermano —agregué, exponiendo lo que pensaba.

—Aunque no lo parezca, Seve no es malo. Está triste —se lamentó —. Hay que darle tiempo. —Sonrió apenado—. En fin, Juli, me voy, que Rebeca está cansaita. Este tiempo y los olores que hay en el barrio últimamente no le gustan, y menos mal que el olor ya se ha ido.

—Pues sí —dije, mal disimulando mi nerviosismo—. Vale, Antonio, cuídate. —Mantuve el tipo como pude. Ya no olía el barrio, o casi. Buena noticia.

Mientras acababa el paseo con Conan, iba pensando que parecía imposible que fueran hermanos. Antonio y el imbécil del Citroën... Entonces también él era primo de Alfonso el de la bodega. No le di más importancia y me recogí, que ya era hora.

Para entonces, ya tenía algún wasap de Pepi en el grupo que decía que estaban en casa de Elena. Me pidieron que subiera el pan, así que pasé por la Paca antes de ir a casa de Elena.

—¡Juli! —me saludó Paca—. Ya me contó mi sobrina Helga el susto que tuvisteis el otro día. ¿Cómo está Pepi?

—Uy, bien, Paqui, solo fue un susto. Ponme una barra de pan. —Señalé de las blanquitas, como me gustaban.

—Pero le pegaron y to, ¿no? —quiso saber mientras metía el pan en una bolsa de papel.

—Sí, sí —asentí, y le señalé los cruasanes de chocolate. Mi hijo los devoraba—. Unos sinvergüenzas. Estábamos tan tranquilas tomando el aire, y vienen y nos sacan una navaja. Como les dije que no les daba el bolso, le pegaron a Pepi y me arrancaron el bolso. Menos mal que llegó la policía, nena —le expliqué, ciñéndome a la historia que tenía la policía—. Y tu sobrina, un encanto.

—Sí que lo es —dijo orgullosa—. ¿Os quitaron mucho?

—No, no. Los detuvieron y no llegaron a robarnos. La policía estaba haciendo una redada de esas.

—Ah, pues mejor, que no está la cosa como para que le roben a una. —Empaquetó el cruasán mientras hablaba. Era agradable charlar con las personas del barrio de toda la vida, y hacía meses que no lo hacía—. ¿Cómo está Elena?

—Mejorcita. —Lo que le pasó se supo en todo el barrio, y es que era como un pueblo pequeño.

—Pobrecita mía —se lamentó. Me puso el pedido en una bolsa de plástico—. Toda la vida trabajando, para que unos fondos de esos quieran quitártelo todo. Yo estoy igual, Juli —me confesó—: peleando con ellos porque mi hija dejó de pagar el bar que cogió, y como puse lo mío de aval, quieren quedarse la panadería también.

—¡Sí, hombre! —me escandalicé, sacando el dinero para pagarle —. Te lo lleva un abogado, ¿no?

—Sí, sí. Pero, hija, me piden sesenta mil euros. Y aunque no es mucho, a mí y a Manolo no nos lo da nadie. —Manolo era su marido —. Claro, desde que Manolo se quedó en la silla de ruedas, vivimos en la parte de atrás de la panadería. Es pequeño, pero no hay escalones —me recordó lo que ya sabía.

—¿Y tu piso?

—Vive mi hija, que se ha separado, con los tres críos. ¿Cómo vendo eso y las dejo en la calle? —se lamentó de nuevo, negando con la cabeza—. A ver si el abogado puede hacer algo. —Me dio la bolsa y el cambio—. Pero, oye, que estamos bien, que es lo que cuenta. —La buena de Paqui sonrió—. Si le hace falta algo a Elena, pa eso estamos, Juli, para ayudarnos entre nosotros, que el que más y el que menos está igual. Alfonso mismo, como le dio el infarto y cerró unos meses, está también fatal de dinero el pobre, y Maribel, con eso de las grandes cadenas, se le va la carnicería al garete cualquier día.

—Con lo que era nuestro barrio... —recordé sonriendo, haciendo sonreír también a Paqui.

—Ay, sí, la pescadería con Juanillo y Elena a tope, mi panadería con mi Manolo y yo, haciendo las cocas de San Juan o los roscones de Reyes...

—Maribel y esos redondos que hace para las fiestas —la ayudé a recordar—. Y cuando echaban unas partidas Manolo y mi Sebas en el Alfonso.

—Sí, nena... —continuó recordando—. Y las tiendas que han cerrado. Pero, bueno, todo pasa. Por cierto, enhorabuena, que sé que te has estrenao como abuela.

—Sí, de mi hija Ana. Un niño y una niña.

—Pues dale besos a todos, Juli, y a las chicas también —dijo como despedida. Eso de «las chicas» era archisabido que éramos nosotras cuatro desde hacía más de treinta años. O cuarenta.

Me dirigí a casa de Elena, con las tristes noticias de que todo el mundo estaba igual y de que Severino era hermano de Antonio. No veas qué de chismes. Sonreí, pensando que teníamos temas nuevos

para hablar y que, por primera vez en meses, no eran de las marietas.

Llegué a casa de Elena, feliz con el pan y los cruasanes del niño. Me abrieron enseguida, así que supuse que ya estaban esperándome para la comida, y es que, con tanta charla, me habían dado las mil y pico.

Al entrar en el piso, las vi aguardando, serias.

—¿Qué ocurre? —pregunté, en vista de las caras que tenían.

—Pues mira. ———Quimeta me dio su móvil y me enseñó un artículo de un periódico de esos digitales.

Al mirar la pantalla, pude leer como titular:

INSEGURIDAD EN LAS CALLES

Seguí leyendo.

Explicaba que desde hacía un tiempo la ciudad estaba más insegura que nunca, y que en los lugares de ocio se vendía droga como si fueran chucherías. El artículo hacía hincapié en lo de la venta de drogas, señalando que los clanes activos y que estaban en el objetivo de la policía eran los Barriles, los Montoro y un grupo criminal reciente llamado las Narcoabuelas.

Cuando llegué a ese párrafo, dejé de leer y las miré.

—¿Las Narcoabuelas? —repetí, tragando saliva.

—Sigue leyendo, Juli —me instó Pepi—. Estas están preocupadas, pero tú sigue, que verás que no saben ni de qué hablan —me animó a terminar el dichoso artículo, que estaba dándome la mañana.

Según leía, entendía que las Narcoabuelas era un grupo de traficantes liderado por alguna mujer mayor, aunque se desconocía quiénes y su modus operandi. Según el periodista, citaba fuentes anónimas diciendo que había una fuerte rivalidad entre los clanes,

cosa que tenía preocupada a la policía. No ponía mucho más. Ni cuantas éramos, ni quiénes, ni imágenes. Nada.

—Pero ¿quién ha filtrado esto al periódico? —me escandalicé—. Un clan nuevo, dice. ¡Pero si hemos vendido unas diez bolsitas! —exclamé indignada.

—Pero ya somos conocidas —murmuró Elena con temor.

—Tranquila, estoy de acuerdo con Pepi: aquí no dicen nada de nosotras —señalé, con la esperanza de no equivocarme—. Aunque lo que sí está claro es que tenemos que quitarnos las marietas de encima cuanto antes.

Las chicas asintieron a mi argumento.

Estábamos preocupadas, sin embargo, ninguna de nosotras lo verbalizaba.

Para cambiar de tema, les expliqué lo que me había dicho Paqui, aquello de Alfonso, lo de Severino... En fin, de lo que me había enterado hacía unas horas. Así que comimos arreglando el mundo y asegurándonos unas a las otras que nadie sospechaba de nosotras. Para más tranquilidad, desde que habíamos empaquetado las marietas, las calles ya no olían a marihuana. Una cosa menos de la que preocuparnos.

Quedamos con mi hijo en un bar de allí mismo, donde nos esperaban en una de las mesas de la terraza. Me mandó una ubicación, porque, no entendí el motivo, él ya estaba o había estado allí. La verdad es que no era el momento de preguntar ni de sermonear a nadie, y menos a Éric, que estaba ayudándonos a colocar todo el tema desinteresadamente.

—Chicas, tenemos que parecer que sabemos lo que hacemos —habló Pepi mientras yo conducía—. Que no nos vean venir.

—Pienso lo mismo —dije, mirándola por el retrovisor—. Si no tenemos nada que decir, mejor asentimos y no hablamos.

Todas estábamos de acuerdo con aquello.

Al llegar, mi hijo se encontraba sentado con dos chicos de su misma edad, quizá un poco más mayores. Iban vestidos similares, supongo que a la moda. Nos sentamos alrededor de la mesa. Estaban tomando una cerveza. Pepi y Elena pidieron una tónica; Quimeta, una copa de vino, y yo, una cerveza cero.

Ya servidas, mi hijo nos presentó:

—Ellas son las suministradoras. —Nos señaló con la palma de la mano—. No he probado mejor marihuana que la suya.

Los hombres asintieron.

—Así que lo de las Narcoabuelas no es un bulo —dijo uno de ellos, sonriendo—. Cómo mola.

—Claro que no es un bulo —le aseguró mi hijo—. Llevan años en el tema, pero algún idiota se ha ido de la lengua.

—¿Y cómo no hemos oído antes de ellas? —quiso saber el otro chico, cogiendo su birra.

—Pues porque trabajaban en el sur —concluyó Éric, sorbiendo su cerveza ante mi sorpresa oculta.

Ninguna de las cuatro decíamos ni mu.

—Bueno, bro —comenzó uno de ellos—, yo tengo un pana que tiene un socio que tiene un primo hermano que la lechuga se la deja a unos mil siete o dos mil. Pero, claro, sabiendo que los maderos están tras ellas, dime tú a cuánto.

—Mil nueve —dijo firme mi hijo.

—Mil siete y te cojo ocho. —Sonrieron, mirándose entre sí.

—Creo que están hablando de algo de las marietas, pero que me maten si entiendo una palabra —susurró Quimeta para indicarme sus dudas.

—¿Qué dice el zagal de unas lechugas? —nos preguntó Elena, mirándolos de reojo.

—Entonces hay trato, ¿no, chicas? Serían ocho —confirmó Éric. Su mirada me decía que aceptara—. A mil siete. Eso son catorce, redondeando, y te regalo dos bizcochos de maría. —Los dos chicos volvieron a sonreír.

—OK, bro. ¿Hay trato? —dijo el de la barbita—. Si gusta, ya tenéis clientela de la buena.

—Claro que lo hay, chicos —contesté sonriendo.

—Brindemos por las Narcoabuelas —ofreció riendo el más rubio.

—No grites mucho, bro —le espetó Pepi—, que los maderos tienen orejas en toas partes.

El chico asintió mientras yo la miraba con cara de sorpresa. Por lo visto, Pepi había entendido al dedillo lo que querían decir. Y es que, en realidad, no tenía conocimiento de que Pepi supiera tanto del argot callejero.

Brindamos por el acuerdo, que al parecer era la mar de jugoso, aunque en ese momento no me hubiese enterado bien de nada.

—La entrega la harán ellas —comentó Éric—. Con el tema del chivatazo, no se fían de nadie ahora.

Los hombres asintieron.

—Sería para las dos asociaciones de Martorell —explicó el rubio —. Le pasaré la ubicación a Éric. Deberíamos tener el tema el miércoles noche a lo más tardar. Tendrán que llevarlo donde te indique.

Éric asintió a las explicaciones de los chicos. Cerramos el acuerdo con otro brindis, esa vez sin pronunciar el nombre de nuestro clan, a petición de Pepi.

Después de tomarnos la consumición, que los chicos pagaron amablemente, la reunión se disolvió, y Éric se fue a recoger a Anais y nosotras nos pusimos a lo nuestro: a preparar el pedido. Antes de irse, mi hijo me dijo al oído que preparase ocho kilos y dos bizcochos de la alegría, que era lo que nos habían encargado, y que tendrían que

pagarnos catorce mil euros. ¡Catorce mil euros! Me explicó brevemente que lo de las Narcoabuelas nos daba un nombre dentro del mundillo para que nos tomaran en serio, pues creían que era un grupo criminal, no cuatro abuelas traficando con marihuana.

Me pareció bien. En parte, le vi la lógica.

—Catorce mil euros —repetí, esa vez en voz alta, ya en el coche camino a casa con las chicas.

—¿En serio? —se escandalizó Elena, que se había enterado menos que yo.

—Quieren ocho kilos. Por lo visto, tienen dos clus de esos —aclaró Pepi, que creo que fue la única que pilló algo del contenido de la reciente reunión.

—Eso es. Ocho kilos nos quitamos de encima de una tacada, ¡chicas! —casi voceé—. Estoy tan contenta que gritaría.

—Pues grita, coñe —resolvió Pepi, haciéndome reír.

Lo hice tan fuerte como cuando tenía dieciocho años y me monté en aquella montaña rusa con Sebas, cogiéndome a su brazo. Las demás no tardaron en imitarme y reír también.

Acabábamos de cerrar un trato de ocho kilos de las puñeteras marietas. Estábamos llenas de júbilo, gritando a pleno pulmón dentro de mi maltrecho Nissan Micra.

Al llegar a casa de Elena, nos pusimos a trabajar de inmediato pesando las marietas, que, la verdad sea dicha, era mucho volumen de género. Las metimos en dos bolsas de deporte negras y repartimos cuatro y cuatro kilos, además de una caja con los dos bizcochos que haríamos al día siguiente. Era mejor, ya que el miércoles haríamos la entrega, y de hornearlos el lunes, se habrían secado mucho.

Ya en la cena, mientras brindábamos por nuestro reciente éxito, el móvil de Elena atrajo toda nuestra atención al vibrar como si tuviera vida propia. Era, al parecer, un mensaje de WhatsApp.

Su propietaria lo miró.

—Son del grupo de la asociación de comerciantes de la calle. Dicen que haremos una reunión extraordinaria mañana —nos aclaró Elena, sin dejar de mirar la pantalla del móvil mientras nos informaba.

—Uy, asociación, dice —rio Pepi, comiéndose el flan—. Si solo sois cuatro o cinco: Maribel de la carnicería, Paca, Alfonso el de la bodega, Trini la frutera y tú, ¿no?

—Sí, hija, cinco, pero somos los que quedamos —se lamentó Elena—. ¿Qué querrán, si hace meses que no abro?

—Será para que ayudemos con el bingo y los adornos de la Navidad, como todos los años —resolvió Quimeta.

—¿Ahora? ¿En mitad de noviembre? —preguntó en voz alta Elena mientras fruncía el ceño, escamada.

—Que sí, mujer, que no queda tanto para las fiestas —insistí, queriendo creerme mis palabras.

—¿No sospecharán nada? —preguntó angustiada Elena.

—¡Qué va! —exclamamos casi al unísono el resto, con media sonrisa.

Terminamos de cenar, contentas por el trato y chismorreando sobre qué cosas tenía la vida, con lo de Seve, y poniendo al Gobierno verde por no ayudar a nadie cuando lo necesitaba.

Después de arreglar el mundo, las hermanas se marcharon tras terminar el postre y no tocamos más el tema. Acordamos ir al día siguiente las cuatro a la reunión de comerciantes. De todas maneras, siempre nos enredaban para hacer algo. Por otra parte, nos quedaríamos más tranquilas. La reunión se haría en el bar de Alfonso, ya que los martes cerraba por descanso del personal.

Cuando llegó la hora de la reunión, Elena y yo hablamos casi hasta la madrugada, inventando conspiraciones de la asociación, terminando por reír, y diciendo, cada vez más seguras, que era el tema de la Navidad.

Todos los años hacían una timba con unos números de los

comerciantes de la zona y sorteaban una buena cesta. Las luces y adornos las ponían ellos, ya que el ayuntamiento era cada vez más avaro. Y para terminar, en un barrio donde la mayoría éramos jubilados, el día veintitrés se hacía un bingo especial de Navidad en Ca Alonso, donde el hombre aprovechaba y ofrecía un menú riquísimo bien de precio y aprovechábamos para cenar los del barrio juntos. Era un día bonito. Sebas no solía faltar tampoco. En realidad, los de nuestra quinta no faltábamos ninguno.

A la mañana siguiente, después de desayunar, quedamos con las hermanas. Tomamos un café antes de entrar, diciéndonos unas a otras que estuviéramos tranquilas. Y es que, desde que teníamos las marietas, todo eran sospechas, malos rollos y miradas que creíamos acusatorias.

Coño, eran nuestros vecinos de toda la vida, y el tema sería la Navidad, seguro. Eso quería creer yo.

Hicimos la reunión, de la cual, aunque entramos sudando, salimos mucho más relajadas. Gracias al cielo no iba a pasar nada de lo temido, y aunque teníamos que andar con mucho más ojo, todo parecía que empezaba a cuadrarse y a atarse bien.

Capítulo 13

El cartero llama dos veces

Durante todo el día estuvimos atareadas haciendo los bizcochos, mirando la ubicación del sitio y acordando cómo y cuándo iríamos. La entrega era el miércoles antes de la noche, y por la mañana, Pepi tenía médico, lo cual nos dejaba la tarde del mismo día.

Recibí la ubicación de Éric, quien me llamó suplicando llevar él el tema. Claro está que le dije que no. Le pregunté si eran de fiar, a lo que me respondió que no nos engañarían, que ellos sacaban más del doble en la venta, y que no iban a complicarse la vida. Quise creerlo para estar más tranquila.

Bajé a ca la Paca a por dos cartones de esos de los pasteles para meter los bizcochos, los cuales me regaló encantada. Era un amor de persona. Entonces, ya más calmada después de la reunión, me relajé.

Lo teníamos todo: las marietas en las bolsas, los bizcochos enfriándose y nosotras nerviosas perdidas hasta que llegara la hora de la puñetera entrega. Acordamos guardar el dinero en casa de las hermanas, ya que en la mía había el trasiego a ratos de Éric y sus amigos. Por otro lado, en la de Elena sería un error, pues en el caso de que nos robaran las marietas, se llevarían también el beneficio.

Días antes compré una de esas máquinas para detectar los billetes falsos por San Amazon, que en menos de veinticuatro horas estaría en casa, porque, aunque no los comprobáramos delante de ellos, sí que los contaríamos después. Es algo que habíamos hablado antes y en lo que las cuatro estábamos de acuerdo.

El resto de tarde acordamos salir un rato las cuatro, decidiendo ir a dar un buen paseo, un cine o una cena por ahí, aunque fuera un bocata. Necesitábamos evadirnos de todo aquello, ya que empezaba a ser más que estresante.

Fuimos por el centro y dimos una vuelta por los centros comerciales, riéndonos de algunas prendas de moda.

—¡Ay, madrecita, qué pantalones! —exclamó Pepi, poniéndose por encima unos de esos tejanos rotos por todos lados—. Si mis trapos están más enteros.

—Qué antigua eres, hija —le dijo su hermana, mirando un bolso —. Es que no entiendes de moda —le recriminó, dándole vueltas al bolso.

—¿Y tú sí? —La señaló, dejando el pantalón en su sitio—. Ese bolso que miras, como no sabían de qué color hacerlo, cogieron todos los trapos que le sobraron e hicieron uno, ea.

Elena y yo nos reímos mientras su hermana soltaba el bolso con un gesto de disgusto.

Paseamos, carcajeándonos de las tonterías que decíamos una o la otra, y fuimos al cine a ver la última de esas eróticas: Cincuenta sombras de Grey. Pepi fue la que insistió en entrar, argumentando que quería ver una de esas marranas, que no era porno, y que ella tenía ganas de ver mandanga, como decía ella. Quimeta, que era más monja que su hermana en realidad, entró a regañadientes, aunque salió bastante contenta con la película, o con la parte que vimos de ella. Elena y yo murmuramos durante toda la película, riéndonos de alguna escena en la que el protagonista se deducía podridamente millonario.

—No tendremos la suerte de pescar al padre de ese —dijo Elena en un murmuro, refiriéndose al protagonista y haciéndome reír con ganas.

Mi risa contagió a la de Quimeta, con la que resucitó a su gallina y al pulgoso de Elena. Pepi se rio como su hermana, pero en un tono más bajo.

—¡¿Se callan, señoras?! —se oyó a un tipo de fondo quejarse—. ¡Que parecen gallinas!

Lejos de callarnos, nos hizo reír más y más fuerte, cual colegialas.

—¡Como las de Antonio! —gritó Pepi, provocándonos más risas.

—¡Que no se oye! —dijo esta vez alguna mujer.

—¡Vámonos, que nos linchan estos amargaos! —soltó Pepi a voz en grito.

Riéndome, me levanté como pude, queriendo izar a Elena conmigo también, pero no podía ni levantarse del sillón debido a la risa.

Las hermanas metían prisa entre cacareos de gallinas, y allí, de pie, riendo como cosacas y sin dejar ver ni escuchar al resto de los espectadores, conseguimos salir del cine, no sin antes ir al servicio, ya que una no aguanta el pis con tanta carcajada tras pasar de una edad.

—Igual vamos al trullo, pero desde que somos las Narcoabuelas, yo estoy pasándomelo pipa —alborotó Elena queriendo susurrar, aunque la risa la entorpecía.

—¡¿Y la luz, chicas?! —gritó Pepi desde el interior del aseo mientras aguantábamos el tipo como podíamos, ya que solo había dos váteres y las hermanas se habían apresurado a ocuparlos. Elena reía y reía, cruzándose de piernas para no mearse encima, la muy jodía. —¡Buscad la luz! Lo digo en serio, que no voy a acertar —bramó desde el baño, sin que pudiéramos contestarle.

—¡Muévete, Pepita, que es de sensor! —le dijo su hermana de cubículo a cubículo, sin que Elena y yo pudiéramos hablar debido a nuestras propias carcajadas.

—¡No os riais, jasdeputa! —prorrumpió Pepi, haciendo que Elena y yo volviéramos a la carga—. ¡Que meo en el suelo! —Un gritito de Elena hizo que riera más mientras su hermana le insistía en que se moviera. Al fin, vimos por encima de la puerta de Pepi cómo conseguía que se encendiera la luz—. ¡Pero si esto parece un puercobeis!

—¿Un puercobeis? —pregunté a la vez que fruncíamos el ceño Elena y yo, cesando de reír un rato en cuanto oímos las cisternas por fin, preludio de que salían.

—Sí, coño, un puercobeis, un puercobeis —repetía, poniéndose bien la ropa. Elena entró en su baño como un suspiro.

—¿Un puercobeis? —insistí, olvidándome incluso de que me lo

hacía encima.

—Coñe, un fantasma de esos —espetó Pepi. Elena, que la oyó desde dentro, gritó, carcajeándose de nuevo.

—Un poltergeist —musité corrigiéndola, y empecé a reír otra vez con ganas. Entré como un suspiro cuando Quimeta salió de su baño, pensando ya que no llegaba.

—Pues lo que he dicho.

Lo cierto era que no sabíamos a qué puerto nos llevaría todo este tema, pero la verdad era que estábamos riendo muchísimo.

Nos fuimos para casa, sin dejar de sonreír, y me quedé otra noche con Elena, ya que, aunque les tocaba a las hermanas, Pepi recordó que tenía médico. No tardamos en irnos a dormir. Aunque estábamos nerviosas, también nos sentíamos agotadas. Me dolía la cara y la barriga de reír, y pensar en lo bien que estaba pasándomelo hizo que el sueño viniera rápido a mi rescate.

A la mañana siguiente fui a ver a mis nietos mientras Elena hacía cuatro cosillas en su casa. Entendía que necesitaba también un poco de intimidad y espacio. Por la mañana no vi a Éric, pero sí me llamó para recordarme y suplicarme que tuviera cuidado. Que si había complicaciones, lo llamara. Cierto es que nunca lo había visto tan preocupado, mostrando con ello su parte más adulta.

Fue antes de salir de casa cuando entró, antes de que pudiera ponerme la chaqueta siquiera.

—¡Éric! —pronuncié, abrazándolo como si hiciera siglos que no nos veíamos—. Pensaba que no vendrías hoy —le recordé lo que él mismo me había dicho hacía un rato por teléfono.

—Quiero decirte algo —comenzó, sonriendo—. Anais me ha convencido de hacer un curso de instalador de calderas y climatización. ¿Qué te parece?

—¿Qué me parece? —repetí, con ganas de llorar—. Que estoy muy orgullosa de ti, aunque nunca te lo diga —le confesé. Le cogí la cara y me puse a su altura de puntillas para besarle la mejilla.

Éric sonrió.

—Tened mucho cuidado —reiteró cuando me aparté de él.

—Te lo prometo. —Lo besé de nuevo—. Tú mantente al margen. Hablamos esta noche. Te avisaré cuando ya lo hayamos hecho todo. —Él asintió—. Y tranquilo, que somos las Narcoabuelas.

Volvió a estirar las comisuras de sus labios.

—Sois tremendas. —Me besó ahora él a mí.

Saqué el Micra del parquin y fui a buscar a las chicas a casa de Elena, donde habíamos quedado. Eran eso de las cuatro y pico de la tarde. Cargamos el coche con las marietas y los bizcochos de la alegría. Estábamos más nerviosas que nunca cuando montamos.

—Vamos allá, chicas —nos animé, y arranqué mi viejo Micra, camino al sitio indicado según la ubicación que me había enviado Éric.

Le mandé un wasap para hacerle saber a mi hijo a qué hora saldría, para que no se preocupase.

Eran las cinco y algo y ya estaba oscuro. Nos encontrábamos en la carretera, oyendo la radio a bajo volumen.

—Cómo huele esto, nena —se quejó Elena del olor que inundaba el coche.

Asentí con la cabeza.

—Llevemos las ventanas cerradas y ya está —propuso Quimeta, mirando por la ventanilla.

Elena estaba en el sillón del copiloto, mientras que las hermanas iban en los asientos de atrás. Conduje unos minutos en silencio hasta que entré en la autopista.

La respiración se me cortó cuando vi aquellas luces azules tan reconocibles ahora para mí que inundaban todo lo que tocaban, y maldije mi suerte.

—¡Mierda, un control! —expresé lo evidente.

—Mantengamos la tranquilidad —nos recomendó Elena, contemplándonos.

El control cerraba el camino de todos los carriles, obligando a pasar a todos los vehículos por uno en particular. Uno de los policías del coche patrulla seleccionaba a los que querían parar al principio del control. Una furgoneta policial estaba situada en medio del control, donde, al parecer, los agentes ocupantes examinaban de cerca y decidían también si intervenir o no. El dispositivo acababa con otro coche patrulla al final.

Los agentes del principio que señalaban con el cono luminoso miraron hacia dentro de nuestro vehículo e hicieron un ademán para que pasáramos de largo.

—¿Veis como no ha ocurrido nada? —zanjó Quimeta antes de tiempo.

—No cantes victoria —intervino su hermana al ver que el agente de la furgoneta nos indicaba que nos detuviésemos a su lado.

Lo hice. Bajé un par de dedos la ventanilla, con la esperanza de que no oliera el pestazo de las marietas que llevábamos en el maletero. «¡Ay, Dios mío! ¡Ocho kilos ni más ni menos!», pensé silenciosamente mientras me rendía al destino.

—Buenas noches —nos saludó el policía, alumbrándonos con una linterna—. ¿Adónde se dirigen?

—Buenas noches, agente —le contesté, luciendo mi mejor sonrisa, dadas las circunstancias—. Vamos a Martorell a cenar con unos amigos —mentí como una bellaca.

Nos miró de forma pausada.

—Déjeme su carné —me reclamó con temple serio. Sin demora, cogí mi bolso, saqué el carné y se lo di por la rendija que había dejado de abertura—. Baje más la ventanilla —insistió, extrañado por la acción.

—No la bajes —me susurró Elena, poniéndome más nerviosa de lo que ya lo estaba.

—No funciona muy bien —le dije, deseando que me creyera.

—Si no baja la ventanilla, tendrán que bajar del coche —nos amenazó más serio aún.

—Juli, que si la bajas, olerá el pestazo —me espetó Quimeta en un murmuro que no ayudaba.

—Quimeta, quítate las alpargatas —le ordenó Pepi en tono bajo para que solo la escucháramos nosotras—. Más vale que huela a ovejales que a la mariuna.

—¡Mis pies no huelen, hija puta! —masculló su hermana—. Y se dice cabrales, ignorante.

El agente nos veía discutir, sin entender qué sucedía y perdiendo la poca paciencia que por lo visto tenía.

—Señoras, o bajan la ventanilla, o bajan del coche —reiteró con una voz más firme y alta.

—Voy, hombre, voy —dije con desgana. Descendí la ventanilla mientras rezaba para que no oliera nada. Intenté retrasar que se aproximara—. Pero es que hace mucho frío. ¿De verdad es necesario?

—¡Ya está bien! —exclamó enfadado—. Bajen del coche.

Todas nos miramos entre nosotras, sabiendo que quizá aquí se acababa la aventura de las Narcoabuelas.

Cuando iba a accionar la palanca de la puerta para abrirla con el pensamiento de que «Sea lo que Dios quiera», oímos un gran estruendo que hizo que cerrara los ojos y saltara sobre mí misma asustada. El agente de policía salió corriendo hacia el sonido. Quimeta y Pepi se giraron sobre su cuerpo para mirar a través de la luna trasera.

—Es un accidente. Un coche se ha estampado contra la patrulla del principio —nos aclaró Quimeta muy alterada.

—¡Arranca, Juli! —me ordenó Elena, moviéndome un brazo. Me quedé inmóvil—. Vámonos. ¡Corre! —gritó exaltada. Yo estaba en shock, sin reacción alguna.

Los policías presentes corrieron a auxiliar a sus compañeros. Uno de ellos, al pasar por nuestro lado, nos hizo un gesto para que continuáramos la marcha.

—¡Vamos, Juli! —insistió esa vez Pepi—. ¡Arranca ya, coño!

Reaccioné por fin. Salí del control quemando ruedas, como diría la juventud.

En silencio, conducía callada e inmersa en mis pensamientos a todo lo que daba mi pobre coche, que, a causa de la velocidad, temblaba.

—Juli, que vamos a matarnos —me llamó la atención Elena. Levanté levemente el pie del acelerador y expulsé el aire que había retenido—. ¿Estás bien? —quiso saber, ante la expectación del resto.

Yo ni las miraba.

Esa fue una de las pocas veces que me quedé sin palabras en mi vida, y es que nuestro ángel de la guarda parecía haber hecho horas extras aquellas semanas.

—Nos ha faltado muy poco —pude decir al cabo de un buen rato.

—Tranquilidad —intervino Pepi. —No nos alarmemos. Ya ha pasado.

Asentimos.

De forma alternada, miraba la carretera y el navegador de mi móvil. Faltaban dieciocho minutos para llegar al lugar.

—Centrémonos —comenzó Elena, haciéndose cargo de la situación, ya que yo me sentía superada—. Hagamos la venta y pa casa ya, que necesitamos un vino.

—Pues eso digo yo —dijo Quimeta, que no perdía la oportunidad para beber una buena copa de vino.

No hablamos casi. Llegamos al lugar indicado sin más incidencias. Se trataba de un barrio aparentemente normal, obrero, y la ubicación marcaba un local. Envié un wasap al teléfono que me indicaron informando de que habíamos llegado. Salí del coche y me apoyé en la puerta de este. El aire frío me daba en el rostro, cosa que agradecí. Las chicas me imitaron y se apoyaron también. Creo que en el fondo todas estábamos aún asustadas por lo que había sucedido hacía unos minutos, pero por empatía al resto no lo compartíamos.

No tardó en salir del local un muchacho alto y mulato.

—Buenas, soy Roberto —nos saludó el chico. Del mismo local, apareció el rubio del día de la reunión con mi hijo.

—Hola, chicas. —Sonrió—. ¿Lo ves? ¿Ves como son ellas? —le dijo al mulato, ante nuestra cara de sorpresa—. Las auténticas Narcoabuelas. —Miré a las chicas y vi que Pepi codeaba a Elena, ambas orgullosas de que nos reconocieran—. Lo han traído todo, ¿verdad? ———nos preguntaron con curiosidad.

—Sí, está en el coche —les contesté seria, haciéndome la profesional, o al menos intentándolo—. Vosotros, ¿habéis traído lo vuestro?

—Por supuesto —me aseguró el rubio, enseñándome un sobre—. Compruébelo —me ofreció educado.

En mi mente, de camino, para evadirme del incidente del control, había estado haciendo cuentas de cuántos billetes de quinientos, de doscientos o de cien nos darían para hacer los catorce mil euros que tenían que pagarnos.

Miré el contenido del sobre. Había veinte billetes de quinientos y cuarenta de cien. No fallaba: catorce mil. Asentí como si fuera una mafiosa, metiéndome en el papel, y lo peor de todo, creyéndomelo. Las chicas abrieron el maletero para que ellos comprobasen el contenido de las bolsas.

Los chicos asintieron.

—Huelen de maravilla —habló el tal Roberto, cogiendo las mochilas.

—Y los bizcochos tienen muy buena pinta —dijo sonriendo el rubillo.

—Ay, nena, creo que están haciéndonos la pelota —escuché murmurar a Pepi a mi espalda.

Carraspeé para que no la oyeran. La madre que la parió. Es que no callaba, la tía.

Hicimos el cambio, así, como si nada.

—Nos mantendremos en contacto —anunció como despedida el rubio antes de meterse en el local con el otro chico.

Nosotras, por nuestra parte, nos subimos al coche con la idea de marcharnos ya. No sé si se me notaba, pero tenía las piernas como gelatina, y no precisamente por placer.

—Hay que ver qué educados que son, coño —verbalicé lo que en ese momento creí que pensábamos todas.

—Es que ser traficante no está reñido con ser educados —protestó Quimeta—. Míranos a nosotras, coñe.

Su respuesta me hizo reír de nuevo. Vaya tela.

—Pues también es verdad —contestó Elena—. Narcoabuelas y a mucha honra.

—Eso mismo, nena —secundó Pepi—. ¿No crees, Juli?

—Sí, sí. Pero lo que creo de verdad es que hay que cambiar de estrategia —sentencié—. Hay que pensar otra manera, porque ya van dos veces que casi nos enganchan.

Las chicas me miraron en silencio. Ninguna de ellas me contestó, pero sabían de sobra que tenía razón, ya que estábamos jugando con fuego y casi nos habíamos quemado dos veces.

Dos veces muy seguidas.

—Pensaremos en algo —concluyó Elena.

Llegamos a casa y comprobamos los billetes. La verdad es que no había ni uno falso. Catorce mil euros. Ni uno más, y por supuesto, ni uno menos.

Quimeta no perdió la oportunidad de descorchar una botella de cava, y es que esa vez sí que teníamos que celebrar que habíamos salido de rositas por los pelos.

Capítulo 14

La mejor defensa es un buen ataque

Mi cabeza no dejaba de dar vueltas sobre aquello de hacer un cambio de estrategia real. Y por si teníamos alguna duda, todo cambió el viernes de esa misma semana.

Hay que decir que le contamos a Éric lo que nos había pasado, y nos aconsejó que para la próxima vez envasáramos las marietas al vacío, ya que así evitaríamos el olor, o por lo menos buena parte de él. Probamos lo que dijo mi niño, y en efecto, las plantas envasadas al vacío no olían apenas, por no decir nada. Así que, utilizando la envasadora de la pescadería de Elena que había comprado hacía años y que siempre se quejó de lo inútil que le había sido, sacamos una más que jugosa rentabilidad, sumándole la ventaja de que las plantas no se detectaban ya por el olor.

¡Un punto para mi niño chico!

Aquel viernes, Elena y yo estábamos en Ca Alonso, desayunando unos churros con café con leche a la espera de las hermanas. Llevábamos los carros de la compra, pues los viernes por la mañana aprovechábamos para hacerla.

Las hermanas entraron con cara de espanto y se sentaron con nosotras tras pedir un café.

—¿Qué os pasa? —se adelantó Elena a mi pregunta.

—Que nada más entrar en la calle, hemos visto al policía ese, el callado, de cuando pasó lo de los Barriletes —nos explicó Pepi en voz baja—. Lo hemos visto queriendo disimular, pero creo que nos seguía.

—Chicas, si la policía nos sigue, creo que lo harían mejor, ¿no? —concluí, queriendo creer en mis propias palabras.

—Pues no sé, Juli. Lo hemos visto de casualidad, al salir de la Paca, donde he dejado mi carro. Le he dicho que después lo recogería

—habló Quimeta—. Joder, qué nervios viniendo para acá. Cuando he vuelto sobre mis pasos para decirle que eche una coca de pan para el café, de repente lo he visto.

Quimeta asentía a lo que decía la hermana.

—¿Ha entrado en la Paca? —quise saber.

—No, no, venía detrás de nosotros, hasta que hemos entrado y él ha seguido de largo —añadió Pepi.

Elena me miró con un deje de gravedad en su rostro.

—Bueno, yo no sé si está detrás de nosotras o no, pero lo que sí que es cierto es que está por el barrio —expuse—. Así que dediquémonos a nuestras aburridas vidas de abuelas, a ver si cansamos al mozo.

Todas asentimos.

—Hay que comprar un teléfono de esos de prepago —ideó Pepi, ante el silencio del resto.

—Si creéis que vamos a sentirnos más seguras, iremos esta tarde a por él. —Asentí, igual que las demás—. Tenemos que quitarnos las marietas de encima cuanto antes. Le diré a mi hijo que busque más clientes.

—Perfecto, pero necesitamos otro móvil, nena —insistió Pepi.

—Sí, sí, vamos ahora mismo, si os parece —resolví.

Las chicas estuvieron de acuerdo con mi idea. Le envié un wasap a mi hijo para vernos al mediodía en casa. Comeríamos allí, y de paso le hablaríamos de la búsqueda de nuevos clientes y le explicaríamos que queríamos también un cambio de estrategia.

Terminamos el desayuno, dejamos el carro aparcado en Ca Alonso y le dije que luego pasaría a por él, ya que íbamos a mirar lo del móvil. Escogimos el que nos aconsejó la muchacha. En una cafetería del mismo centro comercial, pedimos un café y nos sentamos para meterle la SIM esa y configurarlo. Quedamos en que solo llamaríamos

vía WhatsApp y que los mensajes serían igual, como mucho por Telegram.

Estábamos ya tomando el café pedido y con el móvil casi configurado cuando Pepi nos advirtió de que andaba un poco dura de oído y que tenía que ser un timbre que oyera ella también. La verdad es que, por no escucharla, estuvo probando un sinfín de tonos ante la presencia del resto, que íbamos probando.

—Anda, dame. —Su hermana le quitó el móvil y buscó un tono bastante estridente, el cual dejó sonar para mostrárselo—. ¿Lo oyes? —le preguntó Quimeta, con ansias de acabar con la prueba de tonos.

—Sí, sí. Trae —le pidió Pepi el terminal—. ¿A ver?

—Espera. —Quimeta sacó su teléfono para hacerle una llamada y comprobar que el tono le iba bien. Buscó el teléfono, que ya habíamos apuntado todas en sendas agendas con las siglas NA, de Narcoabuelas, y llamó.

Pepi miró el terminal.

—¿Dígame? —contestó al descolgar. Todas la miramos con aire de sorpresa, pues no sabíamos si era una de las suyas—. ¿Diga? —insistió.

Quimeta la miraba mientras observaba el teléfono, incrédula.

—¿Pero por qué me lo coges? —se indignó Quimeta, ante las risas de Elena y mía.

—¡Pero si me has llamado tú! —Pepi se enfadó aún más que su hermana.

El comentario desató una carcajada de pulgoso de Elena, seguida de las mías.

—¡Coño, porque estábamos probando el timbre! ¿Pa qué lo coges? —la regañó Quimeta, entrecerrando los ojos.

—Pero, joía, si me has llamado. ¿Pa qué me llamas? —se la devolvió Pepi mientras su hermana negaba con la cabeza.

—Déjalo —se dio por vencida Quimeta.

—¡¿Cómo que lo deje?! —protestó molesta Pepi—. No me llames si me tienes al lado, coño.

Eso desató la risa de gallina clueca de su hermana, seguida de las del resto.

—Es... que es para... matarla —balbuceó su hermana, entrecortada por las risas.

Acabamos el café a trompicones y a carcajadas, aunque la buena de Pepi no le veía el chiste al asunto.

Ya en el barrio de nuevo, acordamos vernos en mi casa, porque queríamos recuperar los carritos de la compra, que en ese barrio era peligroso dejárselos por ahí. Al recoger el carro que habíamos dejado en ca la Paca, esta nos comentó que se le había roto la furgonetilla con la que traía el género y que en los últimos años compartía con Alonso, el de la bodega, y Maribel, la de la carnicería. Aunque mucho género lo traían a domicilio, otro tanto lo compraban ellos mismos más barato para tener más beneficio. Sin dudarlo, le ofrecí mi cochecillo, que, aunque pequeño, tirando las sillas hacia delante les haría el apaño. Quedamos en que me llamaría cuando le hiciera falta.

Una vez en casa, puse unos canelones en el horno mientras nos sentábamos a charlar. Para cuando llegó Éric, ya estábamos en casa todas, y los carritos de compra, recogidos.

—¿Qué tal el día? —quiso saber mi hijo, dándome un beso en la mejilla.

—Pues muy tranquilo, pero Pepi y Quimeta han visto a un policía por el barrio —le comenté—No sé. Nos hemos comprado un móvil nuevo, por si las moscas.

—No creo que os tengan el teléfono pinchado —me aseguró el crío—. Pero bien hecho. Hablad por WhatsApp. Las llamadas también.

—Sí, sí, eso lo sabíamos, nos lo dijo Pepi —intervino Elena.

—Queremos que nos busques algún cliente más de alguna

asociación, Éric —le pedí, con el estómago encogido por meterlo en toda esa mierda—. Queremos quitarnos de encima las plantas cuanto antes.

Mi hijo asintió.

—Conozco a Oswaldo —habló—. Es un dominicano que lleva un par de asociaciones en Tarragona y tiene otros negocios en Madrid. Si queréis, hablo con él.

—Concierta una cita solamente, Éric —intervine seria—. Dile que iremos nosotras, las Narcoabuelas, sin intermediarios. Pásale el número de móvil nuevo y que nos hable para quedar. No quiero que te metas más en esto.

—Mamá, no pasa nada... ———comenzó Éric.

—Sí que pasa —lo interrumpí—. No vas a ir a ninguna reunión más con ningún traficante, y menos cuando sospechamos que la policía puede estar vigilándonos.

—Seguro que es una casualidad, mamá... —intentó calmarme.

—Me da igual —volví a interrumpirlo—. Si quieres ayudarnos, estupendo. Programa una cita con esos tipos o pásale el numero al tal Oswaldo, si no, ya me buscaré la vida, pero no quiero que te involucres más.

—Está bien —suspiró—. Pero presentaos como las Narcoabuelas. No deis demasiados datos a nadie, por si acaso os vigilan.

—Gracias, mi amor. —Me acerqué, le besé la mejilla y le achuché la cara como cuando era un crío.

A regañadientes, Éric me envió el número del tal Oswaldo, con quien teníamos que hablar. Al cabo de un rato, se marchó a comer a casa de Anais, quien, a pesar de su edad, ya estaba independizada con su hermano, y después de comer se iría al curso que había iniciado. Perfecto.

Las chicas no tardaron mucho en llegar, ya que habían ido a sacar a Conan.

—Joer, nena, qué de gente en la calle, con el frío que hace —se quejó Pepi, frotándose las manos al entrar—. Qué calentito que se está aquí, coñe. —Soltó al perro y dejó varios folletos de publicidad sobre la mesa de mi comedor.

—Chicas —llamé su atención—. He hablado con el niño y me ha mandado el teléfono de un tal Oswaldo, dueño de otras asociaciones de esas, para acordar con él una cita. Quiero dejar a Éric al margen de todo esto. —Ellas asintieron, dándome la razón silenciosamente—. Yo no sé si la policía va detrás de nosotras o no, pero lo que sí sé es que, por si las moscas, él se queda fuera.

—Claro que sí, Juli —habló Pepi—. Ya nos apañaremos.

No pude evitar sonreír y agradecer las amigas que tenía. Querían lo mejor para mi hijo, y gracias al cielo estábamos de acuerdo en dejarlo a un lado, quisiera o no.

Los canelones estaban gratinándose y entretanto pensábamos en cómo queríamos iniciar una conversación con el tal Oswaldo.

Mientras lo pensábamos, mi teléfono sonó.

Éric.

—Mamá, me ha parado la policía —dijo casi en un susurro. En cuanto lo escuché, se me encogió el alma.

—¿Estás bien? —hablé entrecortada, cosa que llamó la atención de las chicas.

—Sí, sí. Me han cacheado y me han preguntado adónde iba y de dónde venía, aunque creo que saben que salía de casa —me explicó—. No llevaba nada, así que tranquilas, pero me han cogido los datos y saben que soy tu hijo; por deducción, vaya.

—Pero tú estás bien, ¿verdad? —insistí. Las chicas ya se habían acercado a mí para ver qué sucedía.

—Sí, mamá. Pero ya es casi oficial: creo que están investigándoos. Tened cuidado. No sé si es buena idea lo de quedar con Oswaldo.

—Cariño, lo pensaremos. Tú mantente al margen, mi amor —le sugerí, sabiendo que las marietas no podían estar mucho más tiempo en nuestro poder.

—Vale, mamá, pero tened cuidado —repitió, y se despidió.

—¿Qué pasa? —me preguntó Elena en cuanto me aparté el teléfono de la oreja.

—Lo ha parado la policía de camino a casa de la novia.

Pepi entró del balcón junto con Conan.

—¿A quién han parado? —se interesó mientras acariciaba al perro.

—A Éric. Creo que es oficial que están investigándonos, o al menos mirando qué hacemos.

—Pues van a aburrirse —sentenció Quimeta—. Hagamos que se aburran.

—Por supuesto, pero tenemos que reunirnos con el tal Oswaldo —concluí—. Tenemos que quitarnos las marietas de encima.

—Sí, sí, todo está en marcha ya, pero necesitamos un buen empujón —apuntó Elena.

—Bueno, no podemos quedarnos paradas —concluí—. Podemos ir dos con el Micra, ir a un centro comercial..., y le pediré el coche a Sebas, que no lo conocen.

—El coche de tu marido lo tendrán fichado —habló Pepi—. Pidámosle el coche al Alonso o a la Paca para ir a comprar los adornos de Navidad del barrio. O mejor aún: alquilamos un coche o vamos en taxi o Uber.

Nos quedamos en silencio un rato.

—Acuérdate de que el de ellos está roto —me recordó Elena.

—Primero contactemos con el tal Oswaldo —dije—. Pensaremos algo.

Las cuatro estuvimos un buen rato decidiendo qué ponerle a ese señor sin parecer unas novatas en el asunto. Este fue el mensaje que ganó por votación narcopopular:

NA:

Hola, Oswaldo, somos las Narcoabuelas.

Queremos hablar contigo por temas de negocios.

¿Cuándo y dónde te va bien que nos veamos?

Lo enviamos conteniendo la respiración, como si estuviéramos enviando un paquete de dinamita o algo así. Dejamos el móvil sobre la mesa, decidiendo aparcarlo un rato y comer tranquilas. Lo hicimos, o al menos lo intentamos, porque estábamos literalmente encima del móvil para ver si sonaba.

Fue a media comida cuando un pitido corto proveniente del teléfono en cuestión llamó nuestra atención.

Oswaldo:

Hla, ncantd, sñrs.

M gstaria vrls mñn trd.

Dnd kiern qdr?

Mjr x vilfrnk dl pnds.

Eljn uds l lgar. OK?

Al leer eso casi se nos cayeron los ojos al suelo. En un gesto casi automático, nos pusimos las gafas de leer que unas llevábamos en la

cabeza y otras colgadas al cuello para ver más de cerca aquello que no entendíamos.

—Sé que todo esto significa algo, pero que me parta un rayo sí sé de qué coño me hablan —verbalizó Pepi nuestra idea compartida.

—Pues hay que contestarle —dijo Quimeta sin quitarle ojo a la pantalla, al igual que el resto.

—Voy a hacer una captura de pantalla y se la envío a Éric para que lo traduzca —solucioné.

Capturé la pantalla y la envié a mi móvil para mandársela después a Éric, diciéndole que borrara toda la conversación después. Por si acaso.

—¿Crees que el niño va a entender ese galimatías? —quiso saber Elena, enderezándose, ya que estaba inclinada mirando la pantalla, como el resto.

—Creo que sí —le contesté dubitativa mientras hacía lo que había anunciado.

Comimos, de aquella manera, ya que seguíamos muy nerviosas aunque no lo dijéramos. A los cinco o diez minutos, contestó mi hijo:

Éric:

Hola, encantado, señoras.

Me gustaría verlas mañana tarde.

¿Dónde quieren quedar?

Mejor por Vilafranca del Penedés.

Elijan ustedes el lugar, sin problema. ¿OK?

Otro mensaje, también de mi Éric:

Éric:

Tened mucho cuidado.

Y si algo no os gusta, no lo aceptéis.

Os quiero.

—No veas, como para descifrarlo nosotras —dijo Elena casi riendo—. Ahora contesta que OK, y ya pensaremos en cómo ir.

—Yo ya sé dónde y cómo ir —intervino Pepi, con un papel en la mano, sin que ninguna la entendiéramos. Lo extendió para que pudiéramos verlo.

—¿Una excursión a unas viñas? —le pregunté, sinceramente sin saber a qué se refería.

—Las viñas están en Vilafranca. Podemos ir a la excursión y quedar en las viñas con ellos —nos propuso Pepi ante nuestra atenta mirada—. No utilizaremos nuestro coche. No es sospechoso que cuatro jubiladas se vayan de excursión, y si nos siguen, al entrar en las viñas los veremos.

Todas las demás asentimos en silencio al magnífico plan de nuestra Pepi. A veces tenía unas ideas tan buenas que parecía que había sido una criminal toda su vida.

—Me gusta —acepté, con una sonrisa.

Ojeamos el itinerario de la excursión, viendo que de cuatro a cinco teníamos una hora libre para pasear por los viñedos. El resto de las horas estaban programadas con charlas, catas y demás.

Escribí un mensaje de texto:

NA:

Mñn a ls 16 n ls viñas Olmedo de Quintana.

—Ay, nena, escribes tan mal como ellos —se rio Elena.

Oswaldo:

OK.

Las cuatro nos miramos entre nosotras.

—Hay que llamar y reservar plaza —se adelantó Quimeta. Se llevó el papel y llamó por el móvil—. Qué buena idea. Además, podremos beber una copita de vino.

—A ti no te gusta el plan, lo que te gusta es el vino —rio su hermana, junto con nosotras.

Sonreímos mirándonos, sabiendo que era un plan tan bueno que, si salía bien, sería digno de una novela.

Quimeta consiguió las plazas. Gracias al cielo, entre semana no había problemas, así que al día siguiente ya teníamos una cita: unas catas de vino en Olmedo de Quintana.

Terminamos de comer, bromeando y riendo.

Por la tarde, salimos de mi casa, armadas con nuestros carritos de compra y con nuestra digna actitud de abuelas repartiéndonos por todo el barrio, donde dejamos los carros en las tiendas de Maribel y la Paca, y luego nos juntamos en Ca Alonso para repartir las tareas con los adornos de Navidad. Aprovecharíamos para que nos dieran los números para vender el sorteo de la cesta del barrio. Con el rubito de la otra asociación hablamos por el teléfono, diciéndole que teníamos que ir con cuidado. El chico aceptó nuestros avisos y sugerencias, agradeciendo que los pusiéramos al corriente sobre la policía, ya que ellos tomarían también sus medidas de seguridad. A decir verdad, tomaron las nuestras como todo un hallazgo.

Ya en Ca Alonso, este nos puso, cortesía de la casa, unos refrescos y unas patatillas, que siempre eran bienvenidas, claro. Estuvimos sentadas a la mesa, apuntando los números que nos llevaríamos para vender y los adornos que haríamos. Por otro lado, estuvimos hablando de la cena del barrio. Aquel año la haríamos el veintitrés de diciembre, como de costumbre. Siempre lo pasábamos genial. Los comerciantes y los cuatro vecinos de toda la vida teníamos la oportunidad de compartir mesa.

Yo no sé si estaban siguiéndonos o no, pero lo que si sabía era que habíamos sacado nuestros carritos a pasear, a comprar, a Ca Alonso y poca cosa más.

El tal Severino colaboraba con su hermano Antonio, quien aquel día llevaba solo a una gallina, recogiendo números y atendiendo a los adornos en los que tenían que ayudar. Severino el del Citroën era un completo idiota, como ya había demostrado, pero la verdad es que estaba colaborando como el que más, para mi grata sorpresa. Echamos la tarde en Ca Alonso, hablando con algunos vecinos y con los comerciantes que iban pasando, como Maribel y Paca a por su café, y cenamos un bocata en el mismo bar.

Miré a Paca, quien pasó a por un par de cafés más.

—Oye, qué chaqueta tan bonita —la halagué, mirándosela. Era sencilla, de color gris claro pero preciosa, y se veía calentita.

—Pues mañana te traigo una —me ofreció, con una sonrisa———. Me las trae mi prima del mercado. Veinte euros, y abrigan una barbaridad —me explicó la mujer, orgullosa.

—Pues tráeme una —le agradecí—. Así, igual, del mismo color, y la talla igual, que tú y yo poco nos llevamos —le encargué mientras ella asentía.

—Eso está hecho —afirmó—. Te llamaré cuando la tenga, pero cuenta que para mañana tarde ya estará.

—Muy bien.

—Me voy, que tengo a Manolo en casa solo. —Recogió los cafés de la barra después de pagarlos—. Vamos hablando ———se despidió

apresurada para ir al lado de su marido.

Las chicas estaban ensimismadas escogiendo qué íbamos a hacer para los adornos y planeando en voz baja la excursión, aunque, a decir verdad, no teníamos que llevar nada extraño.

Nos recogimos a eso de las diez de la noche. Las hermanas iban a dormir en su casa, y nosotras, en casa de Elena, donde quedamos en vernos en la puerta de esta a la mañana siguiente. Elena y yo estuvimos vigilantes de camino a su casa, pero lo cierto es que no notamos que nos siguiera nadie. Hablamos con las chicas por WhatsApp y tampoco notaron nada, aunque, claro, si eran profesionales, lo normal era que no nos percatáramos.

A la mañana siguiente, ya juntas, fuimos al lugar donde los que organizaban la excursión nos habían informado de que nos recogerían, yendo a pie, ya que estaba bastante cerca del barrio. Antes de irnos tomamos un cortadito en Ca Alonso. Charlamos con él un rato y le dijimos que nos íbamos de excursión. Creímos que nos sería útil que los vecinos del barrio supieran que estábamos de excursión aquel día. Después nos dirigimos al punto de partida de la salida, al que el autocar no tardó en llegar. Subimos y nos sentamos al final del todo. Pepi quería tener una buena visión de la luna trasera, argumentando que, si nos seguían, vería el coche repetido en alguna ocasión. El resto de nosotras no dijo ni que sí ni que no. Por un lado, eso de que nos siguieran era angustiante, peligroso, y nos ponía nerviosas. Por otro, era emocionante, pues teníamos que dar esquinazo a unos profesionales, y estábamos seguras de que podríamos hacerlo. Aunque esté mal reconocerlo, estaba pasándomelo genial.

El autocar iba lleno de personas de nuestra edad. El más joven era el muchacho que daba la bienvenida y las explicaciones, quien seguramente sería el encargado de dar el tostón que dan en ese tipo de excursiones.

Llegamos a las viñas al cabo de una hora larga, casi dos. Me había adormecido, y por el camino casi no habíamos hablado. Pepi había ido todo el camino girándose y apuntando matrículas. No sabíamos si pensar si estaba loca o era una auténtica genio.

Al bajar del autocar nos guiaron hasta unas mesas exteriores, donde había una chica esperando al muchacho.

—Chicas, hay dos matriculas que se han repetido detrás de nosotros durante el camino —susurró Pepi, sonriendo—. Creo que es la pasma.

—Ay, la pasma —repitió su hermana—. Ya hablas como un criminal de esos.

—¿En serio has cazado dos matriculas? —le pregunté, pues me parecía imposible que las hubiera detectado.

Pepi asintió.

—Al entrar al camino de arena hasta los viñedos han tenido que pasar de largo —concluyó—. Pero no descarto que entren más tarde.

—Tendremos que ir con cuidado. —Asentí—. ¿Qué coches eran?

—Un Nissan negro y un Peugeot 206 gris oscuro —confirmó.

Asentí de nuevo y eché un vistazo para ver el parquin, sin éxito. Los presentes éramos de la misma quinta, así que descarté la presencia en aquel momento de la policía.

En las mesas hacia las que nos dirigieron había diversos platitos con diferentes embutidos apostados por todas ellas, además de varios vinos. Los guías nos explicaron que después del tentempié, pasaríamos a ver el viñedo y las bodegas.

—Hola, guapas. —Un par de vejestorios se acercaron a nosotras —. ¿Qué tal estáis? —Las cuatro nos miramos, entre sorprendidas y aguantando el tipo para no explotar a reír—. ¿Qué hacen cuatro bellezones por aquí?

—Pues beber vino, ¿no lo ve? —le espetó Quimeta muy seca—. Si nos disculpan... Vamos, chicas.

Quimeta nos sacó de la mesa con maestría. Sí, señora, que manera más elegante de dar calabazas.

Seguíamos a lo nuestro en otra de las mesas, y tuvimos claro que

esas dos momias no iban a darse por vencidos.

—Pero, chicas, ¿no queréis tomar una copa con nosotros? —insistió uno de ellos, subiendo y bajando las cejas. Era un tipo bajo, regordete, con pelo cano, y los pantalones tan subidos que si apretaba más el cinturón se estrangularía. El otro, alto y desgarbado, ni hablaba el pobre.

—No, gracias. —Esta vez habló Elena, seria, con su copa de vino blanco en la mano.

—¿Pero por qué no? —insistió el regordete.

—Pues porque no, coño —dijo Pepi en tono lo suficientemente alto como para que las personas de dos mesas más a la izquierda nos mirasen—. Hemos venido para catar vino, no para hablar con ustedes.

—Me llamo Domingo, y él es mi hermano Luis —interrumpió el regordete del pantalón en el cuello el discurso borde de Pepi—. Y tú te pones muy guapa cuando te enfadas.

—Pues tendrías que ver lo guapa que me pongo soltando bofetones —masculló la aludida, y las demás comenzamos a reír.

Los hombres fruncieron el ceño y se miraron entre sí.

—Vamos, vamos —tercié—. Señores, queremos estar tranquilas.

—Muy bien, señora —me contestó el mismo hombre que siempre hablaba—. Quizá más tarde os apetezca hablar y copetear con nosotros.

—Lo dudo mucho —musitó Quimeta, bajo la risa de colegiala de Elena.

Los hombres por fin se retiraron.

—Qué pesaos, coño —protestó Pepi.

—No podemos llamar la atención demasiado —les recordé, ya que últimamente la liábamos por donde pasábamos.

Todas asentimos.

Durante el día caminamos entre las viñas y vimos las bodegas, escuchando las explicaciones de cómo se hacía un buen vino: el vino joven, añejo, reserva, blanco, tinto, de uva... Todo muy interesante, pero el comentario de Pepi anterior, con el que nos había informado de que quizá éramos el objetivo de una investigación, hacía que cada cinco minutos mirase a mi alrededor, buscando algo anormal para detectar si las sospechas de Pepi eran correctas. Allí solo había personas jubiladas, los chicos de la bodega y algún camarero joven, nada más que pudiera llamar la atención, así que, o lo hacían muy bien, o mi amiga se había montado una película. Quizá habían desistido al ver que nuestra vida era igual a la de cualquier jubilado.

Llegó la hora de comer. El menú entraba en el precio de la excursión, así que no íbamos a hacerle ascos.

Estábamos las cuatro sentadas a una mesa, que menos mal que eran de cuatro, para que así las momias insistentes nos dejaran en paz. Era en el exterior, por lo que aprovechamos el sol, que, a pesar de las fechas, el frío parecía darnos tregua.

Llegó una guapa camarera que nos trajo la carta. Lejos de irse de nuevo a la barra con el pedido que no había apuntado aún, cogió una silla y se sentó frente a nosotras, bajo nuestra expectación.

—Soy Lara, trabajo para Oswaldo —comentó la muchacha.

Nuestra sorpresa fue tal que se convirtió en un mutismo compartido.

—Hola, ¿cómo has sabido que somos nosotras? —rompí el silencio.

—Son el único grupo de cuatro mujeres —habló ella—. En un rato vendrá Oswaldo, que está comprobando que no haya policía.

—¿Y cómo lo sabéis? —quiso saber Elena.

—Pues porque hemos seguido a un par de coches que seguían el autocar, pero han pasado de largo de las viñas. Si son o no, poco me importa, ya que no están. —Sonrió al respondernos.

—¿Y no os habrán visto? —le pregunté, porque tampoco quería

ser relacionada con ellos.

—Nosotros tenemos nuestros métodos e informaciones, no se preocupe. Ha sido muy buena idea quedar aquí —nos halagó la morenaza—. Esto está limpísimo.

—Gracias —respondí en un tono bajo mientras la chica se levantaba y dejaba la silla que había cogido en la otra mesa—. Díganme qué van a comer. —Se preparó, cogiendo su libretilla y su boli.

—¿Tardará mucho tu amigo? —le pregunté sin tapujos.

—No, allá sobre las cuatro —me contestó con una amplia sonrisa. Qué bonita que era esa muchacha—. Ustedes tranquilas, que ya las encontrará él.

Asentí con la cabeza y devolví mi atención a la carta.

No sabía si fiarme o no, pero la verdad es que estábamos metidas ya hasta el cuello, y se trataba de dejarnos llevar un poco por los acontecimientos, sin que se notara demasiado que éramos novatas y que no teníamos ni idea.

Pedimos el menú, una después de la otra, lanzándonos miradas furtivas que hablaban en silencio sobre la chica.

—Qué bien montado lo tiene el Pasguato ese —dijo Pepi, haciendo que sonriera.

—Oswaldo —la corregí—. Y sí, si es así, es un profesional de los de verdad, así que cuidadito, chicas.

Asentimos todas, esperando el menú aconsejado y comandado: una ensalada y algo de pollo a la brasa. Eso sí, con un poquito de vino de la casa.

Me negué a beber una gota más de vino, ya que tenía el estómago revuelto, y la verdad es que no sabía si era por la cata o por los nervios. Elena comió poco, y Pepi tampoco bebió. Quimeta, para el vino que solía beber, se contuvo.

Al terminar de comer, decidimos dar una vuelta más por las viñas. A la excursión le quedaba poco e iba a oscurecer en breve. Estábamos casi histéricas al no tener noticias de Oswaldo. «¿Estaría la policía cerca?», pensaba en silencio, escudriñando cada rincón que observaba.

Estábamos en la parte de atrás del caserón cuando dos hombres se nos acercaron. Eran de tez morena y de complexión fuerte, y uno de ellos llevaba en el pelo esas trencitas que ahora se llevaban y el otro iba con un corte inmaculado de caballero. Vestían con vaqueros, pero iban arreglados.

—Buenas tardes, señoras —habló el del pelo corto, guapo, con los ojos verdes—. Soy Oswaldo, y este es mi primo Ricky.

El tal Ricky también era un chico con buena planta, con los ojos oscuros y una cara atractiva, pero Oswaldo era un malo de los de película.

—Somos nosotras —dije sin dar más datos—. Buenas tardes —los saludé nerviosa, rezando para que no se me notase.

—Muy buena idea la de quedar aquí —nos halagó, mirando a su alrededor—. Se ve que no es la primera vez que han hecho esto.

—Desde luego que no —le aseguré cuando me miró. Deseé que no se notase que mentía.

—Les copiaré la idea, amigas —nos confesó el chico—. ¿Puedo llamarlas por un nombre sin decir quiénes son en voz alta? —nos pidió prudente.

—Soy Júlia —hablé—. Ellas, Pepi, Quimeta y Elena —acabé la presentación lo más tranquila que pude.

—Muy bien, señoras —comenzó de nuevo el tal Oswaldo—. Nos han llegado rumores de que su material es, de los buenos, el mejor. —Al escuchar la alabanza sobre nuestras marietas, no pudimos evitar sonreír instantáneamente—. Quisiéramos una buena cantidad.

—¿De cuánto hablamos?

La conversación estaba llevándola yo, en vista del silencio de las chicas, lo que hacía del encuentro todo un espectáculo profesional. Parecía el capo de una mafia, protegida por sus hombres de confianza. En nuestro caso, mujeres; señoras, en realidad. Abuelas.

—Pues de mucho, Júlia —manifestó, curvando sus labios ínterin se frotaba las manos—. De unos cuarenta. —Abrí los ojos en exceso, creo, y aunque quise disimular, supongo que Oswaldo notó mi sorpresa cuando desvié la mirada a las chicas—. Yo les compro cuarenta, a mil siete, y les doy dieciocho mil más si me hacen una gestión.

Las chicas y yo nos miramos.

—¿Qué gestión? —quise saber, ya que veinte mil euros no se regalaban así como así.

—Tienen que llevarme una autocaravana de aquí a Madrid, a las afueras. Para volver, les pagaré el billete. No tienen que hacer nada más que llevar la autocaravana a la capital —nos explicó interesante.

—¿Y los cuarenta?, ¿viajan en esa autocaravana? Me parece muy arriesgado —concluí.

—No, Júlia. Los cuarenta me los dan y mi gente los distribuirá. —Hablaba pausado, seguro de sí mismo—. Lo que lleva la autocaravana ni siquiera van a verlo. Por eso, tranquilas. —Su tono tenía una calma pasmosa—. Pero antes quisiera hacerles una prueba para comprobar si saben conducir, por seguridad de mi material.

Las cuatro nos miramos de nuevo.

—Si decimos que sí, será el quilo a mil nueve y el viaje a veinte —hablé casi sin pensar, ante la sorpresa del resto—. Sabes muy bien que lo tuyo irá seguro con cuatro abuelas en una autocaravana —ahora, la que parecía que sabía del tema era yo—, además de la seguridad de que tu valiosísimo material escondido llegará a su destino sin que lo intercepte la policía. Y todo eso se paga.

Oswaldo sonrió.

—Me parece bien —me contestó, y me tendió la mano para

estrechármela. Lo hicimos en señal de acuerdo—. Tienen que venir mañana a un polígono, donde les presentaré a otras personas interesadas en el viaje. Mi primo Ricky apuesta por ellos y yo por ustedes. Mañana haremos una prueba de conducción y saldremos de dudas. ¿Les parece?

—¿Hablas de una carrera? —le pregunté directamente, según lo que había entendido; imagino que con cara de pasmada—. ¿Nos ha visto?

—Sí, las he visto más de lo que creen —me contestó, haciéndose el interesante—. No saben el dinero que pueden mover las apuestas en carreras clandestinas.

Asentí despacio con la cabeza, comprendiendo.

—O sea, que si queremos hacer el viaje y que nos compres lo nuestro, ¿tenemos que hacerte ganar dinero ganando una carrera de coches clandestina? —resumí el trato.

—Exacto. —Dio una palmadita en la mesa y se reclinó en su asiento.

—Nosotras no tenemos un coche con el que competir —le dije claramente.

—Los coches los pongo yo. Dos iguales, con las mismas características. Ganará el mejor conductor; en este caso, espero que conductora —nos explicó Oswaldo con detalle—. Pero si tienen miedo, hablamos de lo suyo. Me llevaría cuatro o cinco kilos a mil quinientos.

Asentí.

—¿Por qué nosotras? Tiene que haber miles de pilotos callejeros mejores.

—Puede, pero ninguno de ellos levanta tanta expectación y chele con las apuestas como unas señoras mayores. —Nos miró—. Desde el respeto ———aclaró———. Además, pueden apostar también ustedes.

Asentí, entendiéndolo. El tipo iba a sacar tajada por todas partes, y lo de la apuesta por nosotras mismas no me parecía una tontería.

¡Qué locura! ¿Verdad?

—De acuerdo. —Volví a tenderle la mano—. ¿Hay apuesta mínima?

El guapo Oswaldo sonrió con los labios apretados de medio lado.

—Tres mil —concluyó—. Pero háganme caso, pueden ganar muchísima plata. Les haré llegar el día exacto con la hora y la ubicación.

—¿Y lo nuestro? —le pregunté—. Aunque no ganemos, te quedas los cuarenta y perdemos el viaje.

—Me quedo los cuarenta a mil seiscientos —confirmó—. Pero ganarán —dijo, guiñándome un ojo—. Me dicen ustedes cómo hacer lo de su material y lo haremos a su modo. Creo que son unas señoras muy capaces.

—Lo somos —le aseguré, contemplándolo, y vi cómo desviaba la mirada. Miré en esa dirección. Las momias de antes estaban al acecho.

Puso una mueca de circunstancia.

—¿Los conocen? —quiso saber.

—No, son unos pesados que no nos dejan en paz —habló Quimeta, haciéndose la interesante y moviendo el cabello de un lado a otro.

Oswaldo rio sonoramente, dejando en su rostro una más que atractiva sonrisa ladeada.

—No te rías, huevón —habló Pepi—. Un respeto, que las abuelas también ligamos, muchacho.

El chico rio más ante la barbaridad que soltó. Yo estaba tensa; a ver por dónde salía la gracia de mi amiga ahora.

—No se ofenda, señora mía, que ustedes están de muy buen ver —nos halagó—. Y ellos apenas se tienen en pie. —Se acercó a Pepi sensualmente, quien no retrocedió ni un ápice.

—Pues eso digo yo —lo interrumpió Pepi—. ¿Dónde vamos nosotras con esas momias?

Los seis miramos a ambos viejecillos y estos nos saludaron con la mano. Sentí repulsión por un instante; no por ellos, sino por sus intenciones.

—¿Quiere que se los espante, preciosa? —le susurró Oswaldo a Pepi, acercándose peligrosamente, hablando en un tono de lo más sexi, casi en un murmullo, y tan cerca que creo que Pepi podría beberse su aliento.

—Uy, mi zalamero. —Ella se arrimó sin vergüenza ninguna y le puso una mano en la cara con dulzura y cierta sensualidad—. Venga, espántalos —musitó mirándolo hacia arriba, ya que era mucho más alto que él. Estábamos de pie, cerca de las mesas de donde habíamos comido.

Ni corto ni perezoso, cogió a Pepi de la cintura y de la nuca y le endiñó un beso de esos de tornillo, como en las pelis. Su primo Ricky reía como un rufián, negando con la cabeza.

Menudo casanova.

—Estas mujeres son mías —espetó, dirigiéndose a los viejos cuando acabó de besar a Pepi—. Si no las dejan... —los advirtió, y se pasó el dedo índice por el cuello, indicando que los matarían. Pobres.

Los ancianos se giraron tan rápido como la artrosis y el reuma los dejó para marcharse en una pseudocarrera lejos de nosotras.

—¿Mejor? —dijo Oswaldo, contemplando los ojos azules de Pepi, quien sonreía mirándolo.

—Mucho mejor —le contestó coqueta y sonriente, la muy fresca.

Y como en las películas, la soltó de la nuca, quitándole la mano que estaba apretándole un cachete del culo, y se dio la vuelta para marcharse con el misterio digno de un protagonista de telenovela.

Nos quedamos en silencio a medida que se alejaban.

—¡¿Serás golfa?!—le recriminó su hermana, ante la estupefacción del resto.

—Que me quiten lo bailao —le contestó la muy fresca, haciéndonos reír de nuevo.

¿De verdad iba a competir como piloto en una carrera ilegal?

¿En serio Pepi acababa de morrearse con un mafioso?

¿Llevaríamos una narcoautocaravana hasta Madrid?

¿Era cierto que habíamos dado esquinazo a la policía?

¿Iban a pagarnos esa barbaridad? ¿Íbamos a apostar?

Sinceramente, en ese momento no podía ni pensar. Solo podía reír y reír por las ocurrencias de mis amigas y por las risas de gallina clueca que inundaban las viñas. Los nervios dieron paso a las risas más profundas, y me sentí más grande que nunca.

Un criminal nos creía capaces de ganar una carrera y de llevar una autocaravana repleta de vete a saber qué droga hasta Madrid, burlando a la policía.

Había negociado con calma, manteniendo mis nervios a raya. Estábamos ideando una red de narcotráfico desde la nada. ¿O no? Tenía millones de preguntas sin resolver en mi interior, y lo único que sabía era que, en realidad, no sabía nada. Bueno, sí que tenía claro algo: ¡Madre mía, qué bien estaba pasándomelo!

Capítulo 15

A todo gas

Acabamos el día entre suposiciones, nervios y risas, sabiendo que lo que nos jugábamos al entrar en esos derroteros no era tan solo dinero. En teoría, al día siguiente era la carrera, aunque luego Oswaldo nos dijo que nos confirmaría el lugar, la hora y todos los detalles.

Llegamos a casa derrotadas, entre el trajín y los nervios. Ese día yo dormiría en mi casa, y Pepi, con Elena. Éric me había enviado un mensaje para saber que estábamos bien, y aprovechando la oportunidad me informó de que iba a dormir en casa de Anais.

Sonreí para mí misma.

Me acosté ya bien entrada la noche, cansada pero incapaz de conciliar el sueño, hasta que una de las pastillas de dormir que de vez en cuando tomaba —mucho más antes, cuando estaba recién separada — me ayudó a encontrar el sueño perdido.

Como era costumbre por aquellos días, a la mañana siguiente nos fuimos a los comercios del barrio con sendos carritos de la compra, quedando en Ca Alonso. Una vez en la tienda de Paca, por donde había pasado para dejarle el mío, me dio ya la chaqueta, que, tras mirarla bien, vi lo que abrigaba. «Ha sido una muy buena compra», pensé para mis adentros, sonriendo. Tomamos un café mientras Alonso nos servía unos churros y nos preguntaba qué tal fue la excursión.

—De mil maravillas —le contestó Pepi antes que ninguna, y vi cómo Alonso la miraba extrañado, con su trapo al hombro.

Las demás nos reímos.

—Me alegro de que lo hayáis pasado bien —comentó, con una sonrisa amable—. Tengo que ir a comprar para la cena del barrio de Navidad. Ya me ha dicho Paca que nos dejarás el coche.

—Ningún problema, Alonso —le dije amablemente.

En aquel momento entró Severino con su hermano Antonio, quien llevaba su gallina gris: Ana Belén.

—Buenos días —saludó el bueno de Antonio mientras el imbécil de Severino me fulminaba con la mirada.

—Hola. Estaba diciéndole a Júlia que necesitaré el coche esta semana —le explicó Alonso, apoyado en mi silla.

—Claro. Te dejaría el mío, pero, gracias a una loca, está en el taller —soltó el simpático de Severino.

—Madre mía, lo que va a durarte lo del coche, Seve —protestó Alonso con un gesto de desdén—. Los accidentes pasan, coño —refunfuñó, y volvió a la barra.

Severino no dijo nada. Ni yo. Nos limitamos a matarnos con la mirada el uno al otro.

Ese momento se vio interrumpido por una llamada al narcomóvil que nos dejó petrificadas.

—Ya le contesto yo a mi moreno —se adelantó Pepi. Se puso el terminal en la oreja y salió a la calle para hablar con quien supusimos que era Oswaldo.

—Madre del amor hermoso —dijo Quimeta a la par que mojaba un churro en el café con leche—. ¿A que se tira al narco? —recriminó en voz baja, haciéndonos reír.

—No creo, vaya —deseó Elena.

—Pues que se lo tire —añadí antes de sorber mi café—. Mejor para ella. ¿Habéis visto al chico? —Reí maliciosa, provocando que ellas sonrieran también.

—En eso llevas razón, Juli —sentenció Elena.

Pepi entró con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ya está —dijo, y se sentó en su sitio con nosotras—. Ya le

explicado lo de los kilos, y ha flipado. —Rio triunfante—. Está de acuerdo.

—¿Y lo de la carrera? —la interrumpí impaciente.

—Pues que es el viernes por la noche. Nos ha pasado la ubicación al móvil. —Nos lo mostró—. Hemos quedado con él a las ocho de la tarde para que nos enseñe el coche, hagamos las apuestas y conocer al otro piloto.

—¡Qué misterio! —aplaudió emocionada Elena.

—¡Madre mía, que van a secuestrarnos! —exclamó Quimeta, levantándonos la sonrisa al resto—. Que a estos le gustan maduritas. Mira cómo se abalanzó a Pepi y cómo me miraba.

—¡¿Cómo?! —intervino Pepi, ante la risa de Elena y la mía—. Ni se te ocurra mirar a mi moreno, que te araño. —Gesticulando, imitó a una gata, lo que hizo que Elena sacara su risa pulgosa.

—Ay, nena, yo no tengo interés en él —la calmó Quimeta muy digna, poniéndose su pelo rubio de media melena detrás de la oreja.

—Ni él en ti —sentenció la hermana, orgullosa—. Además, no le gustan maduras; le gusto yo. —Se rio de su propia ocurrencia—. A mí con zalamerías... Lo lleva claro el zagal. Antes sale corriendo él de mí que yo de él ———concluyó, segura de sí misma.

Su comentario nos hizo reír a las cuatro, desatando de nuevo a las gallinas.

Severino nos miraba, recriminando en silencio nuestras risas, mientras Antonio y Alonso reían a causa de estas.

—Estas siempre están igual —apuntó Alonso, sonriendo.

—Pues qué envidia, coño —rio ahora Antonio, con su Ana Belén en los brazos mientras se tomaba su carajillo.

La mañana transcurrió agradablemente según hablábamos de las luces y de los adornos de Navidad. Elena había traído los del año pasado que guardaba en la trastienda, acordando con los comerciantes

adornar las calles como pudiéramos. El ayuntamiento cobraba a los comerciantes que querían luces, así que nos negamos, como año tras año, y lo adornábamos los vecinos. Alonso y Severino, junto con Antonio, pondrían las luces. Los adornos de las puertas los hicimos nosotras el año pasado: una corona de bolas azules y plateadas con lazos y estrellas de la que colgaba un cartel que decía: «El barrio de La Fuente les desea unas Felices Fiestas». Teníamos que remendar algunos desperfectos que era inevitable que tuvieran con el paso de los días expuestos. Paca pondría su pesebre, enorme, en el escaparate, de figuras grandes, doradas y blancas, sobre un tapete de terciopelo rojo. La vaca y el buey del portal los hacía con figuras de pan cada año.

No había demasiada gente como clientela en Ca Alonso, así que nos quedamos charlando con nuestros vecinos de toda la vida. Buenas personas. Ya al mediodía, recogimos los carritos de la compra con nuestras cosas y nos fuimos a casa de Elena. Éric se había llevado a Conan a casa de Anais. Mejor.

Vaciamos los carros y nos pusimos a hacer la comida.

—¿Cómo vamos a hacerlo si creemos que nos sigue la policía? —preguntó Quimeta mientras preparaba una rica ensalada.

Sonreí.

—El viernes le dejaré el coche a Paca para que vaya a comprar. Dejad que lo piense —expuse, sin dar demasiados detalles de aquello que había pensado, ya que no quería gafarlo.

La verdad es que todo parecía ir bien; tan bien que a veces me daba vértigo mirar desde arriba, donde habíamos subido.

En espera del ansiado viernes, seguíamos haciendo la vida sencilla de las abuelas que éramos; o, al menos, pretendíamos ser: carros de compra arriba y abajo, cafés con porras, charlas con vecinos, tardes haciendo los adornos en un ladito de Ca Alonso mientras en el otro jugaban una partida los hombres... Por otro lado, ya había estrenado la chaqueta que me trajo Paca. Y bien estrenada, pues la paseé por todo el barrio, copiándome también del foulard que llevaba normalmente. Chulísimo.

Eran sobre las cinco de la tarde cuando Elena y yo llevamos el

coche a casa de Paca, donde ya nos esperaba. Me había dejado el mando del parquin hacía días para que lo metiese dentro. El piso era de Paca, pero estaba viviendo su hija separada con sus tres hijos. Ella solo utilizaba el parquin. Además, estaba cuidando a su nieto más chico hasta que llegara la madre de buscar a los más grandes del cole, ya que empezaba a llover. Pepi estaba en ca Paca, en la trastienda, junto con Quimeta, ayudando a Manolo a abrir la panadería, ya que se quedaría despachando esa tarde.

Subimos a la casa por las escaleras interiores y llamamos al piso de Paca.

—Pasad, pasad —nos invitó nada más abrirnos la puerta.

Nos adentramos. El interior, que olía a una mezcla de ropa limpia, café y jabón. A hogar. La criatura estaba dormida. Pasamos detrás de ella hasta la mesa de la cocina, donde nos sirvió un café. Le puse las llaves de mi preciado Micra sobre la mesa.

—Pues nosotras nos quedamos un ratico con el crío hasta que venga la madre, y vete ya con Alonso —le propuse—. Ganarás tiempo.

—Pues sí, me voy ahora mismo. —Se levantó de la mesa, dejándome una chaqueta negra suya sobre la silla junto con otro foulard—. Estoy nerviosa, nena —me confesó, poniéndose la chaqueta idéntica a la que yo tenía.

—Tú no te preocupes —resolví. Me quité la chaqueta y me coloqué la oscura—. Tú coge el Micra y vete a comprar tranquila. Date una vuelta y que te dé el aire bien dao. ¿Has quedado con Alonso?

—Sí, hija, viene directamente al portal. Le abro y cogemos el coche del parquin. Seve y Antonio se quedan en la bodega este rato —me explicó brevemente sus planes—. Ea, me voy, y que sea lo que Dios quiera.

Nos guiñó un ojo y salió de la cocina. Oímos cómo se cerraba la puerta.

—¿Saldrá bien? —preguntó Elena, mirándome.

—Tiene que salir bien. —Quería creer en mis propias palabras.

Ya con la chaqueta oscura de Paca, me senté a la mesa de la cocina para acabar el café. Y esperé.

Estábamos en silencio. A los diez minutos más o menos, sonó un mensaje del WhatsApp que decía: «Vía libre». Era Pepi desde el narcoteléfono. Casi morimos de un infarto cuando oímos la puerta del piso abrirse y vimos que entraba la hija de Paca con los chiquillos. Nos despedimos de ella, quien nos agradeció el favor de quedarnos con su hijo pequeño mientras iba a comprar. No le dijimos que el favor también nos lo hacía ella, solo nos limitamos a asentir con la cabeza.

Al salir del portal, nos dimos cuenta de que llovía bastante.

—En marcha —le dije a Elena camino a la estación de autobuses, donde habíamos quedado con Quimeta y Pepi.

Estuvimos todo el camino mirando hacia atrás. El hecho de que lloviera nos facilitó discernir que no hubiera nadie detrás de nosotras. Hasta el autobús iba medio vacío.

En la tercera parada, subieron las hermanas, tal y como habíamos acordado. Se sentaron delante de nosotras.

—¿Qué tal ha ido? —quise saber, preguntando con prudencia y a medio tono de voz.

—Excelente. —Pepi sonrió y se giró sobre la silla—. Un coche y una moto.

Asentí sonriendo. Vi que se había hecho una coleta y que llevaba unas gafas graduadas algo oscuras, sin llegar a ser de sol. Quimeta se había teñido el pelo de caoba. La veía extraña, ya que siempre iba rubia, aunque la verdad es que le quedaba bastante bien.

—Me gustan vuestros cambios de estilo —las halagué.

—Ay, ¿qué dices, nena? —canturreó Pepi, atusándose la coletilla —. Si parece que me han clavao una brocha en la cabeza.

La ocurrencia nos hizo reír.

—Bueno, es culpa tuya —resolvió su hermana—. Te he dicho que

te hicieras un recogido allí en la Chari. —Era la peluquería del barrio.

—Bueno, a mí me gusta mi brochilla. —Volvió a tocarse la coleta.

—Pero qué poco estilo, hija —le discutió su hermana.

—¡Pero bueno! A lo mejor te crees que te pareces a la Sirenita, con esos pelos coloraos —le ladró Pepi a Quimeta.

Empezamos a reír.

—¿Vamos a ser capaces de ganar esa carrera? —preguntó Quimeta, cesando de reír e interrumpiendo la charla de belleza.

—Eso espero —intervino Elena. Tocó su bolso, en el cual llevaba el dinero que íbamos a apostar por nosotras mismas.

—Venga, chicas —dije yo con ánimo—. Tenemos que ir a por todas. —Extendí una mano—. Todas para una... —Sonreí mientras ponía mis manos sobre las de las demás.

—... Y una para todas —dijimos al unísono.

El resto del camino lo hicimos casi en silencio. Nuestra parada correspondía a un polígono industrial, donde Pepi había gestionado un Uber que no se hizo esperar. El conductor nos miró de soslayo por el retrovisor; eso sí, sin decir nada. Le dimos la dirección, a la que nos llevó diligentemente bajo nuestro abrupto silencio. No queríamos hablar de nada.

Al detenerse, nos comunicó el montante de la carrera.

—Señoras, tengan cuidado por esta zona —nos aconsejó, cogiendo el dinero—. Hay mucho delincuente por aquí.

—Gracias, hijo —le agradecí con la mejor de mis sonrisas, intentando disimular que nosotras mismas teníamos una reunión con esos temidos delincuentes.

El muchacho del Uber se marchó y empezamos a caminar hasta la dirección acordada con el tal Oswaldo. Por seguridad, preferimos hacer un par de manzanas a pie. Al llegar, había diversos coches parados y bastante gente, que por cierto nos miraban con aire de

curiosidad y sorpresa al vernos.

Yo buscaba con la mirada a Oswaldo, quien no se hizo de rogar.

—Buenas tardes, señoras mías —nos saludó sonriendo.

Qué guapo que era el jodío.

—Buenas tardes —le contestamos casi a la vez—. Cuánta gente —verbalicé sin querer en voz alta.

—Sí, la verdad es que hay bastante —comentó, mirando a su alrededor—. Pero esto no es nada comparado con la gente que vendrá esta noche a la carrera. Levantan ustedes mucha más expectación y pasión de la que creen —nos halagó, sonriendo de medio lado—. Vengan conmigo.

Las cuatro nos miramos sin saber muy bien qué esperar de todo aquello y lo seguimos a paso seguro, o intentándolo al menos. Oswaldo iba en la cabeza de la fila.

Entramos en un local y atravesamos lo que parecía un bar con muy poca luz. Los presentes nos inspeccionaron. A medida que avanzábamos, silenciábamos el murmullo de la gente sin siquiera pretenderlo. Llegamos a la parte de atrás del local, donde había unos sofás negros a los lados y una mesa enfrente con una chica detrás de ella. Era la camarera de las viñas. Nos reconocimos de manera mutua de inmediato y nos saludó sonriendo. Estaba contando billetes, los cuales iba empaquetando a un lado de la mesa. Detrás de ella había un gorila de dos metros negro y musculoso con cara de pocos amigos. Las luces eran escasas y rojizas, y la música alta retumbaba de fondo.

—Siéntense —nos invitó Oswaldo, atento y amable—. ¿Quieren beber algo? —nos ofreció. Todas negamos, excepto Pepi, que la muy venida arriba se pidió un vodka—. ¿Van a querer apostar? —nos preguntó mientras se sentaba frente a nosotras y le tendía la copa a Pepi.

—Quisiera saber con qué coche correremos y quiénes serán los otros pilotos —dije, muy segura de mí misma. Quizá era una novata como narcotraficante, pero a mis sesenta y tantos no iban a engancharme con tonterías.

Oswaldo asintió sonriendo, entendiendo que no se nos engañaba tan fácilmente.

—Los coches son dos idénticos —habló—. Los pongo yo. —Su primo estaba atento a la conversación, aunque no decía ni media palabra—. Ustedes dos conducen uno, y ellos dos el otro. —Señaló a su espalda, donde dos hombres se sentaban delante de nosotras, uniéndose a esa extraña tertulia.

Mi estómago se encogió y las chicas abrieron los ojos como platos. Los dos pilotos contrarios no eran otros que los conocidos como parte del clan de los Barriles.

—¡¿Ellas?! —El tal Raúl apuntó hacia nosotras mientras se levantaba de la silla como si tuviera un resorte en el culo. Y es que lo entendí, ya que el sentimiento era mutuo, aunque nosotras, sin haberlo hablado, disimulamos como si no nos afectara su asquerosa presencia.

—¿Hay algún problema? —Oswaldo se enderezó, marcando territorio—. Esta carrera es para ver quién tiene más habilidades para llevar el paquete. Mi paquete —explicó, haciendo énfasis en su propiedad y mirando con aire de disgusto a los Barriles—. Yo apuesto por ellas. Discretas, seguras, maduras y valientes. —Nos hinchamos como cuatro pavos al oír las zalamerías del latino—. Vosotros sois un par de tipos con antecedentes que cantáis vayáis donde vayáis, bro... —resolvió, mirándolos—. Si no fuera por Ricky, —señaló a su primo —, no habría ni carrera, y el trabajo sería suyo. —Terminó la frase apuntando hacia nosotras.

—¡Llevamos años trabajando con vosotros! —alzó la voz Raúl Barriles, encarándose al guapo latino.

—Para nosotros, bro —lo corrigió Oswaldo con cara de tener la paciencia al límite—. La última vez, según vosotros, os atracaron y perdisteis buena parte del paquete. No voy a perder ni un chele más con ustedes. —Los miró a la cara, desafiante, y se acercó invadiendo su espacio personal. El Barriles silenció su bocaza—. Me haréis ganar dinerito con esta carrera, y después, quien gane hará el viaje. Pero si el que se va de viaje pierde mi material sea de la manera que sea, tendrá que rendirme cuentas personalmente, y no seré amable, ni

comprensivo, ni piadoso. —Esa vez nos contempló a todos—. Espero que esté claro para cada uno.

Un lúgubre mutismo se extendió entre los presentes.

—Desde luego —rompí yo el silencio—. Si se perdiera mi material, tampoco sería amable, comprensiva ni piadosa. Y tampoco lo seré si en medio de toda esta vaina hay un solo farol que nos perjudique a nosotras —concluí, marcando nuestro territorio también y dejando claro que no éramos de nadie.

Oswaldo sonrió, asintiendo.

—Usted es de las mías, mami —dijo con aquel acento que hacía que las conversaciones se tiñeran de cierto interés—. Quédense aquí. Ahora mismo vengo por ustedes. Tomen una copa. —Sonrió antes de darse la vuelta y comenzó a caminar.

Los Barriles nos miraron. Cuando detuvieron la mirada en mí, me puse de pie.

—Más vale que se quiten de en medio, viejas —espetó uno de ellos. Acercó su rostro tanto que pude oler su aliento a cerveza rancia.

Giré la cara y no contesté. Con las mismas, se fueron a la especie de barra que tenía el local fuera de ese despacho al que habíamos entrado. Quizá eran delincuentes, pero no eran imbéciles. No iban a liarla en territorio de Oswaldo, quien, según los acontecimientos vividos en los últimos días, se podía intuir que era un grande en ese mundillo.

—No veas, Juli —comenzó Elena—. Hablas ya como uno de ellos, coño.

—Sí, sí. Hasta yo te tenía miedo —intervino Pepi—. Muy bien hecho. Como alguien nos engañe... —Se pasó el dedo pulgar por el cuello de lado a lado.

—Como alguien nos engañe o se meta con nosotras, va a pagarlo muy caro, aunque sea lo último que haga —la interrumpí, diciendo en voz alta aquellas palabras que me inundaban la mente. Nadie iba a meterse con nosotras, y estaba dispuesta a defendernos con uñas y

dientes—. Oswaldo ha dicho dos de nosotras —recordé—. Yo conduzco.

—Yo te acompaño —habló Pepi—. Ellas que se encarguen del dinero.

Asentí, sabiendo que era la combinación ganadora. A Quimeta no le gustaban los riesgos; quería que Elena estuviera al frente de la apuesta y pendiente del dinero.

Por descarte, solo quedaba Pepi.

Oswaldo no tardó demasiado, y en compañía de su primo Ricky vino en nuestra busca. Hizo que lo siguiéramos hasta una puerta trasera que tenían al fondo del local. Antes de salir, le dimos tres mil euros a la muchacha de la viña, quien nos tendió un papel con un extraño sello, donde ponía la cantidad y unas siglas: LADC. Ese sería el pagaré si ganábamos. Las apuestas, según habíamos escuchado, estaban en nuestra contra, por lo que, si ganábamos, íbamos a forrarnos.

Una vez que salimos por dicha puerta que daba a la calle, concretamente a una avenida muy poco concurrida de esa zona industrial, vimos dos coches azul eléctrico idénticos. Las cuatro nos miramos de manera furtiva, entendiéndonos con la mirada. Supusimos que eran los de la carrera. Eran dos deportivos pequeños, potentes. A nuestro alrededor había gente bebiendo, chicas con poca ropa, coches de competiciones a los lados..., como en las pelis. Yo no daba crédito a lo que estábamos viviendo, ya que era como si nos hubiéramos metido en una de esas películas de la saga A todo gas.

Por un momento supuse que a lo mejor Oswaldo había apostado en nuestra contra. Pero por otro lado quería creer que nos creía los suficientemente taradas mentales como para arriesgar nuestra vida en una estúpida carrera. Si antes tenía seguro que iba a correr, al ver a los Barriles tuve clarísimo que no solo correría, sino que, por la gloria bendita de mi padre, ganaría a ese par de mamarrachos.

Los Barriles estaban a unos metros de nosotras, fumándose un pitillo o lo que fuera, observándonos con desdén. Estaban rodeados de más hombres, quienes al parecer escuchaban sus indicaciones, lo que nos hizo suponer que eran de su clan.

—¿Quién va a correr? —habló Oswaldo, interrumpiendo mis pensamientos conspiratorios.

—Ella y yo. —Nos señalé a Pepi y a mí.

—Perfecto. Hay varios vehículos. —Hizo un gesto hacia el resto —. Si algo pasa, ustedes dos se irán en uno de ellos. —Miró a Elena y a Quimeta.

—¿Cómo que nos iremos? —saltó Elena—. No pienso dejarlas aquí si pasa algo —se envalentonó.

—Si quieren, vayan las cuatro en el coche, pero el coche irá más lento —se mofó Ricky.

Oswaldo lo miró con fiereza.

—Si ellas van cuatro, los Barriles irán cuatro también —sentenció; defendiendo su apuesta, supongo—. No es un secreto que tenemos jugosas apuestas por los equipos contrarios, Ricky. No quiero ventajas, pero tampoco desventajas.

El nombrado asintió con la cabeza.

—Me parece bien. —Ricky miró a los Barriles, quienes asintieron de mala gana también.

—La salida la dará Evelyn, dejando caer un pañuelo —informó Oswaldo a ambos bandos, señalando a una guapa chica que iba casi en pelotas, con el frío que pegaba—. Esta carretera es recta. Cinco kilómetros. Estaré observando en el otro lado junto con Ricky para ver quién llega antes. Mía —señaló a la niña de las viñas— comprobará que se sale a la vez, sin hacer trampas, y nos informará de todo.

Todas las partes nos miramos en silencio. Oswaldo metió la mano en uno de los bolsillos de su chaqueta y sacó dos llaves que nos tendió.

Una de ellas la cogí yo. La otra, Raúl Barriles.

—Pónganse con los coches en la línea de salida. En breve comenzará el espectáculo —ordenó Ricky bajo la atenta supervisión

de su primo.

Asentimos.

Apreté las llaves, intentando disimular el temblor de mis manos. Creo que no se notó, aunque nunca lo sabré. Al pulsar el botón de la llave, las luces parpadearon, indicando la apertura de las puertas. Las cuatro, con paso firme pero lento, nos acercamos al coche. Era un BMW o yo qué sé, con un motor no sé cuántos. Lo único que me importaba era que no se me notaran los nervios que llevaba.

Abrimos las puertas y subimos: Pepi y yo delante; el resto, detrás.

—Nena, qué nervios —declaró Elena mientras se abrochaba el cinturón de seguridad. Sin embargo, sonreía.

—¿En serio estás disfrutando? —le preguntó Quimeta al ver su sonrisa.

—Por supuesto —habló la puñetera—. Es que es muy emocionante.

Pepi y yo reímos ante la petrificación de Quimeta.

—Di que sí, hija mía. Vamos a ganarle a los so pencos de los Barriletes, y que el buenorro de Zosrraldo nos dé la pasta y el encargo —solucionó Pepi, haciéndonos reír, como siempre.

—¿Zosrraldo? —Incluso su hermana no pudo evitar carcajearse, que había estado petrificada hasta entonces—. Tú sí que estás hecha una Zosrralda —concluyó, desatando otra andanada de risas.

Mientras oía a la gallina de mi amiga reír y contagiar al resto, me abroché el cinturón de seguridad, rezando todo lo que sabía en silencio para que nada malo nos sucediera. Sin embargo, una sensación de nervios mezclada con alegría hacía que me viniera arriba. ¿De verdad? Esa sensación que me embargaba me tensaba los hombros y me hacía sentir más viva que nunca. «¿Esto es la adrenalina? ¡Qué subidón!», pensé sonriendo, y arranqué el coche, haciéndolo rugir.

Las chicas aplaudían y sonreían mientras nos apretábamos las

manos, los brazos, los hombros y lo que pilláramos.

—Pase lo que pase, chicas, una para todas —nos animó Pepi.

No contestamos, solo nos limitamos a asentir sonriendo.

No sé si íbamos a ganar, aunque lo que sí sabía era que esa aventura nos había convertido en mujeres invencibles.

La tal Mía nos señaló la línea amarilla pintada en el suelo, donde se dirigió el coche de los Barriles. Imitamos el gesto y nos pusimos a su lado. Entre coche y coche había apenas un metro de distancia en paralelo. Las ventanillas estaban bajadas.

—Os vamos a machacar —nos retó Raúl Barriles, escupiendo hacia nuestro coche.

—Y una mierda pa tu boca, Barrilete —le contestó Pepi, devolviéndole el escupitajo.

—Hija de puta —masculló el Barriles, limpiándose el rostro de la saliva de la loca de mi amiga Pepi.

Mía atendió una llamada de teléfono, apenas audible por los rugidos del motor mezclados con el jaleo de la muchedumbre y la música de fondo.

—¡Oswaldo está ya listo! —gritó a pleno pulmón Mía mientras Evelyn levantaba un pañuelo entre los dos coches—. ¿Listos? —Miró a los Barriles y después a nosotras. Asentí—. ¡Tres! —gritó, lo que provocó que mi estómago se hiciera más pequeño que un guisante—. ¡Dos! —Noté el corazón en la garganta—. ¡Uno!

Entonces vi a cámara lenta, como si el tiempo se detuviese, el pañuelo caer al suelo. Solté el embrague y pisé a fondo el acelerador, haciendo chirriar las ruedas, igual que los Barriles. Ellos arrancaron unas décimas de segundo más rápido, lo que causó que nos llevaran unos metros de ventaja.

—¡Písale, Juli!

—¡Por tu madre, Júlia, corre!

Oía cómo las chicas me jaleaban, sin saber quién decía cada cosa. Pisé el acelerador tanto que creí que podría sacar el pie por delante.

Hacía unos momentos que conducíamos, cuando vi que en plena carrera había unas vallas New Jersey, puestas como obstáculos, las cuales sorteé con una maestría que ignoraba que tuviera. Los Barriles derraparon en una, poniéndose a unos centímetros, como mucho un metro, detrás de nosotros. Podía ver de reojo cómo Raúl Barriles maldecía mi existencia y la de toda mi estirpe.

Dio un volantazo y nos dio un golpe lateral, obligándome a hacer una S con el coche que de milagro controlé. Las chicas gritaron con fuerza por el susto y a mí me hirvió la sangre. Cuando controlé nuestro vehículo, apreté el volante, tanto que se me engarrotaron los dedos. Aguanté la respiración e imité al Barriles azuzándolo con el coche, dándole también en el lateral, lo que provocó que se descontrolara durante unos breves segundos.

—¡Estás loca! —escuché a una de mis amigas de fondo.

Podría ser. Podría ser que me hubiera vuelto loca, pero ni por un segundo iba a acobardarme ante esa escoria. Ya era algo personal.

En ese momento, pude oír algo que me pareció extrañísimo: ¿Pepi estaba hablando por teléfono?

—¡La bofia! —gritó a la vez que dejaba de hablar por el terminal y nos deslumbraban unas luces azuladas, ya tan conocidas.

Estaban de frente, cerca de la meta.

Los coches situados en lo que parecía ser la meta comenzaron a huir y los Barriles dieron un giro a la izquierda, desapareciendo. Un coche patrulla salió tras ellos. Yo continué conduciendo, oyendo los gritos de mis amigas, ahora sin entender qué decían. En unos segundos llegaría a la meta, y no pensaba rendirme.

Los coches que nos esperaban en el final continuaban saliendo despavoridos, algunos seguidos por patrullas, otros intentando sortear a la policía y los obstáculos. Podía ver de lejos cómo la gente se dispersaba también de la carrera, huyendo.

Llegué a la meta, seguida por una patrulla con la sirena puesta y a toda hostia. Giré de repente, frenando, e hice un trompo. Quién iba a decirme que el curso de conducción que hice con mi hija Patri para que escribiera una de sus primeras columnas iba a servirme de algo. No iba a dejar a la cría ir sola. A su padre le pareció una tontería, por lo que su madre, o sea yo, ni corta ni perezosa, hizo el cursito.

Y la mar de entretenido, oiga.

Dejé al personal sin palabras cuando hice la maniobra del contrabandista, que consistía en un trompo, enderezar el coche y salir a toda leche sin parar la marcha. Las chicas gritaron como quinceañeras en una montaña rusa. De soslayo, mientras la patrulla se recomponía del quiebro, pude ver a Oswaldo queriendo huir, pero no sabía por dónde.

Empecé a conducir marcha atrás, venida arriba y riendo ante la cara de susto de las chicas.

—¡Sube! —le grité al guapo latino cuando estuvo a nuestra altura.

No se lo pensó. De un salto, estaba dentro del coche, y yo, chirriando ruedas y huyendo de varias patrullas.

—¡Despístelos, mami! —me indicó Oswaldo a gritos.

—Es lo que intento, idiota —musité, sabiendo que con el jaleo no se me oiría.

Conducía a toda velocidad mientras miraba por el retrovisor hacia las insistentes patrullas. Giré varias manzanas, subí por las aceras, atravesé calles en dirección contraria y puentes en obras. Aún estaban en nuestra cola.

A lo lejos, vi un paso a nivel de un tren. Estaba cerrado por la valla. Iba flechada, a todo lo que daba el coche. Oswaldo miraba de la luna trasera a mí, adivinando mi locura. Un tren se veía a lo lejos.

—¡Pare! —gritó el muchacho mientras yo pisaba a fondo. Me cargué la valla, seguramente la suspensión y lo que fuera al cruzar a toda velocidad las vías del tren, mientras a unos metros escuchaba al tren pitar para que no pasáramos.

No nos mató por segundos.

El tren era inmenso, tanto que, tras los gritos ensordecedores del resto del pasaje, pude ver cómo las patrullas se quedaban claramente al otro lado sin poder hacer nada.

—Vámonos —anunció Oswaldo con voz queda.

Las chicas aplaudieron y rieron. Por el retrovisor, vi que Oswaldo había caído de pleno en nuestras narcoredes.

—Me han salvado —dijo mientras me hacía meter el coche en una nave industrial, hasta la que nos había llevado tras sus indicaciones. Una vez en la nave, desmontamos. Oswaldo se apartó, encendió las luces de parte del local e hizo una llamada de teléfono.

—El trabajo es suyo, señoras. Estoy en deuda con ustedes —manifestó.

—¿Y la plata de nuestras apuestas? —lo interrumpí, casi sin dejarlo acabar. Tenía los nervios de punta—. Hemos ganado.

Oswaldo asintió con la cabeza.

—Tendrán lo que es suyo, les doy mi palabra —nos aseguró—. Ahorita mismo vienen por nosotros. Les daré la plata y después pueden marcharse. Hablaremos estos días para acordar lo de Madrid.

Asentí contenta, disimulando el temblor de mis piernas, que, por el cimbreo, cualquiera habría dicho que eran de gelatina.

Después de unos minutos, llegaron unos vehículos que entraron por alguna parte que desconocía. Para entonces, estábamos todos fuera del coche. Eran dos 4x4 negros. De uno de ellos bajó Mía, con una bolsa negra de tela. Me la entregó. La abrí sorprendida frente a ellos.

—Cincuenta mil euros —aclaró con una sonrisa Oswaldo—. Si quieren, cuéntenlo.

Las cuatro nos miramos las unas a las otras.

—¿Cincuenta mil? —preguntó Pepi, hablando por todas.

—Me han hecho ganar esta noche muchísima plata. —Los hombres del todoterreno bajaron, entre ellos su primo—. Y me han quitado de en medio cuando casi me atrapa la policía. Es lo justo.

Pepi miró la bolsa, cerciorándose de que había muchísimo dinero dentro de ella. Ni corta ni perezosa, se acercó al guapo Oswaldo y le plantó un beso en la boca que lo hizo reír; a él y a los presentes.

—Jorge las llevará donde ustedes quieran. Estos días hablaremos para hacer la entrega del paquete.

—Perfecto —acepté. Cerré la bolsa y la puse a mi espalda—. Quedamos así. ———Oswaldo asintió con la cabeza y lo imité.

Subimos al 4x4 y les indicamos que nos dejaran en la entrada del pueblo. Allí cogeríamos el autobús u otro Uber. Por el camino, Pepi gestionó el Uber, ya que no quería ir con ese dinero por la calle. Nos dejaron donde dijimos, pues no queríamos que supieran dónde vivíamos, aunque la verdad es que, si se ponían a investigar, lo sacarían pronto. Tanto el 4x4 como en el Uber casi no hablamos.

Era tardísimo, por lo que nos quedaríamos en casa de Elena las cuatro.

—¡Cincuenta mil euros! —gritó Quimeta nada más entrar en casa de Elena, dando vueltas como si estuviera bailando un vals.

—¡Toma ya! —exclamó Elena, cerrando el puño—. Me he acojonado con lo del tren, pero ha valido la pena. —Me abrazó.

—¡Síííí! —dijo eufórica Pepi, abrazándose a nosotras.

Quimeta se unió a nuestro abrazo.

—¡Este viaje y acabará todo! —habló Elena desde el interior del abrazo.

—Somos invencibles. —Reí, exhausta, excitada y nerviosa aún.

—Somos las Narcoabuelas, ¡coño ya!

Todas reímos ante el chillido de Pepi.

Capítulo 16

Pongamos que hablo de Madrid

La noche de la carrera apenas dormí. Estaba realmente exhausta, pero los nervios se habían apoderado tanto de mi cuerpo que a ratos tenía temblores. Al cerrar los ojos veía partes de la carrera: el choque con los Barriles para echarnos del carril, mi embestida, las luces de la policía, ver solamente la meta, recoger a Oswaldo... Me dolían los dedos de las manos, y aunque tenía artritis reumatoide desde hace años, estaba convencida de que era de tensarlos en el volante. Y es que otra cosa no sé, pero el volante no se me habría escapado aunque el coche se hubiera desintegrado.

Sin embargo, con todas esas sensaciones que casi me hacían botar en la cama, lo más extraño era que no podía dejar de sonreír.

Qué orgullosa estaba de haber ganado, de ser valientes... No lo sé. Quizá la adrenalina estaba jugándome una mala pasada. También, en un remoto lugar de mi mente, encontré algo que quería negar, aunque era evidente: estaba divirtiéndome. Eso de ser delincuentes no estaba nada mal.

Al día siguiente de la carrera estábamos cansadísimas, pero reanudamos nuestra vida normal hasta que llegara algún mensaje o llamada de Oswaldo para acordar lo del viaje a Madrid, y descansamos todo el día en casa de Elena, viendo la tele y poco más.

Ya el lunes, más descansadas, con nuestros carritos de compra por bandera, fuimos a los comercios de toda la vida, donde aparcamos para poder pasear tranquilas haciendo compras, recados o simplemente charlando con la preciosa gente de nuestro barrio. Estábamos llevando la idílica vida de unas jubiladas la mar de corrientes.

Era ya mediados de diciembre, así que las calles y los comercios del barrio de La Fuente ya estaban listos para la Navidad. Por otra parte, Alonso, ya había comentado los platos que ofrecería y los precios para la cena del barrio, confirmada el veintitrés de diciembre.

Los asistentes, los del barrio de toda la vida, esperábamos aquel evento con mucha ilusión, pues casi siempre acabábamos riéndonos de antiguas anécdotas. Incluso en las mejores cenas, que no todas, habíamos sacado el antiquísimo karaoke de Alonso para cerrar la noche entonando algún éxito de nuestra época de juventud. Risas, alguna copa y panderetas. Lo cierto es que, en menor o mayor medida, siempre lo había pasado bien en aquellas cenas.

Como todo estaba organizado y tranquilo, pasé por casa de mi hija Ana, ya que Patri trabajaba todo el día. Vi a los mellizos y los achuché, y me llevé las manos a la cabeza al ver lo que habían crecido en días.

—Mamá —llamó mi atención Ana. Estábamos solas con los bebés. La miré mientras tenía al chicarrón en brazos, que ya hacía pedorretas. Era lo más bonito que había visto en mi vida—. Nochebuena la celebraremos este año en mi casa, para así no sacar a los niños —habló seria—. Como siempre, díselo a tus chicas.

—Claro, cariño —murmuré, y volví la mirada a mi nieto para hacerle carantoñas. Sin embargo, mi hija estaba allí, de pie, frente a mí, observándome sin decir nada—. ¿Qué pasa, Ana? —le pregunté con impaciencia, ya que nunca me habían gustado las medias tintas. Me levanté para dejar al crío en su hamaquita.

—Mamá..., yo... —titubeó un momento.

Me preocupé.

—¿Está todo bien, Ana? —Me acerqué a ella—. ¿Qué ocurre, cariño? —La cogí de los brazos. Tenía la cara descompuesta.

—No sé qué haces, ni si sales con alguien raro —pronunció del tirón—, pero estás muy extraña.

—¿Yo? —Me señalé con el índice.

—Sí, tú. Apenas te vemos, y siempre andas con llamadas y las chicas, y no sabemos ni dónde paras —me explicó solemne.

—Mira, Ana —comencé sonriendo—, no puedo estar todo el día aquí si no te hago falta. Quiero que disfrutes de tu familia; tú y tu

marido. —Me miraba atenta a todo lo que decía—. Y la parte de si salgo o no con alguien, la verdad es que no es asunto vuestro —concluí—. Pero si así os dejo más tranquilos, os diré que no estoy saliendo con nadie.

—¿Y tus idas y venidas tan raras? —cuestionó.

—Voy con las chicas —me sinceré—. Estamos intentando que Elena pueda superar su problema. —Mi hija me miró algo aliviada—. De verdad, Ana, no me pasa nada, confía en mí.

—¿Lo del piso? Mamá, no entiendo nada. —Suspiró—. Sé que te traes algo entre manos, y seguramente tus amigas contigo, pero no quieres decírmelo, eso es lo que ocurre —comentó con aire disgustado.

—No puedo —manifesté. Esas palabras me mortificaban, ya que entre mis hijos y yo nunca había habido secretos—. Pero confía en mí —le supliqué, tomándole las manos—. Te prometo que os lo contaré todo si queréis escucharme cuando esto acabe.

—Mamá, ¡todo esto suena muy raro! Solo quiero que sepas que, si necesitas algo, cuentes conmigo. Sé que he sido madre, pero sigo siendo yo.

—¡Ay, mi amor! —La abracé—. Te prometo que te lo contaré, aunque no sé si podréis perdonarme. —Mis ojos comenzaron a anegarse de lágrimas.

—¡Pero ¿qué dices, mamá?! —Mi niña se apartó de mí y me miró a los ojos—. No hay nada que perdonarte. Hagas lo que hagas, seguro que es por una buena razón. Y siempre, siempre, estaré a tu lado. Y mis hermanos también. Y papá. —Me abrazó con fuerza. Las tornas cambiaron: ella fue la madre por un momento y yo, la hija confusa. Lo agradecí—. Mamá, te queremos, y hagas lo que hagas, eso no va a cambiarlo nada ni nadie. ¿Entendido?

—Cómo os amo —le confesé, abrazándola de nuevo.

—Y nosotros a ti —me dijo suave, mirándome—. Pero en cuanto acabe este jaleo, cuéntamelo. Sácalo todo.

Asentí con la mirada, y me di cuenta en ese momento de lo que me dolía ocultarle algo a mi familia. Me moría de ganas por explicarles nuestras anécdotas y aventuras. Ahora más que nunca sabía que al acabar se lo contaría todo a mi preciosa familia. Necesitaban saberlo. Y yo contárselo. Claro estaba, con el beneplácito de las chicas, que estaba segura de que estarían de acuerdo, ya que mi familia las quería como a unas tías, y ellas a ellos como unos sobrinos.

Tras esa conversación con Ana, nos fuimos a pasear a los mellizos y después a su casa, donde ya la dejé tranquilita. Miguel, su marido, estaba por llegar, y creí que agradecería estar los cuatro solitos, como debe ser. Hablé con Patricia y Éric por teléfono. Los dos se encontraban superatareados con sus vidas; iban creándose un camino. Éric por fin había visto muy interesante ese curso de instalaciones y al parecer se le daba de maravilla. Conan estaba como un rey en casa de Anais, que se lo llevaba a la consulta donde trabajaba de prácticas de Veterinaria.

Nosotras, por nuestra parte, esperábamos el ansiado contacto de Oswaldo para poder empezar la deseada recta final en el asunto. No sé si por entonces estábamos en el objetivo de la policía, e incluso los primeros días después de la redada de la carrera estuvimos muy atentas a los acontecimientos, esperando una patrulla en casa de alguna de nosotras, sin embargo, todo transcurría con una tranquilidad pasmosa. Habíamos regresado a nuestras idas y venidas con los carritos de la compra por el barrio, simulando ser las abuelas que parecíamos ser pero que no éramos en realidad. O sí, no lo sé.

Lo que sí sabía era que el ansiado mensaje nos pilló comiendo en mi casa, para variar.

Oswaldo:

Keridas, n el polig prto llano, psdmñn ls 10.

Vngn cn s ekipj. Ls nvio ubcin. Xo.

Las chicas y yo nos miramos. Esa vez entendíamos el mensaje:

«Queridas, en el polígono Puerto Llano, pasado mañana a las 10. Vengan con su equipaje. Les envío ubicación. Chao».

Las chicas y yo nos miramos.

—Ya tenemos el trabajo —habló Pepi.

—Si esto sale bien..., será casi lo último. —Elena sonrió—. Si sale bien...

—Venga, chicas, vamos a hacer el equipaje para un par de días —las animé, distrayéndolas así de esos pensamientos que no nos hacían ningún bien—. Recordad que en Madrid pega mucho frío. Preparamos ropa para un par de días, ¿no?

Ellas asintieron, pero la verdad es que teníamos muy poca información, por no decir ninguna.

Miré la distancia desde el barrio a Madrid, por hacerme una idea de cuántas horas estábamos hablando. Seis horas más o menos, dependiendo de si era centro o provincia.

Las chicas y yo recogimos los carritos de la compra y nos fuimos a nuestras respectivas casas para preparar el equipaje o una mochila cualquiera. Una vez todo listo, habíamos quedado de vuelta en casa de Elena, donde dormiríamos, para así poder salir todas juntas conforme a nuestro plan. Cogeríamos el autobús de las ocho y media de la mañana, en la parada de la calle de detrás de donde estaba la pescadería. ¿Cómo iríamos hasta la parada sin ser vistas saliendo del portal de Elena? Eso era otra historia que teníamos que montar. No podíamos fallar a esas alturas. No podíamos poner a la policía tras Oswaldo, y desde luego no podían pararnos con la autocaravana.

Le dije a mis hijos que me iba unos días a Madrid con las chicas, ya que necesitábamos despejarnos, y que nos marcharíamos dentro de dos días y de madrugada. La verdad es que les extrañó muchísimo, pero no dijeron nada, solo que tuviéramos cuidado, que avisáramos al llegar y cosas por el estilo.

A Sebas no le comenté nada. Tenía la manía de preguntar demasiado, como si siguiéramos siendo un matrimonio, y lo único que iba conseguir diciéndoselo sería ponerme más nerviosa de lo que ya

estaba. Conan estaba atendido, y mis hijos también. Los mellizos estaban con su madre, que aún tenía la baja maternal, por lo que no tenía que quedarme con ellos, aun cuando empezara a trabajar. Además, al ser las farmacias suyas, iba a plantearse los horarios. Me pareció genial.

Por otro lado, esa noche pedimos cena a domicilio, así podríamos hablar de cómo dar esquinazo a la policía, si es que nos seguían, que cada vez estaba más claro que sí. Habíamos visto algún mozo joven que no era del barrio merodear por la zona, mirándonos con cara extrañada. Igual no era nada, pero, por si las moscas, creíamos que no estaba de más ser cautas.

Alrededor de una de las botellas de vino que trajo Quimeta, discutíamos cómo hacerlo.

—Es que no podemos teletransportarnos —dijo Elena, cansada de darle vueltas a locas o mediocres ideas de cómo salir de allí sin ser vistas—. Y mira que está aquí detrás... —Señaló la pared de su comedor, indicando la calle donde estaba la parada.

Entonces, una idea atravesó mi cabeza como un rayo.

—¡Ya lo tengo! —exclamé, casi escupiendo el trago de vino que mantenía en la boca—. Ya lo tengo —repetí, con una amplia sonrisa en mis labios.

Las chicas me miraban con pasmo y sorpresa.

—Juli, hija, no te hagas de rogar —me pidió Quimeta, haciendo de portavoz del resto.

—Iremos por los terrados —ideé, segura de mí misma—. Desde el terrado de Elena, podemos atravesar la manzana hasta el otro lado, bajando por uno de los portales de la otra calle. —Las chicas se miraron, contagiándose de mi sorpresa—. Mañana, con la luz del día, miraremos por qué terrados podemos ir, y dejaremos una de las puertas abierta, preparada para salir sin problemas. ¿Qué os parece?

—Es la mejor idea del mundo —reconoció Pepi, aplaudiendo—. Mañana miraremos el camino, sin llamar mucho la atención.

—Podemos subir a tender unas sábanas para disimular y así lo preparamos todo —aportó Elena—. Es una gran idea, Juli —me halagó, sonriendo con ganas—. Me encanta.

—Las mochilas han de ser cómodas, chicas —hablé de nuevo—. Si puede ser, de esas de colegio. Yo tengo de los críos. Así las llevamos a la espalda.

—Genial, yo cogeré linternas de casa —se ofreció Pepi—. Nos vestiremos de negro u oscuro. Pensad que tenemos que cruzarlos con tiempo de coger el bus a las ocho y media.

—A ver —interrumpió Quimeta, con la palma de la mano en señal de espera mientras sostenía la copa de vino con la otra—. Si hacemos todo esto para estar esperando el autobús una hora en la parada, no lo veo. Nos verán.

Asentí con la cabeza.

—A esas horas no seremos las únicas. Se forman colas para coger el autobús. Esperaremos dentro del portal a que haga la parada, y mientras el resto del pasaje va subiendo, nosotras saldremos y nos pondremos en la cola.

Ahora, las que asentían con la cabeza eran ellas.

—Ay, madre mía, qué lista eres, jodía. —Pepi me miró. —Si es que tú vales pa eso de cazo de la mafia.

Su hermana despertó a su gallina clueca, dejando salir una sonora carcajada.

—¡Cazo, dice! —Reía sin parar—¡Capo, capulla!

—Uy, capulla, dice esta. —Miró a su hermana, haciéndose la ofendida—. Más quisieras tú tener mi mente criminal...

Con esa frase, explotó el pulgoso de Elena, contagiándome a mí también.

Ya estaba liada. Vino y risas.

La verdad es que tener un plan como el que habíamos ideado nos

daba algo de tranquilidad, aunque por mi parte no me quedaría tranquila hasta tenerlo todo listo y ver que realmente había un itinerario por esos terrados dejados de la mano de Dios.

Cenamos y brindamos, y entre brindis y risas, nos conquistó el sueño.

Al día siguiente, pusimos unas lavadoras con diversas sábanas mientras salíamos de compras con los carritos y fuimos por la calle de la parada del autobús para ojear los portales que quedaban enfrente. Para movernos con más libertad, dejamos los carros de compra en las tiendas de costumbre, con los encargos de siempre, pasando después a por ellos. Últimamente, la actividad de los comercios había subido bastante. Quizá por las fiestas cercanas o por nuestros carros de la compra de la suerte que hacían de reclamo, pero la verdad es que todo iba sobre ruedas.

De los portales cercanos a la parada del autobús nos fijamos en dos. El número ocho y el diez. Eran los ideales, y más el diez que el ocho. El diez tenía los cristales oscuros y ascensor, y estaba situado a unos metros en diagonal de la parada, lo que nos daba ventaja y lo veríamos bajar por la carretera. Además, el portal era de Maribel, la carnicera, por lo que había confianza total. Era perfecto. Fui yo la que dejé mi carro en la carnicería, y de vuelta le hice el encargo de Navidad.

La llave del portal no sería difícil de conseguir. Le comenté a Maribel que Elena había descubierto unas humedades, y teníamos la necesidad imperiosa de saber de quién era el bajante que pasaba por el tragaluz del edificio de Elena y de al lado. El terrado de Maribel era como dos pisos más altos y nos daría visión de los bajantes y las supuestas humedades. De todas maneras, no hizo muchas preguntas, y nos dio la copia de las llaves de la chica que limpiaba el portal, que las tenía ella en la tienda, previo acuerdo con la comunidad. El llavero contenía en un arete las llaves del portal, las del terrado, las de las aguas y una de emergencia del ascensor.

Más que suficiente.

Me las entregó al momento, dándome las gracias por la confianza

que depositaba en ella con los encargos, y me dijo que si necesitaba alguna cosa más, se lo hiciera saber.

Bueno, punto uno de la lista conseguido.

Las chicas y yo caímos en que, para ir al terrado de Maribel, teníamos que pasar por la terraza de Antonio y sus gallinas. Había que subir desde el de Elena con una escalera al de Antonio. Atravesarlo. De allí, poner otra escalera y ganar otro piso más, y después ir a unos terrados de la misma calle, teniendo que cruzar cuatro. A continuación, dos a la derecha y estaríamos en el de Maribel. Los dos pisos de diferencia, los ganábamos: uno en la subida del terrado de Elena al de Antonio y el segundo desde el de Antonio al de su lado. La escalera de Elena estaba preparada, y Antonio tendría una seguramente por allí, ya que sabíamos a ciencia cierta que había sido pintor, y sus enseres los guardaba en el terrado. Entre ellos, varias escaleras que habíamos utilizado para adornar las calles.

Quedamos en vernos de nuevo en nuestro cuartel particular: la casa de Elena. Allí pasamos el día comentando si hacer o no el itinerario antes de la hora H del día D, pero estábamos en la duda.

Si lo hacíamos antes y alguien nos veía, el plan se iba al garete.

Si se iba al garete, no teníamos plan B.

Si no teníamos plan B, adiós al viaje.

Si decíamos adiós al viaje, adiós a la venta de los cuarenta kilos y del dinero del transporte.

Así que no podíamos fallar.

Al final, decidimos jugárnoslo todo a una carta. Lo haríamos al día siguiente; con linternas, mochilas y rezando, pero al día siguiente. Creímos que sería lo más seguro. Pasamos la noche con más nervios que cuatro colegialas antes de un baile, y por fin amaneció. Llegó la hora.

Las cuatro estábamos vestidas, con el café hecho y a punto. Íbamos de negro, con tejanos elásticos. Yo y Pepi, de color negro. Elena, con unos pantalones de felpa negros tipo de algodón. Chaquetas

negras. Braga de cuello negras, guantes y hasta gorro de lana negro.

—Parecemos los Dalton —dijo Quimeta. Nos dio por reír.

—A por ello, chicas —nos animé cuando las risas cesaron.

Subimos al terrado de Elena, poniendo un pie entre dos las escaleras que habíamos dejado tumbadas el día anterior. Las sábanas que tendimos nos daban cobertura hacia el exterior. La primera en subir fue Pepi, siguiéndola de cerca Quimeta, Elena y, por último, yo, que eché un vistazo a nuestro alrededor para asegurarme de nuestro anonimato. Aún no había amanecido, aunque las primeras luces del alba querían abrirse paso. No necesitábamos más que una linterna.

Ya estábamos en la terraza de Antonio.

—¿Qué demonios? —sonó de la nada una voz masculina.

—Mierda —mascullé, viendo a Severino, el imbécil del Citroën, exhalando el humo de un cigarrillo.

—Júlia, ¿está todo bien? —Su hermano Antonio salió de detrás del imbécil, con una gallina en los brazos, para variar.

—Sí, Antonio, sí. Tenemos que pasar por aquí para llegar a este terrado, pero no puedes decir nada. —Me escuchó mientras me contemplaba, con esa mirada noble que él tenía.

—Claro, Júlia. —Sonrió y dejó a la gallina en el gallinero—. No podíamos dormir y acompañé a Seve a echarse un cigarrillo —me explicó—. Haber avisado y os habría abierto la puerta.

—Es mejor así, Antonio, créeme —le dije amable por la colaboración———. Ya te lo explicaré. Necesito llegar a este terrado. ¿Nos dejas una escalera?

—No te metas, Antonio —rugió Seve—. Estas mujeres están locas.

—Yo os sujeto la escalera —se prestó Antonio, ignorando a su hermano, y fue hacia el montón de herramientas que tenía bajo un techado cercano al gallinero. De allí sacó una escalera extensible que puso a nuestra merced.

—¡Vamos, chicas! —indiqué en un gesto, y ellas subieron antes que yo—. Gracias, Antonio.

—Gracias a vosotras —contestó sonriendo.

Ese hombre, bueno y prudente, siempre estaba dispuesto a ayudar. Vamos, igualito que Severino el Cara Cretino.

Íbamos despacio por el siguiente terrado, para no hacer ruido y despertar al personal.

Fue del tercer al cuarto terrado donde Quimeta se enganchó el pantalón con una alcayata.

—¡Ay, madre! Que no puedo seguir —se quejó, quedando a horcajadas en la pared de ladrillo que colindaba con el otro terrado.

—Venga, mujer —le metí prisa—, que al final no llegaremos.

Volví a por ella y vi que la alcayata seguramente estaba allí desde hacía años para sujetar algún cable de antena o algo.

—Que estoy atascada, coño —masculló enfadada porque no le hacíamos caso. Y la verdad es que funcionó, ya que retrocedimos hasta ella para ver qué demonios le ocurría.

—No veo nada —dijo, retirándose la tela para ver dónde estaba enganchada, y es que no había otro lugar en el que engancharse que la entrepierna de Quimeta.

—Es que hasta para engancharte eres difícil, hija —se quejó su hermana, removiéndole la ropa mientras Elena enfocaba con la linterna.

—Estás metiéndome las bragas por todo el chichi —le recriminó. Retiró a su hermana, que le tiraba de la ropa.

—Ay, chichi, dice. —Pepi rio en cuanto la apartó—. Lo nuestro ya no son chichis, hija. Si acaso, higos, y de los secos. —Nos hizo reír a las demás. Excepto a Quimeta, claro.

—Déjame ver. —Las aparté. Cogí la ropa de Quimeta y pegué un tirón—. Ale, desenganchada.

Quimeta abrió la boca y saltó hasta el otro terrado. Se palpó la ropa con las manos y miró el boquete que le había hecho con el tirón.

—Pero qué burra —dijo, mirándome—. Vaya agujero. ¿Cómo voy a ir así por el mundo?

—No seas fina, Quimeta —me ayudó Elena—. No creo que nadie te mire el chumino, así que tira.

—¿Pero y si me miran y preguntan? —especuló mientras nos seguía hacia el siguiente terrado.

—Pues dices que, como te huele a bacalao, un gato te ha dado un mordisco —habló Pepi, haciéndome reír de nuevo. Casi perdí el equilibrio, ya que la escuché saltando otra de las paredes.

—¡Nos va a oír todo el puto barrio! —se quejó Elena, y con razón.

—Perdón —musité, aguantando la risa, al igual que Pepi, que mal disimulaba.

Por fin llegamos al terrado de Maribel, sin más incidencias que el pobre pantalón de Quimeta. Lo abrimos y bajamos por el ascensor hasta el portal. Allí, en un rincón, esperamos.

Quimeta se negaba a subirse en el autobús con las bragas al aire por la parte del chichi, como decía ella, así que, ni corta ni perezosa, mientras esperábamos el autobús agazapadas en el portal, abrió la mochila y rebuscó dentro de ella ante la expectante mirada de las demás. Sacó un pantalón gris a cuadros y empezó a quitarse los suyos, quedándose en bragas, y metió los rotos en la mochila. Todo esto con la tenue luz que entraba desde fuera.

—¿En serio? —Miré por el cristal de la puerta. Por el reflejo vi que se sentó en el escalón más alto de los tres que había.

La luz se prendió, haciendo que tanto yo como las demás mirásemos hacia la boca de las escaleras y el ascensor. Por un momento se me encogió el estómago, preguntándome, a la expectativa de los acontecimientos: «¿Y ahora qué pasa?».

Oímos cómo inconfundiblemente llamaban al ascensor. Nos

miramos de manera furtiva mientras Quimeta peleaba para ponerse el pantalón, porque por alguna razón no atinaba a meter los pies. Pepi y Elena fueron en su ayuda, la una intentando ponerle las perneras por donde era y la otra preguntándose por qué demonios no abría la cremallera, pues al intentar ponérselo rápido, estaba estirándosela y no bajaba, pero tampoco subía el pantalón. A todo esto, Quimeta espatarrada en el escalón, con una entre las piernas y la otra a un lado enredada con el maldito pantalón, que no colaboraba. Un cuadro, vaya.

El dueño de los sonidos se personó con un perrito extremadamente pequeño atado con una correa. El tipo, de nuestra quinta, se paró frente a ellas, mirándolas estupefacto.

—¿Qué mira, mamarracho? —le espetó Pepi—. ¿Nunca ha visto a unas mujeres hacer un trío?

El hombre avanzó silenciosamente mientras ellas continuaban.

—¿Puedo unirme? —preguntó, acercándose a Pepi.

—Saca al perro mientras te la caliento. A la vuelta, guapo —le contestó Pepi, relamiéndose los labios lascivamente mientras lo miraba.

El tipo, esperanzado, sonrió y se marchó con el perrito.

—¿Estás de coña? —dijo su hermana mientras por fin se ponía los pantalones en su sitio. También los botines.

—Tenía que echarlo de alguna manera —argumentó inteligentemente Pepi.

———Pero mira que tienes la mente turbia ———le contestó Quimeta, desaprobando la excusa inventada mientras el resto reíamos por las locuras de Pepi.

Las chicas vinieron hasta mí. Por fin veíamos el autobús a lo lejos.

—Vamos. —Abrí la puerta del portal, dejando de lado las risas.

Nos pusimos en la pequeña cola y no tardamos ni un minuto en

entrar. Decidimos sentarnos casi al final, en esos sillones que van encarados. Pepi se puso a reír.

—¿De qué te ríes, so loca? —le preguntó su hermana.

—De la cara que se le habrá quedado al salido del perrito —contestó con una risita, haciéndonos reír a nosotras también.

—Me parece mentira que estemos consiguiéndolo —se alegró Elena, con los ojos iluminados de alegría.

—Aún queda lo más difícil —la desalenté—. Aunque lo lograremos.

Nos sonreímos las unas a las otras.

Pepi consiguió un taxi al final de la línea que nos llevaría cerca del lugar de la ubicación enviada por Oswaldo. Habíamos cogido como costumbre bajar del taxi o del Uber a unas calles del lugar exacto, para así poder percatarnos de si nos seguía alguien. Como los sitios acordados por el momento habían sido bastante remotos, funcionaba, ya que, de ser seguidas, habríamos visto algo, a alguien o algún coche... Vaya, cualquier cosa que despertara nuestras alarmas.

El día era uno de los más fríos que recuerdo. Caminamos por las calles colindantes a la ubicación hasta que por fin llegamos. Era una nave industrial, la del otro día, donde metimos el coche cuando despistamos a la policía en la carrera. La verdad es que estaba en el culo del mundo, en un polígono industrial que funcionaba pero que aun así era bastante solitario. Supongo que, a las diez de la mañana, los trabajadores estarían atareados.

Oswaldo salió por una portezuela metálica. Hizo un ademán con la mano para que lo siguiéramos y entráramos después de él.

Así lo hicimos.

—Hola, señoras mías —nos saludó el zalamero, con su espectacular sonrisa.

—Hola —le contestamos con bastante expectación.

Observamos nuestro alrededor. A unos metros detrás de él se discernía una flamante autocaravana aparcada.

—Les explico, chicas —comenzó, haciendo otro gesto con la mano. De algún lugar, salió su primo, que nos saludó discretamente—. Esta es la autocaravana que han de entregar. —La señaló—. Ustedes no verán nada inusual, y de un primer vistazo no se ve nada de nada. —Abrió la puerta—. Pero estar, está. —Sonrió. Y mucho—. Ustedes llevaran esto a las afueras de Madrid. —Nos tendió un papel con la dirección—. Es un polígono industrial dedicado a la fábrica de muebles. Esa dirección pertenece a un almacén de muebles, donde Ricky y yo las recibiremos. Una vez allí, las llevaremos al centro de Madrid.

Nosotras asentíamos a cada palabra de Oswaldo, atentas, en silencio, como si fuera el dueño de la verdad absoluta.

—¿Y el dinero? —le pregunté directamente.

—Mamita, no se me impaciente. —Me sonrió confiado—. Allí, en el centro de Madrid, pasarán unas horas, hasta que se compruebe que todo está bien. Una vez comprobado, yo mismo las llevaré al aeropuerto de Madrid con cuatro billetes de vuelta y su dinero calentito. —Asentí conforme. Supongo que era así como se hacían las cosas—. Pero para que vean que no las engaño, aquí tienen un adelanto para sus gastos.

—¿Pero tenemos que pagar nosotras los gastos de tu viaje? —Fue Pepi quien hizo la pregunta, la cual dejó alucinado a Oswaldo—. Tu tema, tus gastos.

Oswaldo y Ricky se miraron. El primero sonrió.

—No lo había pensado, chicas. Digamos que, si todo sale bien, tendrán una buena propina que superará con creces los gastos, ¿OK? —nos ofreció el guapo latino. Quedó a la espera de nuestra respuesta.

—Así sí —declaró Pepi.

—Mamita, se pone muy guapa negociando —le ronroneó a Pepi mientras le guiñaba un ojo.

Ella sonrió, haciendo una mueca con un rugido silencioso. La observé, pensando que la muy loba estaba en su salsa.

—Manos a la obra, señoras —interrumpió Ricky, y nos entregó la llave—. Tienen dos días para llegar, por si tienen incidencias.

—¿Qué incidencias van a tener? —Oswaldo se giró sobre sus talones en un gesto disgustado y miró a su primo.

—No sé, por si acaso —resolvió Ricky, ante la inquisitiva mirada de quien comprendimos que era el jefe—. Tienen que conducir con calma y hacer noche para no despertar sospechas.

Oswaldo no estaba convencido. Se le notaba en la mirada.

—Tienen dos días. Estamos a día diecisiete. El diecinueve las quiero a las diez en punto en el lugar —cedió Oswaldo—. Si llegan antes, háganmelo saber. Esta misma tarde me marcho a Madrid. No me gusta la impuntualidad.

—Allí estaremos a las diez, o antes —le aseguré—. No deberíamos tener incidencias. —Miré a Ricky por un momento, teniendo una rara sensación en el estómago al repetir sus palabras—. Por otro lado, ¿está gustándole lo nuestro? —quise saber.

—Me está encantando. Y he de decir que no conozco a nadie tan creativo como ustedes.

—¿De qué hablan? ¿Ya tenemos lo suyo? ¿Cómo es que no lo sé yo? —preguntó molesto Ricky.

—Es que tú no tienes que saber nada —lo encaró su primo—. Bastante tienes con lo que carajo sea que hagas. —Se aguantaron la mirada como titanes.

—Nosotras nos vamos ya —tercié, con la esperanza de interrumpir el incómodo duelo de poder.

Oswaldo cambió el gesto de rudeza por una sonrisa y asintió con la cabeza.

—Tengan mucho cuidado. Allí las veo.

Oswaldo se dio media vuelta y se dirigió a la puerta grande, haciendo un gesto. La verdad es que había como tres tipos más grandes apostados por diferentes sitios y a los que no había visto. Uno de ellos abrió la puerta grande para que pudiéramos sacar la autocaravana. Las chicas empezaron a entrar en ella mientras yo aún estaba embobada por el despliegue de la gente oculta que tenían en la nave.

—Tengan cuidado —dijo sonriendo Ricky de una manera maliciosa y en un susurro.

—No se preocupe, es solo un viaje hasta Madrid. Llegaremos antes de lo que usted cree —le contesté, intentando ser amable.

—Nunca se sabe. ———Ladeó la cabeza, se dio la vuelta y se marchó.

El estómago se me encogió. Entendí en ese momento que había una clara lucha de poder en el grupo de Oswaldo, y que Ricky, muy cercano a él, intentaba algo para desbancarlo. También entendí que Oswaldo no confiaba en él, y por extensión y después de vivir aquella situación, intuí que yo tampoco debía fiarme.

Subí al lugar del conductor de la autocaravana y acomodé los espejos y el sillón.

—En marcha, chicas. —Arranqué el vehículo para salir de allí. Estaba deseando acabar con todo aquello.

Saqué la autocaravana mientras Elena, que iba de copiloto, ponía el GPS camino a la ubicación que nos habían facilitado.

El narcoteléfono lo llevaba yo, y antes de salir me llegó un inesperado mensaje de Oswaldo, que rezaba:

Oswaldo:

Si han de parar cerca de Madrid,

paren en el Top Girls, a las afueras de Guadalajara.

Está de camino al sitio.

Cualquier problema, pregunten por Cinthya.

Lo más escalofriante de todo el tema era que me había escrito como una persona normal. Decidí no decir nada del mensaje por el momento. Las chicas estaban muy nerviosas.

—¿Habéis notado que se odian? —manifestó Quimeta en un tono prudente.

—Lo he visto —añadí mientras maniobraba para salir por fin de esa nave—. Y yo diría que el tal Ricky quiere jugárnosla —continué—. Antes de irme, le he dicho que no iba a pasar nada, a lo que me ha contestado que nunca se sabe.

Las chicas abrieron los ojos como platos. Normal. La mala sensación de que quería jugárnosla la había tenido antes, y se la contagié por completo al resto.

—Pues hay que andar con mucho ojo —habló Pepi—. Si perdemos lo del zalamero, nos arranca la piel a tiras. Eso lo sabéis, ¿no?

Asentí. Las demás se quedaron en silencio, dubitativas.

—No os vengáis abajo —las animé—. Tenemos que estar más atentas, vivas y feroces que nunca.

—A mí nunca me ha gustado ese tipo —siguió Pepi—. Que se acerque, que verá lo que es bueno.

Nos hizo reír.

—Venga, chicas, que esto no decaiga. Ya sabíamos dónde nos metíamos. Hay que acabarlo —nos arengó Elena.

—A mí lo que me hace falta es un buen vino —intervino Quimeta, haciéndonos reír.

Encendí la radio y puse rumbo hacia la autopista. Me fijé en que

el depósito estaba a medias, con lo que ni de coña llegaríamos a Madrid sin parar. ¿Será posible? Llevábamos unas dos o tres horas en marcha y estábamos a medio camino, o casi. Íbamos por las afueras de Zaragoza.

Por el camino habíamos estado hablando de dar un paseo por el Retiro o ir al Prado, aunque no sé por qué Quimeta quería ir al Santiago Bernabéu. Era culé hasta la médula, así que nada bueno podría salir de esa visita, por lo que nos negamos en rotundo.

—Me estoy meando —dijo Pepi—. Para en una gasolinera.

—¿Parar? —se quejó Elena—. Si es verdad lo que sospechamos, igual aprovechan y nos atracan —verbalizó lo que sospechábamos—. Aquí hay un lavabo. Mea ahí.

—¿Cómo voy a mear en el lavabo? ¿Y si ha guardado allí la droga? ¿Qué?, ¿se la meo? —farfulló Pepi su negativa.

—Pero ¿cómo va a guardar eso ahí? —expresó Quimeta—. Con la de recovecos que hay aquí. Además, dijo que no se ve. Seguro que hay que desmontarla para sacarla.

—Lo que tú digas —le hizo de menos Pepi—. Pero yo no meo ahí. Nada más falta que le mee al pobre toda su droga. Que no. Que no meo.

—Chica, chicas —tercié—. Hay que parar igualmente, no tengo gasolina casi. Llenaré el tanque para no detenernos más, y de paso compramos comida en la tienda.

La verdad es que ninguna de las cuatro estaba muy segura de ese plan, pero era lo que había. Teníamos que ir al baño, echar gasolina y, por supuesto, comprar comida. La idea era hacerlo de dos en dos.

Me detuve en una gasolinera que me pareció que había bastante gente. Para acabar de destrozar mis nervios, vi que por la misma salida salía un coche oscuro.

—Chicas, ese coche oscuro de atrás hace un rato que estoy viéndolo detrás de nosotras —les comuniqué. Pepi se asomó, escribiendo algo en el móvil—. ¿Qué haces?

—Apuntando la matrícula —aclaró—. Se desvía al otro parquin. Van dos o tres personas. Parecen hombres.

Asentimos.

—Pararé al lado del surtidor mientras echo gasolina. Comprad e id al baño —les comenté—. Ahí no harán nada, ya que hay cámaras donde los surtidores. Yo iré cuando volváis. Yo me quedo, una compra y las otras dos van al lavabo. Las que acaben antes, me dan el relevo. La autocaravana no se mueve del surtidor hasta que nos vayamos.

Todas asentimos con el plan recién creado. No se me ocurría algo más seguro. Si tenían que atracarnos, al menos que los viéramos de cara. Que quedara algo registrado. Qué se yo.

Las chicas salieron como un relámpago a comprar, al baño y a indicar que me pusieran el surtidor para llenar el tanque.

Cerré la autocaravana con el botoncillo de la llave, fui al depósito de combustible y lo abrí para repostar. Entretanto, miraba a mi alrededor intentando encontrar alguna pista de si estábamos en lo cierto o si, por el contrario, solo éramos cuatro neuróticas con manías persecutorias.

Para cuando había llenado el depósito, ya habían llegado dos de ellas. Quimeta estaba comprando. Les di las llaves y me fui casi en una carrera al baño, donde la verdad no tardé ni un minuto.

Subimos todas a la autocaravana y cerramos los seguros antes de arrancar.

—Joder, que estrés —dijo Quimeta, quitándose la chaqueta y poniéndose el cinturón de seguridad.

—Y tanto —secundó Elena, quien había cambiado el lugar con Pepi de copiloto—. Voy a hacer unos bocadillos —resolvió, desplegando una mesilla plegable para apoyarse.

—¿Habéis visto algo raro? —preguntó Pepi.

—Sí —le respondí, mirando el retrovisor—. Señoras, ese coche nos sigue. —Me refería al vehículo de antes, que había salido justo

detrás de nosotras—. Es que ni siquiera disimulan.

—Es que, Juli, somos cuatro señoras, así que deben pensar que es de lo más sencillo quitarnos de en medio —expresó Elena lo que pensábamos todas en el fondo.

—Lo que no saben es que van a comerse una puñetera mierda —la interrumpió Pepi—. Yo no he llegado hasta aquí para que un par de idiotas, y menos un traidor a mi Oswi, me quite el recado. ¡Vamos, hombre!

—Oswi aparte, pienso igual —dijo su hermana, riéndose—. Que a estas alturas me traigas a un narcotraficante como cuñao... ¡Pepita! —Su hermana le restó importancia.

Todas rieron. Todas menos yo. Tenía algo en el estómago que me decía que ese coche era mucho más que un primo despechado.

Fue entonces cuando decidí confesarles el contenido del misterioso mensaje de Oswaldo.

—Chicas —llamé su atención—, Oswaldo me envió un mensaje al narcoteléfono antes de salir de Barcelona. Decía que si necesitábamos ayuda, nos parásemos en un club de chicas a las afueras de Guadalajara. Que preguntáramos por Cinthya.

Las tres enmudecieron.

—Entonces, él sabía que probablemente íbamos a tener problemas —sentenció Quimeta.

—No lo sé. —Continué por la carretera, ojeando el coche oscuro, que iba alternándose entre el resto, supongo que para despistarnos un poco—. Lo que yo creo es que no se fía de su primo. Aunque si nos ha enviado con este cargamento, es porque no lo creerá capaz. Vamos, digo yo.

—No me hace ni puta gracia —espetó Quimeta—. Ese coche sigue detrás de nosotras. Es cuestión de horas que nos la juegue.

—Pues vayamos al club que dice Oswaldo y nos curamos en salud, ¿no? —propuso Elena.

Yo estaba en silencio, pensando. En ese momento, no me fiaba de nadie. ¿De verdad? ¿Un club de carretera? ¿Un coche siguiéndonos?

Nos comimos los bocadillos y pudimos adelantar bastante. Apenas nos quedaba una hora larga, a lo sumo dos.

De repente, la autocaravana dio un pitido que hizo que mirase el ordenador de a bordo. «SET».

—¿SET? —pronuncié en voz alta, llamando la atención de las chicas.

—¿Qué coño dices, Juli?—me preguntó Pepi con impaciencia.

—Pues que se ilumina un chivato que pone SET y la furgoneta esta va rara —dije, sin dejar de mirar la carretera.

—Joder, nena —se lamentó Elena, tocándose la cara—. ¿Se ha roto?

—No. Creo que hemos pinchado. ¡Mierda! —bramé con rabia—. Tenemos que parar.

El silencio se hizo en el cubículo. Estaba atardeciendo, por lo que no tardaría en ponerse del todo el sol. Con el rollo, habíamos salido casi a las once y pico de Barcelona, y llevábamos unas cinco horas de viaje. La autocaravana, aunque cómoda, no era rápida.

—Madre mía, ¿de verdad tenemos que parar? —Quimeta se puso la mano en la boca, sin ocultar su angustia.

—Sí —concluí.

Me detuve, con las luces de emergencia puestas, en el mismo arcén de la autopista. Pensé que, estando menos escondidas, quizá desistirían. Al bajar de la autocaravana, me di cuenta de que la rueda del piloto estaba pinchada. La verdad es que no sabía cómo había aguantado tanto. Estaba segura de que, en algún momento en la gasolinera, nos la pincharon. Era mucha casualidad.

Pepi bajó conmigo, con su mochila a la espalda, de donde sacó una linterna, ya que la vía estaba muy poco iluminada. Desmontamos

rápido. Con lo puesto, excepto Pepi.

—Nena, deja la mochila —dijo Quimeta mientras Pepi negaba con la cabeza—. Ni muerta.

Localizamos la rueda de repuesto y la llave. Estábamos al lío dos de nosotras, cuando las inconfundibles luces de un coche nos alumbraron. De alguna manera, supimos que eran ellos. El coche oscuro que había estado siguiéndonos paró detrás de la autocaravana. De este no solo bajo Ricky con una sonrisa en la boca, sino también los hermanos Barriles, para nuestra sorpresa.

Fruncí el ceño, entendiendo su alianza nada más verlos.

—¡Serás hijo de perra! —gritó Pepi al ver que se acercaban a nosotras.

—A callar —espetó Raúl Barriles, y empujó a Pepi, haciéndola caer al suelo.

—Samuel, cuidado. No quiero que se dañen —ordenó Ricky—. De eso se encargará Oswaldo al saber que les han robado la autocaravana.

El tal Samuel Barriles sonrió. Por fin le ponía nombre al otro tipo de los Barriles.

—¿Quién os ha dicho que vamos a dejar que os la llevéis? —me enfrenté a Ricky.

—Pues mi amiga —dijo. Sacó de debajo de su chaqueta una pistola y me encañonó directamente a la cara.

El estómago se me encogió, haciéndose minúsculo, mientras ni siquiera sentía el gélido aire invernal que corría por la autopista.

—Quítate de en medio, puta —me dijo uno de los Barriles, aunque no pude ver quién.

El orgullo podía a mi razón y me negaba a apartarme.

—No sea boba —habló Ricky—. No se juegue la vida.

—Ya que voy a perder la vida por perder la caravana, prefiero que me la quites tú. Así tu primo sabrá que me la quitaste por la fuerza y las dejará a ellas en paz. —Señalé a mis amigas, expresando todo aquello que pensaba en ese momento.

—Ni hablar, Juli —dijo Elena, poniéndose delante de mí—. Nada vale más que tu vida.

—Me da igual lo que digan, señoras —intervino Ricky, sin dejar de mirarnos ni apuntarnos—. Cambiad la rueda —les ordenó a los Barriles; sus esbirros, pues es lo que eran.

—¿Qué crees que va a hacerte a ti tu primo? —lo encaró Pepi, delante de Ricky—. ¿Crees que es tonto? ¿Crees que no va a saber que habéis sido tú y los Barriletes?

Los Barriles, como delincuentes, eran un pegote, la verdad, pero cambiando ruedas nos sorprendieron por la rapidez.

Ricky no le contestó a Pepi. La miró con gravedad, pensando en si decir algo o no.

El aire me había congelado los pies y las manos. No me había puesto la chaqueta gorda, y estaba temblando. Las chicas permanecían a mi lado. Elena puso el brazo por encima de mis hombros, intentando darme calor. Las cuatro, a un lado de la carretera, estábamos siendo amenazadas a plena tarde por un tipo con una pistola. Y yo no sé si es que los coches que pasaban no se daban cuenta o simplemente no les importaba, pero lo cierto es que nadie paraba.

—Bueno, señoras... —comenzó Ricky, con los Barriles a la espalda, que ya habían solucionado la incidencia de la rueda—, no sé si lo mejor es hacerlas desaparecer para que piensen que han sido ustedes... Como bien ha dicho, mi primo no es tonto. Pero creo que mejor veré qué quiere hacerles.

Uno de los Barriles entró en la autocaravana y, tras unos segundos, tiró nuestras bolsas al suelo.

—Los móviles me los llevo —dijo Ricky, extendiendo la mano para pedirnos nuestros terminales—. Esta bolsa también me la quedo. —Cogió la bolsa que nos había dado su primo hacía unas horas. La

bolsa del dinero—. Apártense —nos ordenó de nuevo, y nos hizo movernos mientras seguíamos siendo apuntadas por el arma, a unos metros del coche. Entretanto, uno de los Barriles sacó unas bolsas de su maletero y un bidón rojo de esos de unos diez litros. Después arrancó el coche y salió de él, para seguidamente hacer que el solitario coche cayera en el socavón donde acababa la cuneta. Tras la caída, lo roció con el líquido del bidón y le prendió fuego mientras el otro hermano ponía en marcha la autocaravana.

—Hijos de perra —mascullé. La pistola aún apuntaba a mi cara.

—Nos vemos, señora —se despidió a la vez que reculaba hasta la entrada de la autocaravana, donde estaban ya los Barriles.

Bajo nuestra agitada mirada, la autocaravana se marchó del lugar, dejándonos congeladas, solas y fracasadas. Por un momento, por un ínfimo instante, creí que habíamos sido unas tontas pretendiendo despistar a la policía y a toda una red de narcotráfico.

Antes de que dijéramos una sola palabra, los focos de las luces de una furgoneta negra nos iluminaron y se detuvo justo a nuestro lado. La puerta lateral se abrió. Casi nos caímos de culo al contemplar la espectacular entrada al estilo Equipo A.

Se nos abrieron los ojos como platos.

—¿Severino? —pude decir, entrecerrando los ojos y mirando atónita a la persona que abría la puerta.

—Vamos, chicas —nos llamó desde dentro de la furgoneta—. Vamos, que se nos escapan.

Nos miramos entre nosotras, anonadadas por la aparición de Severino. Al entrar en la furgoneta, pude ver cómo al volante estaba Antonio. A su lado, mi Sebas.

—Pero ¡¡¿qué es esto?!! —pregunté confusa a la par que emocionada mientras nos sentábamos.

Antonio, quien conducía, perseguía a la autocaravana.

—Esto es porque estábamos viendo que os lo estabais pasando

demasiado bien sin nosotros —contestó Severino riendo.

—¿Y esta furgoneta? —intervino Quimeta.

—Me la he comprado —sentenció Severino, acomodándose y poniéndose el cinturón—. El Citroën que tenía me lo destrozó una loca. —Me miró, sonriendo.

No podía creer lo que estaba viendo.

—¿Y las tiendas? ¿Sebas? ¿Qué haces aquí? Yo... —Empecé a preguntar todo aquello que me venía a la cabeza, sin saber si estaba más avergonzada o nerviosa. Lo que si era seguro era que estaba muy confundida.

—Cariño, tus hijos están preocupados. Éric acabó contándome en lo que estabas metida —me explicó Sebas mientras Antonio conducía —. Antonio me avisó de vuestros saltos por los terrados. Hablé con ellos y me comentaron algo. Decidimos seguiros desde el principio para saber que estabais seguras. Y aquí nos tenéis.

—No os hemos visto —me sinceré.

—Porque somos muy buenos —se enorgulleció Sebas, y me tomó de la mano. La besé sin pensármelo—. Ahora, en cuanto podamos, le quitamos la autocaravana a esos hijos de puta.

—¡Pues eso digo yo! —alzó la voz Pepi desde el fondo de la furgoneta, haciéndonos reír.

—¿Y los comercios? —pregunté al aire, sin saber si ellos sabían a qué me refería.

—Se han quedado Maribel, Paca y Alonso —contestó esta vez, para mi sorpresa, Severino—. Está todo controlado.

Asentí a la nada, sin saber si era un sueño o una pesadilla. ¿Desde cuándo Severino era un aliado?

—¡Ahí están! —Quimeta señaló la carretera, despertándome de mis pensamientos, que iban de pregunta en pregunta de las que en ese momento no tenía respuesta alguna.

—Se han llevado también nuestro dinero —me lamenté mientras los seguíamos a una distancia prudencial.

—No todo —me corrigió Elena—. Lo he repartido entre nuestras mochilas, por si perdíamos alguna y así no extraviar todo el dinero. —La miré sorprendida—. Ellos llevan algo, pero no todo.

Asentí sonriendo. ¿Cuándo habíamos aprendido a darle esquinazo a la policía y a engañar a los malos?

—Eres un genio —la halagué.

Perseguimos durante algo menos de una hora a la autocaravana, que para nuestra sorpresa cogió una salida con la que no contábamos. Antonio, quien bajo las instrucciones de Severino conducía con prudencia, la siguió hasta lo que parecía un club de carretera, uno de esos de chicas.

—¿Se van de putas? —preguntó con cara de póquer Quimeta—. ¿Serán capaces de dejar la autocaravana sola?

Nadie contestó.

Entramos en un camino de tierra desde donde ya no divisábamos la autocaravana, y llegamos a un terraplén también sin asfaltar en el que había varios coches aparcados. Entre ellos, nuestra preciada autocaravana. Aparcamos lo suficientemente lejos como para que no nos vieran con claridad, y lo suficientemente cerca como para no perderles la pista. Ellos también habían estacionado, aunque más cerca del club.

Pudimos discernir con relativa claridad cómo Raúl Barriles y Ricky bajaban de la autocaravana y se dirigían al local. Nos faltaba Samuel Barriles, quien, al parecer, había perdido la oportunidad de visitar el antro al tener que quedarse en la autocaravana mientras los otros dos iban a divertirse.

—Esta es la nuestra —dijo Seve—. Yo entraré tras ellos. No me conocen. Desde dentro os iré diciendo qué hacen. Vosotras recuperad la autocaravana. Antonio se queda al volante, pendiente de si tenemos que irnos, y Sebas en la retaguardia, sin que te vean, por si tienes que intervenir más adelante, que no te reconozcan.

Miré a Seve como si fuera un extraterrestre. Todos asintieron menos yo, que aún estaba absorta.

Severino bajó de la furgoneta, se abrochó la chaqueta y se metió media cabeza en la braga de cuello que llevaba.

—¿Se las apañará? —le pregunté a Antonio.

—¿De dónde ha salido Severino el espía? —se unió Pepi a mi escepticismo.

—Mi hermano Seve fue policía muchos años. Estuvo en el servicio de información durante décadas —presumió Antonio.

Nos quedamos todas mudas.

—¡En marcha! —espetó Sebas, haciéndome volver al presente.

—Pero ¿cómo recuperaremos la autocaravana? —quiso saber Quimeta, tan alucinada como yo.

—Pues con esto —contestó Pepi, y sacó de la bolsa que le habían devuelto los Barriles hacía un rato la escopeta de su padre.

—¡La madre que te parió! —exclamó su hermana, santiguándose.

—Vamos a por lo que es nuestro, chicas —dije decidida.

—Seguramente estará encerrado —supuso Sebas, con bastante lógica.

—Podemos darle un golpe con nuestra furgo —se unió Antonio a la conversación—. No pongáis esa cara, que está a todo riesgo. Cuando abra para salir, yo me voy de la escena y entráis vosotras.

Asentimos.

—Chicas, solo hay una oportunidad —las advertí, incluso a sabiendas de que ellas también eran conscientes. Era a todo o nada.

Nosotras salimos de la furgoneta. Quimeta y Elena se agazaparon tras los coches, cubiertas por las puertas de delante, mientras Pepi y yo nos preparábamos para que abriera la lateral, ya que seguramente

se había acomodado. Al llegar a la altura de la autocaravana, pudimos ver que en la parte de delante no había nadie, tal y como esperábamos, pero del interior salían destellos de luz, compatibles totalmente con que estuviera viendo la televisión.

A la espera del golpe de la furgoneta de Antonio, quien la verdad no se hizo de rogar, permanecíamos en silencio, quizá rezando algo. Colocó la furgoneta delante de la autocaravana, dejando la parte trasera de la primera frente al morro de la segunda. Recé lo que supe al amparo de la fría oscuridad del aparcamiento, esperando el golpe de gracia de Antonio. Miré a Pepi y a Quimeta, que estaban en nuestro lado.

Nos encontrábamos en un sepulcral silencio cuando vimos la luz blanca de la marcha atrás activarse, y a los segundos oímos un fuerte estruendo, seguido de una sacudida de la autocaravana.

—Pero ¡¿qué coño?! —se escuchó salir del interior.

El plan por ahora no había fallado. Vimos cómo alguien caminaba por su interior y abría la puerta lateral, conforme a lo planeado, dejándose ver por completo.

—¡¿Qué coño est...?! —comenzó Samuel Barriles, pero el cañón de la escopeta de Pepi lo interrumpió, apuntándole el pecho y haciéndolo retroceder hacia dentro.

—Venimos a por lo que es nuestro, maldito hijo de puta —le espetó Pepi—. Si mueves un puto musculo, te dejo seco.

El Barriles entró en la autocaravana de nuevo, esa vez de espaldas, seguido por mí, que le di la señal al resto para que entraran. Samuel se sentó en la cama que había desplegado, sin camiseta y mirándonos con odio.

—El móvil —le exigió Quimeta mientras yo me ponía delante.

—El móvil —insistió Pepi, apoyándole el cañón en el pecho.

—Van a morir —masculló el Barriles, pero aun así le entregó el móvil a Quimeta, azuzado por Pepi y su cañón.

—No podemos dejarlo aquí. Dará la alarma —habló Elena, con toda la razón.

—Pues nos lo llevamos —concluyó Pepi, sin dejar de apuntarle.

Quimeta fue a cerrar la puerta lateral para ponernos en marcha, pero Sebas entró.

—Vámonos —dijo mirándome. Agradecí su presencia.

Arranqué la autocaravana con ganas de salir corriendo. Pero me controlé. Sebas estaba liado con el móvil.

—Estoy haciendo un grupo —me explicó—. De esos de WhatsApp. Así estamos al tanto todos.

Comencé a conducir y me dirigí a la salida del parquin.

—No vais a salir vivas de esta —nos amenazó el Barriles—. Os vamos a matar. A vosotras y a toda vuestra familia.

Sebas se fue hacia atrás como un miura. No sé qué pasó, pero oí cómo las chicas gritaban y noté cómo la autocaravana se sacudió con fuerza. Al mirar por el retrovisor, pude ver que el Barriles estaba tirado en el suelo, completamente KO. Supuse que Sebas acababa de asestarle un puñetazo. En ese momento, mi Sebas me pareció el hombre más atractivo y sexi del mundo.

—Atadlo —les ordenó a las chicas, quienes obedecieron con unas medias pantis de Quimeta.

—¿Quién lleva medias a una misión de narcotráfico? —le preguntó Pepi, sin dejar de atar al Barriles.

—Pues alguien con clase, como yo —le contestó su hermana, orgullosa—. Además, ¿ves cómo al final las he usado?

Reímos por su ocurrencia.

—¿Qué te ha pasado, Sebas? —quise saber. Él no era de naturaleza violenta.

—Nadie amenaza a mi familia —me contestó impertérrito. En

aquel instante me moría por besarlo. Sacudí la cabeza para centrarme.

Con el Barriles ya inmovilizado, amordazado e inconsciente, seguimos nuestro camino en dirección al club de Guadalajara que nos había indicado Oswaldo por si teníamos problemas. «Están con las chicas dentro. Me retiro», leyó Sebas desde su móvil el mensaje de Severino.

Salimos por fin a la autopista.

—Ya está con Antonio y detrás de nosotros —nos comunicó Sebas a las chicas y a mí. Al fin pude exhalar el poco aire que había retenido debido a los nervios.

—Tranquila, nena —me calmó Sebas, poniéndome una mano en el antebrazo—. Saldremos de esta. Estáis haciéndolo muy bien. Os admiro —nos halagó a todas.

Asentí. Las chicas y yo estábamos en silencio, supongo que deseando entrar por la puerta del club. Seguíamos las indicaciones del móvil, cuando el terminal del Barriles empezó a sonar y sonar.

—Es Ricky —nos indicó Pepi, y nos mostró la pantalla del móvil.

—¿Qué hacemos? —dijo Elena, mirando el aparato y al pobre diablo inconsciente.

—No podemos cogerlo, eso seguro. Apágalo, por si tiene la ubicación puesta —le ordené lo que se me ocurrió de pronto.

Todos asintieron y Pepi apagó el teléfono.

No tardaron ni cinco minutos en llamar a Sebas. Era Antonio. Sebas comenzó a asentir y a retransmitir lo que estaba diciéndole.

—Se acerca un coche a toda pastilla hacia nosotros —nos comunicó Sebas.

En ese preciso momento sentimos cómo la autocaravana se tambaleó con fuerza. Fue la misma sensación que experimentamos en la carrera aquel día, cuando los Barriles chocaron con nosotras para sacarnos de la vía. Esta vez fue igual, pero nos embistieron desde el

arcén derecho, ya que cerca de nosotros estaba la furgoneta de Severino, que le impedía azuzarnos desde detrás.

Pepi cogió la escopeta.

—Abre —le ordenó a una Elena paralizada.

Sebas fue hacia la parte de atrás de la autocaravana, agarrándose a donde podía por los golpes, mientras yo intentaba no perder el control de la conducción. Quimeta abrió la puerta y Pepi se asomó, encañonando su escopeta, apostada sobre el sillón que daba a la puerta abierta.

Sonó un estruendo. Un disparo certero de Pepi le dio al motor del otro coche, que empezó a dar vueltas como un trompo, para acabar estampándose contra una de las farolas de la carretera. Mirando por el retrovisor, di un volantazo para no chocar con el vehículo de delante, desequilibrando a Pepi, quien casi se cayó por la puerta lateral de no ser por Sebas, que la cogió al vuelo, la metió en la autocaravana y cerró.

Quimeta se abalanzó sobre el Barriles inconsciente y comenzó a darle bofetones, golpes y tirarle del pelo.

—¡¿Qué haces?! —gritó Elena.

—Desahogarme —masculló—. Ayudadme a quitarle la ropa. Lo dejaremos por aquí.

Era una gran idea.

Así que, en gayumbos, atado con pantis e inconsciente, lo dejamos en la cuneta de dondequiera que estuviésemos y nos marchamos a todo gas.

La ubicación marcaba que estábamos a tres minutos. Los tres minutos más largos de mi vida. Más que el último minuto de la lavadora cuando estás esperando a que acabe el programa para poder tenderla.

Llegamos al parquin del club señalado por Oswaldo, donde paramos en la misma puerta. Uno de los gorilas vino hacia nosotros.

—No pueden estacionar aquí —nos espetó cuando bajamos la ventanilla.

—Buscamos a Cinthya —le exigí, ante la estupefacción de Sebas, quien me miraba absorto.

El gorila frunció el ceño y asintió.

—Pongan los coches ahí. —Señaló el lateral del club.

Dejamos la autocaravana y la furgoneta. Desmonté de esta en cuanto paré el motor. Estaba tan nerviosa que, con el frío que hacía, tenía hasta calor.

—¿Estás bien? —se interesó Sebas al venir en mi busca.

Asentí en silencio. Si hablaba, acabaría gritando o quizá empezaría a llorar a causa de los nervios que tenía.

—Sebas, ve con ellos —le dije, señalando al resto con la cabeza—. No quiero que os relacionen con toda esta mierda.

Las chicas vinieron en mi busca. Elena me trajo la chaqueta.

Casi no había luz, pero distinguimos al gorila de la puerta, seguido por otro hombre. Un nudo se me hizo en el estómago cuando el hombre que acompañaba al gorila se dejó ver bajo la luz de un triste foco de la pared.

—¿Oswaldo? —pregunté incrédula. Busqué a las chicas con la mirada, quienes estaban igual de extrañadas que yo.

—Hola, queridas mías —nos saludó, luciendo esa preciosa sonrisa ladeada—. Sabía que tendríais problemas con Ricky —nos confesó, sin dejar de sonreír—. Esta es la auténtica parada. Lo de la nave de Móstoles era un cebo para mi primo y los Barriles. —Lo miré con cara de sorpresa—. Pasen conmigo, queridas. Su trabajo ya ha acabado. —Pasó el brazo sobre los hombros de Pepi, quien lo miraba con algo de desconfianza—. ¿No se fían de mí?

—A estas alturas, no me fío de nadie —le contesté yo—. ¿Entonces?

—Vayamos dentro, que aquí hace un frío del carajo. —Miré a Sebas y los otros dos—. Que entren sus hombres, por supuesto. Vamos a celebrarlo.

—¿Pero qué hay que celebrar? —quiso saber Pepi mientras empezábamos a caminar con Oswaldo al interior del club. No teníamos muchas opciones—. ¿Nuestras cosas? ¿La autocaravana?

—No te preocupes, princesa —ronroneó Oswaldo, achuchando a Pepi, que aún la llevaba cogida por los hombros———. Mis hombres están en ello.

Miré hacia atrás y vi cómo un par de tipos subían a la autocaravana. No nos quedaba otra que confiar en él.

Entramos en el local, donde sonaba la música a todo volumen. Los focos de las luces daban vueltas por todo el local mientras chicas en toples bailaban en las barras de los pódiums. Estaba bastante lleno a pesar de estar tan apartado de la civilización. Había hombres bebiendo copas, acompañados por muchachas con muy poca ropa y una amplia sonrisa. De fondo sonaba Katchi, de Ofenbach vs Nick Waterhouse. La conocía por mi hija Patricia, que le dio por ella.

Con la música de fondo, Pepi se soltó de Oswaldo y empezó a caminar bailando al son de la música hasta lo que parecía una pequeña pista de baile, donde había alguna chica danzando sensualmente. Lejos de bailar como ellas, Pepi movía el cuello como una paloma y los brazos y cuerpo al ritmo de la música.

Oswaldo rio al verla.

—Pidan lo que guste y disfruten, reinas —nos ofreció. Se sentó en un sofá que hacía un círculo incompleto y nos invitó a tomar asiento junto a él.

Sebas pidió un whisky; no me extrañaba. Antonio y Seve se dejaron invitar por una guapa rubia a unas copas mientras Oswaldo, a mi lado y con una belleza al otro, empezó a explicarme el porqué de nuestro triunfo:

—Señora mía. Son las mejores. —Alzó su copa y brindó con la mía—. Ustedes me han hecho ganar muchísimo dinero. —Se removió

en el sillón, sonriendo triunfante—. Y me han mostrado fidelidad. —Asintió, sorbiendo de su copa—. Mientras los Barriles estaban tras ustedes, yo estaba en una entrega mayor. Además, me han traído la entrega hasta el club. Han cumplido su parte. —Levantó una mano y le señaló a alguien algo. Una chica conocida por nosotras, Mía, se acercó hasta donde nos encontrábamos, haciendo que la belleza de al lado de Oswaldo se marchara.

—Tengan —me dijo Mia, dejándome la bolsa en los pies—. Es lo suyo.

Miré a Oswaldo más tranquila.

—¿Qué tal lo otro? —le pregunté.

—Espectacular. Y su red. —Rio—. Son ustedes genios.

Le ofrecí mi copa a modo de brindis.

—Por las alianzas.

Chocó su copa con la mía.

—Estoy de acuerdo. —Se acercó a mí, bajo la mirada de desaprobación de Sebas—. Cuando lleguen a Barcelona, llámenme. Seguiremos haciendo negocios.

—Oswaldo, te estoy muy agradecida —susurré—. Pero creo que pronto nos retiraremos.

—Una lástima —dijo con una mueca—. Pero lo merecen. Disfruten de la noche, reinas. Han ganado.

Y con esa frase, bebimos, brindamos, bailamos y disfrutamos como nunca de nuestro éxito. Creo que hubiésemos podido acabar con todo el tequila de México. Comimos tacos, bebimos cerveza, tequila y lo que se terciara. Lo celebramos por todo lo alto, como si no hubiera un mañana. Bailé junto a mis amigas en un puticlub de algún sitio perdido de la carretera, bebí hasta marearme y no pude dejar de reír. Las chicas bailaron hasta con los camareros, con los gorilas y con Oswaldo, quien no dejaba de arrimarse a Pepi. ¡Qué tía! Años de obsesión por el deporte hacía que su reuma se resintiera pero que su

culo estuviese todavía moderadamente duro. Para tener sesenta y tantos, era la mar de atractiva. Vaya ojazos lucía sonriendo sin parar.

Entretanto, yo bailé con Sebas. En un momento dado, nos besamos como quinceañeros. Tuve la sensación de revivir aquel primer beso debajo de la higuera de al lado de la casa de mi madre.

—¿Y esto? —le pregunté susurrándole, sin apartar mi rostro del suyo.

—Te sienta genial ser una delincuente —me piropeó.

Nos reímos. Volvió a besarme.

Los nervios habían dado paso a las risas nerviosas, llenas de adrenalina, y estas a besos con quien ya sabía que era el amor de mi vida.

Qué subidón.

Qué éxito.

Qué noche.

Capítulo 17

Dos pájaros de un tiro

Después de la noche loca en el club, Severino nos llevó con la furgoneta al aeropuerto para viajar en avión desde Madrid a Barcelona. Ellos tres regresarían en la furgoneta. Quedamos en vernos en Barcelona. Me despedí de Sebas con un beso, ante las burlas de mis amigas. Como cuando se fue a la mili.

Les rogué a Sebas y al resto que tuvieran cuidado por el camino. No me fiaba de los Barriles. Recuperamos los móviles y nuestras cosas al interceptar la autocaravana, así que al final las pérdidas fueron mínimas.

El viaje de vuelta transcurrió sin altercados, gracias a Dios. Lo cierto es que estábamos de resaca y preferíamos no hablar demasiado. Los ibuprofenos que pudiera llevar Quimeta en el bolso nos los comimos de una sentada.

Al llegar, todo estaba en orden: los comercios a lo suyo; las calles, como siempre; nuestro cuartel, inmaculado, y mi familia, bien. Solo habíamos pasado dos días fuera y una noche, pero me parecía una década. Quería descansar y dormir.

Las chicas estaban tan agotadas como yo, y en cuanto dimos la voz de estar bien y en casa, y por otro lado saber que Sebas y el resto también lo estaban, nos fuimos a casa de Elena a dormir las cuatro como si lleváramos una vida sin hacerlo. El dinero estaba a salvo. Marietas quedaban muy pocas ya. Todo iba rodado.

Los siguientes días los pasamos sin mucho ajetreo: compras de Navidad, carros de compra de paseo, charlas con comerciantes del barrio...

Fue el día veintidós, un día antes de la cena, cuando les compré a mis nietos unos sacos para el carro con borreguito por dentro. Fui a llevarlos a casa de Ana. Mi corazón se aceleró a mil cuando vi a Samuel Barriles dándole lumbre a un cigarrillo en la puerta del portal

de mi hija. Me detuve de repente, con el carro de la compra y las bolsas. Estaba paralizada. Samuel Barriles, que aún tenía la cara llena de los moratones que le hizo Sebas al dejarlo inconsciente —o Quimeta en su ataque de pánico, qué sé yo—, expulsó el humo del pitillo y se encaminó hacia mí.

—Tiene usted unos nietos preciosos —me dijo, sonriendo con malicia al pasar por mi lado y detenerse frente a mí.

—No te acerques a ellos, hijo de perra —mascullé, deseando tirarme a sus ojos y arrancárselos.

—Vaya con cuidado, abuela —me advirtió, y continuó su marcha, dejándome allí, con ese sentimiento de miedo y culpa.

Subí inmediatamente para ver a mi hija y mis nietos. Nada más saber que estaban a salvo, corrí al baño a vomitar.

—Mamá, ¿estás bien? —me preguntó mi hija desde el umbral de la puerta del baño.

—Sí. —Me enjuagué la boca en su presencia—. Debe ser un virus. —Le sonreí como pude, ocultando que el estómago se me había revuelto de miedo—. Mi amor, me marcho, que no quiero contagiaros nada.

La besé fugazmente y me fui de allí, dejándola con la palabra en la boca. Llamé a las chicas y las convoqué inmediatamente en casa de Elena. Mientras llegaban, hablé con el resto de mis hijos para cerciorarme de que estaban bien. Gracias a Dios, así era.

Cuando llegaron, les expliqué lo que había sucedido, y aunque mi exposición resultó atropellada, fue entendible.

—¿Y qué hacemos? —preguntó asustada Quimeta.

—Hablaremos con Oswaldo —sentencié—. Nos debe una, o más de una. Es hora de pedírsela. Quiero que proteja a mis hijos mientras se me ocurre cómo quitar de en medio a esta gente.

—¿Matarlos? —dijo Elena algo escandalizada.

—Si se acerca a mis hijos, no lo dudaré —aseveré, sin que siquiera me temblara la voz. Estaba sorprendentemente tranquila—. Si queréis quedaros fuera de esto...

—¿Estás loca? —me interrumpió Pepi—. Mataré y enterraré contigo a quien tú me digas, Juli. Una para todas...

—Estoy contigo —se unió Elena—. Tu familia, mi familia.

—¿Y tú? ¿Qué dices, Quimeta? —le pregunté, esperando una respuesta rápida, pues no iba a jugármela.

—Pues te contesto que todas para una. —Sonrió y puso la mano en el centro de nuestro corro.

El resto la imitamos.

—Hay que trazar un plan —propuse.

—Primero llamemos a Oswaldo. Que proteja a los críos —recomendó Elena con sabiduría.

Asentí y cogí mi terminal.

Llamé desde el narcoteléfono a Oswaldo, quien no se hizo esperar. No había tiempo para mensajes, wasaps ni indirectas. Se trataba de mi familia.

—Hola, mis señoras —dijo con su dulce acento.

—Tengo que hablar contigo —comencé, sin saludar siquiera.

—Claro, faltaría más, reinas. Pidan por esa boca.

—Por el momento, necesito que protejas a mis hijos —le pedí sin mesura, sin pensar. Un silencio se hizo en la conversación—. ¿Oswaldo?

—Sigo aquí —contestó—. ¿Tienen problemas? ¿Mi primo? ¿Los Barriles?

—Lo segundo —concluí.

—Entiendo. —Suspiró—. Hablemos entonces, reina mía. Creo que podremos matar dos pájaros de un tiro, como dicen ustedes.

—Perfecto. —Miré a las chicas, quienes respiraron aliviadas al ver que asentía con la cabeza.

—Hemos de vernos. Le envío mensaje con ubicación. En un par de horas.

Asentí de nuevo y nos despedimos.

Les expliqué a las chicas en qué habíamos quedado con Oswaldo. Llamé a Paca para que viniera a casa de Elena. Le pedí que llevara puesta su chaqueta clara y que me trajera la mía, que me la dejé en su casa. Esa que teníamos idéntica. No tardó ni veinte minutos. Me puse la chaqueta clara, por si la habían visto entrar, y casi me tapé la cara con unas amplias gafas de sol y el foulard que llevaba Paca.

Salimos las cinco a la vez, con Paca con una de mis chaquetas. Pepi le había echado accidentalmente café encima. Fuimos a Ca Alonso, donde estaba también el marido de Paca, Manolo, para tomar un café. Su hija se quedaba frente a la panadería aquel día. Hacía unos días que la habían despedido y ayudaba a su madre mientras le salía algo. Tomamos un corto café, ya que el marido de Paca, Manolo, que iba en silla de ruedas, estaba cansado, así que me ofrecí a llevarlo a la panadería. Tapada como antes, lo conduje hasta la trastienda, donde me pidió que lo dejara, y las chicas se quedaron en Ca Alonso. Esta vez, iría yo sola a hablar con Oswaldo.

Me dirigí al lugar acordado con nuestro compinche. Tras coger el transporte público y un taxi, hallé a Oswaldo, y muy colaborador. Hablamos largo y tendido, pero de cosas relevantes. Se habían acabado las medias tintas y las conversaciones de cafetería. Lo de la protección a mis hijos empezó a funcionar casi de inmediato. Los hombres de Oswaldo siguieron a mi familia sin que esta se diera cuenta. Por consejo del guapo latino, tenía que continuar con mi vida, pero eso sí: tomando precauciones.

Esa misma tarde, Elena recogió todo lo de su casa de valor: escrituras, documentación oficial, alguna joya, algo de ropa, recuerdos de su Juan... Al ser el cuartel general, no nos fiábamos de que entraran a robar, así que lo que más quería Elena lo dejamos en mi

casa, en la antigua habitación de las crías. Por si acaso. Y la verdad es que apego le tenía a pocas cosas. En un viaje, cada una con una bolsa de rafia y un carrito de la compra, sacamos lo de valor, o al menos lo que ella consideraba así. Después continuamos con nuestras cosas. Quedaban pocas marietas, pero tendrían que esperar. Ahora no era el momento de trasladarlas ni de negociarlas. Estaban en la recámara. Eran lo último que quedaba del imperio de las Narcoabuelas.

Mientras tanto, intentamos recuperar la calma, dejándonos ver bien en el bar de Alonso, en los comercios, esperando el día de la ansiada cena del barrio de La Fuente, que se había puesto sus mejores galas para las Navidades. Alonso ya había comprado lo que cenaríamos. Maribel, la de la carnicería, traería el bingo, y embutido, claro. Paca, el pan. Ese año, Elena no aportaba el marisco, así que lo compramos entre todos.

Más tranquilas, sabiendo que los críos estaban mirados, llegó la noche de la cena de los comerciantes. Alonso había engalanado la tasca como nunca. Todo eran adornos rojos y dorados, muy propio de las fechas en las que estábamos. Las mesas se encontraban juntas, haciendo una U para que todos tuviéramos sitio y estuviéramos juntos, como cada año. El día de la cena, el local estaba cerrado al público, con lo que estaríamos más tranquilos.

A eso de las ocho de la tarde, ya había unos cuantos allí: Paca y Manolo, Severino y Antonio, las chicas y yo. Sebas llegó un poco más tarde. Íbamos todos guapísimos, con nuestras mejores galas, perfumados y maquilladas. Parecía que, en vez de una cena de barrio, íbamos a recoger unos Óscar, y la verdad es que todo era poco. ¡Teníamos tanto que celebrar! Faltaba Maribel, que esos días estaba muy atareada y cerraba un poco más tarde. Al final, Maribel vino con su pareja, Agustín, que aunque hacía años que eran novios, nunca vivieron juntos, y la verdad es que nadie sabía por qué. Las malas lenguas decían que como Maribel era madre soltera, él no quiso convivir cuando el crío era un niño, y cuando creció, fue ella la que dijo que «naranjas de la China». Normal.

Así que ya estábamos todos cuando empezamos a picar la comida que había para compartir como primer plato. Rico embutido y marisco; vaya, lo que se pone en esos días de fiesta.

Corría el vino, y las risas inundaban el bar de Alonso, que, aunque no había echado la persiana, estaba cerrado. Brindábamos por cualquier cosa; en general, nosotras cuatro juntas, o con alguien especial. Todo marchaba sobre ruedas, y estaba pasándomelo tan bien que casi olvidé todo el tema de las marietas. De vez en cuando les enviaba un mensaje a mis hijos, que no tardaban en contestarme. Cómo los amaba.

Ya acabando el redondo de ternera relleno como segundo plato, Seve se puso de pie con una copa de vino en la mano para decir unas palabras.

El silencio llenó la estancia.

—Brindo por mis nuevos vecinos —habló—. Por vuestro barrio y su gente, que me han acogido como familia. —Nos miraba a todos en general—. Exceptuando a una loca, todo lo demás ha estado exquisito.

Lo de la loca lo dijo mirándome. No podía creérmelo. Después del rescate en la carretera, creía que habíamos enterrado el hacha de guerra.

—Perdona —intervino Sebas, apoyándose en la mesa—. No te referirás a mi mujer, ¿verdad?

«Ay, madre... ¿A que se lía?», pensé, agarrando a mi ex del brazo.

—Déjalo —le dije a Sebas, intentando que volviera a sentarse.

—Sí, a tu mujer y a esas locas que tiene por amigas —contestó, frunciendo el ceño—. Yo no sabía en lo que estabais metidas cuando os ayudé —espetó—. Pero, desde luego, si lo hubiera sabido, habría dejado que os despellejaran.

La sala se quedó en silencio.

—Vamos a calmarnos —comentó Pepi, que se levantó para intentar que no dijera mucho más.

—¡Aquí no se calma nadie! —gritó Severino con rabia, tirando el contenido de su copa encima de mí.

La reacción de Sebas fue en un segundo y no pude hacer nada. Apartó la mesa de un tirón, se abalanzó sobre Severino y lo cogió de la pechera. Antonio intentó separarlos. Alonso cogió de los brazos a Sebas para quitárselo de encima a Severino, pero este aprovechó y le dio un puñetazo en el estómago.

—¡Eso sí que no! ¡La única que lo maltrata soy yo! —grité mientras me arremangaba el vestido negro con brillos. Cogí el poco pelo que tenía Severino y le meneé la cabeza de un lado a otro.

—¡Qué alguien llame a la policía! —oí, sin acertar de quién era la voz.

En un momento, la preciosa cena se convirtió en una batalla campal. Todo el mundo estaba pegándose: Maribel con Paca, que peleaban con Elena y Quimeta, y la verdad es que no sabía por qué; Manolo tirando copas y botellas; Alonso enzarzado en un tumulto con Antonio, Sebas y Severino, y Pepi y yo en el meollo. Todo eran gritos y golpes. Algunos transeúntes se detenían a mirar. Deseé que alguno llamara a la policía para detener esa locura.

Con todo el jaleo, algo rompió un cristal del aparador. En ese mismo momento, las luces azules a las que estábamos acostumbrándonos inundaron el lugar. Lejos de parar, la pelea se volvió más salvaje. No oíamos a la policía, no obedecíamos sus órdenes. Todo era caos y destrucción.

Llegó una furgoneta de esas, de las suyas, que se abrió paso en el local intentando poner orden, pero lo cierto es que la tomamos con ellos.

—¡Fuera de aquí! —espetó Pepi, tirándoles un chusco de pan—. ¡Ni matarse con los vecinos tranquila se puede!

Los policías empezaron a advertirnos, pero nada, ni caso. Algunos les escupieron, otros los insultaron. Hasta que una poderosa voz masculina se hizo eco entre el jaleo y nos hizo parar de golpe a todos los participantes en la trifulca. Al detenernos, nos dimos cuenta de que el propietario de la voz era un guapo muchacho treintañero, grande, que al parecer estaba al mando.

—¡Compórtense! —espetó cuando ya tenía nuestra atención.

Al local habían llegado dos furgonetas y dos patrullas logotipadas. En total, había casi una veintena de policías de uniforme intentando poner calma sin romperle la cadera a ninguno de los presentes; cosa difícil, dada nuestra edad.

—¿Si no qué? —le gritó Pepi en el fondo—. ¿Vas a detenerme, guapo? —pronunció eso en voz más suave, enseñando el revés de sus muñecas para ser esposada, mofándose así del policía.

Los presentes reímos.

—¡Haga el favor de tener respeto! —gritó la voz de uno de los policías al mando, que quiso imponerse.

—No seas aguafiestas, hombre —ronroneó Quimeta, atusándose el pelo, que a esas alturas parecía un nido de pájaros—. Podemos pasarlo muy bien todos. No seas tontuelo... —Bajó la voz, sugerente.

Las risas inundaron el local. Ahora, la de todos, incluidos algunos policías que disimulaban para que no se los oyera.

El portavoz enfurecía con cada comentario.

—¡A callar! —espetó furioso.

—¡Cállate tú, niñato! —saltó Severino—. Vete por ahí a cazar chorizos y déjanos en paz.

—Ustedes no pueden pelearse y pretender que no venga la policía —habló de nuevo el portavoz, con los pulgares en las sisas de la manga de su chaleco.

—¿Cómo que no podemos pelearnos? —se escandalizó Alonso—. Es mi local, y hacemos lo que nos da la gana. ¡Fuera de aquí!

—¡Eso, fuera! ¡Fuera, payasos!

Un abucheo general se hizo con el ambiente. Empezaron los insultos, sin escuchar al portavoz. Todos los agentes se envalentonaron y se acercaron, haciendo un cordón policial alrededor de nosotros.

—¡Identifíquense todos ahora mismo! —se pudo oír la voz del policía al mando entre los abucheos de la gente del barrio.

—¡Vete a la mierda! —gritó la voz de una mujer, aunque no sabría decir si fue Paca o Maribel.

—¡Fuera! —exclamó Alonso, empujando a uno de los policías.

Ahí fue donde estalló todo.

Ya no éramos nosotros contra nosotros, sino nosotros contra la policía. Empujones, insultos, negativas, gritos, tomaduras de pelo...

Al portavoz se le hincharon las narices. Las narices y las pelotas.

—¡Todo el mundo detenido! —gritó sin piedad, y tan fuerte que creí por un momento que la vena del cuello iba a estallarle. El resultado fue que nos detuvieron a los once de una tacada. Policía 1, barrio de La Fuente 0.

Nos dividieron entre hombres y mujeres.

—¿Cómo se llama? —preguntó uno de ellos, poniéndole los grilletes a Pepi.

—¿No eres tú el que detiene? Búscate la vida, imbécil ———le espetó mientras el agente hacía un gesto de disgusto.

Y si no era suficiente con la negativa de Pepi, el resto nos negamos por igual. Era un acto de rebeldía conjunto. Nos mirábamos unos a otros mientras nos engrilletaban, riéndonos a ratos de cómo tendríamos que vernos a nuestra edad. Pero por más edad que tuviéramos, íbamos a llevar nuestra queja hasta el final. Tuviéramos razón o no.

Ya en la furgoneta donde nos metieron a las chicas y a mí, camino al centro de detenidos o al cuartelillo, o como lo llamen, nos mirábamos en silencio.

Empezamos a reír.

—Cállense, no lo empeoren —nos espetó uno de los agentes.

—¿Es que es delito o agravante? —habló Quimeta, haciendo reír a Elena, resurgiendo el pulgoso de su interior.

Ya la teníamos liada otra vez: Quimeta, como una gallina clueca; su hermana también, aunque en menor medida, y Elena, como un pulgoso. Y como si fuéramos colegialas, cuanto más nos reprochaban el comportamiento, más reíamos. Cuánto más nos mandaban callar, menos podíamos.

Hasta la misma coronilla los teníamos cuando nos metieron en los calabozos, repartidas de dos en dos. Nos comunicaron que nos harían la foto y nos tomarían las huellas.

—¿Pero nos vais a hacer fotos con esta pinta? —preguntó Quimeta, mirando a su alrededor en busca de un espejo.

—No querrás que dejen que te retoques, ¿verdad? —Me reí de ella. Estábamos en fila india para entrar donde las reseñas de fotos y huellas.

Pepi rio mi gracia, detrás de mí. La última, Elena.

—¿Habéis visto a Maribel y Paca? —quiso saber Pepi.

—Shhh —nos chistó la guardia de malos modos—. Calladitas están más guapas.

—A ver si no voy a poder hablar ahora —se le encaró Pepi—. Solo estoy preguntando por unas amigas —dijo firme, sin alzar la voz.

—¿Ahora se preocupa? —le contestó la agente de mala gana—. Tengo entendido que vienen de una pelea, ¿no? —Hizo una mueca de desdén mientras se asomaba para comprobar si habían acabado la reseña de Quimeta—. Rabaleras.

—¿Y a ti qué te importa? —dije yo, mirándola con desprecio—. Nadie te ha faltado el respeto, mamarracha —nos defendí. Lo que me faltaba.

—Señora, no insulte —me advirtió, mirándome de arriba abajo.

—Tú tampoco —la reté.

La situación se vio interrumpida por las chicas, que empezaron a aplaudir mi gesto. Eso me hizo reír de nuevo y enfurecer otra vez a los

agentes del orden. Joder, qué mala leche gastaban. Entre risas e indirectas, nos hicieron la puñetera reseña de foto.

Poco después, vino a verme mi abogado, ya que al leerme los derechos se me ofreció defensa jurídica, por lo que pedí uno de oficio. Mi sorpresa fue cuando uno de los agentes me dijo si aceptaba la defensa del Gabinete Soaz. Lo reconocí al instante. Era de Damián, quien llevaba el tema de Elena. También era el hermano de Óscar, mi futuro yerno por parte de Patri, quien estaba acabando la carrera de Derecho mientras trabajaba de chófer. ¿Cómo coño se había enterado? Acepté la defensa. Más que nada, me mataba la curiosidad de quién lo habría llamado.

Pasaron horas. No hablamos casi nada, ya que no nos fiábamos de quien nos oyera. Solo teníamos ganas de irnos a casa. Los catres, hechos de obra, estaban muy duros. El baño, de acero, a la vista. Todo muy desagradable. Como broma, vale, pero cuando pasas más de seis horas allí, ya no es agradable. Nos dieron una manta mohosa al entrar, y con ella me tapé intentando dormir. Pero en ese maldito sitio hacia más frío que en el Polo Norte.

Cuando más agobiada estaba, una agente se acercó a nuestra celda reclamándome por mi nombre.

—¿Adónde va? —preguntó Pepi, quien estaba conmigo.

—A ver a su letrado —le contestó amable la policía.

—Menos mal —suspiró Pepi.

—Tranquila —la calmé mientras le sonreía y seguía a la agente, quien me llevó a otra estancia.

Por el camino, pude oler el ambiente. A cloaca y frío. Joder, qué frío.

Al entrar en una especie de salita, vi a Damián, trajeado.

—¿Qué hora es? —le pregunté al mirarlo—. ¿Quién te ha avisado? —Me senté frente a él sin darle siquiera los buenos días. Estaba agotada.

—Son las ocho —respondió Damián a una de mis preguntas—. Y eso de cómo me he enterado... Lo raro era no enterarme. Todo el barrio lo sabe, así que tu hija Patricia nos llamó. Cuéntame qué ha pasado.

Le expliqué la verdad:

—Estábamos cenando en Ca Alonso, como cada año. Discutimos y empezó una pelea. Vino la policía y se lío más. No hay mucho más que decir.

—Entiendo. —Asintió, tomando notas—. Voy a pedir que se dejen las detenciones sin efecto —me informó—. No te preocupes, que en unas horas estaréis fuera de aquí. Pero traigo malas noticias.

Fruncí el ceño.

—¿A qué te refieres?

Él miró la mesa de escritorio donde había apoyado los papeles. Estaba a mi lado, sentado.

—No sé cómo decirte esto, Juli —comenzó, mirándome con pesar.

—¿Les ha pasado algo a mis hijos? —Se me anudó el estómago y se me inundaron los ojos de lágrimas.

—No, no. —Me cogió de las manos, las cuales me había entrelazado, rogando que ellos estuvieran bien—. Ellos están bien. Todos en casa de Ana.

Negué con la cabeza, sin entenderlo.

—¿Qué pasa? —le pregunté directamente—. Por Dios, Damián, dime qué ocurre, que va a darme algo.

—Han incendiado la casa de Elena. —Mi estómago se encogió al tamaño de un cacahuete—. Todo. La pescadería, la casa...

—¿Todo? —Mis lágrimas ya descendían por mis mejillas. No pude contener el llanto—. ¿Cómo ha sucedido? —pregunté, ya sollozando.

—No lo saben, están investigando. Se ha quemado todo. —Me

ofreció un pañuelo de papel—. Sé que esto va a destrozarla —manifestó con pesadumbre—. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que salgáis cuanto antes... Pero he pensado que quizá no es el momento de decírselo a ella.

Asentí. Negué. Lloré.

—Ya se lo diré yo —hablé con voz cortada—. Cuando estemos las cuatro juntas. Ahora más que nunca va a necesitarnos.

Damián asintió, cogiéndome las manos de nuevo.

—Fuerza —me dijo solemne.

Lo cierto es que cumplió lo que dijo y en cosa de cuatro horas estábamos en la calle. Todos. Cada cual se fue a su casa en taxi. Incluso Sebas. Nos quedamos las cuatro en la puerta de la comisaría, cogidas de las manos.

—Chicas, vámonos a casa —dije, señalando un taxi.

—¿Qué pasa, Juli? —me preguntó dulcemente Elena.

Estaban de buen humor. Todo había sido una inocua aventura hasta ahora.

—Mejor será que lo veáis.

Le dije al taxista la dirección de Elena sin que ello suscitase sospechas, ya que era nuestro cuartel general desde hacía meses. Al llegar, bajamos del coche. Hacía muchísimo frío y caía aguanieve. No había nadie por la calle, o casi nadie. Nos quedamos allí las cuatro, petrificadas, ante lo que había sido el edificio de Elena, negro por el humo, sin ventanas, sin puertas...

Pudimos entrar tras subir las cintas de la policía y bomberos. Ya no había personal de emergencia. Elena miró su pescadería. Su trastienda. Todo estaba mojado, negro, lleno de cenizas y con ese fuerte olor a quemado. La miramos con lágrimas en los ojos, a la espera de su reacción.

—Elena... —la llamé, poniéndonos en círculo.

Alzó la mirada del suelo y nos miró.

Nos contemplamos entre las cuatro.

Sin remediarlo, nos pusimos a reír como locas.

Capítulo 18

Jaque mate

Después del inesperado ataque de risa de la casa calcinada de Elena, ella y yo nos fuimos a mi casa a ducharnos y cambiarnos, ya que olíamos a chamusquina. Las hermanas hicieron lo mismo.

Decidimos quedar en mi casa cuando estuviéramos listas. Era víspera de Nochebuena, y cualquier cosa era poca para celebrar. Estábamos bien, ¿no? Entre otros miles de cosas.

Mi familia venía a cenar esa noche a casa. Al final, se decidió así. Mi salón era más amplio, y las chicas, por supuesto, venían a la cena de Nochebuena.

Sebas también.

Cómodas, pero limpias y guapas, porque guapas lo éramos un rato, recibimos a mi familia, que estaba más que preocupada por mí y las chicas. Aunque había hablado con ellos, no estarían tranquilos hasta verme.

Éric vino solo; no por nada, sino porque Anais cenaba con su familia. Me gustaba ver cómo lo tomaban con calma y a la vez en serio. Sin embargo, para Navidad, él iba a casa de ella a comer, y para Año Nuevo, ella a la nuestra, haciendo oficial su noviazgo. Qué alegría.

Había hablado con el resto de los comerciantes, y todos estaban en familia. No quería que nadie se quedase solo, y menos en Nochebuena.

Severino, Antonio y su primo Alonso con la hija de Severino estaban en Tarragona. Maribel y su novio, en casa de su hijo, ya casado y con dos niñas. Paca y Manolo, con su hija Inma, con sus tres chiquillos. Todos ellos sabían que nosotras pasábamos las fiestas juntas desde hacía décadas.

Nosotras juntas. Siempre.

No podía ser de otra manera. Y, cómo no, no podían faltar mis hijos.

Ya con dos copas y en los turrones, mis hijas quisieron saber si era verdad todo lo que sospechaban, todo lo que nos traíamos entre manos.

Estábamos preparadas para todo.

—¿De verdad queréis saberlo? De aquí no puede salir —le advertí a mi familia, atenta alrededor de la mesa.

Todos asintieron. Miré a las chicas, buscando su aprobación. También asintieron sonrientes, y se sirvieron una copa.

Con todo el mundo conforme, empecé la explicación de nuestra aventura:

—Después de lo que pasó con Elena —dije, sin verbalizar las palabras «suicidio» ni «quiso quitarse la vida»—, estuvimos semanas buscando bancos y financieras para que nos dejasen el dinero de la deuda que tenía vigente Elena. Al ver que nadie nos ayudaba, decidimos conseguir el dinero por otra vía. Nos enteramos de que el precio de la marihuana era alto. —Obvié nuestra experiencia con los porros alucinógenos, las visiones de las palomas y los gnomos pornográficos—. Así que plantamos unas plantas y las vendimos para sacar el dinero de la deuda.

Mis hijos me miraban con los ojos como platos.

—Intentamos menudear en la calle —continuó Elena, dándome un respiro y atrayendo la atención de los presentes—. Pero la verdad es que se nos dio de pena. —Omitió los escabrosos detalles de cómo los jovencitos salían despavoridos de nosotras. Los presentes rieron, incluso sin conocer los detalles—. Así que Éric nos ayudó a contactar con varias asociaciones cannábicas, que nos comprarían más cantidad, siendo así más seguras las transacciones.

—Los primeros kilos quisimos transportarlos nosotras —continuó Quimeta, dejando que Elena diera un merecido trago de su copa por la

aportación—. Pero nos paró la policía y casi nos cazaron. Además, estaban investigándonos porque en un parque nos topamos con un par de delincuentes que querían quitarnos nuestras marietas...

—¿Marietas? —interrumpió Patricia, haciendo una mueca. Por lo visto, sabían parte de la historia, aunque parecía que solo tenían conocimiento de la punta del iceberg.

—Mariuna —aclaró Pepi, haciendo reír al resto—. La verdad es que esos desgraciados nos lo han hecho pasar putas, pero aun así cerramos el trato de la venta de más marietas con un grande en el negocio. Muy guapo, por cierto —dijo, refiriéndose a Oswaldo—. Nos ayudó comprándonos más marietas y pagándonos por un par de trabajillos.

—¿Trabajillos? —Ana frunció el ceño.

—Lo mismo da —intervine—. Ya se ha acabado. Ya no tenemos más marietas ni nada. —Miré a Elena—. Estaba todo en su casa.

Todos pusieron una mueca de tristeza.

—Brindo por la salud —irrumpió Elena—. Por la amistad. Por la familia. Feliz Navidad.

Nos levantamos de la mesa para brindar con nuestras copas. Todos recibieron la indirecta de que, por el momento, no queríamos ni deseábamos más preguntas. Sebas me miró y a continuación a nuestros hijos, que se habían levantado como críos a cantar con panderetas después de los brindis. Todos reíamos y cantábamos villancicos.

—Todo esto es nuestro, Juli. —Sebas señaló con el mentón a nuestros hijos y nietos.

Asentí. Esa noche di de lado a las marietas, los narcos y el incendio. Solo fui madre, abuela, mujer y amiga. Me apetecía. Me arrimé a él y me premió con un beso en la cabeza, como esos de cuando estábamos casados.

Las chicas y yo teníamos decidido no hablar mucho más del plan. Ya se enterarían, ya. Ya se enterarían de que las entregas las hacíamos

llevando el material en los carros de la compra que dejábamos en los comercios de los barrios, donde iba personal de Oswaldo a recoger lo que había y dejar el dinero a cambio. Los comerciantes lo sabían y lo mezclaban con sus encargos, dejando el dinero dentro de los paquetes de la compra, entre pan, carne o aquello que tuviéramos. Lo supieron desde la reunión de comerciantes.

También se enterarían de que Paca y yo llevábamos la misma chaqueta para despistar a la policía o a cualquiera que nos siguiera, y que funcionó a las mil maravillas. Y nuestras andanzas por los terrados y la enganchada de pantalón de Quimeta. Nuestro viaje con la autocaravana, que nos atracaron y nos robaron, y que nos rescataron unos héroes anónimos del barrio. A la larga, también sabrían de nuestra vuelta en avión de la aventura de Madrid, donde le dimos el dinero a Sebas por si nos paraban en el aeropuerto, ya que ellos volvían en la furgoneta. Lo que hablé con Oswaldo al pedir protección para mi familia. Algún día revelaría lo que Oswaldo me confesó: que sabía que su primo y los Barriles lo traicionaron, así que, no sé cómo se enteró —supongo que es cosa de delincuentes— de que su Ricky, en compañía de Raúl y Samuel Barriles, querían atracarnos para robarnos las marietas y el dinero e incendiar la casa de Elena, donde sabían que estaba el material. Saldarían cuentas con nosotras. Se vengarían, a la vez que se quedarían con nuestro material.

Lo que no sabía nadie era que nosotras, las Narcoabuelas, compinchadas con la banda de Oswaldo, dejamos que nos robaran e incendiaran la casa. Sabíamos que iba a pasar, por eso sacamos todo lo de valor de Elena de su casa. El dinero estaba a salvo, repartido en casa de Sebas y de las hermanas. Y, claro, cómo íbamos a simular la pelea de la cena. Esta fue convenida con los comerciantes, ya que les explicamos que algo iba a suceder y necesitábamos una muy buena coartada para que nadie nos señalara con el dedo. Era el broche final de nuestra operación. Severino pensó que no había mejores testigos que la propia policía, por ello formamos la trifulca e hicimos que nos detuvieran. Un éxito. Si todo el barrio estaba detenido, ¿cómo íbamos a ser nosotros los autores del incendio que iba a tener lugar?

Por otra parte, esa misma noche, hubo un soplo a la policía, donde se indicaba que el coche de los Barriles iba a entrar en la propiedad de las afueras de la ciudad con una gran cantidad de marihuana. El chivatazo también les aconsejó que desmontaran el

coche, ya que había cocaína en la estructura. Dos kilos le costó a Oswaldo quitarse a su primo y a los Barriles de en medio. Nosotras, al estar detenidas, tampoco podíamos dar el chivatazo, así que..., a ojos de los Barriles y Ricky, tampoco éramos culpables de nada.

La policía ya no sospecharía de nosotras, y los Barriles y Ricky tampoco.

Con el dinero que conseguimos de la venta de las marietas, del viaje en la autocaravana y de lo ganado en la apuesta de la carrera, más la quita que iba a proponernos la financiera al ser un edificio ruinoso por culpa de un fortuito incendio que ya no tenía el valor tasado anterior, y por supuesto el dineral del seguro, tuvimos para todo.

Para la deuda de Elena.

Para el agujero de Paca y Manolo, que se jubilaron dejando que la hija trabajara en la panadería mientras ellos reformaban el almacén y la trastienda, adaptándola a la silla de ruedas de Manolo.

Para las deudas del bar de Alonso.

También para Maribel, quien se jubiló antes traspasando la carnicería.

Antonio y Severino también solucionaron un par de agujerillos, y terminó de pagar la furgoneta nueva. Antonio le compró un gallinero de lujo a sus gallinitas.

Incluso Sebas se compró un coche.

Elena, una vez concluida la operación con la financiera, le vendió el edificio a una constructora por una indecente cantidad de dinero, para demolerlo, con el fin de hacer un edificio de pisos. Al principio nos sorprendió, pero nos convenció al decir que necesitaba empezar de cero, que necesitaba enterrar recuerdos y no vivir en el pasado.

Se quemó todo. Y cuando digo todo, es todo. El narcoteléfono, las balanzas, toda prueba de que allí hubiera existido algo que no fuera una pescadería de barrio. No quedaba ni una prueba. Tampoco nada de la vida anterior de Elena que no hubiera querido salvar.

Teníamos cosas que hacer en el barrio, además de ayudar a la familia: Ana quería que le echara una mano con los mellizos y Éric quería trabajar.

Pero todo iba a esperar unos días, semanas o quizá meses.

Antes, nos cogimos unos días de vacaciones, bien merecidos, fuera del mundanal ruido y los millones de preguntas que nos hacían.

Y es que el plan B, al final, se había convertido en una obra maestra, una jugada de estratega, un jaque mate en toda regla.

Y lo mejor de todo es que no era el final.

Capítulo 19

Mari Juana Dumas

Durante dos semanas viajamos por Europa, conociendo Roma, París, Cerdeña y Escocia. Después del Reino Unido, decidimos irnos al calorcito, pues no veas el frío que hacía allí. Año nuevo, vida nueva.

Brindábamos ya en la polinesia francesa con nuestros combinados, allí debajo de un dulce sol en bikini o bañador, mientras oíamos las olas del océano, que en un dulce vaivén nos relajaba. Eso del «todo incluido» debía ser pecado capital, porque eso de levantar un brazo y que te sirvieran lo que pedías...

Llevábamos unos días alejadas de todo y todos. Ya habíamos cerrado la venta del edificio de Elena, quien había decidido comprarse una casita cerca de la playa y un pisito en el barrio. Nosotras seguiríamos con nuestras vidas, y en verano, pues a la playa, a la casita las cuatro. Teníamos la piel bronceada, y estábamos por primera vez en meses relajadas, escribiendo una historia digna de cine, una novela. Las cuatro decidimos escribir nuestras andanzas, con nombres ficticios, sitios falsos y anécdotas exageradas incluso para nosotras. Estábamos creando la historia bajo el seudónimo de Mari Juana Dumas. Lo de Mari Juana, no hace falta que digamos por qué. Lo de Dumas, en honor a Alejandro Dumas, creador de Los tres mosqueteros, creando así nuestro querido lema.

Hablamos con nuestros seres queridos, quienes entendieron nuestra distancia del mundo un tiempo; tiempo que aprovechamos para escribir a ocho manos nuestras andanzas. Reíamos brindando, escribiendo lo que nos había sucedido, lo que podría habernos pasado o lo que nos gustaría que hubiese acontecido.

El libro se escribió solo prácticamente, día tras día, brindis tras brindis, risa tras risa.

Lo más complicado fue ponerles título a nuestras andanzas.

—Pues yo digo que las Chicas de Oro me suena requetebién —

aportó Quimeta, sorbiendo su mojito.

—Eso está pillado, hija —negó Pepi, con su vermú en la mano. Sí, sí, vermú. No importaba que estuviéramos en la polinesia francesa tomando el sol. Quería su vermú, la muy cabezota.

—Yo digo que las Narcoabuelas —opinó Elena, dándose la vuelta bajo el sol para ponerse de frente y broncearse por igual.

—No, no. Tenemos que recordar que había un documental y un artículo que hablaba de las Narcoabuelas. Contra menos pistas demos de que hemos existido, mejor —zanjé yo el tema sobre ese título.

—¿Y las Marietas? —propuso Quimeta, acomodándose las gafas de sol mientras continuaba con su combinado.

—No me gusta —dijo Pepi, tumbada bajo la sombrilla—. ¿Y Hierbabuena? —Me limité a arrugar la nariz sin contestar—, Ay, hija, qué frikismiquis.

—Tú sí que eres una buena friki —arremetí riendo—. Soy abuela ya, así que hay que buscar un título respetable —reí, y sorbí de mi ron con hielo.

—¿Y las Abuelas del Porro? —sugirió Elena.

—Muy vulgar, ¿no? —aportó Quimeta, poniéndose una pamela para protegerse del sol.

Se me encendió la bombilla.

—¿Y las Abuelas del Canuto? —concluí con una sonrisa.

—Me encanta —se entusiasmó Quimeta, incorporándose y alzando la copa de su combinado.

—A mí también. —Elena sonrió, uniéndose al brindis.

—Pues las Abuelas del Canuto —concluyó Pepi, con su preciosa sonrisa.

Brindamos.

Ya teníamos nombre, pseudónimo y novela.

Mi hija Patricia se encargó de registrarlo, enviarlo a corregir, maquetar, editar y todo eso que se tiene que hacer con un libro. Tuvimos que volver a la realidad, aunque con el lanzamiento del libro estábamos realmente emocionadas. Una pequeña editorial nos dio la oportunidad. La verdad es que ocupamos el número uno semanas y semanas. Meses y meses, mientras mis nietos crecían a velocidad de vértigo y Ana se las apañaba para coger a alguien y criar ella a sus hijos.

La vida pasaba por nuestro lado.

Sebas y yo salíamos juntos, pero solo salíamos. Los dos sabíamos que si convivíamos de nuevo, nos mataríamos otra vez. Éric empezó a trabajar de instalador, y aunque en teoría no vivía con Anais, se pasaba la vida en su piso con Conan. Patricia consiguió su columna en un prestigioso periódico, abriéndole las puertas de su sueño. También se comprometió con Óscar, quien, aunque trabajaba aún de chófer, estaba a un tris de acabar la carrera.

Nos encontrábamos en casa de Elena, esa que se compró cerca de la playa y donde vivíamos prácticamente en verano, tomando el sol en la piscina, cuando sonó mi teléfono, interrumpiendo nuestro relax. Era Patricia. Me dieron ganas de no cogerlo, pero como era una madre sufridora, pues lo hice, por si acaso le sucedía algo.

—¿Qué pasa, nena? —le pregunté mientras Quimeta y el resto se incorporaban en la hamaca, alertadas por mi pregunta.

Patricia me gritó emocionada varias frases seguidas y atropelladas:

—Pues que una cinematográfica os compra el libro. Quieren hacer una película. ¡Mamá, una película!

Lo cierto es que me quedé en shock. Colgué el teléfono y las miré sin verlas.

—¿Qué ocurre, Juli? —me preguntó Elena.

—Patri dice que una cinematográfica nos compra la obra —

murmuré de manera lineal, ante el asombro de las demás.

—¿Una cinematocaligráfilca? —preguntó Pepi, frunciendo el ceño.

—¡Ay, madre! ¿Una película sobre nosotras? —se emocionó Quimeta, entendiéndolo todo. Me hizo reaccionar.

—¿Entonces? —prosiguió Pepi emocionada—. ¿Harán una película sobre nosotras?

—Sobre nosotras no —contesté, asimilando lo que acababa de decirme Patri—. Sobre las Abuelas del Canuto.

Las cuatro reímos, triunfantes.

Epílogo

Se acaba la película y se hace una oscuridad tan plena como la de un bosque a medianoche. Las cuatro estamos cogidas de la mano, en abrupto silencio a la espera de los acontecimientos, reacciones o lo que sea. Noto cómo mis dedos se estrechan entre las manos de mis amigas, quienes, aunque no dicen nada, seguramente piensan lo mismo que yo.

De repente, las tenues luces de emergencia se encienden y dejan ver cómo un público, más que entregado, aplaude como si no hubiera mañana. Los aplausos suenan como incesantes gotas de tormenta contra el suelo. Nos miramos las unas a las otras, quedando sorprendidas por los interminables aplausos.

Un foco recorre el público de un lado a otro, rápidamente, como la carrera de un ratón, hasta que se detiene sobre nosotras, enfocándonos a las cuatro. El público va buscando con miradas furtivas hasta encontrar el foco de luz. La gente empieza a levantarse, sin dejar de aplaudir, mientras caras sonrientes asienten al mirarnos en señal de complicidad y agrado.

Mi estomago se encoge notablemente, y aunque quiero evitar las lágrimas de la emoción, del calor que esos cientos de desconocidos está brindándome, no puedo evitar llorar como una boba.

Patricia, mi hija, en un lado de la fila de sillones del sitio vip en el que nos han colocado, nos indica con una mano que nos pongamos de pie frente a la multitud que nos aclama y aplaude sin cesar. Así, de la mano, nos levantamos, dando las gracias y haciendo reverencias sin dejar de sonreír. Sin soltarnos de la mano, como ha transcurrido toda esta historia, tal y como hemos vivido toda nuestra vida desde que nos conocemos, cogidas de la mano, y ahora sabemos que ninguna va a soltarse.

Nos miramos y nos abrazamos bajo el foco y ante la multitud, que no se cansa de aplaudir y aplaudir. Veo a lo lejos cómo Patricia se seca

las lágrimas por la emoción. Mi familia, en la fila de delante, se gira aplaudiéndonos. Ana, Miguel, Éric, Anais y Óscar. En las filas de atrás, Severino, el loco del Citroën; su hermano Antonio, el de las gallinas de toda la vida; Alonso, su primo, el del bar de la bodega; Maribel, cerca, con su pareja, y Paca y Manolo.

Todos nos aplauden.

Dos filas a la derecha y más adelante, se gira un guapo latino de ojos verdes que le guiña un ojo a Pepi. Cómo aplaude Oswaldo, junto con un séquito discreto.

Y allí, abrazadas, cogidas de las manos y emocionadas, juntamos las cabezas.

—Una para todas... —digo con un nudo en la garganta.

—... Y todas para una —responden el resto de mis amigas.

Y más unidas que nunca, con el problema vencido y aunque el éxito nos rodea, sabemos que tenemos algo que no todo el mundo tiene.

Nuestra amistad.

FIN

Agradecimientos

Quisiera decir, en primer lugar, que esta novela es muy especial, ya que es algo nuevo con lo que quería experimentar. Pocas personas saben lo que significa para mí. Me ha dado alas y risas en días muy grises, y espero que haga lo mismo con sus lector@s.

Gracias a la editorial Entre Libros por su confianza. En especial, a mi editora, Angie Sánchez, con quien aprendo cada día.

Agradecerle a mi madre su apoyo incondicional. Te quiero.

A mis hermanos, primos, cuñados y todos aquellos de mi entorno, que hacen mi vida más bonita con su cariño. Gracias por ser maravillosos.

A las Catetas cafeteras de mi corazón, mis amigas.

A mis compañeros y amigos por estar siempre a mi lado, que, aunque no ponga nombres en esta ocasión, sabéis quiénes sois.

En especial a ti, Júlia, por ser mi maldita alma gemela. No me canso de decirlo.

A todos vosotros, que dais vida a mis personajes a través de las letras de mis libros.

Biografía de la autora

Cristina Fernández nació un 14 de diciembre en la ciudad de Barcelona, donde reside en la actualidad junto con su hijo, Diego, y su perrita, Kuki.

Siempre ha sentido pasión por escribir, pero fue en el 2018 cuando lanzó con Entre Libros Átame. Continuó con Atada y en tus manos y cerró la trilogía con Atados. Tras eso, le siguió una comedia romántica de lo más pintoresca, llamada Un paraguas en primavera. Sigue escribiendo con la misma ilusión que al principio, esperando que sus nuevas historias puedan ver la luz muy pronto. En 2022 llegó Al sur de Tenerife, una secuela de la trilogía Átame, con sus protagonistas secundarios. Ahora nos presenta una comedia llena de humor llamada Las abuelas del canuto.